Joseph SIMLER, SM
4º Superior General de la Compañía de María

GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE

Fundador de la Compañía de María y del Instituto de las Hijas de María
(1761-1850)

Tomo II

Edición española a cargo de: Eduardo Benlloch, SM
Traducción: Ignacio Otaño, SM

Título original: *Guillaume Joseph Chaminade, chanoine honoraire de Bordeaux, fondateur de la Société de Marie et de l'Institut des Filles de Marie (1761-1850)*
Librairie Victor Lecoffre – Paris et Librairie Féret et Fils – Bordeaux 1901

ÍNDICE

Capítulo 24: Retrato del P. Chaminade: su fisonomía moral.....

Capítulo 25: Retrato del P. Chaminade:
su fisonomía intelectual y su doctrina .....

Capítulo 26: La formación de los religiosos .....

Capítulo 27: Las primeras obras del Instituto:
las casas de educación (1818 - 1823) **.....**

Capítulo 28: La Compañía de María en el Nordeste de Francia (1823-1826) **.....**

Capítulo 29: Nuevas obras de educación:
las escuelas normales y las escuelas profesionales (1824-1826) **.....**

Capítulo 30: Reconocimiento legal
y misión de la Compañía de María (1825) **.....**

Capítulo 31: Progreso del Instituto de María
en los últimos años de la Restauración (1826-1830) **.....**

Capítulo 32: El comienzo de las pruebas (1830) **.....**

Capítulo 33: Agravamiento de las pruebas (1831-1833) **.....**

Capítulo 34: Última visita general de las obras .....

Capítulo 35: La Tercera Orden de las Hijas de María (1836) **.....**

Capítulo 36: Las Constituciones y el Decreto de alabanza (1837-1839) **.....**

***Nota previa a los dos últimos capítulos* .....**

Capítulo 37: La dimisión (1841) **.....**

Capítulo 38: Los últimos años, la enfermedad y la muerte (1841-1850) **.....**

Epílogo …….

Abreviaturas usadas por el editor en este segundo volumen:

ABT: Cartas de Adela de Batz de Trenquelléon, v. I, SPM, Madrid 1995, v. II, SPM, Madrid 2002.

AGMAR: Archivos Generales de la Compañía de María en Roma.

EP: *Guillaume-Josep Chaminade,* Écrits et Paroles, 5 volumes, Piemme, 1994-2001

Lettres: Lettres de M. Chaminade, 8 tomes (I-V: Havaux, Nivelles 1930; VI-VIII: Éditions AGMAR, Roma 1977)

J.V.: Joseph Verrier, SM, Jalons d'histoire sur la route de Guillaume-Joseph Chaminade (publicación pro manuscrito, comenzada en CEMAR, en marzo de 1977) Utilizaremos la edición de la Provincia de Francia.

La Gerbe-3 : Jean Philippe Auguste Lalanne, Notice historique sur la Société de Marie de la Congrégation de Bordeaux (Collection « La Gerbe », 3). Ambrogio Albano ha publicado en la primera parte de este volumen el folleto aparecido en 1858 en la Imprimerie de Mme V^{e} Bélin, Saint Cloud, del cual no se conserva el manuscrito original.

****

Especialmente para los dos últimos capítulos

DA: Vincent Vasey, Dernières années du Père Chaminade (1841-1850), Curia Generalizia dei Marianisti, Roma 1969.

IH : Beatificationis et canonizationis servi Dei Guilelmi Josephi Chaminade, sacerdotis fundatoris Societatis Mariae, vulgo marianistarum, (+1850) Inquisitio Historica..., Romae 1970.

Capítulo 24: Retrato del P. Chaminade: su fisonomía moral

En 1820, el P. Chaminade estaba en camino de cumplir los sesenta años. A una edad en que otros aspiran a un legítimo reposo, y vuelven sus miradas más hacia el pasado que hacia el futuro[1], le hemos visto iniciar empresas nuevas, más audaces que todas las que habían llenado hasta entonces su fecunda carrera. Se diría que contaba con los veinte años de actividad que Dios le reservaba todavía. Sin embargo, él había alcanzado, humanamente hablando, el punto culminante de su existencia. Pronto vendrá el otoño, sin duda rico y fecundo, en que los frutos de medio siglo de labor caerán como por sí mismos en la mano del infatigable obrero, pero a menudo también cubierto de un cielo gris, atravesado de nubes sombrías, barrido a veces con ráfagas de frío, anunciadoras del invierno.

Hoy, todavía es verano con su cálida luz. El P. Chaminade aparece rodeado de sus múltiples obras, como de una mies que amarillea cuyas espigas están llenas: Congregación, Misericordia, órdenes religiosas fundadas o restauradas, diversas instituciones de caridad y de celo, le rinden el homenaje de su prosperidad y atraen sobre él las miradas. Está rodeado de respeto, o, mejor dicho, de la veneración universal.

Goza de la intimidad de monseñor d'Aviau; tiene acceso libre a él[2]. Si ya no ejerce en los asuntos de la diócesis la influencia que se le atribuía en tiempo del Imperio, es porque voluntariamente se ha borrado para no hacer sombra[3]; el prelado respeta su delicadeza y le testimonia su confianza. La junta de fábrica[a] de Sainte-Eulalie, por ejemplo, formula una nueva queja y el arzobispo la transmite simplemente al P. Chaminade, rogándole que le dicte él mismo los términos de la respuesta. No esconde la alta estima en que tiene a su canónigo. Se discutía un día, en su presencia, sobre el mérito oratorio de su clero: uno atribuía la palma al P. Maurel, otro al P. Goudelin. «No, responde el prelado, mi mejor orador es el P. Chaminade»: juicio significativo en el que se ve que monseñor d'Aviau apreciaba el valor del apóstol mucho más que el del artista, que era mediocre[4]. A veces sus consejeros censuran las obras del P. Chaminade. El prelado defiende al acusado y para las objeciones diciendo: «Dejadle hacer, no les hará cometer un pecado mortal»[5].

La alta sociedad bordelesa le estima y le consulta. Varios de sus miembros se honran con su amistad: para nombrar sólo a dos de los más destacados, el señor Ravez, «el águila de la abogacía girondina»[6], entonces presidente de la cámara de diputado, y el señor de Saget, presidente de la cámara de la corte real, también de gran talento. Estrechamente ligado al P. Chaminade, el señor de Saget se puso a su escuela y aprendió de él una ciencia que conocía menos que muchos otros, la de Dios y de la eternidad[7].

Este afecto es el mismo en todos los que, grandes o pequeños, se le acercan lo suficiente como para conocerle. La sirvienta de sus padres en Saint-Laurent, Marie Dubourg, que durante la Revolución expuso varias veces su vida para salvar la de su señor, volvió a ponerse a su servicio desde que el P. Chaminade volvió de España, aunque no pudiese esperar ventajas por su dedicación. Esta excelente persona, legendaria para todos los habituales de la Madeleine, «el verdadero tipo de la mujer bordelesa, con su cofia de muselina y de encajes que lleva todavía con orgullo y su gran cruz de oro sobre el pecho»[8], no abandonará ya al P. Chaminade y morirá junto a él. No menos fiel es su criado, Jean Larquey, encargado del cuidado de la iglesia y de las salas de la congregación, modelo de honradez y piedad, así como de docilidad hacia su señor que venera. Los congregantes adoran al P. Chaminade. Les puede pedir lo que quiera, seguro que no se lo negarán.

Sin embargo, la naturaleza no le ha deparado ninguno de esos dones que hacen destacar a un sacerdote. No tiene nada del orador que atrae y subyuga a las masas. Su palabra es lenta, más bien pausada, su cadencia un poco monótona, su pronunciación sensiblemente perigordina. No le gusta aparecer en público: Al

---

[1] Decía Joseph de Maistre a los sesenta años: «No soy más que un viejo prisionero que tiene, a lo más, el derecho a mirar por la ventana».

[2] Una muestra es esta nota del 10 de enero de 1826 a David Monier: «Tengo ganas de hacerme invitar a cenar al arzobispado para hablar con tranquilidad tanto con el P. Barrès (el vicario) como con monseñor». *Carta 386, Lettres, t. II, p. 167.*

[3] El hecho es referido en una carta de Caillet a Chaminade, donde da cuenta de una conversación que ha tenido con monseñor Donnet (13 de julio de 1838). *La carta de Caillet a Chaminade es del 2 de agosto de 1838; y la entrevista con monseñor Donnet fue el 30 de julio de 1838. Cfr. AGMAR 27.6.267.*

[a] *Sobre el sentido de la palabra "fábrica", véase la nota f de la página 292 de la primera parte de esta biografía.*

[4] La anécdota nos ha sido contada por Guyon de Bellevue, secretario del P. Chaminade durante algunos meses y muerto siendo canónigo de Agen en el mes de febrero de 1900. *En la breve reseña biográfica de Guyon de Bellevue que hay en Lettres, t. II, p. 499, se dice que murió en 1902.*

[5] Lalanne, *Notice historique,* p. 16. *La Gerbe-3, p. 23.*

[6] La expresión es de Cormenin, Féret, *Biographie,* p. 530.

[7] Véase su reseña biográfica en Féret, *Biographie,* p. 553.

[8] Notas manuscritas del Padre Lestrade, muerto siendo párroco de Saint-Pierre-de-Mons (Gironde). *AGMAR 17.4.310, p. 29.*

contrario, «completamente retirado del mundo y casi demasiado encerrado en su modesto despacho, no tiene más ocupación que sus obras de celo, y su conversación es sólo sobre Dios»[9].

Es uno de esos hombres «que parecen nacidos para iluminar y conducir a los demás»[10], pero su influencia es íntima y sus conquistas individuales. Un exterior afable, una fisonomía simpática, maneras distinguidas y sencillas a la vez, una acogida bondadosa abren los corazones y los ensanchan. Dotado de esa exquisita cortesía que le ha legado el siglo precedente, llegará, siendo un anciano de ochenta años, a ceder el paso a un joven de veinte[11]. Una palabra llena de sentido y sobre todo una gran bondad acaban por seducir. «Fascina a todos los que se le acercan, y ejerce este encanto con tal candor y tal caridad que cada uno lo experimenta naturalmente»[12].

Efectivamente, los hombres se dejan ganar por el corazón, y por él el P. Chaminade atrae a muchas almas. Ama, no con la sensibilidad superficial que se conmueve pronto y olvida enseguida, sino con el verdadero afecto que se traduce en la entrega y el sacrificio. El amor por sus jóvenes y sus religiosos le mantiene constantemente preocupado por sus intereses eternos y temporales. Los rodea con una atención realmente paternal, no se desinteresa ni de su salud ni incluso de sus indisposiciones. Escribe a uno de ellos que le ha ocultado un mal pasajero[13]: «Le ruego que en lo sucesivo no me lo oculte. Yo no estaría tranquilo si temiese que usted guarda silencio en lo referente a su salud».

Las conclusiones de sus cartas están llenas de la expresión de la más viva ternura. Dice por ejemplo[14]: «Le abro mis brazos para abrazarle y apretarle tiernamente en mi corazón paternal». Y también[15]: «Esta carta será más dichosa que yo: ella caerá en sus manos, y yo permaneceré alejado en veinte leguas. Le abrazo de corazón, no pudiendo hacerlo en persona». A todos los que se le acercan rodea de las más delicadas atenciones, cultivando «esa benevolencia, esa benignidad», que san Francisco de Sales llamaba «las finas flores de la bondad, virtudes de poco aparato, pero excelentes».

Ese afecto se traduce también en longanimidad, en una longanimidad sorprendente cuando se dirige a aquellos de sus hijos de los que tiene razones para quejarse. Nunca, respecto a ellos, una palabra amarga, nunca una interpretación desfavorable. La lectura de su correspondencia en los momentos más penosos de su vida desconcierta por el espectáculo que ofrece de tanta dulzura y mansedumbre[16]. Encuentra en el fondo de su alma acentos suplicantes para con los que se desvían del camino recto y, después de mostrarles su falta, firma: «El que se dice su padre, y padre muy afligido»[17]. Inclinado siempre a la indulgencia, aboga ante los directores por la causa de sus hijos indóciles[18], está siempre dispuesto a creer en el arrepentimiento y es lento para decidirse a una ejecución a veces indispensable: recurrir al Buen Padre, es asegurarse una sentencia favorable.

No es menor su bondad para con los pequeños, extraños a él y a los suyos. ¡A cuántos desgraciados ha salvado! ¡A cuántos jóvenes y sobre todo a cuántas jóvenes ha protegido del peligro! Su correspondencia lo muestra ocupado sin cesar en algún asunto de este tipo. Para él no es más que un detalle, casi un descanso de sus grandes ocupaciones.

El P. Chaminade atrae a las almas por su bondad: las retiene por la inalterable *serenidad* de su carácter que constituye el rasgo más saliente de su fisonomía tanto física como moral. Se lee esa serenidad en esa frente alta y tranquila, en sus ojos grises y bondadosos, en esa boca que ignora la sonrisa amarga, en esa tez blanca, en esos largos cabellos que caen en bucles plateados sobre sus espaldas, en esa perfecta regularidad del rostro que uno de sus discípulos compara a la que los artistas del renacimiento dan a la figura de Cristo[19]. La misma lentitud de su palabra y de todos sus pasos denota el alma siempre dueña de sí misma, que no agita ninguna pasión. No ríe nunca, y menos todavía se enfada. Nos dice el P. Lalanne[20]: «Su extrema

---

[9] Lalanne, *Notice historique,* p. 3. *La Gerbe-3, p. 13.*

[10] *Ibídem,* p. 2.

[11] *Recuerdos del P. Demangeon. AGMAR 17.6.224.*

[12] Lalanne, *ibídem.*

[13] A David Monier, 3 de junio de 1823. *Carta 238, Lettres, t. I, p. 429.*

[14] A Louis Rothéa, 17 de diciembre de 1821. *Carta 183, Lettres, t. I, p. 312*

[15] Al P. Lalanne, 5 de abril de 1833. *Carta 681, Lettres, t. III, p. 281.*

[16] Hacemos alusión particularmente a las dificultades suscitadas por David Monier en Saint-Remy en 1823, y por el P. Lalanne, tanto en Saint-Remy como en Layrac, después de 1830. Tendremos ocasión de hablar de ello.

[17] Al señor Ch..., 1837.

[18] Cartas a Meyer, 3 de febrero y 2 de abril de 1837. *La carta del 3 de febrero es a la Comunidad de Courtefontaine, de la cual era superior Meyer, Carta S. 933 bis, Lettres, t. VIII, pp. 646-647; la del 2 de abril es la 950, Lettres, t. IV, p. 139.*

[19] Lalanne, *Notice hist.,* p. 2. *La Gerbe-3, p. 13.* He aquí la descripción del P. Chaminade según un pasaporte que le fue entregado en Colmar el 4 de octubre de 1835: «74 años, 1 m. 68, cabellos blancos, frente muy despejada, cejas grises, ojos grises, nariz media, boca media, barba blanca, mentón redondo, destacado, rostro oval, tez blanca». Sus discípulos nos dicen que era miope.

[20] *Ibídem*.

sensibilidad no se manifestaba más que por una ligera alteración de voz y las lágrimas que corrían por sus ojos. La costumbre de contenerse reprimía tan bien sus primeros movimientos que se le consideraba impasible».

El elogio y la censura, la prosperidad y la contradicción le dejan siempre igual a sí mismo. Es felicitado por sus éxitos y dice[21]: «Me sonrío a veces cuando algunas personas atribuyen estos resultados a mi espíritu y a mi capacidad». le dirigen reproches y responde con sencillez[22]: «Se lo agradezco; yo ya estaba convencido de que tenía muchos defectos, y defectos superiores a los que mi deber me obliga a reprochar a veces a los demás: hoy he adquirido una nueva convicción». Agradeciendo a uno de sus hijos que censura alguna de sus decisiones, le dice[23]: «Le agradeceré, querido hijo, que si usted percibe algo negativo en mi manera de obrar, me lo haga saber. Toda edad es buena para recibir buenas advertencias y adquirir experiencia».

Ni la enfermedad que le visita casi cada invierno[24], ni la pobreza y privaciones que sufre, ni los peligros que corre durante el Terror, ni el exilio, ni el encarcelamiento ni ninguna de las contradicciones que alcanzan a sus obras y a su persona[25], son capaces de arrancarle una sola palabra de murmuración: *Non contristabit justum quidquid ei acciderit,* dice el sabio[26]. Estas contradicciones o estas pruebas diversas no podían alterar esa paz profunda cuya expresión se resume en estas palabras dirigidas a monseñor d'Aviau en medio de la mayor tormenta suscitada contra la Madeleine: «¡Que el nombre del Señor, para gloria del cual hacemos todo y emprendemos todo, sea bendito para siempre!»[27].

El secreto de esa paz reside en la conformidad con la voluntad de Dios. Su oración favorita, de la que no se cansa de enseñar la fórmula y sobre todo la práctica, es esta: «Sea hecha, alabada y eternamente exaltada, la justísima, altísima y amabilísima voluntad de Dios en todas las cosas». Escribe al P. Lalanne[28]: «Sí, querido hijo, yo le diré siempre: Haga la voluntad de Dios. El cumplimiento de esta justísima y amabilísima voluntad es el que trae la paz y la alegría del alma. *Quis restitit Deo, et pacem habuit?».* Y él mismo, según nos dice[29], sacaba de ello «muy buenos efectos para su alma», sobre todo cuando estaba afectado por inquietudes turbadoras para la naturaleza, que persistían durante largos meses. Repetía entonces[30]: «Son pocos los días en que yo no tenga que decir: Dios lo ha permitido así, es preciso que yo lo permita, es preciso que yo me someta».

Esta tranquilidad, conquistada sobre todo en la adversidad, está hecha no sólo de confianza en Dios, sino también de humildad y de modestia. No se atribuye ningún mérito propio. Él se borra a los ojos de los hombres. Aparte del título de canónigo que no ha podido rehusar, no acepta ningún honor, ninguna dignidad, no presta su nombre a ningún comité importante, se difumina en sus propias obras, para dejar su mérito aparente a los que él emplea. Su acción en Burdeos es ignorada por la masa, es más sospechada que conocida por parte de la gente atenta. No habla nunca para reivindicar un mérito, por muy legítimo que sea[31]. Al contrario, eleva la voz cuando estima que el elogio ha sobrepasado los derechos de la más estricta verdad y exige una retractación por parte de sus admiradores demasiado celosos. Ese fue el desengaño de sus amigos de París que le habían hecho ser conocido por el prefecto de policía de Chabrol bajo un prisma demasiado adulador a su juicio. Les dice pidiendo la rectificación[32]: «Seamos delante de los hombres lo que somos delante de Dios, pobres por nosotros mismos, sin cubrirnos de los despojos ajenos». En todas partes lleva la preocupación de disminuir la importancia de su persona, sobre todo cuando está en juego sólo ella. Un simple detalle lo revela: apostillando una súplica destinada al Papa, monseñor d'Aviau califica al P. Chaminade de «sabio director de la Congregación». El P. Chaminade, al transcribir la súplica y la apostilla para los archivos

---

[21] Carta al P. Caillet, 23 de julio de 1825. *Carta 362, Lettres, t.II, p. 101.*

[22] Al P. Lalanne, 16 de noviembre de 1830. *Carta 561, Lettres, t. II, p. 543.*

[23] A Clouzet, 7 de marzo de 1827. *Carta 430, Lettres, t. II, p. 266.*

[24] Un resfriado catarral que varias veces estuvo acompañado de síntomas muy graves. Tenía siempre en el brazo un cauterio, que le hacía sufrir, pero era indispensable para la conservación de su salud.

[25] «Estoy probado por todas partes», escribe a David Monier el 18 de noviembre de 1823. *Carta 257, Lettres, t. I, p. 473*

[26] Prov. 12,21.

[27] 5 de febrero de 1819. Véase más arriba capítulo 16. *Volumen I, p. 294.*

[28] 17 de mayo de 1833. *Carta 687, Lettres, t.III, p. 291.*

[29] Carta a David Monier, 9 de diciembre de 1823. *Carta 263, Lettres, t. I, p. 485.* Sin embargo, nunca creía haber conseguido esa resignación perfecta a la que tendía, y se quejaba al propio David Monier «de sentir quizás demasiado algunas veces el contrapeso de las solicitudes e inquietudes diversas que le asedian de todas partes» (25 de abril de 1823. *Carta 234, Lettres, t. I, p. 416*).

[30] A Clouzet, 25 de julio de 1825. *Fecha ligeramente equivocada, es la Carta 364, de 26 de julio de 1825, Lettres, t. II, p. 105.*

[31] Véase un ejemplo más arriba a propósito de los pequeños Savoyards, en el capítulo 17. *Volumen I, pp. 308-315.*

[32] Carta al P. Caillet, 1825. *No es una carta dirigida al P. Caillet, se trata de la carta 383, dirigida a M. O'Lombel, el 6 de diciembre de 1825, Lettres, t. II, p. 152.*

de sus secretaría, omite el calificativo de «sabio» puesto al lado de su nombre: modestia sin testigos, que describe bien a esta alma que va hacia Dios sin retorno. Finalmente, le hemos visto no tener inconveniente para abajarse ante sus inferiores y servirles a la mesa, a pesar de su edad y su dignidad de superior general y fundador.

Dice la *Imitación de Cristo*[33]: «Cuanto más humilde sea un hombre y más se someta a Dios, más sabio y moderado será en todo». Efectivamente, en el P. Chaminade, la serenidad de su confianza en Dios y de su modestia, se traduce en *sabiduría* y en *moderación* en toda su conducta: la pasión no tiene sitio en su vida.

También sus relaciones con Dios parecen reguladas por esta sabiduría, que no deja sitio al capricho ni a la presunción, y que le impide comprometerse en caminos extraordinarios. Cumple con sencillez todo lo que la voz de su conciencia le muestra como querido por Dios: no se considera con derecho de ir más allá ni de quedar más acá.

En su religión, nada de iluminismo: una fe fuerte, inquebrantable, apoyada en la voluntad y no en el sentimiento. En su devoción ninguna huella de minucia o de superstición. Su ternura por María, su confianza ilimitada en San José, no excluyen ni una oración apremiante ni el empleo de los medios humanos que están a su alcance. Espera sólo de Dios el éxito de sus empresas, pero se esfuerza, para no ser un obstáculo, en santificarse en proporción a los grandes efectos que espera.

Se queja de que «las ocupaciones continuas no le dejan conversar suficientemente con Dios»[34]. Y sin embargo, por muy acuciado que esté por asuntos de todo tipo, no les sacrifica sus oraciones cotidianas ni su retiro anual; a menudo escribe sus meditaciones. Hasta en su vejez, alimenta sin cesar con lecturas piadosas la lámpara de su fe, que destella siempre un resplandor tan vivo. Toda su jornada está como embalsamada de oraciones e invocaciones, y, a la noche, no se duerme sin haber repetido antes treinta veces el santo nombre de Jesús.

Sabe que la virtud personal sólo se desarrolla en la mortificación y que el evangelio se propaga con la ayuda del sufrimiento. Sin embargo, si hace penitencia, no en un día de fervor sino con la perseverancia de una voluntad constante en sus resoluciones, no deja aparecer nada, en lo que depende de él. Incluso entre sus amigos es considerado como «sobrio sin austeridad»[35]. Pero en la disciplina llegaba hasta sangrar, como lo atestiguan, en dos períodos diferentes de su vida, dos testigos bien colocados para saberlo, puesto que cuidaban de su ropa interior[36]. Anda lentamente, sobre todo en los últimos años de su vida, porque, como nos lo ha transmitido uno de estos dos testigos[37], tiene unas uñas encarnadas que entran en vivo en su carne, y que él no cuida para sufrir más.

Sus votos de pobreza, castidad y obediencia, pronunciados a la edad de catorce años y siempre renovados, contribuyen a conservar en su alma su total serenidad, desprendiéndole de las cosas pasajeras de la tierra. No se considera propietario de ninguno de los bienes temporales que le son confiados. Dice que «estos bienes pertenecen al Señor»[38]; él no es más que el administrador. las cuestiones de dinero le inquietan poco cuando no le conciernen más que a él. A pesar de la penuria en que se encuentra siempre, porque da a medida que recibe, deja a sus congregantes de una sola vez más de ochocientos francos de atrasos que le deben por sus cotizaciones voluntarias para el mantenimiento de la Madeleine[39].

Tanto en su persona como en su habitación no hay nada de rebuscamiento o de lujo. Todo está limpio, pero es sencillo y pobre. La habitación grande mal iluminada que ha ocupado durante los treinta últimos años de su vida[40] no tiene más que la cama y algunos muebles viejos. Está adornada con dos o tres imágenes de piedad traídas de España y cuadros de bordado, probablemente recuerdos de familia. Estos objetos de piedad le dan la ocasión de llevar la conversación sobre cosas espirituales y de elevar a Dios el alma de sus visitantes: un cuadro de la Samaritana provoca llamadas inflamadas a una fe más viva: *Si scires donum Dei!,* dice después de haber descrito la escena evangélica[41].

---

[33] I, IV, 2.

[34] En el retiro de 1822. Dice también a la Madre de Trenquelléon el 9 de agosto de 1917: «Ruegue por su padre, para que pueda salvarse trabajando en salvar a los demás». *Carta 92, Lettres, t. I, p. 161.*

[35] *Notice historique,* p. 2. *La Gerbe-3, p. 13.*

[36] Justin Dumontet, que vive todavía y nos ha dado testimonio escrito y oral, y Jean-Baptiste Bidon, cuyo testimonio es recogido por Eugène Canette en sus notas manuscritas. *AGMAR 17.4.204, AGMAR 17.4.196; AGMAR 17.4217*

[37] Jean-Baptiste Bidon. *En una nota manuscrita lo cuenta E. Canette AGMAR 17.4.217, diciendo que lo supo de Jean-Baptiste Bidon.*

[38] Escribe, por ejemplo, el 27 de diciembre de 1826 a la señora d'Oussières, en Arbois: «Todo lo que tengo y todo lo que pueda tener en lo sucesivo está consagrado al Señor desde hace tiempo». *Carta 423, Lettres, t. II, p. 250.*

[39] Registro del Consejo, 6 de abril de 1820. *Documento que falta, según nota en AGMAR 14.1.9-10*

[40] En el primer piso del nº 4 actual de la calle Lalande.

[41] Notas manuscritas de Justin Dumontet. *AGMAR 17.4.196.*

Si la sabiduría y la moderación dirigen su vida espiritual, no es menor la influencia que ejercen en el conjunto de su conducta ordinaria y hasta en los menores detalles de su vida de todos los días. Los médicos le han aconsejado tomar rapé. No se dejará esclavizar por un hábito difícil de dominar cuando se ha contraído: alejará entonces su tabaquera de su mesa de trabajo para verse obligado a levantarse cada vez que quiera tomarla. Un religioso[42] le pidió un día, por razones de salud, autorización para tomar rapé. Él, mostrándole su tabaquera en la estantería cerca de la ventana, le dijo: «Si no se toman precauciones, este hábito degenera en pasión; ahora bien, el religioso debe predicar la moderación en todo».

No se mezcla en cuestiones candentes de la política: nunca sus familiares le oyen hablar sobre este tema. No es que se desinterese: todos los día lee el periódico y, cuando llega el momento, cumple fielmente sus deberes de ciudadano: en julio de 1830 llega a atrasar un viaje para participar en las elecciones[43]. Pero estima que una vez cumplida esta tarea, no debe entregar su alma a las agitaciones estériles de los partidos, que debe su energía a una causa más santa y que no puede negar su respeto y sumisión al poder constituido, cualquiera que sea. Tanto respecto al gobierno de 1830 como al de 1809, podrá con toda sinceridad acogerse «a sus principios bien conocidos de moderación»[44].

Sus cartas están marcadas por una moderación de lenguaje, una reserva en el juicio, en una palabra por una caridad que, incluso en los casos más evidentes, no interpreta como mal las alusiones de los que le escriben, no señala sus inconveniencias y sobre todo no les sigue nunca en el terreno de la polémica y de la pasión[45]. Escribe al P. Lalanne[46]: «No, su carta no debía irritarme; no recuerdo en mi vida haberme irritado por las buenas razones, aunque sean contrarias a mis puntos de vista y a mis sentimientos». Su lenguaje es siempre tan mesurado que, cuando es mal comprendido, puede apelar a su conducta habitual. Dice a propósito de un error del copista [47]: «Me extraña que el P. Caillet y el señor Clouzet, que tan bien deben conocer mis sentimientos y sobre todo el cuidado habitual que tengo de no mortificar a nadie, no hayan sospechado este error». Otra vez escribe a Clouzet[48]: «Me extraña que el P. Caillet le haya dicho que le he aconsejado no tener muchos miramientos con el señor David [Monier]. Esta respuesta no se corresponde a mi carácter, como habrá podido observar».

En las ocupaciones, el P. Chaminade aporta esta misma calma, este dominio de sí mismo. Sin duda, arde de deseos de extender la gloria de Dios y escribe, por ejemplo, a un sacerdote de Auch[49]: «¡Trabajemos! Usted conoce mi ambición de iluminar con el fuego del amor divino a toda Francia». Y el mismo día al prefecto de la congregación de Auch[b]: «Por la gran misericordia de Dios, desde hace tiempo no vivo ni respiro más que para propagar el culto de la augusta María». Y sin embargo, guarda una admirable sangre fría y observa a la letra el precepto que da a sus hijos[50]: «El espíritu de Dios es muy activo, pero no es precipitado». Dice también[51] «Tengamos cuidado de no preocuparnos; seamos siempre fríos a la hora de obrar. Que todo nuestro fuego se concentre en nuestro corazón, que no debe buscar más que complacer a Dios en todo». La Madre de Trenquelléon le admira en este punto, como en muchos otros, y lo propone como ejemplo a sus hijos[52]: «Veamos cómo actúa el P. Chaminade: no se apresura, mantiene siempre el dominio de sí mismo; y sin embargo lleva a cabo muchas cosas, porque la gracia hace mucho».

Efectivamente, aquí está su secreto: piensa que, si no se agita, el Espíritu Santo operará con más libertad. Escribe a Clouzet[53]: «Haga lo que dependa de usted para ganar una completa paz de su alma y mantenerse en ella. Cuanto más ocupado esté, más a menudo necesita entrar dentro de usted mismo. Hágalo al menos en alguna acción principal de la mañana o de la tarde. Y para que esta práctica produzca todo su efecto, en cada acción principal, entre en un profundo recogimiento, suspendiendo durante uno, dos e incluso tres minutos cualquier otro pensamiento, sentimiento, etc. Modere su actividad natural y espere que todo vaya bien». Al mismo le dice todavía[54]: «Es preciso llegar a que el amor de Dios domine toda su alma. Los mayores trabajos y las ocupaciones más numerosas, mandados por este divino amor, no turban el alma. El

---

[42] Notas manuscritas de Sylvain. *AGMAR 17.4.201.*

[43] Carta del 25 de junio de 1830 al párroco de Barran (Gers). Era esperado en esta región, y él fue después del 3 de julio, día de las elecciones. *Carta 529, Lettres, t. II, p. 488.*

[44] En los documentos de las dos épocas, los términos son poco más o menos idénticos.

[45] En este punto, su correspondencia con el P. Lalanne en 1831 y 1832 es particularmente instructiva.

[46] 7 de marzo de 1836. *Carta 826, Lettres, t. III, p. 588.*

[47] A Bardenet, el 25 de junio de 1824: el secretario había escrito *en excès* [en exceso] en lugar de *annexée* [adjunta], lo que hacía la frase injuriosa para Bardenet. *Cfr. Lettres, t. I, p. 569.*

[48] 5 de abril de 1824. *Carta 281, Lettres, t. I, p. 537.*

[49] Al P. Larrieu, 5 de diciembre de 1825. *Carta 382, Lettres, t. II, p. 149.*

[b] *Carta 381, Lettres, t. II, pp. 143-142.*

[50] A Friedblatt, 29 de diciembre de 1838. *Carta 1107, Lettres, t. IV, p. 436.*

[51] A la Madre Saint-Vincent, 22 de octubre de 1838. *Carta 1086, Lettres t. IV, p. 393.*

[52] A la Madre Teresa, 12 de octubre de 1820. *ABT, carta 409.6, Vol. II, pp. 167-168.*

[53] 26 de agosto de 1824. *Carta 312, Lettres, t. I, p. 617.*

[54] 2 de enero de 1839. *Carta 1108, Lettres, t. IV, p. 440.*

amor no hace más que inflamarse cada vez más». Y añade[55]: «No se preocupe, querido hijo, del gran número de ocupaciones de que está cargado. No le faltará la asistencia de nuestra divina Patrona».

Todo gana con esta calma, tanto el alma, que queda en posesión de toda su fuerza, y las mismas ocupaciones que se realizan mejor y más rápidamente. Dice todavía el P. Chaminade[56]: «Usted encontrará ahí la paz del alma, la fuerza, el coraje y sobre todo lo que hace multiplicarse cuando se está sobrecargado».

Sin este dominio de sí, nunca habría podido el P. Chaminade afrontar la sorprendente multiplicidad de sus ocupaciones. Ya bajo el Impero, se sentía desbordado. Peor fue después de la Restauración y, en 1815, se quejaba de verse obligado a pasar «semanas enteras sin tomar la pluma»[57]. El trabajo iba creciendo y a pesar de la ayuda de varios secretarios a los que dictaba sus cartas, no conseguía mantenerse a flote. Escribe a la Madre de Trenquelléon[58]: «Usted comprende, querida hija, que le escriba de prisa. Estoy como asediado de gente y de ocupaciones desde la mañana temprano hasta la noche muy tarde. ¡Que el Señor sea glorificado por ello!». A medida que avanzaba , «la tormenta de asuntos, según su expresión[59], estaba muy lejos de disminuir»: «Mis ocupaciones, dice él[60], crecen cada vez más; con la gracia del Señor que me las envía, espero llevarlas a cabo». No era siempre posible. Dejaba cartas sin respuesta durante varios meses, y los que le escribían no dejaban de pedir una sola palabra de respuesta, con tal de que fuese a tiempo. Él se lamentaba[61]: «¡Cuántos acreedores de cartas y respuestas para los que soy un deudor casi insolvente». Prolongaba su trabajo hasta bien avanzada la noche, y no bastaba. A menudo sus cartas están fechadas a las diez, a las once o a las doce de la noche, y acompañadas con estas palabras: «Se me cierran los ojos»[62] o «el sueño y la fatiga me abruman»[63].

Al menos, gracias a este perfecto dominio de sí mismo, todo lo que hacía estaba bien hecho. Si sólo se tratase de la dirección espiritual, su larga experiencia hubiese bastado. Pero a menudo se trataba de asuntos temporales, algunos graves, referidos a sus nuevas fundaciones y su desarrollo. Se dejaba guiar entonces por esa prudencia de la que tenía fama desde el tiempo de la Revolución e incluso antes. Algunos sostenían que la lentitud de su palabra era debida en parte al cuidado que ponía en no decir más que lo que convenía en cada circunstancia[64].

Su lentitud en decidirse cansaba a las personas precipitadas e impacientes. Escribía al P. Lalanne[65]: «Usted considera tímida la prudencia que me guía; pero usted sabe, querido hijo, que la timidez entra esencialmente en el carácter de una verdadera prudencia». Sin turbarse, examinaba un asunto en todos sus aspectos, tomando todas las precauciones para que no se le escapase ninguna información, para que no le faltase ninguna opinión útil, aunque fuese de sus inferiores. Escribe a Clouzet[66]: «Tengo por costumbre consultar antes de mandar, consultar sobre todo a los que deben ejecutar».

El argumento preponderante, el que invariablemente inclinaba la balanza en un sentido u otro era la voluntad de Dios. Toda su preocupación era asegurarse de ello. Revelaba su propia línea de conducta cuando trazaba una a Clouzet en los términos siguientes[67]: «Quiero que usted sea prudente; la prudencia es una de las principales cualidades de un primer jefe. Pero quiero que su prudencia se guíe por la antorcha de la fe, al mismo tiempo que se sirve de las luces de la razón. El Espíritu Santo dice que las miras humanas son tímidas e inseguras. Busque en todo sólo a Dios y su benplácito». Con la Madre de Trenquelléon emplea el mismo lenguaje[68]: «Como los fines de este Instituto son todos de orden sobrenatural, yo no quisiera en usted una sabiduría puramente natural, sino esa sabiduría que viene de lo alto; quiero, por tanto, que pida sin cesar al Padre de las luces adquirir una gran fidelidad a los movimientos de la gracia y una gran pureza de corazón».

Ponía toda su confianza en la oración, en la reflexión en presencia de Dios. Decía un día[69]: «No recuerdo haber hecho ninguna institución sin examinar si estaba en el orden de la Providencia». Si tenía necesidad de luz sobre algún punto, bajaba a la capilla de la Madeleine por la puerta que comunicaba

---

[55] 19 de febrero de 1839. *Carta 1118, Lettres, t. IV, p. 456.*

[56] A Clouzet, 9 de abril de 1827. *Es una cita no textual. Cfr. Carta 432, Lettres, t. II, p. 272.*

[57] A Adela de Trenquelléon, 6 de diciembre de 1815. *La fecha de esta cita está equivocada; el P. Simler parece aludir a la carta 47, de abril de 1814, Lettres, t. I, p. 47.*

[58] 11 de febrero de 1818. *Carta 96, Lettres, t. I, p. 171.* El 11 de marzo siguiente: «O porque mis trabajos se multiplican o porque soy menos expeditivo o porque mis ayudantes o secretarios están demasiado sobrecargados, el caso es que estoy atrasado en muchas cosas» *Carta 97, Lettres, t. I, 172*.

[59] 4 de diciembre de 1821, a la Madre de Trenquelléon. *Carta 180, Lettres, t. I, p. 309.*

[60] 9 de agosto de 1817 a la Madre de Trenquelléon. *Carta 92, Lettres, t. I, p. 161.*

[61] 18 de enero de 1825, a Clouzet. *Carta 321, Lettres, t.I, p. 636.*

[62] 10 de junio de 1823, a David Monier. *Carta 240, Lettres, t. I, p. 434.*

[63] 29 de octubre de 1830. *A Lalanne. Carta 555, Lettres, t. II, p. 532.*

[64] Es la reflexión de Moncroc en Clairac. Recuerdos manuscritos de Eugène Canette. *AGMAR 17.4.217.*

[65] Abril de 1836. *Es del 4 de abril. Carta 831, Lettres, t. III, p. 600.*

[66] 27 de junio de 1824. *Carta 300, Lettres, t. I, p. 590.*

[67] 26 de agosto de 1824. *Carta 312, Lettres, t. I, p. 617.*

[68] 30 de diciembre de 1816. *Carta 81, Lettres, t. I, p. 139.*

[69] A Clouzet, 20 de marzo de 1827. *Carta 431, Lettres, t. II, p. 269.*

directamente con su casa, se prosternaba mucho tiempo ante el Santísimo Sacramento y se levantaba dispuesto a dar una solución. Una vez encontrada la solución, no le paraba ningún obstáculo. Su voluntad era de hierro, y sus discípulos[70] son unánimes en presentarlo como incapaz de ceder en un punto en que la voluntad de Dios se le hubiera presentado como cierta, aunque fuese preciso esperar años, pero llegando siempre a los fines.

Si concluía que había que rechazar el asunto, no volvía sobre su decisión, por mucha presión que se le hiciese. Así la fundadora del Buen Pastor de Rouen, la señora Anjorran, le suplicaba que le ayudase en la redacción de sus Constituciones. Él le contesta[71]: «No le oculto el apuro que experimento al responderle. Por una parte, su insistencia es humilde y apremiante y, por otra, creo ver tan claramente que Dios no quiere que yo me ocupe de una obra a la que no me ha llamado que no podría sin temeridad ingerirme en ella lo más mínimo». Entre otras razones de su negativa, alega, por un lado, las indicaciones de la Providencia, que no le ha inspirado nada respecto a esta obra, y, por otro lado, «la inmensidad de sus propios trabajos» a los que no puede llegar.

Si se encontraba ante una empresa que la prudencia humana le desaconsejaba, pero hacia la que se sentía arrastrado por una llamada de lo alto, se apresuraba todavía menos que en otra circunstancia. Dejaba que el conflicto interior se resolviese como por sí mismo, hasta el momento en que la voluntad de Dios apareciese más manifiesta. Entonces pisaba la sabiduría humana y se echaba completamente en brazos de la Providencia. En el intervalo, su indecisión se traducía en *sí* y *no* que algunos tomaban por habilidad y delicadeza, y que no eran más que la expresión de influencias diversas ejercidas sobre él por motivos opuestos. De los casos de este tipo decía[72]: «Como ha podido ver, no tomo partido más que cuando veo que ya no puedo echarme atrás». O también, refiriéndose a la compra de Saint-Remy, su primera casa alejada de Burdeos[73]: «Quiero esta obra y, al mismo tiempo, la temo; espero ser arrastrado, por así decir, por el curso de la Providencia». La misma actitud frente a los gastos que necesitaría la ampliación del noviciado de Saint-Laurent [74]: «No he comenzado todavía a levantar Saint-Laurent, los gastos me asustan. Quisiera verme como forzado por la necesidad. Entonces iría adelante sin temor».

Sin temor iba adelante, y, cuando todos dudaban, él aportaba una imperturbable confianza. Escribe a David Monier[75]: «Usted sabe que yo tanteo mucho, pero no me vuelvo atrás en lo que ya he emprendido». En otra carta es todavía más afirmativo: «Puede usted asegurar al señor Bardenet mis disposiciones para proseguir la obra comenzada (la casa de las Hijas de María en Arbois). No he abandonado nunca lo que he emprendido, y desde luego no voy a empezar a fallar con ésta»[76]. Con eso no hacía más que aplicar las reglas sobre la constancia que se había trazado en los tiempos de su estancia en Mussidan: «Una vez emprendida una cosa, no dejarla nunca ni suspenderla mientras subsistan las razones que hicieron emprenderla o mientras los superiores no pidan su reforma».

Desconcertaba a todo el mundo con su audacia, cuando se sabía que era tan reservado y prudente. La prudencia natural cedía el paso a una prudencia totalmente sobrenatural, y no tenía que arrepentirse de esta preferencia. Decía de él la Madre de Trenquelléon[77]: «Mira cómo recompensa Dios al Buen Padre, que no actúa más que para su gloria. Porque a veces, si juzgamos sólo humanamente, parecería que es imprudente, y Dios se las arregla y le envía lo que necesita para saldar todos sus asuntos, precisamente en los momentos en que parece estar ahogado». Eso había sucedido en la Misericordia cuando dijo a Thérèse de Lamourous que comprase el convento de las Anunciadas, sin saber cómo se iba a pagar[78]. Él mismo constataba a menudo en sus cartas lo sabio que era este abandono a la Providencia. A uno de sus hijos decía[79]: «Esta casa (Courtefontaine) ha nacido bajo los auspicios de la Providencia; y no crea, querido hijo, que eso es poca cosa. Todas las obras que he creído que Dios pedía y que he emprendido por eso son las que mejor han resultado; pero se necesita en los que las llevan mucha fe y confianza». Tampoco en estos casos el P. Chaminade descuidaba ninguno de los medios humanos. Escribía[80]: «Usted dice muy alto: la fe y la confianza hacen milagros; yo digo muy bajo: la fe y la confianza sólo hacen milagros en la medida que son necesarios, después de haber empleado los medios que la fe puede sugerir».

---

[70] Por ejemplo el P. Caillet o el P. Lalanne; véase más arriba, capítulo 11. *Volumen I, p. 178.*

[71] 11 de junio de 1839. *Carta 1143, Lettres, t. V, p. 23.*

[72] Al P. Lalanne, 30 de abril de 1831. *Carta 588, Lettres, t. III, p. 19.*

[73] A David Monier, 21 de mayo de 1823. *Carta 236, Lettres, t. I, p. 422* Escribía al P. Chevaux el 30 de noviembre de 1832: «Dejémonos siempre como arrastrar por las disposiciones de la Providencia». *Carta 652, Lettres, t. III, p. 205.*

[74] A David Monier, 30 de abril de 1822. *Carta 196, Lettres, t. I, p. 336.*

[75] 21 de junio de 1822. *Carta 205, Lettres, t. I, pp. 352-352.*

[76] Carta a la señora d'Oussières, diciembre de 1826. *Es de 27 de diciembre de 1826. Carta 423, Lettres, t. II, p. 252.*

[77] A Madre Encarnación, 27 de febrero de 1826. *ABT, carta 638.4, Vol. II, p. 512*

[78] Véase más arriba capítulo 10. *Volumen I, p. 172*

[79] A Perrodin, 13 de julio de 1840. *Carta 1212, Lettres, t. V, p. 226.*

[80] A Baillard, 14 de septiembre de 1837. *Carta 992, Lettres, t. IV, p. 226.*

A uno de sus comunicantes desvelaba todo su «sistema». Le dice[81]: «En realidad, nuestros recursos son inagotables, los encontramos en el tesoro de la Providencia que protege de manera admirable al Instituto de María. Pero nunca me permito recurrir a estos recursos más que en la medida que la misma Providencia divina parece invitarme a ello. Seguir paso a paso los planes de Dios, haciendo las obras que se digna delegarme, ése es todo mi sistema. Desde hace algún tiempo estoy casi siempre en la escasez, y sin embargo, cuando llega la ocasión, tengo una abundancia que asombra. Por ejemplo, la pasada semana estaba en apuros para pagar unas pequeñas cuentas. En ese aprieto, creí ver los designios de la Providencia en una amplia casa que se me ofrecía[82]. Pedí un poco de tiempo para tomar una decisión. A la veinticuatro horas, pude ofrecer ochenta mil francos contantes. Una vez hecha la compra, he vuelto a la escasez habitual».

Podríamos multiplicar los ejemplos. Nos contentaremos con citar un pasaje de su correspondencia en que el fundador distinguía la parte que daba y quería que se diese respectivamente a la prudencia humana y a la prudencia sobrenatural. A la Madre de Trenquelléon, que le consultaba sobre la admisión de una postulante sin fortuna, le dicta las dos reglas siguientes[83] «La primera regla: no cargar al convento con más fuerzas de las que puede llevar, no dañar lo que necesitan aquellas a quienes se les ha prometido la subsistencia. La segunda regla: para un sujeto de gran virtud, de una vocación extraordinaria, no consultar demasiado a la prudencia humana, si Dios inspira recibirle, por motivos importantes; obedecer a este impulso potente». Se observará la perfecta conformidad de esta conducta con la de san Francisco de Sales, que decía: «La verdadera virtud de prudencia debe ser verdaderamente practicada, pero de tal manera que la virtud de un confianza sencilla supere todo».

Detenemos aquí la descripción de la fisonomía moral del P. Chaminade. Todos los aspectos de esta fisonomía: bondad, sabiduría, moderación, prudencia, energía, se fundan y se resumen en un rasgo totalmente característico, la serenidad del alma y del rostro, y es impresionante ver cómo el tipo que se realiza en el P. Chaminade se acerca al ideal de sabio propuesto por la filosofía de todos los tiempos y al ideal de santo propuesto por el cristianismo. No nos puede extrañar encontrar este término de santo aplicado al P. Chaminade en la pluma y en los labios de muchos de los que mejor le conocieron en épocas diferentes de su vida[84]. No nos pertenece ni confirmar ni invalidar ese juicio, porque nuestro papel de historiador nos invita sólo a poner de relieve los hechos mismos.

Seguiremos nuestro relato, no sin antes completar el retrato del P. Chaminade esbozando su fisonomía intelectual e indicando los principios característicos de su dirección.

---

[81] A Bardenet, 31 de mayo de 1824. *Carta 293, Lettres, t. I, p. 570.*

[82] Se trataba de la adquisición del hotel de Razac para el traslado del internado de la calle des Menuts.

[83] 15 de octubre de 1817. *Carta 93, Lettres, t. I, p. 165.*

[84] Por ejemplo, del P. Joffre (*Abbé Degan, "Vie de M. Joffre", Typographie V^e^ Dupuy et Comp., Bordeaux 1862, pp. 45-46*), de Lalanne (carta a Chevaux, 4 de octubre de 1833) *AGMAR 25.1.20*, de Roussel (carta a Chevaux, 12 de diciembre de 1844), de Pernet, que fue más tarde jesuita (notas de Sylvain), etc. *AGMAR 17.4.201.*

Capítulo 25: Retrato del P. Chaminade: su fisonomía intelectual y su doctrina

Viendo las obras que emprende el P. Chaminade, su mucho trabajo y su atención a las realidades prácticas, se estaría tentado de considerarlo como uno de esos hombres de acción para los que la especulación no es más que el pasatiempo de los ociosos. Y sin embargo, el P. Chaminade era «un espíritu meditativo», como nos asegura el discípulo que mejor le ha conocido, el P. Lalanne[85].

Le gustaba el estudio y había adquirido conocimientos lo suficientemente amplios y profundos como para que el propio Lalanne pudiera escribir en una de sus cartas que «el P. Chaminade era no sólo un santo, sino también un sabio»[86]. Sus estudios comenzados en Mussidan, seguidos en Burdeos y en París, habían sido retomados durante los tiempos libres forzosos del exilio, y después no habían sido nunca completamente abandonados, a pesar de la sobrecarga de ocupaciones.

Leía mucho y sabía leer, es decir que, deseoso de controlar sus propias ideas y adquirir otras nuevas, se esforzaba en sacar de sus autores lo que éstos tenían de original. Acababa de ser fundada su Compañía, los recursos eran modestos, y, sin embargo, no dudó en comprar en 1823 la gran biblioteca del P. Cosne[87], y dotó así a sus hijos de un instrumento de trabajo incomparable. Efectivamente, era una de las bibliotecas mejor equipadas de la época. Tenía doce mil volúmenes, en los que todas las ciencias naturales, filosóficas y religiosas estaban representadas con libros de fondo. El P. Cosne, antiguo cordelier, era un bibliófilo. Encargado, antes de la Revolución, de la biblioteca de su convento, y, con monseñor d'Aviau, de la del arzobispado, había aprovechado, después de la tormenta, la dispersión de todas las bibliotecas antiguas, para hacerse él mismo una biblioteca de libros de valor. Cedió todo al P. Chaminade, su amigo, por un precio relativamente módico. El P. Chaminade usó de ella hasta sus últimos días. No renunció a leer más que cuando sus ojos fatigados ya no le servían. Incluso entonces conservó en torno suyo unos cuantos libros preferidos y pedía a sus hijos que le leyeran de ellos.

Si le gustaba instruirse de la experiencia y del pensamiento otros, le gustaba más todavía reflexionar. Ampliaba los temas, alargaba sus horizontes, elevaba su punto de vista, y se unía a los principios más generales, tomando los más seguros. Cuando de estas cumbres bajaba a las soluciones prácticas, no siempre coincidía con sus contemporáneos. Poco le importaba, a no ser que tuviese que moverse en el dominio de las ciencias sagradas, en que la autoridad de la Iglesia reivindica derechos inalienables. En esto manifestaba una docilidad de espíritu completa porque el principio sobre el que reposaba, el respeto debido a la Iglesia, le parecía sólidamente establecido. Sin embargo, incluso en esta materia, cuidaba muy bien de no confundir las reglas de la Iglesia con las aplicaciones más o menos arbitrarias que el uso o el capricho hacen de ellas en tiempos y lugares determinados, aunque su espíritu se inclinase siempre preferentemente hacia una conformidad tan completa como fuese posible con todo lo que parecía emanar, de cerca o de lejos, de esta autoridad respetada.

En los demás dominios, se liberaba de la servidumbre de las ideas recibidas, y no temía abrir nuevas vías si juzgaba que su apostolado podía ganar con ello. En este caso, su principio era orientarse en el futuro más que en el pasado, De ahí visiones originales que a veces han desconcertado a sus contemporáneos, pero que el resultado ha justificado suficientemente. Hemos visto ejemplos impresionantes de ello en la creación y organización de sus congregaciones y de sus órdenes religiosas. Todas sus realizaciones están marcadas a menudo por una idea nueva y siempre personal.

Sin embargo, no era especulativo en el sentido propio del término. Su especulación no quedaba nunca en el dominio de la verdad abstracta perseguida por ella misma: no era un fin, sino más bien un medio. Todas las tendencias de su naturaleza iban a la práctica, y en este sentido es verdad que era ante todo un hombre de acción. Su inteligencia estaba maravillosamente dotada para ayudarle en ese aspecto. Poseía un fondo de buen sentido y de juicio recto que por sí solo constituye un tesoro precioso. Además tenía la facultad de discernir los detalles, de percibir hasta los menores matices y aplicar así los principios a las necesidades y a las circunstancias. Esa clara visión de los diferentes aspectos de una misma cuestión hizo decir de él al P. Lalanne que su mente era «sutil». Efectivamente, parecía llevar esta cualidad hasta el exceso. No es que sus razonamientos se basen en sutilezas, lo que sería un fallo del juicio, sino que captaba tan bien todas las diversas caras de una cuestión que su análisis demasiado exacto perjudicaba a veces a la claridad de sus decisiones. Contribuía a aumentar su duda ante una grave decisión, sobre todo cuando coincidía con una incertidumbre respecto a la voluntad de Dios. Pero eso no era más que una imperfección de detalle; aunque a veces perjudicase a sus obras, no le impedía ser eminentemente apto para la acción.

---

[85] Memoria del 13 de febrero de 1842.

[86] Carta a Chevaux, 4 de octubre de 1833. *AGMAR 25.1.20.*

[87] *Hay que corregir, tanto en el texto como en esta nota, la ortografía del nombre; se trata del P. Conne. Cfr. carta 177, Lettres, t. I, pp. 306-307.* El P. Cosne era, en 1823, el confesor de monseñor d'Aviau; enseñaba la moral en la facultad de teología. Murió en 1825. Algunas notas biográficas sobre el P. Cosne se pueden encontrar en la *Histoire des Séminaires,* t. II, p. 151.

Con esas disposiciones de espíritu, el P. Chaminade da a la forma una importancia sólo secundaria. Entendía el arte y lo amaba[88], pero no se veía que tuviese el temperamento de artista: la imaginación jugaba en él un papel accesorio. Su cultura literaria era muy cuidada y, desde ese punto de vista, pertenecía enteramente al siglo XVIII, tan clásico y tan fiel al culto de la antigüedad. Pero si estimaba la forma, si no la descuidaba más que con pesar, no podía sacrificarle el fondo. Es la impresión que se desprende de la lectura de sus cartas, que son cartas sobre asuntos que resolver y cartas de dirección, escritas de prisa en medio de las más graves preocupaciones. Revelan la preocupación del orden, la claridad, incluso de cierta elegancia, y, sin duda, no carecen de encanto. Alusiones finamente redactadas, comparaciones originales, firmeza y claridad de estilo que parecen reflejarse en una escritura recta, recogida, cuyos rasgos están perfectamente formados: todo esto unido a la gran riqueza de fondo, cuya lectura resulta muy atractiva. Pero sus cartas no tienen ninguna pretensión literaria: incorrecciones de detalle, frases inacabadas, seguidas de *etc.,* reflejan al hombre abrumado por las ocupaciones, que no puede aplicarse a lo que no es absolutamente esencial. Él mismo se da cuenta de ello. Escribe[89]: «Usted encontrará incorrecciones de estilo en mis cartas. Continuamente me distraen cuando estoy escribiendo y no tengo tiempo de leerme de nuevo».

Sus sermones eran más cuidados. Fiel a la tradición del siglo XVIII, creía que el respeto debido a sus oyentes exigía un estilo al menos correcto. Además se había formado en la escuela de los grandes sermonarios y no tenía dificultad para dar a sus frases los giros del período clásico. Era todo lo que tenía en común con los predicadores del siglo anterior. Su pensamiento era simple, enemigo de toda afectación: evitaba la perorata filosófica y la sensiblería, iba derecho al objetivo que era convertir y no agradar. Hacía uso constante de la sagrada Escritura, creyéndose autorizado, siguiendo el ejemplo de los Padres y la costumbre de su tiempo, a emplearla en los diferentes sentidos que la tradición cristiana le da y no solamente en sentido estrictamente literal. Dice él mismo : «La palabra del sacerdote debe ser, en la medida de lo posible, un tejido de sagrada Escritura, pero sin ninguna afectación»[90].

Aunque la actividad intelectual del P. Chaminade no se fijase ni en la filosofía propiamente dicha ni en la literatura, no era exclusivamente la agitación devoradora de un hombre activo. Recogido como estaba en medio de las mayores ocupaciones, conservaba la suficiente libertad de espíritu para volver a sus estudios y alimentarlos sin cesar. Naturalmente mantenía de preferencia los que iban más directamente al fin apostólico que perseguía, apologética, dogmática, moral y ascetismo. Estas dos últimas materias eran sus predilectas y adquirió en ellas una incontestable competencia.

La moral le interesaba. Sus sermones se inspiran a menudo en Bourdaloue. Exhorta más bien que expone. Va derecho a la práctica, tanto si recomienda la devoción a María como si predica los fines últimos o analiza directamente y corrige las costumbres de los hombres. Destaca en observaciones psicológicas, porque ha estudiado mucho el corazón humano en los libros, y más todavía en la viva realidad. Ha dejado muchas notas interesantes que revelan agudeza observadora: llevan a los sujetos más variados, lo más a menudo a jóvenes y religiosos, los dos campos de observación que tiene constantemente ante sus ojos. Por ejemplo, si se propone comparar las tendencias del joven antes y después de su matrimonio, he aquí sus reflexiones: «Antes, le gusta acicalarse; después, si le sigue gustando acicalarse, ya no se atreve: Antes, le gusta ser actor, jugar un papel; después, prefiere ser espectador u oyente, le gusta juzgar a los otros. Antes, es más sensible a la amistad y a los testimonios de afecto; después, es más sensible a la estima, a las atenciones. Antes, el ejemplo le produce una viva impresión, ama las modas; después, sólo le remueven las multitudes. Es lento en seguir las modas, etc.».

Este conocimiento muy exacto del corazón humano, junto a su excepcional prudencia y a su gran bondad, le valen una confianza universal. Un gran número de sacerdotes y de laicos le abren su alma y se confían a su dirección[91]. Presbiterios, seminarios, comunidades religiosas, de todas partes acuden a él para solucionar casos difíciles, y no es ésta la menor de sus ocupaciones. Hace ver a menudo en sus cartas que a menudo deja sus ocupaciones «para resolver alguna dificultad de moral o de derecho canónico»[92].

Una cuestión que aparece frecuentemente es la del préstamo a interés. En esta época, la enseñanza sobre este punto poco firme y se choca con dificultades, insuperables para los que no conocen más que la letra

---

[88] «Amo la música y me gusta que sea enseñada a los alumnos que tienen disposiciones» (A Lalanne, 15 de julio de 1832. *Fecha ligeramente equivocada, se trata de la carta 634, de 13 de julio de 1832, Lettres, t. III, p. 168*). Habla en términos análogos del dibujo.

[89] Al P. Caillet, 10 de julio de 1825. *Carta 356, Lettres, t. II, p. 34.*

[90] Desgraciadamente no tenemos más que raros fragmentos de sermones enteramente redactados por el P. Chaminade. Porque, como él mismo declaraba a la policía que, en 1809, le había incautado sus proyectos de sermones entre sus papeles: «Cuando tenía que hablar de un tema de moral o de religión, ponía algunas ideas en una hoja. Cuando creía poseer el tema, dejaba de escribir. No escribió nunca ni discursos ni conferencias más que para fijarse, y, la mayor parte de las veces, no escribía la idea en que se fijaba». *AGMAR, 1.1.38; cfr. EP, v. I, p. 251.*Tenemos un gran número de estos esquemas, que muestran al menos la personalidad de su pensamiento y la abundancia de sus lecturas.

[91] A menudo daba como penitencia la *oración universal* del Papa Clemente XI.

[92] Carta al P. Lalanne, 22 de diciembre de 1830. *Carta 570, Lettres, t. II, pp. 572-576.*

de la doctrina tradicional. El P. Chaminade no cree poder proponer una doctrina nueva, pero aporta en la interpretación de las reglas antiguas esa sabiduría y moderación que le caracterizan y abre una vía práctica y segura en relación con las nuevas condiciones económicas en que se desenvuelve la sociedad moderna.

Su manera de resolver las dificultades es ésta: se mantiene en las teorías comúnmente recibidas de su tiempo, pero se esfuerza por aportar en su aplicación una justa apreciación de la importancia relativa de las cuestiones, un espíritu amplio que se inspira en las enseñanzas del evangelio y de la Iglesia más que en opiniones de tal o cual teólogo, y finalmente una bondad compasiva para con las miserias de la humanidad. Él mismo define así su manera de obrar[93]: «Yo no soy ni rigorista ni laxista; soy o al menos quiero ser como quiere la Iglesia de sus ministros; si me equivoco, es sin duda de buena fe». Aparte de las reglas precisas dadas por la Iglesia, estima que la observación y la experiencia los guías más seguros y que es peligroso, en materia de moral, entregarse a especulaciones que corren el riesgo de ser demasiado absolutas y de arrastrar en la práctica consecuencias enojosas.

Esta disposición de su espíritu le inspiraba de primeras aversión contra todo lo que se titulase sistema. En 1822, la doctrina de san Alfonso María de Ligorio era todavía casi desconocida en Francia. El P. Chaminade no había leído nada de ella y su primer movimiento cuando se le habló fue de desconfianza. Dice[94]: «Se dice que las obras y sobre todo el sistema que aparecen con el nombre del Beato no son de él. Sea lo que sea, no debe haber ningún sistema, sobre todo en moral».

Usaba con preferencia un método empírico, en el que la teoría sólo servía como punto de partida. En los casos que no dependen sólo de la apreciación individual sino más bien de los usos recibidos en determinada época, se inspiraba, como es justo, en las doctrinas en las que había sido educado y según las cuales se determinaba la práctica común de los cristianos de su tiempo.

Su manera de obrar está bien caracterizada en su dirección respecto a la recepción de la santa comunión. Por una parte, conforme a su método, no admitía sobre este punto reglas absolutas. Así enseña en el noviciado de las Hijas de María[95]: «La comunión más o menos frecuente debe ser otorgada a los sujetos en la medida en que su deseo se acrecienta y trabajan en destruir sus defectos, porque la comunión frecuente, sin la corrección de sus vicios, es más nociva que útil. Que cuide, sin embargo, de no caer en el exceso contrario para no debilitar las almas privándoles de este precioso alimento».

Por otra parte, en la aplicación, seguía las tradiciones del siglo XVIII todavía fielmente conservadas en su época. Eran severas y consideraban como comunión frecuente, sobre todo para los laicos, la comunión cada ocho días. Entonces se consideraba sobre todo el respeto debido al sacramento, mientras que, en nuestros días, se insiste con preferencia en los efectos producidos por la presencia de Nuestro Señor en el alma de quien lo recibe. En todo caso, el P. Chaminade animaba a los jóvenes a no pasar un mes sin acercarse a la santa Mesa, mientras que se mostraba circunspecto para admitirlos a la comunión muy frecuente, mostrándose sobre todo severo en la Misericordia para admitir a las penitentes a lo que se llamaba primera comunión. Adaptaba sus exigencias a la situación y a las necesidades de las almas que dirigía.

Se mostraba fácil sólo respecto a los religiosos, e incluso a ellos no les admitía a la comunión diaria más que si percibía en ellos disposiciones excepcionales. Pero entonces a las almas que eran objeto de este favor las mantenía en una profunda humildad. Decía a la Madre Teresa, religiosa que él tenía por muy avanzada en las vías del Señor[96]: «En cuanto a sus comuniones, siga con sencillez los consejos y órdenes de su confesor. Como todavía le queda mucho camino para llegar a la perfección de su estado, su confesor puede ver en la comunión de todos los días el medio necesario para hacerle avanzar hacia su fin: usted sabe lo que el ángel del Señor dijo a Elías yendo a la montaña de Horeb, etc.». Además, censuraba el uso que existía en algunos conventos de privar sistemáticamente de la santa comunión en castigo de las faltas cometidas y le gustaba citar la historia de un pariente suyo, pequeño burgués, decía él[97], pero que había sido recibido en su juventud a la mesa de un gran señor. Cuando este último murió y su comensal fue obligado a volver a la mesa de familia, no pudo habituarse a ella, desmejoró poco a poco y acabó por sucumbir. Así sucede con los que son privados de la santa comunión una vez que han sido admitidos a ella.

La ciencia ascética no es más que una prolongación de la ciencia moral. El P. Chaminade destacaba en las dos. Se distinguía también por una gran amplitud de miras, liberada de fórmulas convencionales y apelando al evangelio. Uno de sus hijos estaba tentado de escrúpulos a propósito de la obligación de tender a la perfección. El P. Chaminade, después de darle consejos prácticos, le dice[98]: «Querido hijo, hay que conservar en general una gran libertad de espíritu y de corazón en el ejercicio de las virtudes cristianas y religiosas. Las leyes de Jesucristo no son leyes de servidumbre, por muy estrictas que sean; son leyes de gracia y amor. Estamos llamados, dice san Pablo, a la libertad de los hijos de Dios». Esta libertad del alma era

---

[93] A la Superiora de la Misericordia de Laval, 17 de marzo de 1841. *Carta 1252, Lettres, t. V, p. 297.*

[94] A Louis Rothéa, 25 de enero de 1822. *Carta S 188, Lettres, t. VIII, p. 117.*

[95] En sus consejos a la Maestra de novicias de las Hijas de María en Burdeos. *Entresacado de Archivo General de las FMI 2J3-17, pp. 28-27.*

[96] 3 de agosto de 1818. *Carta 100, Lettres, t. I, p. 177.*

[97] Conferencia a las Hijas de María de Arbois. *AGMAR 37.1.12.*

[98] A Honoré Genre, 3 de enero de 1837. *Carta 924, Lettres, t. IV, p. 91.*

en él objeto de una preocupación constante. Veía en ella la condición esencial tanto de la salud del cuerpo como del alma. Dice a propósito de uno de sus hijos enfermos[99]: «Haga de manera que sobre todo el alma del P. Chevaux no esté comprimida. Recuerde a menudo que es la espada la que ordinariamente estropea la vaina y no es la vaina la que estropea la espada»,

Lo que caracteriza fundamentalmente la doctrina espiritual del P. Chaminade es una llamada constante a la virtud de *fe.* Comenzaba habitualmente sus conferencias religiosas con el texto del Concilio de Trento: *«Fides est initium, fundamentum et radix omnis justificationis»* o con un texto análogo de la Escritura, como éste de san Pablo: *«Justus meus ex fide vivit»* (Heb 10,38). Exaltaba la fe con un entusiasmo comunicativo y su emoción le hacía elocuente cuando comentaba las palabras de Nuestro Señor a la Samaritana: *«Si scires donum Dei»* o la de san Juan Crisóstomo que explica que «la fe nos hace reyes, sacerdotes y profetas»[100].

La fe que él predica no es una adhesión puramente humana a las verdades reveladas, sino que es una virtud sobrenatural. Escribe[101]: «La fe es un don de Dios y no una adquisición del estudio». Recomienda la fe práctica, «que mira todos los objetos naturales o sobrenaturales que nos rodean en el conocimiento que Dios tiene de ellos, y que lo juzga a esa luz para dirigir la vida según ese juicio». Sólo la sumisión de la razón no bastaría: *«Corde creditur ad justitiam»,* dice el apóstol, y el P. Chaminade comenta[102]: «La sumisión de la razón es ya un gran favor de Dios, pero no hace más que preceder a la sumisión del corazón, y el corazón no se somete más que amando. Al menos así lo veo yo, y me parece peligroso no verlo así en la práctica».

Se puede decir que no hay una carta ni exhortación en que no anime a sus hijos a adquirir esta «fe del corazón». De ella espera la perfección y la salvación: «Lo propio de la fe del corazón es dar la estabilidad a las facultades de nuestra alma, a nuestra mente y a nuestra voluntad, digo la voluntad del hombre nuevo»[103]. Dice todavía[104]: «La fe, si usted sigue habitualmente su dirección, le conducirá infaliblemente al cielo, y, durante su ruta o su peregrinación en la tierra, le hará gozar de una profunda paz». Hablando de un religioso dice enérgicamente[105]: «Si esta fe puede morder en su alma, puede llegar a ser un buen sujeto».

Podríamos citar cientos de ejemplos de este tipo. Tomemos todavía alguno al azar[106]: «Querido hijo, haga usted de manera que todas sus acciones, poco a poco y sin inquietud, se conviertan en obras de fe, y, aunque usted sea frío y casi sin sentimiento, ¡no importa!, son las obras las que nos acompañarán ante el temible tribunal, y no los sentimientos». Piensa que la mejor recomendación que se puede sugerir a un moribundo es la fe. Escribe al confesor del enfermo[107]: «Usted le hablará, a su alcance, de la doctrina de la fe en Jesucristo, que la Compañía de María abraza de una manera muy especial». Por el contrario, no tiene esperanzas si está ausente la fe. Dice[108]: «Temo siempre mucho por una piedad que es sólo superficial y que no tiene por principio los motivos puros de la fe».

Otra característica de la doctrina del P. Chaminade es el lugar importante que atribuía a la *devoción a la santísima Virgen.* No podíamos esperar menos de un apóstol de María. Pocos temas ha predicado tan a menudo como el de la devoción a María, si juzgamos por los esquemas de los sermones que nos han llegado[109]. No se agotaba en esa materia y hablaba con una elocuencia comunicativa que reflejaba su profunda convicción. Enseñaba con san Anselmo y san Bernardo que la devoción a María es signo de predestinación. Escribía incluso al principio de su Manual del Servidor de María, las palabras de Alain de la Roche: *«Signum tibi probabilisimum aetrenae salutis, si perseveranter in dies Mariam in suo psalterio salutaveris.* La perseverancia en saludar todos los días a María en su salterio será para ti un signo muy probable de salvación eterna», Aún más, afirmaba en sus sermones que «despreciar e incluso descuidar el culto a María es un signo de reprobación».

No concebía verdadera vida interior sin un recurso frecuente a María. Todas sus cartas están llenas de apremiantes recomendaciones a este respecto: Escribe por ejemplo[110]: «Me parece que su amor por la divina María va creciendo, y bendigo por ello al Señor: es Jesucristo mismo quien le inspira o, mejor dicho, le va inspirando poco a poco, según el grado de su fidelidad, el amor que él mismo tiene por su santísima

---

[99] Al P. Lalanne, 22 de septiembre de 1831. *Carta 600, Lettres, t. III, p. 66.*

[100] Retiro de 1821. *Meditación 12ª: alusiones en varias notas de los participantes.*

[101] Al P. Caillet, 23 de julio de 1825. Añade: «Sin embargo, el estudio es un buen guía cuando se hace con rectitud de corazón». *Carta 362, Lettres, t. II, p. 101.*

[102] Al P. Lalanne, 23 de enero de 1833. *Carta 661, Lettres, t. III, p. 227.*

[103] Al P. Lalanne, 23 de enero de 1833. *Ibidem, pp. 227-228.*

[104] A Clouzet, 29 de noviembre de 1827. *Carta443, Lettres, t. II, pp. 298-299.*

[105] A Clouzet, 29 de marzo de 1832. *Destinatario equivocado. Es a Chevaux, Carta 619, Lettres, t. III, p. 129.*

[106] A un destinatario desconocido, el 17 de enero de 1839. *A Chevaux, Carta 1111, Lettres, t. IV, p. 445.*

[107] Al P. Léon Meyer, 5 de mayo de 1844. *Carta inexistente. No ha sido posible identificar la cita.*

[108] Al P. Léon Meyer, 3 de septiembre de 1834. *Carta 757, Lettres, t. III, p. 450.*

[109] Y sin embargo, en las fiestas de la Virgen, tenía costumbre de invitar a un predicador extraño para atraer más gente a la Madeleine.

[110] A Perrodin, 1 de marzo de 1843. *Carta 1271, Lettres, t. V, p. 348.*

Madre. Su amor por ella es eterno por el designio eterno de su encarnación. Lo que no dejo de admirar desde hace algún tiempo, y demasiado poco tiempo, es que María, en el momento de la encarnación, fue asociada a la fecundidad eterna del Padre por su fe viva animada de una caridad incomensurable». De una forma u otra repetía a cada uno de sus hijos: «Manténgase siempre en compañía de la santísima Virgen, sobre todo en sus oraciones»[111]. Así les asegura un progreso rápido. Ninguna de las prácticas de devoción a la Virgen le parecía vana. Recomendaba especialmente el rosario[112] y hacía celebrar el mes de María, práctica que entonces estaba todavía poco extendida. Al culto de María, asociaba estrechamente, como ya hemos visto, el culto de san José y se consideraba en el deber de predicar a menudo sus grandezas y la eficacia de su intercesión.

La fe y la devoción a María constituían como el sello particular, la fisonomía propia de la vida interior, tal como la encontramos practicada y recomendada por el P. Chaminade. Los demás puntos de su doctrina espiritual, aunque sean en él menos particulares, no están desprovistos de interés ni incluso de cierta originalidad.

Para él los elementos constitutivos de la vida espiritual, así como los ejercicios que deben mantenerla sin cesar, cualquiera que sea el grado de perfección al que se haya llegado, son la oración y la mortificación, que son dos prácticas inseparables. Escribe[113]: «Querido hijo, tiene usted razón en que, si es usted mortificado, sobre todo de la mortificación interior, y si es un hombre de oración (y no será nunca lo uno sin lo otro), pondrá remedio a todo lo que le falta».

La *oración* ocupa el primer lugar. Enseña a sus congregantes[114] que no hay buena oración en la que no entren los primeros elementos de la oración mental. Según él[115], «la oración es el eje sobre el que se mueve toda la vida interior». No debe ser estorbada por ninguna ocupación ni tampoco por la mortificación. A uno de sus hijos inclinado a excederse en este último punto, le dice[116]: «Tome el alimento que necesita para mantener sus trabajos; tome también reposo suficiente. Largas vigilias le pondrían en la imposibilidad de orar que tanto necesita con los apuros y dificultades que tiene usted que resolver».

Por la naturaleza de las cosas, la oración es el único camino que lleva a la vida interior, porque, según él[117], «la vida interior no es más una oración continua, y no comprendo cómo se puede llegar a ella sin buenas oraciones particulares». Dice todavía[118]: «Por muy apremiado que está, dedique suficiente tiempo a la oración. Sólo aquí encontrará usted, en gran abundancia, esa paz del alma de la no debe salir nunca; aquí aprenderá a resignarse y a tener paciencia en las numerosas dificultades y contrariedades que nunca faltan en los establecimientos llamados a producir grandes bienes». Iba tan lejos en el culto de la oración que, en un retiro, dijo a sus hijos: «Una oración bien hecha es una verdadera comunión, una unión verdadera con Jesucristo, aunque no sea sacramental».

En cuanto a la manera de hacer oración, no es exclusivo. Piensa[119] que «todas las formas de oración son buenas, con tal que se haga». Cuando, apremiado por sus hijos a guiarlos en este ejercicio esencial, se decide a tomar la pluma y a dejarles algunas notas orientadoras, comienza por estas palabras significativas: «Hay muchos métodos de oración y pocos hombres de oración». No da un método nuevo, y se contenta con dar consejos que pueden adaptarse a todo buen método, sin crear uno especial.

A los principiantes les recomienda lo que él llama la *oración mixta,* que combina la oración vocal con la oración mental y que apoya sus reflexiones y sus afectos en un texto seguido. A este respecto, el *Credo* le parece el texto más fecundo. Dice[120] que «así se acostumbrará a meditar y dominar la imaginación. Puede uno encontrarse muy bien en la oración sin gustar de la consolación. Hay que obrar, hay que hacer violencia a la imaginación: si no se trabaja, no se tendrá nunca nada». Este primer paso conduce a lo que el P. Chaminade llama la *oración de fe,* «que gira sobre las verdades de la fe y que se hace sólo a la luz de la fe». En realidad, es la verdadera oración y, cualquiera que sea el método empleado, el P. Chaminade quiere que se le imprima ese carácter. La oración de fe se completa, según él, con la oración de *presencia de Dios,* es decir con tal crecimiento de la fe que, mientras dura la oración, el alma se mantiene en la atmósfera permanente de la presencia de Dios. Se comprende que las formas más elevadas de oración puedan encerrarse en esta denominación.

---

[111] A Claude Mouchet, 9 de noviembre de 1836. *Carta 897, Lettres, t. IV, p. 51.*

[112] Notas manuscritas de Sylvain. *AGMAR 17.4.329.*

[113] Al P. Chevaux, 18 de noviembre de 1836. *Carta 902, Lettres, t. IV, p. 56.*

[114] Notas manuscritas de Sylvain. *AGMAR 17.4.329.*

[115] A Clouzet, 4 de febrero de 1839. *Error: es a Léon Meyer, 6 de febrero de 1839, Carta 1115, Lettres, t. IV, p. 450.*

[116] Al P. Caillet, 17 de mayo de 1824. *Carta 288, Lettres, t. I, p. 558.*

[117] A Clouzet, 19 de marzo de 1839. *Carta 1127, Lettres, t. IV, p. 466.*

[118] A Clouzet, 9 de abril de 1827. *Carta 432, Lettres, t. II, p. 272.*

[119] Notas manuscritas de Sylvain. *AGMAR 17.4.329*

[120] Consejos a la Maestra de novicias del noviciado de Burdeos. *AGMAR 39.1.3-4, pp.30-31; Archivo General de las FMI 2J3-A17, pp. 4-5.*

Una vez conseguida la verdadera oración de presencia de Dios, ella mantiene al alma en la paz y el recogimiento, en medio de las actividades que más disipan del mundo. Dice el fundador a uno de sus hijos[121]: «Si usted lleva el recogimiento a sus ocupaciones, éstas no perjudicarán a la oración; todos nuestros trabajos deben ser una continuación de la oración: *Oportet semper orare et nunquam deficere».* Y a otro escribe[122]: «Que toda su jornada sea una continuación de la oración. Al comienzo de sus principales acciones, entre en recogimiento, y, para que todo vaya bien, renuncie, como al comienzo de la oración, a todas las malas disposiciones e inclinaciones de la naturaleza corrompida para buscar sólo a Dios en todo lo que tiene que hacer. Al principio, querido hijo, usted verá en estas prácticas sólo una sujeción que le será poco agradable; pero, con un poco de constancia, encontrará una gran paz del alma».

La oración no marcha sin la *mortificación.* La mortificación es indispensable para la salvación, según la doctrina misma de Nuestro Señor: *abneget semetipsum.* El P. Chaminade insiste constantemente y predica retiros enteros sobre este tema. En cuanto a la mortificación del cuerpo, él mismo usa demasiado de ella como para condenarla. Dice[123]: «Censurar las austeridades, las penitencias y los actos de humillación sería censurar la conducta de los santos, sería censurar el evangelio». Y añade: «De eso no hay que concluir que haya que usarlos indiscretamente y sin consejo». Aplica aquí ese sabio discernimiento que sabe reservar a cada cosa su tiempo y su lugar. A unos, aconseja penitencias corporales, y, cuando no saben cómo hay que tomar la disciplina, encarga a su fiel Juan que les enseñe, mientras él mismo recita el salmo *Miserere*[124]. A otros niega esas misma penitencias y les ordena que cuiden de su salud para ser más aptos para trabajar para la gloria de Dios[125].

He aquí la regla general que en esta materia traza a la superiora de las Hijas de María[126]: «Me pregunta usted qué conducta debe tener con las que le piden penitencias corporales. Le hace falta, querida hija, mucha discreción. Es cierto que esas penitencias han sido generalmente alabadas y practicadas al menos por la mayor parte de los santos; es cierto que el cuerpo debe ser sometido al espíritu y que, para la gran mayoría, los otros medios son insuficientes. Sin embargo, hay que tener cuidado, porque en esta materia Satán toma muy a menudo la forma de ángel de luz». Por tanto, hay que discernir los motivos que determinan las peticiones de esta naturaleza y obrar en consecuencia. Incluso no siempre se puede decir que la penitencia debe ser proporcionada al estado de salud del sujeto. Dice[127]: «El ejercicio de la penitencia tiene que estar regulado no sólo por las fuerzas del cuerpo sino por las inspiraciones del Espíritu Santo o del Espíritu de Jesucristo. La dificultad está en asegurarse de la verdad de esas inspiraciones». Se asegura en la oración, en la obediencia y en «la unión al Sagrado Corazón de Jesús penitente».

El alma que se da a la espiritualidad pasa diferentes etapas
que le conducen progresivamente a la perfección, y que se llaman comúnmente vía purgativa, vía iluminativa y vía unitiva. El P. Chaminade las estudió e incluso hizo un pequeño tratado sobre este tema, que no ha sido publicado nunca y que ha quedado para uso exclusivo de sus hijos. Él distinguía los tres grados sucesivos de la vida interior con los nombres de *preparación, purificación* y *consumación,* que no parecen muy diferentes de los anteriores pero que contienen una diferencia bastante notable en el fondo mismo de las ideas. No podemos detenernos en analizar este método, aunque parece pertenecer al propio P. Chaminade. Pero al menos es nuestro deber indicar los rasgos esenciales.

La *preparación* empieza por la adquisición «de los cinco silencios, con los que hacemos callar en nosotros las voces indiscretas que nos impiden escuchar a Dios»[128]: el silencio de la palabra, que es el más elemental de todos; el silencio de los signos, que reprime las manifestaciones exteriores de nuestras pasiones; el silencio de la mente, que aparta la multitud de planes, combinaciones y preocupaciones diversas que asaltan al alma disipada; el silencio de las pasiones, que aparta el orgullo y la cólera; el silencio de la imaginación, que disipa los vanos fantasmas que habitan nuestra mente, Comprendido así, el silencio opera el recogimiento, que, junto a la obediencia y a la aceptación de las mortificaciones, termina de *preparar* el alma a la acción de la gracia.

El trabajo de *purificación* nos libra de las causas permanentes de nuestras caídas, unas inherentes a nuestra frágil naturaleza: nuestras debilidades, nuestras inclinaciones naturales y nuestras incertidumbres; otras, que nos solicitan desde fuera: las contrariedades, las sugestiones del mundo y las tentaciones. Estudiar estos obstáculos y eliminarlos, es poner el alma en situación de aspirar a la práctica de las virtudes sólidas.

---

[121] Al P. Léon Meyer, 3 de marzo de 1834. *Carta 729, Lettres, t. III, p. 401.*

[122] A Prost, 28 de diciembre de 1835. *Carta 813, Lettres, t. III, pp. 554-555*

[123] Al P. Charles Rothéa, 5 de julio de 1825. *Carta 355, Lettres, t. II, p. 78.*

[124] Notas manuscritas de Sylvain. *AGMAR 17.4.329.*

[125] En muchas cartas al P. Chevaux.

[126] A la Madre Saint-Vincent, 27 de febrero de 1828. *Carta 450, Lettres, t. II, p. 310 (Cita entresacada).*

[127] Al P. Léon Meyer, 26 de junio de 1832. *Carta 633, Lettres, t. III, p. 165.* La misma doctrina en los Consejos a la Maestra de novicias del noviciado de Burdeos.

[128] Consejos a la Superiora del noviciado de las Hijas de María en Burdeos. *Recorriendo los documentos citados en las notas 11 y 36, no se encuentra esta cita.*

Después de la purificación viene la *consumación,* «el sacrificio en que la víctima recibe el golpe de muerte en la humildad, la abnegación de sí mismo, la renuncia al mundo y la pobreza. El alma se reviste entonces de Jesucristo para vivir con él de la fe, esperanza y caridad»[129]. El objetivo final que hay que perseguir, que no hay que perder nunca de vista y que hay que conseguir en la medida de nuestras fuerzas y de la ayuda de lo alto, es la unión con Nuestro Señor, unión íntima y fecunda, que despoja al alma en cierta manera de sí misma, la reviste de Jesucristo y transforma las propias operaciones en las de Nuestro Señor.

El P. Chaminade encontró en dos opúsculos de Olier, que llama «dos folletos preciosos»[130], una exposición de esta última doctrina que respondía exactamente a su propio pensamiento. Esos dos opúsculos, *Catéchisme chrétien pour la vie interieur* e *Introduction à la vie et aux vertus chrétiennes,* son analizadas así por el autor de la *Vie de M. Olier*[131]: «En el *Catechisme chrétien pour la vie interieur,* Olier propone, por medio de preguntas y respuestas, la necesidad primero de morir a la vida de Adán, es decir al orgullo, a los placeres, al amor de las riquezas, y de vivir luego de la vida de Nuestro Señor, amando como él la humildad, la mortificación y la pobreza, y participando en la gracia de sus misterios. Es el objeto de la primera parte. En la segunda, muestra que las oración es el medio principal para adquirir este espíritu y para conservarlo». «En la *Introduction à la vie et aux vertus chrétiennes,* Olier enseña a sus discípulos a practicar, con el espíritu de Nuestro Señor, las verdaderas virtudes, sobre todo las que son más necesarias para destruir los deseos corrompidos del hombre viejo, como la humildad, la paciencia, la mortificación, la pobreza y la obediencia. En una palabra, la mortificación de las pasiones y el establecimiento de la vida de Jesucristo resumen toda la espiritualidad de Olier, que por eso el P. Hilarion Nolay llama con razón: el meollo y la quintaesencia del evangelio».

Sin detenerse en la primera parte de estos opúsculos, que encierra una teoría de los efectos de la caída original apoyada en una exégesis quizá forzada y en todo caso desalentadora para muchas almas, el P. Chaminade abraza plenamente la segunda parte, que trata de la unión con Nuestro Señor en términos excelentes. Decía a sus sacerdotes[132]: «Conviene que tengamos la misma doctrina» en esta materia. «Adopto por más o menos la de Olier, contenida en su pequeño *Catéchisme chrétien* y en su *Introduction à la vie et aux vertus chrétiennes».* Creo que sólo necesita cierto desarrollo, sobre todo para los principiantes o para los que han sido mal guiados y no han estado suficientemente en la vía purgativa. Creo también que los sujetos necesitan estar preparados para que les sirva; su modo de oración sólo sirve para los que han entrado en la vía iluminativa, pero fácilmente se puede tomar su espíritu y servirse de él en la vía purgativa».

Con esta doctrina de la unión íntima con Nuestro Señor, el P. Chaminade superaba ya los límites de la espiritualidad ordinaria para entrar en el dominio de la mística. Sin embargo, nunca se internó en él a fondo, y no tenemos ningún escrito suyo que se relacione exclusivamente con ese campo. No ignoraba la mística, puesto que había estudiado y profundizado en santa Teresa, por la que sentía un atractivo especial[133]. Sin embargo, ni la naturaleza de su espíritu ni las necesidades inmediatas que tenía que satisfacer le llevaron a dirigir hacia este lado el esfuerzo de sus trabajos en la vida espiritual. Se contentaba con guiar hacia esas cumbres escarpadas a las almas que la llamada de Dios destinaba a ello, y la sabiduría de su dirección, incluso en estas materias arduas, nos es revelada no sólo por algunas cartas que conservamos sino también por la reputación de que gozaba. Precisamente por su reputación Mons. Jacoupy le insistió mucho tiempo para que se encargase de la dirección de las carmelitas de Agen, función que no pudo aceptar a causa de sus muchas ocupaciones.

Hemos tratado de esbozar a grandes rasgos los aspectos más interesantes de la doctrina espiritual del P. Chaminade. Pero no hemos tocado las partes de esa doctrina que conciernen exclusivamente a la práctica de los consejos evangélicos. Este estudio encontrará su puesto en el capítulo siguiente, en que veremos al P. Chaminade aplicado en formar a sus religiosos y a sus religiosas en las virtudes de su estado.

---

[129] Consejos a la Maestra de novicias del noviciado de Burdeos. *Recorriendo los documentos citados en las notas 11 y 36, no se encuentra esta cita.*

[130] Carta a Clouzet, 5 de diciembre de 1831. *Carta 611, Lettres, t III ,p. 99 (Pero en esta carta habla sólo de un folleto).*

[131] Faillon, *Vie de M. Olier,* 4ª edición, t. II, p. 256. El P. Chaminade leyó también mucho y meditó los *Examens particuliers* de Tronson, que, en el fondo, desarrollan la doctrina de Olier.

[132] Al P. Chevaux, 11 de agosto de 1833. *Carta 698, Lettres, t. III, p. 317 (Aquí habla de los dos folletos).* Después el 30 de agosto de 1833. *Carta 701, Lettres, t. III, p. 325.* La misma idea en una carta a Clouzet, 30 de julio de 1833. *Carta 694, Lettres, t. III, p. 306.*

[133] Compartía su predilección por esta santa con las almas que le estaban más íntimamente unidas como Marie-Thérèse de Lamourous y Adela de Trenquelléon. Había leído las obras de María Ägreda durante su estancia en España y esas revelaciones, que han sido objeto de tantas controversias, le suministraban a veces el tema de sus diálogos con la santísima Virgen.

Capítulo 26: La formación de los religiosos

En materia de ascetismo, el dominio propio del P. Chaminade era la ciencia del estado religioso. Aportaba una autoridad apoyada en la experiencia de una vida entera: educado por un hermano religioso, comprometido desde la edad de catorce años en la práctica de las virtudes y de las obligaciones fundamentales de la vida religiosa, había sido preparado por la Providencia en la llamada misteriosa de Zaragoza que le invitaba a trabajar no sólo en el resurgimiento de la fe en su país, sino también en la restauración de la institución monástica. La última palabra de su misión era formar religiosos. Penetrado de esta convicción, se dedicó con predilección al estudio de las diversas formas en que los consejos evangélicos habían sido practicados en la Iglesia desde la antigüedad hasta su época. Reunió en su biblioteca una colección de las reglas monásticas más completas y menos conocidas. Finalmente observó en los conventos de Francia y España los usos de la vida común y se había instruido con la experiencia de los antiguos religiosos que había encontrado en su camino.

Su competencia en esta materia era tan universalmente reconocida que no se fundaba o se restablecía una Orden religiosa en Burdeos y en la región sin que fuese consultado. Cuando el P. Martial, futuro obispo de Saint-Brieuc, fue nombrado vicario general de Burdeos y encargado especialmente de las comunidades de la diócesis, se dirigió al P, Chaminade para que le dijese la manera de hacer con provecho la visita canónica. Monseñor Jacoupy en Agen admiraba tanto su habilidad para conducir a las Hijas de María que hubiera deseado confiarle la dirección de otras comunidades. Todavía le veremos varias veces, a lo largo de esta historia, llamado a contribuir con sus consejos e incluso con su colaboración en la consolidación de institutos nacientes. A veces incluso órdenes ya antiguas, como en 1832 los misioneros del Espíritu Santo del Beato Grignon de Monfort, recurrirán a sus luces para zanjar dificultades de las que depende su existencia.

Pero los que sobre todo tenían derecho a su excepcional experiencia de las cosas de la vida religiosa eran aquellos a los que él mismo había introducido en la vía de los consejos evangélicos. Ya a los que habían abrazado la vida religiosa en el mundo se había esforzado en darles una excelente formación. Desde la fundación de los dos institutos, se había ido desprendiendo cada vez más de sus otras ocupaciones para entregarse con predilección a esta tarea de la formación, que para él era la más urgente y fecunda de todas. Con Agen mantenía una correspondencia seguida sin que se escapase ningún detalle. En Burdeos los intereses de la pequeña Compañía primaban sobre todo lo demás y, entre esos intereses, los del alma tenían tanta preferencia que los consejos presididos por el fundador se transformaban habitualmente en verdaderas conferencias espirituales.

Poco a poco, a medida que los dos institutos se desarrollaron, se vio obligado a compartir su tiempo entre lo temporal y lo espiritual. Se lamentaba de ello profundamente y hubiese querido, como los apóstoles, poder descargar sobre otros todo lo que no fuese la oración y la instrucción religiosa de sus hijos. Escuchemos en sus cartas la expresión de sus quejas[134]: «Me es difícil decir la pena que he experimentado por tener que escribir tantas cartas a Saint-Remy y de hablar tan poco de lo espiritual». Tiene escrúpulo por ello, casi remordimientos. Dice[135]: «Lo que me asombra y a veces me causa turbación es lo que dice san Pablo: *Nemo militans Deo implicat se negotiis saecularibus, ut ei placeat cui se probavit* (2 Tim 2,4). En mi posición y en el combate que tengo que sostener por Dios, precisamente necesito a menudo entrar en asuntos seculares. Esta obligación de inmiscuirse *negotiis saecularibus* ¿sería una prueba de que el combate no está en los planes de Dios? He ahí la dificultad. Hace muchos años que me la planteo. Solo encuentro paz interior tomando cuidado: 1º de no entrar en esos negocios seculares más que por asuntos que creo que Dios pide; 2º de entrar en ellos lo menos posible; 3º de no dejar de elevarme hacia Dios, para que mi espíritu y mi corazón no estén realmente implicados en esos negocios seculares. Si usted tiene, querido hijo, algo que añadir o decirme, no tema hacerlo».

Y sin embargo, sus cartas, incluso las más cargadas de asuntos temporales, estaban como impregnadas del espíritu de fe. Los pensamientos sobrenaturales brotaban espontáneamente de su pluma, esparcidas a lo largo del texto, ordinariamente lacónicas y fuertes, a veces desarrolladas en un párrafo o en una página entera. En todo caso, una frase al final a modo de oración jaculatoria venía a arrancar al alma de las preocupaciones terrestres y a elevarla a esferas más serenas.

Por lo demás, para formar a sus religiosos, empleaba el medio más eficaz de todos que la Iglesia misma le imponía, el noviciado, que era el aprendizaje regular y metódico de la vida monástica.

Desde su origen, lo estableció en la Hijas de María y lo confió a una excelente maestra de novicias, la Madre María del Sagrado Corazón[136]. Animaba con su espíritu este pequeño cenáculo y lo dirigía con sus cartas. Había que felicitarse de las disposiciones que encontraba y de los resultados que obtenía. Si había algo

---

[134] Al P. Chevaux, 17 de junio de 1833. *Carta 692, Lettres, t. III, p. 302. El original de la carta dice "Me sería difícil". El P. Simler cita "Me es difícil".*

[135] Al P. Caillet, 16 de junio de 1824. *Carta 299, Lettres, t. I, pp. 588-589.*

[136] Agathe Diché, amiga de infancia de Adela de Trenquelléon.

de qué quejarse era de un exceso de celo: «Creo como usted, querida hija[137], que el Consejo exige demasiada perfección a los sujetos que piden entrar o probar. No se hace así en los cuerpos más perfectos. Se soportan los defectos de las postulantes y novicias, siempre que se sometan, testimonien buena voluntad y sobre todo hagan esfuerzos por corregirse. Sin embargo, prefiero esta exageración que el defecto contrario: es de buen augurio al comienzo de una institución. La experiencia hará que se tome pronto el medio».

Para estar segura de una buena formación, la Madre de Trenquelléon quería ver el noviciado trasladado cerca del fundador. Él mismo no lo veía mal; se ahorraría muchas cartas. En 1824, alquiló en Burdeos una casa para sus hijas, sita en la calle Mazarin[138], a poca distancia de la Madeleine. La Madre de Trenquelléon misma vino a instalar allí el noviciado, y le dio como superiora a su prima, Madre María José de Casteras, con la Madre Luis Gonzaga como maestra de novicias, porque la Madre del Sagrado Corazón había reemplazado en Tonneins a la Madre Teresa, prematuramente segada por la muerte.

Durante tiempo, los miembros de la pequeña Compañía de María no fueron tan bien tratados como sus hermanas de Agen. Cuando los siete primeros acabaron su año de prueba en el callejón Ségur, las circunstancias les obligaron a ellos y a sus nuevos cohermanos a consagrar durante tres años todas sus fuerzas a las necesidades de las obras: grave peligro para los últimos llegados, que efectivamente se quejaban suavemente de haber sido descuidados. Escribía uno de ellos al P. Chaminade[139]: «Querido Padre, necesito recibir de vez en cuando sus instrucciones. Apenas si he sido dado a luz en la religión y he mamado algunas gotas que debe darme una vida nueva cuando, quitándome las ligaduras que me ayudaban a andar, se me deja, por decirlo así, ir completamente solo, como si hubiese llegado ya a la fuerza de la edad». El P. Chaminade se inquietó porque además veía acudir a él personas valiosas.

La Congregación continuaba proporcionándoselas. Eran, por ejemplo, un antiguo oficial de las guerras de España, Bernard Gaussens, cuya familia era muy conocida en Burdeos[140], y un excelente joven originario de Alsacia, Louis Rothéa, que, iniciándose en el comercio en una de las grandes casas de Burdeos, se unió al P. Chaminade y se dio a él sin reservas. Louis Rothéa tenía un hermano párroco de una de las parroquias de Sainte-Marie-aux-Mines, en Alsacia. En cuanto *Andrés* encontró al Maestro llamó a *Pedro,* y el P. Charles Rothéa, «sacerdote de angélica piedad, no dudó en seguir esta llamada y dejar todo para darse a una Compañía en que se hacía profesión expresa de honrar y servir a la santísima Virgen. Había sido condiscípulo de seminario en Besançon de un piadoso sacerdote de Porrentruy, el P. Caillet. Ellos se habían confiado sus pensamientos y su deseo de vivir en religión». A su vez habló a Caillet «y el P. Caillet se dirigió a Burdeos»[141]. Otros sacerdotes oyeron la voz de Dios y se disponían a seguirla, aunque algunos, como el P. Serres en Agen y el P. Larrieu en Auch, fueron retenidos por sus obispos.

Era ya hora de abrir un noviciado regular: fue inaugurado en Saint-Laurent en el mes de octubre de 1821. Un religioso de primera hora, Dominique Clouzet, fue encargado del mismo con el P. Rothéa como capellán, quedando la dirección espiritual propiamente dicha bajo la responsabilidad del fundador.

Conocemos ya Saint-Laurent, su viña, sus plátanos y su casita. Los recuerdos se agolpaban allí, remontándose hasta el tiempo funesto del Terror, para dejar paso a los edificantes ejemplos del primer noviciado de los Hermanos de las Escuelas cristianas, los diálogos íntimos de los que había salido la pequeña Compañía, los retiros en que cada año se reavivaba en el corazón de los religiosos la llama del apostolado. Cuna de la Compañía, verdadero santuario embalsamado con un perfume de piedad y generosidad, Saint-Laurent era un lugar predestinado para servir de primer noviciado al Instituto naciente. Pero si era rico en piadosas tradiciones, estaba desprovisto de comodidades: cuatro salas, una modesta capilla, ganada al extremo de un cobertizo, era todo lo que constituía la casa. El mobiliario era tan rudimentario que al principio los novicios no tenían incluso asientos; el resto era proporcional, incluida la comida. «Pero, dicen los testigos de estos tiempos heroicos[142], si había carencia de bienes temporales, no la había de bienes espirituales; el fervor era tan grande que suplía a todo: es la pobreza la base del edificio religioso?».

El P. Rothéa evocaba más tarde con placer el recuerdo de estos humildes principios, y lo presentaba al fundador[143]. «Usted me dijo, querido Buen Padre, que había que empezar el noviciado en Saint-Laurent. Mi hermano, el señor Olivier, un novicio y yo nos fuimos allá a las nueve de la noche, y no encontramos más que un poco de paja. ¡Extrema pobreza! Y sin embargo la alegría reinaba entre nosotros; cantábamos[144]. Éramos tan pobres que cuando usted vino a vernos, no teníamos ni una silla para ofrecerle. Usted se sentó a mi lado

---

[137] A la Madre Adela de Trenquelléon, 6 de mayo de 1821. *Carta 155, Lettres, t. I, p. 271.*

[138] Nª 1, que es el nº 2 actual.

[139] Bernard Laugeay, 23 de marzo de 1821. *AGMAR 26.3.280.*

[140] Nos referimos a la familia Gaussens- Lequellec, que no hay que confundir con la familia Gaussens de donde han salido los dos sacerdotes de este nombre.

[141] Lalanne, *Not. historique,* p. 17. *Cfr. AGMAR 17.8.1*

[142] Notas de Serment. *Extractos de AGMAR 17.4.328, p. 21.*

[143] Notas redactadas en 1829, y carta del 29 de diciembre de 1835. *AGMAR 27.2.49.*

[144] El P. Rothéa era músico, le gustaba cantar y hacer cantar hasta su vejez, y, cuando podía, acompañaba al piano o al órgano.

sobre mi baúl; usted nos habló de sus planes y yo recibí un gran consuelo. Empezamos el noviciado cuatro, y dos años después éramos treinta».

Se levantó un piso en una parte de la casa. Entonces también se creó un segundo noviciado al lado de la Madeleine destinado a los estudiantes de enseñanza secundaria. El P. Chaminade había comprado la casa que, a derecha de la iglesia, era simétrica a la que él mismo ocupaba[145]. En su ausencia[146], había encargado a Marie-Thérèse de Lamourous que dirigiese las reparaciones necesarias para el nuevo destino de la casa. Fue lo que él llamó el *seminario menor.* Los alumnos frecuentaban las clases del Colegio real situado a sólo unos pasos de la Madeleine[147]. Este noviciado fue, en poco tiempo, numeroso y próspero.

Así en 1824 el fundador tuvo a mano tres casas de formación, una destinada a las Hijas de María y las otras dos a la pequeña Compañía. Estableció en dos años el mínimo de estancia de los novicios y dividió este tiempo entre la formación religiosa propiamente dicha y los estudios profanos. Hizo reglamentos muy detallados y se ocupó de su observancia.

Más que las reglas, era su presencia la que mantenía el fervor. Estaba en el noviciado todo el tiempo que le permitían sus ocupaciones. Como buen padre de familia, le gustaba reunir a veces en torno a su mesa a todos sus hijos de la pequeña Compañía. Esos sucedía, por ejemplo, el día de Reyes y entonces no faltaba el pastel con la sorpresa tradicional. Lo más a menudo era él el que iba a los suyos. Visitaba casi diariamente su seminario menor, que estaba separado de su casa sólo por la iglesia; muy a menudo iba a la calle Mazarin, al noviciado de las Hijas de María; y cada semana, pasaba un día entero, el jueves, en Saint-Laurent, y allí citaba a sus hijos que estaban en la calle des Menuts.

Según los relatos de los testigos[148], dividía la jornada de la siguiente manera. El P. Chaminade llegaba a las diez y comía antes que la comunidad para no estorbarla con su lentitud; un novicio le leía a la mesa. El resto del tiempo pertenecía a sus hijos. Durante el recreo, todos se agolpaban en torno al Buen Padre: hablaba alegremente con ellos, aunque el objeto de la conversación era casi siempre un tema de religión o de educación, entremezclando con sus reflexiones piadosas alguna historia del Terror u otro punto sacado de sus recuerdos personales. Inmediatamente después del recreo se colocaba la conferencia espiritual, en la que impartía a sus hijos sus enseñanzas, que siempre eran escuchadas con una piadosa avidez. La lentitud de su palabra ayudaba a que penetrasen profundamente en las almas y produjesen convicciones imborrables. Después abría su puerta a todos los que querían hablar con él, recibiendo a todo el mundo, hasta a los postulantes más pequeños, con la misma afabilidad. Cuenta uno de ellos[149]: «Éramos acogidos siempre con bondad, no nos despachaba nunca. No olvidaré nunca cómo, al final de una de estas entrevistas, me apretó sobre su corazón diciéndome: «Hijo mío, sé fiel». Su puerta estaba continuamente asediada, y para satisfacer este afán, volvía a la Madeleine ya muy tarde por la noche.

Su presencia en Saint-Laurent ensanchaba los rostros y los corazones: sólo verlo era ya un estímulo al trabajo espiritual y al progreso del alma. Cuenta un novicio de entonces: «Entre el Buen Padre y sus hijos había una cordialidad encantadora que cambiaba todas las espinas en rosas. Nuestro pobre noviciado se convertía en un paraíso en la tierra. Estaba allí horas enteras con paciencia y alegremente explicándonos, inculcándonos, haciéndonos apreciar las cosas que no comprendíamos, que incluso nos horrorizaban por nuestras repugnancias. Nos inspiraba un verdadero entusiasmo por nuestra vocación; nada nos parecía comparable al título de misionero de María y las tres ramas de nuestra Compañía, los sacerdotes, los laicos letrados y los obreros, se nos representaban formando un solo árbol de gran belleza: *cor unum et anima una.* Esta dirección era una segunda luz, el fundamento de nuestra vida espiritual... Y puedo decir que aprovechábamos de un favor tan grande, que entre nosotros había mucho fervor, sencillez, confianza, que incluso en el recreo nos gustaba conversar sobre las cosas de Dios, que sólo se pensaba en progresar, que la única dicha que se ambicionaba era la de poder hacer conocer y amar a la santísima Virgen».

No es extraño que noviciado ferviente produjese frutos de paraíso. Contaba otro novicio[150]: «En el noviciado he sido feliz testigo de jóvenes que eran maravillosamente edificantes. Yo vi morir como santo a uno de ellos, llamado Espinat. Estaba entre nosotros desde hacía poco tiempo; se disciplinaba, y su modestia era tan grande que no se le podía mirar sin quedar conmovido; al morir anunció que uno de sus condiscípulos le seguiría pronto. Efectivamente, otro, llamado Desfeuilles, sobrino de un diputado y originario de Colmar, que había abandonado, no sin oposición, una gran fortuna y un provenir brillante según el mundo, murió pronto. Después de su muerte, el P. Chaminade nos hablaba a menudo de los medios que este joven había tomado para morir en unión con Nuestro Señor Jesucristo»[151].

---

[145] Era el nº 3 de entonces de la calle Lalande, que hoy son los números 8 y 10, que van a desaparecer al atravesarle la calle Duffour-Dubergier.

[146] En el mes de junio de 1823.

[147] El Colegio real ocupaba una parte del emplazamiento actual de las Facultades en el paseo Victor Hugo.

[148] Serment, Sylvain, Dumontet, etc.

[149] Justin Dumontet. *AGMAR 17.4.300.*

[150] Sylvain, notas manuscritas. *AGMAR 17.4.329, pp. 9-10.*

[151] Espinat murió en el noviciado de la Madeleine, y Desfeuilles en Saint-Laurent.

Ya hemos hecho alusión más arriba a que había en Saint-Laurent algunos más jóvenes que los novicios que, con el nombre de postulantes, eran admitidos a prepararse para la vida religiosa. El P. Chaminade había comprobado que «nunca las órdenes religiosas, tanto de hombres como de mujeres, han sido más florecientes que cuando han educado a sus sujetos desde su más tierna infancia»[152]. Recibía sin dificultad a los jóvenes postulantes que se presentaban[153], porque estimaba que la vocación al estado religioso es mucho más frecuente de lo que se piensa comúnmente. Decía en uno de sus sermones: «¡Cuántas veces estos divinos consejos se convierten en obligatorios, cuando el espíritu de Dios dice a un alma lo que Jesucristo dijo la joven: Anda, vende tus bienes y sígueme! ¿Quién se atreverá a decir que esta alma no tiene la misma obligación que este joven?». No tenía en cuenta las condiciones de fortuna del niño que se presentaba[154]. Pero exigía buena voluntad y, si no virtudes adquiridas, al menos disposiciones para adquirirlas. Dice[155]: «En los sujetos que son admitidos, no se debe examinar precisamente el punto de virtud al que han llegado, sino los resortes del alma, es decir si hay la fuerza y la energía necesarias para practicar la virtud».

Admitía con facilidad, pero insistía sobre la necesidad de seguir a estos niños con una atención escrupulosa: «Hay que vigilar siempre a la juventud, por muy buena que sea, como se vigila la leche en el fuego»[156]. Creía también que no había que dudar a la hora de despedir a aquellos a quienes se les reconociese una vocación y unas aptitudes insuficientes. A este respecto daba instrucciones muy claras a las Hijas de María[157]: «Yo quisiera bastante facilidad en dejar entrar a las postulantes, cuando manifiesten buena voluntad y parezcan tener las cualidades requeridas. Pero yo quisiera firmeza para despedirlas cuando faltan esos signos». Y decía también[158]: «hacen falta caracteres flexibles y dóciles. No se precipite en aumentar el número de sus hijas. No tenga miedo de despedir a las que no le parezcan adecuadas para la obra del Señor. Y eso se percibe ordinariamente en los primeros meses del postulantado. Los sujetos reacios, caprichosos, que usted retiene por cualquier pretexto, le estropean con sus malos ejemplos otros sujetos que hubieran llegado a buen término, si sólo hubiesen tenido alrededor de ellos buenos sujetos que les edificaran». «Sea madre, decía a la superiora, sea madre, buena madre, la más tierna de las madres, si usted quiere, pero solamente de sus hijas. Usted no ha adoptado todavía a las postulantes, menos todavía las ha engendrado en la entrañas de su caridad».

Sobre todo, exigía que se presentase a los postulantes la vida religiosa con su verdadero rostro. Escribe[159]: «Una de mis reglas es no atraer a los sujetos por las dulzuras de la vida claustral, sino dejar que se manifieste el espíritu de Dios». Cuando encontraba sujetos pretenciosos, cuyas intenciones no parecían totalmente sobrenaturales, les probaba mucho tiempo antes de admitirlos. Cuenta un religioso[160]: «Recuerdo que se mostró muy severo en las pruebas que hizo sufrir a algunos. A uno, antes de admitirlo, el P. Chaminade lo envió a tres casas sucesivamente, Villeneuve, Lauzerte y Castesarrasin, después de haber dado

---

[152] A la Madre de Trenquelléon, 30 de septiembre de 1816. *Carta 71, Lettres, t. I, pp. 127-128.*

[153] El arzobispo de París, monseñor de Quélen, le confió uno de sus sobrinos, pero el P. Chaminade no lo mantuvo por falta de vocación.

[154] Al superior de una casa de formación, el P. Léon Meyer, escribe (sin indicación de fecha): «Abra, querido hijo, la puerta a todos los que nos envía el buen Dios, aunque no tengan nada». Y al mismo el 20 de agosto de 1835: «No despediremos nunca a un buen sujeto sólo por razones de poca fortuna o falta de medios económicos». *Carta 794, Lettres, t. III, p. 523.*

[155] Consejos a la Madre Casteras, superiora del noviciado de Burdeos. Se quejaban un día en Saint-Laurent de su facilidad para recibir a los sujetos. A lo que él respondió: «¿Cómo quieren que me arrepienta de haber recibido en el noviciado a almas que la Providencia me enviaba? Si no han correspondido a la gracia, ¿es culpa mía? Yo he cumplido con mi deber. Y aun cuando esos desdichados, al salir de la casa, se hubieran puesto a hacer el oficio de ladrón, ¿quién dice que en el momento de la muerte el recuerdo del bien que se les hizo en el noviciado, las instrucciones y buenos ejemplos que recibieron no les haría entrar dentro de ellos mismos y sería la causa de la salvación de su alma? Y aun cuando esta buena obra fuese pura pérdida para ellos, estaría perdida para la Compañía de María, cuyo único fin es complacer a Dios y atraer sus bendiciones, trabajando por todos los medios, pero sobre todo por la caridad, en la salvación de las almas?». Un religioso, Bernard Laugeay, recuerda estas palabras del mismo P. Chaminade, como habiéndoselas oído pronunciar (carta del 12 de julio de 1841. *AGMAR 28.4.882. p. 8*).

[156] Al P. Caillet, 4 de octubre de 1825. *Carta 377, Lettres, t. II, p. 136.*

[157] A la Madre de Trenquelléon, 20 de diciembre de 1821. *No es a la Madre de Trenquelléon, sino a la Madre Saint-Vincent. La cita además no es textual, cfr. Carta 165, Lettres, t. I, p. 314.*

[158] A la Madre de Trenquelléon, diciembre 1818. *No hay ninguna carta a la Madre Trenquelléon en ese mes. Hay una alusión a una admisión precipitada en la carta 108, de 4 de noviembre de 1818, Lettres, t. I, p. 189.*

[159] A la Madre de Trenquelléon, 7 de diciembre de 1817. *Carta 94, Lettres, t. I, p. 169.*

[160] Sylvain, notas manuscritas. *AGMAR 17.4.329, p. 26* Hay que reconocer que muy a menudo se dejaba conmover su bondad y que no era fácil que decidiese un despido, cuando podía decir señalando el corazón: «Aquí hay algo bueno todavía» *AGMAR 17.4.329, p. 29.*.

órdenes de que se les recibiese con muchas dificultades. El propio P. Chaminade, al contarme este hecho, añadió que hacían falta hombres, o jóvenes capaces de llegar a serlo».

Mostraba igual firmeza para imponer a los superiores encargados de las casas de formación la obligación de no dejar salir a los sujetos que les eran confiados antes de que hubiesen adquirido el espíritu de su estado. En una carta a la superiora de las Hijas de María se expresaba así[161]: «En la medida de la posible no ponga a trabajar a las novicias hasta que estén suficientemente formadas. Si no, usted no tendrá más que religiosas a medias, y el Instituto degeneraría rápidamente». A quien le pedía sujetos respondía[162]: «Tenga paciencia; en lugar de fortalecernos, nos deblitaremos, si no dejamos madurar a los sujetos antes de ponerles a trabajar». La experiencia ya le había enseñado mucho: «Hasta ahora hemos perdido a algunos por haberlos puesto a trabajar demasiado pronto. Si ponemos a trabajar a nuestros sujetos cuando están sólo medio formados, acabaremos pereciendo».

Se comprende esa severidad y esa insistencia, si se piensa en que el noviciado tiene como fin transformar al simple cristiano en hombre interior y espiritual, al hombre del mundo en un religioso. Decía enérgicamente el P. Chaminade[163]: «Un religioso que no es espiritual es una quimera y un fantasma». «¿Qué importan los talentos naturales? lo esencial es lo interior, hay que ocuparse seriamente de ello. En cuanto al resto, recibiremos lo que el buen Dios quiera darnos»[164].

Para inculcar esta vida interior, el P. Chaminade recomendaba ante todo a los maestros y maestras de novicios la «dirección seguida», de la que él daba ejemplo en Saint-Laurent. Decía[165]: «Se necesita una gran paciencia, porque usted debe enseñar a andar a su pequeño mundo. Son como hijos pequeños en el orden de la vida espiritual: *quasi modo geniti infantes».* Es necesario hacer que trabajen simultáneamente la mente, el corazón y la voluntad. Escribía él[166]: «En la educación espiritual que usted tiene que dar a los novicios, al mismo tiempo que instruye e ilumina la mente con los principios de la vida interior, hay que ir al corazón y formar la voluntad, y no comprendo cómo puede ser ganada la voluntad para Dios si no es por la fe y la caridad. El temor de los juicios de Dios puede sacudirla saludablemente, obligarla a volverse hacia Dios, pero entonces no se está más que a la entrada del camino. Sólo la fe y la caridad nos hacen andar». Por parte del sujeto son necesarias una docilidad perfecta y un esfuerzo sostenido. «Para eso, dice el P. Chaminade a uno de ellos[167], sólo hace falta un poco de valor. ¡Qué quiere usted!, querido hijo, los flojos, como usted bien sabe, no entrarán nunca en el reino de los cielos». La unión de estos dos elementos, buena voluntad por parte del sujeto, dirección sabia y metódica por parte del maestro, tendrá por resultado infalible la grabación profunda en el alma del joven de los principios de la vida religiosa y, al mismo tiempo, el sello especial del Instituto.

Para el P. Chaminade, esos principios no podían diferir de lo que han sido para todos los maestros de la vida espiritual, puesto que son una aplicación directa del evangelio mismo. Sin embargo, el lector nos agradecerá que le indiquemos, por medio de algunas citas, cuáles eran los puntos sobre los que el P. Chaminade fijaba preferentemente su atención y llamaba la de los maestros de novicios. Para él[168], «la abnegación es el quicio en torno al cual gira toda la vida religiosa». Porque, dice él[169], «el estado religioso es una cruz que se asemeja a la cruz de Jesucristo, formada también de dos elementos tan duros como la madera, la penitencia y la obediencia»: la penitencia forma parte de los votos de pobreza y castidad, la obediencia es la materia del tercero de los votos de religión. De la obediencia, de la renuncia a la voluntad propia, el P. Chaminade habla siempre en términos vehementes. No quiere «esos religiosos a medias que, no sabiendo arrancarse a sí mismos, están siempre tristes e inquietos». Y añadía: «¿Cómo van a estar contentos de sí mismos si Dios no lo está de ellos?»[170].

Sobre la castidad, cuya necesidad es evidente, insiste menos que sobre la pobreza. Todo el valor de esta última se lo ha enseñado el ejemplo de las antiguas órdenes religiosas barridas por la Revolución. No quiere que los religiosos, ni siquiera colectivamente, se digan o se crean propietarios. «Los bienes no son de

---

[161] A la Madre Saint-Vincent, 3 de diciembre de 1838. *Carta 1098, Lettres, t. IV, p. 419.*

[162] A Clouzet, 30 de noviembre de 1825. *Carta 380, Lettres, t. II, p. 140.*

[163] Retiro de 1822. *AGMAR 10.5.5; AGMAR 10.5.8.*

[164] Conferencia del 2 de diciembre de 1819 a la pequeña Compañía. *Es más bien el acta de una sesión de Consejo AGMAR 14.1.8.*

[165] Al P. Léon Meyer, 27 de diciembre de 1836. *Cita no textual, cfr. carta 921, Lettres, t. IV, p. 85.*

[166] Al P. Chevaux, 25 de junio de 1832. *Carta 632, Lettres, t. III, p. 163.*

[167] A Justin Dumontet, 10 de junio de 1834. *Carta 744, Lettres, t. III, p. 434.*

[168] Al P. Léon Meyer, 10 de enero de 1836. *Fecha equivocada; es la carta 824, de 23 de febrero de 1836, Lettres, t. III, p. 585. Id.* al P. Chevaux, 10 de febrero de 1839. *Debe tratarse de la carta 1116, de 11 de febrero de 1839, donde hay una alusión a la necesidad de la total abnegación de sí mismo. Lettres, t. IV, p. 451.*

[169] Retiro de 1822. *AGMAR 10.5.8.*

[170] *Ibídem. AGMAR 10.5.5*

ellos ni de los superiores ni de la comunidad, son de Dios: *Domini est terra et plenitudo ejus»*[171]. Funda en la práctica de la pobreza todas sus esperanzas del futuro del Instituto. Escribe desde el principio[172]: «Dios golpea de una manera terrible a los religiosos que no son pobres; les retira sus gracias y los abandona a ellos mismos. Por el contrario, colma con sus más insignes favores a los que son verdaderamente pobres: nosotros nos multiplicaremos hasta el infinito, el Instituto crecerá grandemente, tanto en el fervor como en el número de casas y personas, si somos pobres. Todos los ojos están fijos en nosotros; ya en el mundo se nos toma por religiosos, es decir por hombres que levan una vida muy austera y muy pobre. Si usamos las cosas como se usan en el mundo, si tenemos nuestras comodidades como se tienen en el mundo, si nos quejamos cuando nos falta algo, como se quejan en el mundo, se nos dirá con sorpresa y desprecio: ¡No son distintos de los demás!». Más tarde, cuando creía ver que el espíritu de pobreza se debilitaba, lanzaba el grito de alarma[173]: «Está en la naturaleza de las riquezas corromper el corazón de los hombres. La relajación de la mayor parte de las órdenes religiosas antes de la Revolución vino de las riquezas. Mientras la Compañía siga exactamente sus Constituciones y conserve su espíritu, estará en un estado de fervor, Dios bendecirá sus trabajos y edificará al mundo. Si se aparta de ellas, vendrá el desorden, la relajación y todas sus miserables consecuencias».

Sobre este punto no admitía rodeos. He aquí lo que escribía con motivo de las perturbaciones que acompañaron a la revolución de 1830[174]: «Los que hubieran contraído vínculos con la Compañía, o más bien con Dios en la Compañía, con la esperanza e incluso la certidumbre de no carecer de nada, serían poco dignos de Dios y de la Compañía que les ha recibido. Si encuentro esos pusilánimes que, haciendo el voto de pobreza, no se han abandonado enteramente a la divina Providencia, veré lo que hay que hacer; pero no comprendo cómo podrían ser elegidos para los combates del Señor. La Revolución será en las manos del Señor la criba de que se servirá para cribar a los que se dicen sus servidores».

Porque, después de todo[175], «si el simple fiel debe tener una firme confianza en la Providencia que no le abandona nunca, cuánto más nosotros que hemos dejado todo y hemos abrazado todo lo que la pobreza puede tener de penoso. ¿Nos abandonaría la Providencia? Supongamos incluso que Dios nos pone en una extrema miseria, hasta obligarnos a mendigar nuestro pan, entonces nuestra fe no vacilará, y veremos en ello un favor. Si somos verdaderamente pobres, el Instituto se extenderá y prosperará». De ahí el lenguaje que emplea con la ecónoma general de las Hijas de María[176]: «A mi paso por Tonneins, la Madre Espíritu Santo me dijo, en dos ocasiones diferentes, que en su caja sólo había cinco o seis francos. Yo le pregunté cuánto tenía cuando les llevé a Tonneins, y si en algún momento les había faltado lo conveniente. Me respondió que a su llegada no tenía nada y que hasta ahora nunca les había faltado nada. Le dije, en dos ocasiones diferentes que temía que su inquietud por el futuro detuviese el curso de la Providencia. Si nosotros andamos con nuestros pequeños cálculos humanos, no haremos gran cosa, ya no seremos aptos para ser empleados en la obra de Dios».

En el noviciado, el aspirante no recibe sólo los principios generales del nuevo estado que piensa abrazar, sino también el espíritu particular que esos principios revisten en la Congregación a la que se destina, lo que el P. Chaminade llamaba «el sello del Instituto». El fundador no insistía menos en este otro aspecto de la formación. Nosotros no nos detendremos aquí porque sus ideas a este respecto nos son ya conocidas[177]. Digamos solamente que sus recomendaciones más frecuentes versaban sobre el espíritu de fe, «ese verdadero espíritu de fe que lleva al perfecto amor de Dios y a la renuncia completa de sí mismo, y que, bien formado en los novicios, penetrará poco a poco en las casas del Instituto»[178].

Al salir del noviciado la formación religiosa no es perfecta; sólo se han echado las bases, y todavía hay que proseguir la construcción del edificio. El noviciado es la puerta que da acceso a una carrera infinita, por así decirlo, porque su término es la perfección, y detenerse en este primer paso es no conseguir el objetivo. El propio fundador no creía que su tarea hubiese acabado cuando aseguraba a sus hijos un noviciado fructífero. Continuaba rodeándolos de su cuidado en la medida en que el número y la distancia se lo permitían, y se esforzaba en recordar sin cesar a los religiosos, en innumerables cartas de dirección, la santidad a la que su estado les obligaba a aspirar.

Dice a uno[179]: «¡Cómo deseo que usted sea santo! Hagamos sinónimas las expresiones santo e hijo de María». No hay que ser flojos en el servicio de María[180]: «No seamos, querido hijo, religiosos a medias:

---

[171] Primeras reglas del *estado*. *EP, v. 1, p. 546.*

[172] Retiro de 1822. *Extractos de la conferencia 8ª del Cuaderno Rojo. AGMAR 10.9.1, p. 148ss.*

[173] A Louis Rothéa, 7 de noviembre de 1837. *Carta 1009, Lettres, t. IV, p.253.*

[174] Al P. Lalanne, 22 de noviembre de 1830. *Carta 563, Lettres, t. II, p. 531.*

[175] Retiro de 1822. *Cita no textual de la conferencia 11ª del Cuaderno Rojo, AGMAR 10.9.1, p. 162ss.*

[176] A la Madre Saint-Vincent, 16 de agosto de 1822. *Carta 209, Lettres, t. I, p. 360.*

[177] Ver más arriba, capítulo 23.

[178] 4 de noviembre de 1830. *Cita no textual a la Madre Sint-Vincent; carta 556, Lettres, t. II, p. 533*. En San Lorenzo, los novicios sabían que le gustaba que le dijeran que durante la jornada habían multiplicado los actos de fe.

[179] A Louis Rothéa, 25 de enero de 1822. *Carta 188, Lettres, t. I, p. 322.*

[180] A Clouzet, 21 de septiembre de 1838. *Carta 1078, Lettres, t. IV, p. 380.* - A Chevaux, 20 de noviembre

esos religiosos acaban por no serlo. No pueden esperar el cielo, porque allí no entran más que justos, y justo es sinónimo de santo». Ningún descanso hasta adquirir la santidad, y ésta no será adquirida nunca aquí abajo: «Que el pensamiento de progresar se os presente desde que os despertáis, y que sea el último de la noche, en el momento de vuestro descanso»[181].

Traza a sus hijos el camino que lleva a la santidad: un amor de Dios verdadero y generoso. Teme que pongan su fervor «en un ardor sensible» más que en «la práctica del único amor de Dios»[182]. Quiere que desconfíen sin cesar de ellos mismos y de sus debilidades porque «si santa Teresa o san Francisco Javier bajasen a la tierra para servir a Dios de nuevo, se perderían, a pesar de toda su perfección, si no desconfiasen de sí mismos y no tuviesen la firme creencia de que no podrían nada sin la gracia de Dios»[183]. Al mismo tiempo, cuanto menos se apoyen en sus propias fuerzas, más seguros estarán de la ayuda de Dios y de María. Dice él[184]: «Siento, querido hijo, que es el momento de que su alma crezca para no echar a perder la obra de Dios con ideas cortas y sentimientos débiles. El verdadero medio para conseguirlo es vaciarse enteramente de sí mismo y entregarse completamente al espíritu del Señor. La protección de la santísima Virgen le será muy útil en ese doble aspecto». Entonces, «cuando nos entreguemos con generosidad al espíritu del Señor[185], vendrá la paz, el bien supremo». «Hay que llegar a que el amor de Dios domine toda nuestra alma. Las ocupaciones más numerosas y los mayores trabajos mandados por ese divino amor no turban el alma. El mismo amor se inflama cada vez más»[186].

Pero entre sus religiosos, hay dos categorías a las que da cuidados particulares y a los que propone un ideal más elevado, si se puede, que a los demás hijos: son los sacerdotes y los directores. Considera al sacerdote como el elemento esencialmente conservador del espíritu y de las tradiciones en su Compañía. Su formación le preocupa grandemente. Sigue con cuidado a los alumnos del seminario menor de la Madeleine. En los primeros años, temiendo perder por enfermedad a uno de sus sacerdotes más fervientes, desahoga su aflicción en uno de sus hijos más queridos, Dominique Clouzet[187]: «Si perdemos los sacerdotes más jóvenes, ¿sobre quién recaerá la responsabilidad de mantener la tradición de nuestro santo Instituto? No nos engañemos, necesitamos el sacerdocio, y cuando los primeros envejezcan no habrá descanso más que en la seguridad de que Dios nos dé el crecimiento y la conservación de nuevos retoños alrededor de los primeros olivos».

Y ¿qué exige de ellos? Dice él[188]: «Consideraría a la Compañía perdida si los que son elevados al sacerdocio o los sacerdotes que entran en ella no fuesen realmente religiosos. Deseo que los sacerdotes se multipliquen en la Compañía, pero deseo todavía más que sean pocos si no van a ser los modelos de los religiosos laicos». Les recomienda insistentemente el estudio de la teología, la sagrada Escritura, la historia eclesiástica y otras ciencias sagradas. Los quiere sobre todo competentes en las vías de la perfección religiosa[189]: «Para conducir a los otros es preciso haber recorrido un camino, y sobre todo un camino en el que se encuentran tan pocos viajeros a los que se pueda preguntar, y de los que se pueda tomar informaciones». Les repite las palabras de san Bernardo al papa Eugenio III, su discípulo: *«Concha esto, et non canalis;* el estanque da de su abundancia, el canal da todo lo que recibe y permanece siempre seco»[190].

Los directores son los mandos, el estado mayor: las tropas valen lo que valen los capitanes. Dice el P. Chaminade[191]: «He observado un poco por todas partes que los inferiores estaban ordinariamente a la altura de sus superiores en la virtud y en la regularidad. Es lo que sucede poco más o menos entre los maestros y sus alumnos. Todo depende del jefe». Por eso, son tan importantes sus cualidades morales e intelectuales[192]: «Un mal jefe no sabe ni prever ni juzgar las cosas, aunque tenga mucho mundo; al contrario, un buen jefe, aunque tenga poco mundo, sabe resolver convenientemente los asuntos. Hay un proverbio que dice que un buen caballero haría andar a un caballo de madera».

---

de 1833. *Año equivocado, es de 1837. Carta 1010, Letrres, t. IV, p. 255.*

[181] La Madre de Trenquelléon repite estas palabras del P. Chaminade a la Madre Dosithée, el 16 de marzo de 1821. *ABT, v. II, carta 430.2, p. 203.*

[182] Al P. Chevaux, 23 de febrero de 1837. *Fecha equivocada, es la carta 936 de 13 de febrero de 1837, Lettres, t. IV, p. 107.*

[183] Conferencia a las Hijas de María. *EP, v. 5, p. 332.*

[184] Al P. Léon Meyer, 17 de mayo de 1837. *Carta 966, Lettres, t. IV, p. 180.*

[185] A Marie-Thérèse de Lamourous, 8 de diciembre de 1798. *Cita no textual, cfr. Carta 11, Lettres, t. I, p. 19.*

[186] A Clouzet, 7 de enero de 1839. *Fecha equivocada, es la carta 1108, de 2 de enero de 1839, Lettres, t. IV, p. 440.*

[187] A Clouzet, 8 de mayo de 1825. *Año equivocado, es la carta 396, de 8 de mayo de 1826, Lettres, t. II, p. 199*. Habla del Padre Rothéa entonces gravemente enfermo.

[188] Al P. Chevaux, 11 de agosto de 1833. *Extractos de la carta 698, Lettres, t. III, p. 316.*

[189] Al P. Chevaux, 11 de noviembre de 1836. *Carta inexistente; no ha sido posible identificarla.*

[190] Al P. Léon Meyer, 4 de noviembre de 1836. *Carta 895, Lettres, t. IV, p. 50.*

[191] Al P. Lalanne, 23 de enero de 1833. *Carta 661, Lettres, t. III, p. 228.*

[192] A Louis Rothéa, 3 de diciembre de 1830. *Carta 564, Lettres, t. II, pp. 556-557.*

Por encima de todo, quiere un gobierno paternal, según esta máxima de Massillon: «La autoridad en la familia no debe ser un yugo más que para quienes están revestidos de ella, no para aquellos de quienes es el apoyo». Recomienda el P. Chaminade[193]: «En general, hay que utilizar sólo excepcionalmente la vía del mandamiento en los asuntos que se pueden resolver por acuerdo». «Se puede decir en general que el mejor superior es el que menos hace sentir su superioridad. ¿Es fácil reconocer la piedra angular? Es necesario que un superior sostenga todas las partes de una casa sin que ninguna se venga abajo, pero por una influencia tan suave y al mismo tiempo tan activa que apenas se note que hace algo por imposición de su puesto». «La firmeza, es verdad, es necesaria al mandamiento, pero siempre templada por la dulzura, la paciencia y la caridad: ésa es la firmeza inspirada en la sagrada Escritura»[194].

Con este gobierno verdaderamente paternal, del que él mismo daba ejemplo a sus hijos, no teme permitir, incluso recomendar a los superiores sacerdotes que oigan en confesión a aquellos de sus inferiores que se dirijan libre y espontáneamente a ellos[195]: «La confesión es uno de los grandes medios que el Señor le ha dado para trabajar en la salvación de las almas. Yo he sido siempre de la opinión de que los superiores confiesen mucho a todo el mundo, cuando puedan. Esta unidad de dirección de las conciencias contribuye mucho al empleo de otros medios. Yo hablo aquí sólo de lo que la experiencia y la razón me han enseñado».

Según él, un director debe interesarse activamente por cada uno de sus súbditos. Escribe a la Madre de Trenquelléon[196]: «¿Piensa en que una superiora debe ser toda para cada una, pero para ganarlas a todas para Jesucristo?». Dice a otra superiora de las Hijas de María[197]: «Sea la buena y cariñosa madre de todas sus hijas; vele continuamente no sólo por su salvación y su progreso en la virtud sino también por su salud». Escribe al P. Lalanne[198]: «Un superior no debe trabajar sólo por sus inferiores en común, sino también individualmente en particular, según sus necesidades». A otro director repetía[199]: «Escuche con bondad a todos sus cohermanos, no se canse de recibir todas las confidencias que quieran hacerle; que no se retiren nunca de usted sin recibir consuelo».

Para cumplir tan grandes deberes, es indispensable una gran sabiduría, pero una sabiduría completamente sobrenatural[200]: «Es una gran desgracia cuando los jefes hacen más caso de los juicios de la prudencia natural y humana que de las decisiones de una prudencia sobrenatural y divina. No olvidemos nunca estas hermosas palabras: El justo vive de la fe». Escribe todavía[201]: «Quiero que usted sea prudente: la prudencia es la primera cualidad de un jefe... Pero quiero que su prudencia emplee, para dirigir, la antorcha de la fe, al mismo tiempo que se sirve de las luces de la razón. Las miras humanas, dice el Espíritu Santo, son tímidas e inciertas». Recomienda a los directores lo que él mismo practica tan admirablemente, el perfecto dominio de sí mismo y el recurso continuo a la oración[202]: «Nunca cumplirá mejor todos sus deberes que cuando rece mejor y haga sus ejercicios de piedad con más recogimiento y fe. Pero ¿dónde encontraré tiempo?, me dirá usted. Hay que tratar de encontrarlo, querido hijo, y seguro que lo encuentra, si lo busca con determinación y prudencia. Si usted se controla bien y se conduce con espíritu de fe, sostengo que tendrá tiempo, aunque sea porque resolverá con más prontitud los asuntos, y los resolverá con mejor resultado». Se percibe fácilmente que habla por experiencia.

Al rodear de tantos cuidados la formación de sus religiosos en los deberes de sus estado, el P. Chaminade tenía sin duda como primer objetivo su santificación personal, pero no se preocupaba menos del acierto en sus obras. Solía decir[203]: «Con santos llegaremos a todo; con religiosos ordinarios o imperfectos no haremos casi nada». Vamos a juzgar, por los resultados obtenidos, la excelente formación que daba. Efectivamente, es el momento de que retomemos la continuación de este relato y recorramos los primeros trabajos realizados bajo la mirada y la dirección de su fundador.

---

[193] Al P. Caillet, 29 de junio de 1824. *Extractos de la carta 301, Lettres, t. I, pp. 593-594.*

[194] Al P. Chevaux, 19 de enero de 1833, *Carta 660, Lettres, t. III, p. 222* y a la Madre Encarnación, 22 de agosto de 1824 *Carta 311, Lettres, t. I, p. 616.*.

[195] Al P. Chevaux, 25 de febrero de 1834. *Carta 727, Lettres, t. III, p. 388.*

[196] 6 de febrero de 1819. *Carta 117, Lettres, t. I, p. 204.*

[197] A la Madre Encarnación, 22 de agosto de 1824. *Carta 311, Lettres, t. I, p. 615.*

[198] 23 de enero de 1833. *Carta 661, Lettres, t. III, p. 228.*

[199] A Clouzet, 9 de septiembre de 1823. *Carta 250, Lettres, t. I, p. 454.*

[200] A la Madre de Trenquelléon, 18 de febrero de 1820. *Carta 134, Lettres, t. I, p.237. Id.,* 30 de diciembre de 1816. *Carta 81, Lettres, t. I, p. 139: la idea es la misma, pero la formulación difiere.*

[201] A Clouzet, 26 de agosto de 1824. *Carta 312, Lettres, t. I, p. 617.*

[202] A Clouzet, 28 de enero de 1828. *Carta 447, Lettres, t. II, p.306.*

[203] A la Madre de Trenquelléon, 10 de junio de 1818. *Carta 98, Lettres, t. I, p. 174.*

Capítulo 27: Las primeras obras del Instituto: las casas de educación (1818 - 1823)

Después de describir los principios de la Compañía de María, el P. Lalanne sigue su relato en los términos siguientes[204]: «Se preguntaban en el mundo lo que iban a hacer estos jóvenes. Nadie lo sabía. Ni ellos mismos lo sabían de una manera firme: estaban a disposición de la Providencia», dispuestos a volar a todas partes donde les llamase la voz de su Director. Éste lo ignoraba como ellos: no sabía con seguridad más que el fin de su Instituto, la propagación de la fe cristiana. En cuanto a los medios, serían los que la Providencia señalase por la voz de las circunstancias. El fundador había escrito el siguiente artículo en las reglas del *estado:* «Ninguna obra que entre en el fin del Instituto debe parecer extraña». Así pues, estaba dispuesto a abrazar todas las que se presentasen marcadas con el sello de la voluntad de Dios.

Una de ellas era indicada por anticipado, la Congregación, de las que las dos órdenes religiosas eran en cierta manera el complemento y el perfecto desarrollo. También a las Hijas de María el fundador la había asignado como primera tarea. Pronto, a instancias de monseñor Jacoupy, les había permitido abrir clases gratuitas para las chicas del pueblo. A las clases gratuitas se añadieron un taller de costura, una asociación de pobres mendigas y finalmente retiros para las señoras. También autorizó, casi desde el principio, cursos a las jóvenes de buena familia. Escribía el P. Chaminade[205]: «Si hay jóvenes a las que no pueden ustedes llegar por la Congregación, traten de llegar a ellas proponiéndoles completar su educación, como externas, con cursos de gramática, de lengua francesa, lengua italiana, etc.; las atraerán mejor que con devociones». Así, en los primeros días del Instituto, la educación en sus diversos grados se situaba ya entre los medios capaces de conseguir el fin de la Orden. No era una sorpresa, porque la enumeración de las buenas obras que podían abrazar los miembros del *estado* preveía ya «la educación de los hijos de los pobres y de los ricos».

Al final de esa misma enumeración, el P. Chaminade había escrito estas lacónicas palabras: «Peligros de los internos». Sin duda se había hecho esta pregunta: los internados ¿podían ser admitidos entre las obras a proponer a sus religiosos? Si dudaba, era por temor a que las ocupaciones absorbentes de los internados perjudicases a las otras obras de celo, especialmente a las congregaciones. En el primer esquema presentado a Adela de Trenquelléon del fin de la fundación próxima, había descartado explícitamente ocuparse en internados[206], y hasta 1820 no permitió a las Hijas de María abrir uno. Más formalmente todavía se opuso a la aceptación de obras que les hubiesen desviado de su fin particularizándolo: no consintió comprometerse en el servicio exclusivo de las huérfanas ni en el de las chicas arrepentidas. Con ocasión de una propuesta de este tipo, acentuaba fuertemente su idea en una de sus cartas a la Madre de Trenquelléon[207]: «No se trata en el Instituto de reformar a una o a algunas pecadoras públicas, sino de atraer y reformar el mundo que se pierde casi en su totalidad».

Frente a la pequeña Compañía, la actitud del P. Chaminade fue la misma. Primero no le propuso más objetivo que la Congregación, dejando al tiempo y a las circunstancias, o más bien a Dios, el cuidado de determinar los demás campos a los que sus obreros serían llamados a trabajar. Durante el año de probación, en el callejón Ségur, cada uno conservó sus ocupaciones anteriores, pero aportó una colaboración muy activa a la Congregación, siguió formando parte de sus consejos[208], contribuyendo al éxito de sus reuniones, participando en sus obras de celo, especialmente en la de los pequeños deshollinadores, confiada a uno de los miembros de la pequeña Compañía, Jean-Baptiste Collineau.

Cuando su proyecto de darse a Dios, madurado en la oración, pareció irrevocable, preguntaron a su padre qué iban a hacer de su tiempo y de sus talentos el día en que estuvieran totalmente desprendidos de sus ocupaciones en el mundo. Las opiniones estaban divididas. La mayor parte habían quedado vivamente impresionados de las conferencias sobre la educación que monseñor Frayssinous había dado el año anterior en la catedral, y escuchaban todavía la calurosa llamada que el prelado dirigió a sus oyentes en favor de esta causa, entonces la más urgente de todas. Habían surgido misioneros de todas partes para evangelizar la generación presente[209], pero la fecundidad de su labor no podía compararse a la eficacia de los cuidados consagrados a las nuevas generaciones, sometidas desde la edad más tierna a la influencia bienhechora de la fe. Monseñor Frayssinous coincidía con la opinión de un párroco de Lot-et-Garonne que escribía mucho más tarde al P. Chaminade[210]: «La única esperanza que tengo de salvar a mi rebaño es la buena educación dada en la infancia. La generación que pasa repugna por los vicios, la ignorancia y la incredulidad, es un verdadero

---

[204] *Not. historique,* p. 10. *La Gerbe-3, p. 19.*

[205] A la Madre de Trenquelléon, 10 de octubre de 1816. *Mes equivocado, es la carta 76 de 10 de noviembre de 1816, Lettres, t. I, p. 132.*

[206] Ver más arriba, capítulo 20.

[207] 15 de octubre de 1817. *Carta 93, Lettres, t. I. P. 163.*

[208] Jean-Baptiste Collineau fue el prefecto del año 1818, el primero de la vida común de la pequeña Compañía.

[209] Los Misioneros de Francia, los Oblatos de María, y numerosas asociaciones de misioneros diocesanos.

[210] Carta del párroco de Mézin, cerca de Nérac, el 5 de enero de 1837. *Es una carta de 25 de enero de 1837, no del 5. AGMAR 27.3.378.*

cadáver que yace en su tumba. Por ese lado, no hay nada que esperar más que milagros de la misericordia de Dios».

La pequeña comunidad del callejón Ségur pensaba lo mismo. Como veía a dos de sus miembros, Auguste Perrière y Jean-Baptiste Lalanne, con una cierta experiencia en el arte de educar a los niños, el proyecto de fundar una casa de educación en Burdeos se presentó naturalmente a su pensamiento. David Monier apoyó la idea y propuso abrir un internado de enseñanza secundaria cuyo titular sería Auguste Perrière. Además de los jesuitas, que llevaban el Seminario menor y no admitían a externos, en Burdeos había pocos centros de educación cristianos, y uno solo de entre ellos, el de Estebenet, ofrecía garantías serias. Por tanto, una casa de este tipo dirigida por religiosos no sería superflua para facilitar a la burguesía la educación cristiana de sus hijos.

No se trataba de entrar en lucha con la universidad. Eso era imposible: la tiranía del monopolio seguía pesando sobre Francia y la Restauración no se había atrevido ni había querido quebrar el instrumento que le había legado el Imperio. A las «instituciones particulares» y a los «internados» sólo les quedaba, al precio de unos cánones muy onerosos, una enseñanza mutilada, pero suplían en cierta manera la insuficiencia de la universidad en materia de educación. Desde ese punto de vista, los esfuerzos de la universidad por satisfacer a las exigencias de su pesada carga habían sido estériles, y bajo la Restauración no fue mejor que bajo el Imperio. Se contentó con introducir algunos cambios de forma: reemplazó el tambor por la campana, el tricornio por el sombrero de copa, el nombre de liceo imperial por el de colegio real, pero el espíritu de la institución no se modificó. Los intentos discretos que tuvieron por objeto mejorar el personal, no tuvieron éxito, y varios años después, cuando monseñor Frayssinous aceptó el título de gran maestro de la universidad, La Mennais podía decirle, con exageración sin duda pero con un cierto fondo de verdad[211]: «Bajo la protección de un nombre venerado, los niños son educados en el ateísmo práctico y en el odio al cristianismo; a la universidad se le pedirá una cuenta terrible de estas almas jóvenes que Dios llamaba en vano».

El P. Chaminade sabía todo esto, y pensaba que una casa de educación sería muy útil en Burdeos, estimando además que una competencia leal con la universidad tendría como efecto mejorar la educación en los propios colegios reales. Una sola consideración le impidió dar inmediatamente su adhesión al proyecto: era el temor a que la apertura de un internado perjudicase al fin general que se proponía. Entonces esperó a que la Providencia le diese más claramente su voluntad.

Creyó reconocer su llamada en el ofrecimiento de dos congregantes, Changeur y Bardinet, que ponían a su disposición «capitales bastante considerables para financiar los gastos de un primer establecimiento»[212]. Pensó enseguida en la ejecución del proyecto, como lo muestra la nota siguiente, dirigida el 1 de agosto de 1818 a Changeur[a]: «Auguste Brougnon ha visitado el hotel Lognac. Por el informe que me ha hecho, me parece que este hotel es adecuado para la obra sobre la que estamos tratando. Vea usted mismo, querido hijo, si es la casa que la Providencia destina a la Compañía de María. Apresúrese a alojar a los hijos de María, que son también sus hijos, y que será infaliblemente su corona en el cielo».

No pudo comprarse el hotel Lognac y se entró en negociaciones para la compra del hotel del general Dufour, situado en la calle Mirail, cuando se supo había otra persona dispuesta a comprar, y que era Jean-Baptiste Estebenet. Se desistió enseguida para no entrar en colisión con un amigo tan fiel. En reciprocidad en las buenas maneras, Estebenet indicó a la pequeña Compañía una casa disponible, contigua a la suya, en la calle des Menuts. Incluso animó a sus amigos a adquirir, con la casa que les indicaba, el solar en el que sus alumnos tenían actualmente sus recreos, que él ya no necesitaría al transferirse su institución al hotel Dufour.

Se encomendó a san José la misión de llevar el asunto a buen fin y en su honor se añadió el ayuno del miércoles al del viernes. El contrato de compra fue firmado el 14 de noviembre de 1818. Pocos días después los religiosos se trasladaron del callejón Ségur a la calle des Menuts[213], y no tardó en juntarse a ellos David Monier. Auguste Perrière, con un certificado de idoneidad expedido por Estebenet, pidió al rector Desèze[214] la autorización para abrir un establecimiento de enseñanza secundaria en las condiciones previstas por los reglamentos universitarios. El rector tardó seis mese en decidirse. Durante este tiempo siguió la formación de los religiosos, y nuevos elementos vinieron a aumentar el pequeño núcleo. Pero el deseo de entregarse aumentaba en proporción a los obstáculos. Escribía el P. Chaminade[215]: «Aquí necesitamos una gran paciencia y constancia. Gracias a Dios, estamos rodeados de la protección de lo alto. Todo se purifica, todo se consolida en los trabajos, en las contradicciones y en los contratiempos. Sigamos rezando».

Por fin, la autorización solicitada llegó el 11 de mayo de 1819. Aunque al año escolar estaba a punto de finalizar, se decidió admitir a algunos niños para preparar el principio de curso siguiente. El 15 de junio, el

---

[211] Carta al obispo de Hermopolis en el *Drapeau blanc,* citada por Rambaud, *Histoire de la civilisation contemporaine,* p. 368.

[212] *Dictionnaire del Ordres religieux,* IV, col. 746.

[a] *La fecha exacta de esta nota es el 4 de agosto de 1818. Carta 101, Lettres, t. I, pp. 178-179.*

[213] Al nº 46, hoy nº 53 de la calle des Menuts.

[214] Paul-Victor Desèze, hermano del célebre defensor de Luis XVI.

[215] A la Madre de Trenquelléon, 29 de marzo de 1819. *Carta 118, Lettres, t. I, p. 205*

P. Goudelin celebró la misa del Espíritu Santo «entre dos angelitos»[216] de larga cabellera, y se acabó el año escolar con quince alumnos.

Un enojoso contratiempo estuvo a punto de frenar la obra en su principio. El hotel Dufour acababa de escapársele a Estebenet, que se encontraba así en la alternativa de procurarse un local nuevo para su internado o de vivir junto al internado de sus amigos, sin otro patio de recreo que el suyo, con los inconvenientes de una competencia inevitable. Se comprendió por ambas partes la imposibilidad de una situación semejante y, de común acuerdo, se decidió fusionar los dos internados. Estebenet, que era de carácter muy dubitativo, vacilaba entre diversas alternativas: retirarse de la educación, quedarse con sus amigos o abrir en otro sitio un nuevo establecimiento. De ahí que surgieran dificultades cuando se trató de determinar las condiciones de la fusión. El P. Chaminade, para dejar a su discípulo más libertad en sus propuestas, encargó a Marie-Thérèse de Lamourous que le representase en las negociaciones. Estebenet acordó con Marie-Thérèse de Lamourous en una renta vitalicia de mil francos que le pasaría la pequeña Compañía. El acuerdo estaba a punto de cerrarse cuando elevó a mil quinientos francos la cifra de sus pretensiones. Aunque esta exigencia era onerosa para la pequeña Compañía y no respondía al valor de la cesión que se le hacía y aunque Estebenet era relativamente joven y no se comprometía a no abrir su propio establecimiento en un nuevo local[217], el P. Chaminade cedió a instancias del vicario Barrès, e hizo que Auguste Perrière firmase el acuerdo el 29 de octubre de 1819[218]. Este contrato contribuiría más tarde a suscitar graves dificultades a la Compañía de María. Por el momento tenía la ventaja de poner en manos de la Compañía el colegio privado más antiguo y de mejor reputación de la ciudad. Estebenet quedó provisionalmente en la casa, pero la institución tomó el nombre de Auguste Brougnon-Perrière y fue efectivamente dirigida por él, con sus colegas de la pequeña Compañía como profesores y vigilantes.

El P. Chaminade ayudó a sus hijos con la experiencia de sus años de Mussidan. Siguiendo su consejo, se puso muy difícil admitir al principio alumnos para las clases superiores. Prefería que formar a su gusto en el espíritu de la casa educando poco a poco a los mismos niños desde las clases de más abajo[219]. Pensaba igualmente que había inconveniente en multiplicar el número de maestros y vigilantes más allá de las necesidades rigurosas, porque la multiplicidad de educadores entorpece la educación más que servirla. Decía[220]: «Desde mi primera juventud tengo como principio que cuanto menos gente se emplee, mejor van las cosas. Lo he experimentado hasta la Revolución».

Insistía en la estrecha unión que debía reinar entre todos los colaboradores de una misma obra e interesaba a todos los religiosos en el éxito del conjunto pidiéndoles notas escritas sobre la marcha general del establecimiento así como sobre sus funciones particulares. Recomendaba una vigilancia paternal y una extrema prudencia en el empleo de los medios de represión[221]. Decía que a ningún precio se debe dejar que entre el descontento en la casa, porque es una «enfermedad epidémica», de la que resulta muy difícil desprenderse[222]. Quería sobre todo que se formase el alma de los niños en las virtudes fundamentales del cristianismo y que se les diese con cuidado la instrucción religiosa. Decía[223]: «Que haya una disciplina vigorosa, pero llena de unción, y sobre todo que los jóvenes lleguen a ser casi necesariamente virtuosos y cristianos, y que su virtud y su fe tengan como base una instrucción sólida de la religión». Así surgirán apóstoles también entre estos niños: «Encontraréis entre ellos quienes tengan celo, del que podréis serviros con respecto a los demás, como pequeños misioneros. He visto en otro tiempo que así se obtenían grandes resultados»[224].

Ayudados por estos consejos, sostenidos por el impulso de su juventud, por su talento y su propia experiencia, Auguste Perrière y Jean-Baptiste Lalanne, ambos educadores de instinto, se esforzaron en introducir en el colegio el espíritu y las costumbres que habían admirado en la casa tan cristiana de Liautard, en París. Pusieron también de lo suyo. Junto a la enseñanza clásica, crearon una enseñanza comercial cuya utilidad era evidente en una ciudad como Burdeos. Imprimieron a la casa un aspecto cuya fisonomía ha

---

[216] Lalanne, *Not. historique,* p. 13. *La Gerbe-3, p. 21.*

[217] Efectivamente, algunos años más tarde, Jean-Baptiste Estebenet abrió a su cuenta un nueva institución en la calle Labirat.

[218] Cuando más tarde entró en la Compañía de Jesús, el propio Estebenet rebajó la renta a la cifra primera de 1.000 francos (1837).

[219] Ese fue siempre su sistema. El 7 de marzo de 1838 escribía a uno de sus hijos, el P. Chevaux: «No admita al principio más que a niños de diez a once años, y después de examen». *Carta 1032, Lettres, t. IV, p. 290.*

[220] Al P. Lalanne, 22 de septiembre de 1831. *Carta 600, Lettres, t. III, pp. 64-65.*

[221] «Un día, los religiosos reunidos preguntaron al Buen Padre si había que persistir en dar a un alumno un castigo que no quería hacer. El Buen Padre respondió vivamente: «Es como preguntarme si un médico puede ordenar una medicina cuando sabe que esa medicina va a aumentar la fiebre del enfermo» (Notas manuscritas de Sylvain. *AGMAR 17.4.329, p. 3*).

[222] *Passim* y carta del 13 de mayo de 1834 al P. Chevaux. *Carta 739, Lettres, t. III, p. 422.*

[223] Al P. Lalanne, 3 de marzo de 1830. *Carta 505, Lettres, t. II, p.438.*

[224] Palabras dirigidas al P. Chevaux, 7 de febrero de 1834. *Carta 725, Lettres, t. III, p. 380.*

descrito el propio P. Lalanne[225]: «El colegio parecía abrir nuevas vías en educación. No valía la pena formar una nueva corporación, si no se esforzaba en hacer de otro modo y mejor que los demás. Además de lo que se ha llamado el espíritu de familia, que excluye tanto la pedantería como el mercantilismo y que debería llamarse espíritu evangélico, puesto que resulta naturalmente de la práctica de una dedicación religiosa sincera e instruida, varias mejoras, que se adoptaron enseguida en otras casas de educación, se producían allí o se volvían a producir por una audaz y feliz iniciativa. Era, entre otras cosas, la academia y los premios de los cuadros de honor.

«La academia honraba y acreditaba la buena conducta, el buen espíritu, unidos al talento, mientras que sus ejercicios ofrecían un intermediario indispensable entre la monotonía y la fría gravedad de los trabajos clásicos de la universidad, y el oropel y la frivolidad de las representaciones teatrales de la educación mundana, tan desdichadamente adoptadas con su disipación y su inanidad por algunas casas eclesiásticas. En cuanto a los premios de inscripción en el cuadro de honor, cambiaban, en provecho de la educación, la base de la emulación. La práctica seguida casi en general era la de recompensar el éxito del trabajo más que el trabajo mismo. De ello resultaba que en el colegio, como en el mundo, la maldad y el vicio podían contar con la gloria, si, por un accidente o un favor de la naturaleza, esos vicios se encontraban aliados con la inteligencia. Se preservó a la infancia, que se educaba bajo los auspicios de María, de este escándalo prematuro, uniendo a la conducta moral una recompensa y un honor accesibles a todos, incluso las recompensas más envidiadas. Los hombres juiciosos se dieron cuenta primero del carácter especial de esta educación y de su superioridad; las familias fueron convencidas por la experiencia. El colegio conquistó pronto la confianza y la fama, a pesar de las prevenciones, que entonces eran muy vivas y estaban muy extendidas, contra las obras del clero».

Efectivamente, contó pronto con cien a ciento veinte alumnos, cifra considerable para un establecimiento de este tipo. sometido en todo a la universidad, privado de la retórica y de las clases superiores, y obligado a llevar a todos sus alumno como externos al colegio real.

Monseñor d'Aviau manifestaba su más viva simpatía al colegio, y hasta su muerte presidió cada año el reparto de premios. Las sesiones académicas, combinadas con las sesiones de la Congregación, eran verdaderas fiestas literarias a las que asistía el P. Chaminade, rodeado de las personalidades de la ciudad, y de ellas informaban los periódicos de la época[226]. La atenta vigilancia de que eran objeto los niños y los buenos modales de maestros y alumnos contribuían a esta reputación, hasta el punto que en 1824 la casa de la calle des Menuts resultaba estrecha e incómoda. Entonces el P. Chaminade compró, sin dudarlo, un hermoso inmueble de la calle du Mirail, el hotel Razac, santificado durante la Revolución por la estancia de las Carmelitas del Gran Convento Saint-Joseph[227] y por un oratorio casi permanente a cargo del P. Gassiot.

En ese mismo año de 1824, el internado hizo el reparto de premios en el patio del hotel, pero no se instalaron allí hasta Pascua del año siguiente. En esta fecha tomó el nombre de Institution Sainte-Marie [*colegio Santa María*], que se conservó siempre y que se ha convertido en el nombre característico de los establecimientos de la Compañía de María, en todas partes donde razones particulares no imponen otro. El centro agrandado intentó inútilmente obtener de la universidad la autorización para tener las clases de retórica y filosofía. El rector de Burdeos se opuso constantemente, por temor a que eso perjudicase al colegio real.

En cuanto la Compañía de María abrió su primer internado, las Hijas de María la siguieron por ese camino. Al final del año 1820, el P. Chaminade autorizó a la reciente fundación de Tonneins a adoptar esta obra al lado de la Congregación y de las clases gratuitas[b]. Incluso en esta época tuvo la idea de llamar a Burdeos a las Hijas de María para tomar la sucesión de un internado que gozaba de cierta reputación, el de las señoritas Gramagnac. Pero, al saber que los jesuitas estaban haciendo gestiones para traer a Burdeos a las damas del Sagrado Corazón, abandonó su proyecto. Dice a David Monier: «Después de haberme recogido para ver lo que había que hacer en esta circunstancia, he creído que, en lugar de luchar, era mejor ceder a los jesuitas y al Sagrado Corazón las internas, las maestras y todo lo que les pertenezca, y no retener más que la casa para trasladar allí el noviciado de María». Es lo que efectivamente tuvo lugar cierto tiempo después.

La fundación proyectada en Burdeos tuvo lugar en Condom, gracias a la entrada en religión de una prima de la fundadora, Charlotte de Lachapelle. Religiosa de corazón desde hacía tiempo, pero retenida en el mundo por su familia, la señorita Lachapelle ya se hacía llamar por su prima Sor Encarnación y por fin puso desatarse de los lazos que le encadenaban. Le había escrito el P. Chaminade[228] «Tome, querida hija, esa actitud de valor y firmeza que sabe tomar el esclavo que quiere romper sus cadenas. Hace tiempo que usted se lamenta. Sus padres le dieron su consentimiento según unas condiciones que se están cumpliendo hace mucho». Sus padres se resignaron cuando ella se escapó de la casa paterna y, para tenerla cerca de ellos,

---

[225] *Not. historique,* p. 25 y 26. *La Gerbe-3, pp. 30-31.*

[226] Especialmente el *Mémorial bordelais* y la *Ruche d'Aquitaine.*

[227] H. Lelièvre, *Les Religieuses de Notre-Dame,* p. 118.

[b] *Pero la fundación del internado de Tonneins fue después del de Condom, que fue el primer internado. Cfr. Henri Rousseau, "Adèle de Trenquelléon, fondatrice de l'Institut des Filles de Marie Immaculée et son oeuvre (1789-18279", Librairie Gabriel Beauchesne, Paris 1920, p. 487.*

[228] 6 de julio de 1821. *Extractos de la carta 164, Lettres, t. I, p. 284.*

compraron en Condom un antiguo convento, lugar de peregrinación a la Virgen de los dolores, llamado por ese motivo con el nombre de *Piedad.* El P. Chaminade aceptó abrir en esta casa un internado que llegó a ser floreciente y que confió efectivamente a la Madre Encarnación[229].

En las Hijas de María, la educación de la infancia había entrado por la puerta de las escuelas gratuitas, y siguieron los internados. En la Compañía de María fue a la inversa: se empezó con un internado y se continuó con clases populares.

Al principio, nadie pensaba en una obra de este tipo[230]. El verano del año 1820, el P. Chaminade se trasladó a Agen para el retiro anual de las Hijas de María, y aprovechó su estancia en esta ciudad para restablecer, con la ayuda de David Monier, la Congregación de hombres, suprimida casi en su principio en 1816. El proyecto tuvo pleno éxito. Dos de los más entusiastas congregantes, el consejero de prefectura Lacoste y el maestro Dardy, no contentos con el resultado obtenido, urgieron vivamente al P. Chaminade a introducir en Agen la Compañía de María. Ella dirigiría la Congregación, mantendría su fervor y además podría ocuparse de los niños del pueblo, cuya educación religiosa y moral estaba casi abandonada. En vano monseñor Jacoupy se había esforzado en introducir a los Hermanos de las Escuelas cristianas en la ciudad, en vano también había conseguido el antiguo convento del Rosario para alojarlos (1818). Los liberales, que ya habían suprimido la Congregación, habían impedido que los Hermanos se presentasen: su hábito servía de pretexto para esta oposición. Pero Lacoste y Dardy opinaban que estos *señores* de Burdeos, que no tenían en su exterior nada de austero, podrían quizá conseguir lo que no habían podido conseguir los Hermanos. Monseñor Jacoupy y su clero eran de esta opinión. El prefecto consultado se mostró favorable. David Monier, ganado de antemano para toda propuesta generosa, se encargó de decidir al P. Chaminade. Aquí estaba la dificultad.

La pequeña Compañía era muy débil y muy reciente. No tenía todavía noviciado regularmente constituido. ¿Era prudente dispersarla de su cuna? La obra propuesta, por muy interesante que fuese, suscitaba objeciones. El P. Chaminade no lo había pensado. ¿No amenazaba también con particularizar el fin de la fundación, sobre todo cuando requería una sola categoría de religiosos, los laicos, que así vivirían separados de los sacerdotes? Además, había otros institutos religiosos especialmente dedicados a ese fin, cuya vuelta a Burdeos había preparado el P. Chaminade. Por otra parte, el P. Chaminade consideraba que la ciudad de Agen era ya la residencia de la Hijas de María, la sede de una Congregación floreciente, que incluso tenía sacerdotes que, sin pertenecer rigurosamente a la Compañía de María, estaban unidos a ella por lazos muy estrechos, como era el caso de los PP. Mouran y Laumont. En estas condiciones, la fundación que se le pedía tenía menos inconvenientes y presentaba ventajas innegables. Después de reflexionar y orar, quedó persuadido de que la voluntad de Dios pedía su consentimiento. Lo dio y prometió hermanos para el principio de curso en octubre. A su vuelta a Burdeos, anunció la noticia a la comunidad de la calle des Menuts.

Una mezcla de sorpresa y alegría acogió esta comunicación. De sorpresa, porque se veían muy débiles - no eran más de quince - y también porque nadie había previsto este tipo de educación ni estaba directamente preparado para ello. De alegría, con el pensamiento de un primer enjambre que, dejando la colmena, iba a llevar a una región nueva el esfuerzo de su actividad para la mayor gloria de Dios y el honor de la Virgen Inmaculada.

Tres religiosos, Laugeay, director, Mémain y Armenaud fueron nombrados para la escuela gratuita de Agen; un cuarto, Gaussens, se les juntó pronto. Salieron a pie a mediados de noviembre de 1820, como verdaderos pobres de Jesucristo. Escuchemos a Bernard Laugeay desahogar sus sentimientos y sus impresiones en la primera carta que escribió a su Buen Padre desde su llegada a Agen[231]: «Tuvimos la dicha de consagrarnos a nuestra divina Madre el pasado martes, y de comulgar en el mismo lugar en que ella acoge tan bien (en Nuestra Señora de Verdelais). Por una feliz disposición de la Providencia, ese día resultaba ser el de la Presentación; le pedimos que nos presentase a su divino Hijo para que abrasase nuestros corazones con el celo de su gloria y que dispusiese de nosotros según su beneplácito. Nuestro viaje fue sin ningún accidente, sólo nuestras piernas se rebelaban un poco hacia la noche; las hacíamos callar reposándolas, y al día siguiente nos poníamos de nuevo en marcha. ¡Qué dulce es sufrir por el buen Dios! Llegamos el jueves hacia las seis de la tarde al Refugio. Todo estaba dispuesto desde la víspera para recibirnos. Se nos hizo una gran acogida. El señor Dardy fue amabilísimo con nosotros: quiero mencionar todas sus atenciones, todo el cuidado que puso para que no nos faltase de nada. La señora Dardy tuvo para con nosotros los detalles de una madre; nos trató como a sus hijos.

«En todas partes quedamos edificados; en nuestro viaje, en las iglesias en que nos hemos parado para saludar a Dios; en Tonneins, por la modestia de nuestras Hermanas, lo mismo en Agen, así como por el celo de los jóvenes eclesiásticos y la piedad de los fieles. Los congregantes se reúnen todos los domingos en la capilla del Refugio; se tienen las asambleas como en Burdeos. Las preside el señor Lacoste, y me hacen ponerme a su lado».

---

[229] El internado de Condom fue abierto por el P. Chaminade y la Madre de Trenquelléon, en julio de 1824, al mismo tiempo que el noviciado de las Hijas de María en Burdeos.

[230] Lalanne, *Notice historique,* p. 10. *La Gerbe-3, p. 19.*

[231] 29 de noviembre de 1820. *Mes equivocado, es del 29 de septiembre de 1820. AGMAR 26.3.270.*

Después de haber mencionado la buena acogida recibida en el obispado y en los dos seminarios, Laugeay termina con estas palabras: «Nunca hemos sentido tan vivamente la dulzura del vínculo que nos une de espíritu y corazón a nuestros hermanos como cuando nos hemos separado de ellos; ofrecemos cada día por ellos a Dios nuestras pobres oraciones; que ellos hagan lo mismo por nosotros; no veo otro medio de atraer las gracias del buen Dios sobre los hijos de María».

A pesar de la simpatía que se expresó a los recién llegados, todo el mundo se mantuvo en una actitud expectante, no queriendo nadie comprometerse en una empresa cuya salida no se podía prever. Así no se encontró a nadie «que hiciese ningún gasto de alojamiento ni de instalación ni de mantenimiento. Dardy dio provisionalmente hospitalidad a los religiosos»[232].

Éstos, sin preocuparse de la opinión pública, se instalaron pobremente en el convento del Refugio, que acababan de dejar las Hijas de María. Después se pusieron a trabajar con sencillez. La escuela, que debía ser completamente gratuita, se anunció con un prospecto de una modestia perfecta: nadie era nombrado y sólo se decía que el espíritu de la nueva escuela era el de las clases gratuitas de las Hijas de María. Las clases se abrieron en diciembre de 1820. Los religiosos aplicaron los medios de emulación que se usaban en Burdeos y, como el partido liberal propugnaba entonces la enseñanza mutua, combinaron este método con la enseñanza simultánea, para no suscitar demasiado clamor.

Los resultados superaron toda expectativa; despertaron admiración y desarmaron «las vivas oposiciones de la municipalidad, de la magistratura y de las mentes de la sociedad de agricultura y de las artes»[233]. Uno de los adversarios más decididos, un tal Jourdan, se convirtió con una simple visita a las clases: no tenía en sus labios más que una frase: «Es maravilloso»[234].

Escuchemos al propio director informar al P. Chaminade sobre la satisfacción y asombro de la buena gente de Agen. Escribe cuatro meses después de la apertura de las clases[235]: «El público está edificado hasta el entusiasmo con el silencio y la modestia de nuestros niños, tanto en la iglesia como en las calles, cuando desfilan en columnas. Antes que funcionasen las escuelas, esos mismos niños se peleaban en las calles, insultaban a los que pasaban, incluso a los sacerdotes. Hoy no se encuentran con ningún eclesiástico sin quitarse el sombrero o, si no lo tienen, sin hacer el gesto, tocándose la punta de los pelos. Cuando vamos a misa o volvemos, la gente se para vernos desfilar. Alguna vez me abordan para decirme: «Dios mío, ¿cómo hacen ustedes para contener así a esta tropa de niños? ¡Cuántos esfuerzos les tiene que costar! ¡Qué gran servicio hacen a la ciudad! No podremos expresarles todo nuestro agradecimiento!». Un mes después, Laugeay completaba su informe[236]: «Es admirable, querido Buen Padre, ver cuántas bendiciones derrama Dios en nuestras escuelas. Nuestros niños, en general, progresan mucho en lectura, escritura y cálculo. Tenemos algunos que, al empezar con nosotros, no sabían ni una letra y ahora comienzan a leer de la *Imitación de Cristo.* Pero lo más destacable y conmovedor es que estos niños, desde el mayor hasta el más pequeño, de indisciplinados e inclinados al vicio se convierten en dóciles y dulces como corderos, y les gusta oír hablar del buen Dios y de la santísima Virgen».

Bernard Laugeay constataba un hecho realmente sorprendente: «Al principio pensábamos que el título de escuelas gratuitas y el certificado de indigencia que exigíamos alejarían a los niños de familias acomodadas y que no tendríamos más que a los pobres de la última clase del pueblo. La realidad no es del todo así, porque un buen número pertenece a buenos artesanos, e incluso a buenas familias que, entusiasmadas con nuestro centro y esperando que sus hijos reciban buenas lecciones y buenos principios de moral, han desafiado el respeto humano y han ido a llorar a los pies del párroco y de los vicarios para obtener un certificado de indigencia. Algunos eclesiásticos respetables me han confesado que ellos distinguen dos clases de indigencia, una corporal y otra espiritual, y que se creían obligados en conciencia a expedir un certificado a los últimos tanto o más que a los primeros. Toda la ciudad está admirada de ver nuestro centro no sólo mantenerse sino prosperar y crecer. No pueden comprender cómo cuatro pobres hombres pueden instruir bien y gobernar a un número tan grande de niños. Es que no ven el dedo de Dios, no saben que Jesús y María lo han tomado como asunto suyo». Efectivamente, el secreto del éxito estaba en el espíritu verdaderamente apostólico de los maestros, que no ahorraban esfuerzos y que, a pesar de su vida dura, pedían al P. Chaminade añadir nuevas penitencias a las austeridades prescritas por la regla y además pasar la noche ante el Santísimo Sacramento todos los primeros meses de mes[237].

Los niños superaban la cifra de trescientos. Monseñor Jacoupy expresaba su gran satisfacción y presidía en persona el reparto de premios. El consejo municipal, de un liberalismo irreductible, dejaba al menos de quejarse y votaba, de más o menos buena gana, una modesta ayuda. El consejo general, mejor dispuesto respecto a los profesores religiosos, admiraba sin reservas y asignaba una subvención de tres mil francos, mostrándose dispuesto a favorecer una obra semejante en todas las subprefecturas del departamento.

---

[232] Lalanne, *Notice historique,* p. 15. *La Gerbe-3, pp. 22-23.*
[233] *Dictionnaire des Ordres religieux,* IV, col. 748.
[234] Carta de Laugeay a David Monier, 16 de enero de 1822. *AGMAR 109,2,32.*
[235] 28 de abril de 1821. *Día equivocado; es del 18 de abril de 1821. AGMAR 26.3.283.*
[236] 30 de mayo de 1821. *AGMAR 26.3.288*
[237] Carta de Laugeay al P. Chaminade, 16 de diciembre de 1821. *AGMAR 26.3.307.*

El prefecto, Musnier de la Converserie, visitó la escuela en persona y afirmó que «el bien que se hacía allí superaba con creces las esperanzas». El *Journal de Lot-et-Garonne,* que era de opinión liberal u había ignorado durante mucho tiempo a las escuelas gratuitas, las descubrió un día y las reveló a su público en tres largos artículos[238], en términos tan elogiosos que querían compensar su largo silencio. El autor de los artículos ha visto y admirado todo con sus propios ojos. Ha seguido a los niños en todos los ejercicios del día, ha comprobado los métodos de enseñanza, el funcionamiento de «la asociación de emulación y de la asociación del Niño Jesús», los reglamentos y el material.

Al acabar, este inspector tan minucioso se pregunta: ¿quiénes son los maestros de esta escuela modelo? Y responde: «Cuatro Hermanos que, no ocupándose del mundo, son todo para Dios y para sus queridos niños: sus clases y sus celdas son los lugares que frecuentan - ¿Son monjes o fanáticos? - Sin duda, parece que pertenecen a un Instituto religioso, pero nada más sereno que su fisonomía, más modestamente alegre que su carácter. ¿Y su forma de vestir? Uniformidad en el color, pero excepto eso, nada que difiera, en la calidad de la tela y en la forma de los vestidos, de la forma de vestir de las personas bien nacidas. - ¿Y sus medios de existencia? - Hace falta poco a personas que comen sólo lo necesario para vivir. Generosos en todo lo relativo a la enseñanza, hacen pocos gastos personales. Se dice que forman parte de una asociación cuyos miembros, renovando en nuestros días lo que fue tan grande y justo objeto de admiración para los idólatras contemporáneos de la Iglesia cristiana naciente, han puesto en común sus fortunas, sus talentos y sus voluntades para contribuir a la gran obra de regeneración moral de Francia, comenzando por las generaciones todavía no pervertidas».

El efecto fue tal que las peticiones de otras escuelas afluyeron al P. Chaminade. Si hubiese tenido gente y, también sin eso, si hubiese escuchado el entusiasmo de David Monier, habría aceptado inmediatamente escuelas de este tipo en Marmande, Nérac, Tonneins y Lectoure. Pero hubiese sido una locura comprometerse en semejante aventura con un noviciado que sólo tenía un año de existencia y cuando la atención del fundador se dirigía hacia el Norte de Francia, donde Dios parecía tener grandes planes sobre el Instituto.

Sin embargo, entró en negociación inmediata con Marmande y con Tonneins. Se proponía colocar en cada una de estas fundaciones, con los religiosos laicos destinados a llevar escuelas, a un sacerdote para dirigir la congregación[239]: así abarcaría simultáneamente las obras que existían ya en Burdeos y en Agen. No pudo hacer esperar a Villeneuve-sur-Lot todo lo que él habría querido. Esta ciudad le dirigía, por medio de su alcalde, Vassal de Montviel, diputado de Lot-et-Garonne, peticiones tan acuciantes que se vio obligado a ceder. Se le ofrecía a la vez el colegio municipal y las escuelas primarias. Dudaba en aceptar, sobre todo teniendo en cuenta que estaba en conversaciones con el arzobispado de Burdeos respecto al lugar de peregrinación de Nuestra Señora de Verdelais, del que le hubiera gustado encargarse. Pero como el entorno de monseñor d'Aviau no era favorable a este proyecto[240], el P. Chaminade prometió un director para el colegio de Villeneuve y lo dio efectivamente para la reapertura de curso de 1822. El P. Collineau, sacerdote desde hacía apenas dos años, levantó rápidamente este colegio, cuyo estado lamentable había impresionado vivamente al P. Chaminade[241] y que, desde hacía siete años, hacía perder once mil francos anuales a la ciudad[242]. El P. Collineau dirigió la congregación y adquirió una gran fama de predicador. Dice un sacerdote de la diócesis de Agen[243]: «Tenía una capacidad de improvisar singularmente fácil, suave, siempre agradable; las señoras de Agen decían del director del colegio de Villeneuve que hablaba de Dios como un buen hijo sabe hablar de las madre más tierna; gustaba esta palabra sensible, llena de unción y de piedad filial».

Al año siguiente, una colonia de religiosos laicos se unió al P. Collineau para tomar posesión de las escuelas municipales. Bernard Laugeay fue llamado a dirigirlas, dejando la escuela de Agen a Mémain. Reunió pronto trescientos niños, y la nueva escuela de Villeneuve no fue a la zaga en reputación de la de Agen. Tras ochenta años, subsiste todavía el recuerdo de dos religiosos de primera hora, los hermanos

---

[238] Números del 9 y 19 de abril y del 24 de mayo de 1823.

[239] Escribe al señor Lacaussade, a Tonneins (20 de marzo de 1821): «En cuanto a la casa, hay que conseguir que sea lo suficientemente amplia para siete u ocho religiosos, las escuelas y las congregaciones de hombres. En cuanto a los religiosos, será preciso que al menos uno de ellos sea sacerdote». *Carta 153, Lettres, t. I, p. 268.*

[240] Desde 1819, el P. Chaminade aspiraba al honor de poner a sus hijos ante la Virgen de Verdelais, a quien debía su curación. *Cfr. carta 124, de 24 de julio de 1819, Lettres, t. I, pp. 216-218.* En 1822, monseñor d'Aviau adquirió la antigua abadía de los celestinos con la intención de recoger allí a los sacerdotes de edad y enfermos de la diócesis. Entonces el P. Chaminade recordó al piadoso prelado los proyectos de 1819 en una carta que empezaba así: «Monseñor, desde hace algunos días estoy casi continuamente preocupado con la idea del antiguo esplendor de Verdelais, de la necesidad de restablecerlo, y del deber que tengo de ofrecerle los servicios del Instituto de María, por débiles que sean». *Carta 199, de 3 de junio de 1822, Lettres, t. I, p. 340.*

[241] Carta del 16 de septiembre de 1822 a monseñor Frayssinous. *Carta 210, Lettres, t. I, pp. 362-363*

[242] Lalanne, *Notice historique,* p. 16. *La Gerbe-3, p. 23.*

[243] Delrieu, *Notice sur M. Dupuy,* p. 12.

Armenaud, que pasaron el resto de su vida en Villeneuve y uno de ellos tomó la dirección de la casa después de Laugeay para conservarla durante cerca de cuarenta años. Eran originarios de Saint-Loubès y, aunque de condición común, llevaban la impronta de la formación que el P. Chaminade sabía dar a sus hijos: sencillez, afabilidad, dignidad de maneras y perfecto espíritu religioso[244].

El éxito tan sorprendente de las primeras obras emprendidas por los hijos del P. Chaminade se debe al temple de estas almas apostólicas, y, por eso, corresponde a él, después de Dios, el mérito y honor. Ya en este momento la acción de la pequeña Compañía se extendía y recogía fuera los mismos éxitos.

Capítulo 28: La Compañía de María en el Nordeste de Francia (1823-1826)

Durante las negociaciones que llevaron a la doble fundación de Villeneuve, el P. Chaminade veía extenderse el círculo de su influencia más de los límites que su modestia le habría puesto, si no estuviese sin reservas a disposición de la Virgen Inmaculada. Una serie de circunstancias, en las que él vio una intervención providencial, le decidió, a pesar de los riesgos evidentes de tal empresa, a destacar de sus comunidades nacientes una colonia de religiosos para enviarlos, a doscientas leguas de distancia, a provincias totalmente desconocidas para él, Alsacia y Franco Condado.

Este hecho, tan decisivo en consecuencias para el futuro de las fundaciones del P. Chaminade, está ligado a la vocación de Louis Rothéa a la Compañía de María. Este joven, procedente de una excelente familia de Landser (Alta Alsacia), tenía numerosas relaciones para las cuales su decisión no pasó desapercibida. Poco después, la marcha para Burdeos de su hermano, el párroco muy conocido de Sainte-Marie-aux-Mines, atrajo la atención de una parte del clero alsaciano sobre el nombre y las obras del P. Chaminade. La fama de las escuelas de Agen, en especial, llegó a oídos de un abnegado sacerdote, el P. Mertian, cuya familia pertenecía al gran comercio y estaba unida a los Rothéa por relaciones de negocios y de amistad. El P. Ignace Mertian había recogido una pesada herencia, la de su hermano mayor Bruno, sacerdote como él, que había levantado de sus ruinas a la Orden docente de las Hermanas de la Providencia. A esta carga, acababa de añadir otra: había fundado una Congregación de Hermanos, llamados de la Doctrina cristiana, análoga a la de las Hermanas de la Providencia y destinada como ésta a la educación de los niños de la diócesis. El fundador de una Orden no se improvisa: el P. Ignace Mertian reconoció que, al menos por el momento, no tenía la competencia suficiente para asentar esta nueva fundación sobre bases sólidas. Su noviciado de Ribeauvillé decaía y él miraba alrededor para encontrar ayuda y consejo.

En esta situación, al principio de 1821, oyó hablar del P. Chaminade. Con una confianza espontánea, le pidió un religioso de la Compañía de María capaz de dar a su noviciado de Ribeauvillé el impulso necesario y de garantizar así el futuro de la fundación. Por singular que fuese la petición, no parece que el P. Chaminade formulase ninguna objeción. Prometió enviar a Ribeauvillé a aquel de sus hijos que estaba naturalmente designado para estas funciones, Louis Rothéa, religioso a toda prueba, imbuido de los mejores principios, juicioso, que respondía desde todos los puntos de vista a los deseos del P. Mertian, y además dominador de las lenguas francesa y alemana, ambas indispensables en Alsacia. Se privaba así de un auxiliar precioso en el momento en que tenía mayor necesidad, pero se sentía interiormente empujado a no negar este servicio, teniendo en cuenta que esta misión correspondía muy bien con el fin de la Compañía: formar apóstoles y multiplicar los verdaderos cristianos.

En el retiro de octubre de 1821[a], recibió los votos definitivos de Louis Rothéa y, después de haberle dado su bendición, lo envió a su país natal. Esta bendición paternal produjo maravillas. El noviciado de Ribeauvillé creció y se transformó visiblemente, hasta el punto de despertar en el P. Mertian el deseo de dejar al P. Chaminade y a los suyos toda la formación y dirección ulterior de sus Hermanos. Por otra parte, el Instituto de María se hizo conocer tan positivamente por aquel que lo representaba en Alsacia, que varios jóvenes y también sacerdotes manifestaron el deseo de ser admitidos en él, emprendieron el largo viaje a Burdeos y vinieron a engrosar las filas de los novicios de Saint-Laurent y de la Madeleine. Más aún, en el mes de febrero de 1822, se dirigieron al P. Chaminade peticiones formales de fundaciones.

Las más acuciantes eran las del párroco de Colmar, el P. Maimbourg, hombre de prestigio que gozaba, en todo el Alto Rhin, de una influencia casi episcopal y que, según la expresión familiar de Louis Rothéa[245], «tenía en el bolsillo a todas las autoridades del departamento». El P. Maimbourg pedía simultáneamente Hijas de María para un convento a fundar a las puertas de Colmar y religiosos de la

---

[244] El agradecimiento de los habitantes de Villeneuve ha elevado a los hermanos Armenaud y, con ellos, a sus colegas una capilla funeraria que lleva esta inscripción: «A los Hermanos de María, tres generaciones agradecidas».

[a] *Según AGMAR 12.11.4, n.8, hizo los votos perpetuos el 23 de octubre de 1820.*

[245] Carta al P. Chaminade, 3 de febrero de 1822. *AGMAR 26.4.317.*

Compañía de María para el colegio y las escuelas municipales de la ciudad. En el colegio, sólo era indispensable por el momento un buen director; el resto del personal se renovaría poco a poco. Para las escuelas municipales, era urgente que desapareciesen las clases mutuas, de las que todo el mundo estaba harto.

Era pedir mucho a la vez, precisamente en el momento en que las escuelas gratuitas iban a extenderse y multiplicarse en el departamento de Lot-et-Garonne. El P. Chaminade esta perplejo; respondió a su prisa, con fecha del 9 de mayo de 1822[b]: «Por mucho que yo desee que el Instituto se haga útil en Alsacia y en toda Alsacia, siento una secreta repugnancia a emprender fundaciones tan alejadas de aquí, sin apoyo, sin ayuda, sobre todo fundaciones de religiosas». De hecho, esta reserva estaba inspirada por la prudencia. Al disponer de un personal tan restringido, el fundador consideraba más prudente concentrar sus fuerzas en la proximidad de Burdeos y aventurarse sólo más tarde, en el momento oportuno, en lugares lejanos. Quería proceder con método y lentitud, según el consejo que daba al P. Mertian[246]: «Si hacemos las cosas sólo a medias, no vale la pena darse tanto trabajo. Soy de la opinión de no esforzarnos primero en multiplicar los establecimientos, sino en hacer que sean realmente buenos».

Sin embargo, esperando que, en un futuro bastante próximo, podría, gracias sobre todo al personal que le proporcionaba Alsacia, realizar los proyectos del P. Maimbourg, comenzó a debatir con él los medios de ejecución. El P. Maimbourg era una inteligencia demasiado elevada como para no comprender las razones del fundador. Le escribe entonces este último[247]: «Usted ha pensado bien que me hacía falta valor para crear establecimientos a más de doscientas cincuenta leguas de mí, a mi edad, y sobre todo con el deseo de que pueda sostenerse una regularidad estricta». El P. Maimbourg se armó de paciencia, animado sobre todo por Rothéa que le repetía[248]: «El P. Chaminade tiene por principio comenzar bien lo que emprende o no hacer nada». Por lo demás, Louis Rothéa, que volvió junto al P. Chaminade al final de su misión (octubre de 1822), era un excelente abogado del asunto y defendía calurosamente la causa de Alsacia que, según decía[249], estaba dedicada a la santísima Virgen y tenía que ser una tierra predestinada para una Orden consagrada María. Su hermano Xavier, que había quedado en el mundo, pero que estaba totalmente ganado para el P. Chaminade y los suyos, insistía[250]: «La Alsacia podría servir de vivero al Instituto».

Dos años de espera no desanimaron al P. Maimbourg, y tuvo que felicitarse de su perseverancia cuando, en el otoño de 1824, recibió a los primeros Hermanos de María. No se tocó entonces la cuestión del colegio de Colmar: el P. Chaminade acababa de enviar al P. Collineau a Villeneuve y no tenía a mano a nadie para el puesto de director. El P. Maimbourg se contentó con la escuelas municipales. Escribe al P. Chaminade[251]: «Sus cartas del 16 del corriente han colmado de alegría al alcalde de esta ciudad y a su párroco. Las dificultades superadas ya no cuentan, basta haberlo conseguido». Y cuando llegaron los religiosos, con Louis Rothéa a la cabeza, escribía[252]: «No hay más una voz sobre nuestro establecimiento: el párroco de Colmar le estará eternamente agradecido». La escuela contaba ya con cuatrocientos cincuenta alumnos: su prosperidad fue en aumento, para no detenerse mientras duró el establecimiento, es decir hasta la anexión de Alsacia por Alemania.

Al mismo tiempo que se encargaba de las escuelas municipales confiadas a sus religiosos laicos, el P. Chaminade acariciaba la esperanza de encargarse del santuario de Trois-Epis, situado cerca de Colmar; de aquí, sus sacerdotes habrían ayudado a sus hermanos y habrían dirigido otras obras como la Congregación. Esta combinación, como muchas otras, no pudo realizarse por falta de personal. Pero el fundador esperaba desarrollar pronto la acción de su Compañía en Alsacia, y abrir allí casas donde estaría representada al completo. Ese momento no tardó, y dos años después empezaba para el Instituto un maravilloso movimiento de expansión por esta bella y católica provincia.

Aunque la comunidad de Colmar fue la primeras solicitada en estas regiones alejadas, no fue la primera en fundarse. Otro enjambre le había precedido un año antes y se había fijado en Saint-Remy, en la Haute- Saône, provocado por circunstancias no menos fortuitas o, mejor dicho, no menos providenciales.

El ejemplo del párroco de Sainte-Marie-aux-Mines, dejando su diócesis para agregarse a la nueva Compañía, había sido seguido por un sacerdote amigo, el P. Caillet, originario del Jura Bernois, que entró en el noviciado de Saint-Laurent en el otoño de 1822. Sólo llevaba allí unas semanas cuando uno de sus condiscípulos de seminario, el P. Domet[253], vicario de Besançon, le pedía que transmitiese a su superior el

---

[b] *Carta 197, Lettres. t. I, p. 337*

[246] 18 de junio de 1822. *Extractos de la carta 202, Lettres, t. I, p. 347.*

[247] 18 de junio de 1822. *Carta 204, Lettres, t. I, p. 351.*

[248] Carta del 17 de octubre de 1822. *AGMAR 25.6.686.*

[249] Carta del 6 de julio de 1822 al P. Chaminade. *AGMAR 26.4.332*

[250] 23 de mayo de 1822, a su hermano Charles, el sacerdote, entonces en el noviciado de Saint-Laurent. *AGMAR 25.6.684.*

[251] 28 de septiembre de 1824. *AGMAR 26.5.433.*

[252] 15 de febrero de 1825. *Mes equivocado, es de 15 de enero de 1825. AGMAR 26.5.441.*

[253] Carta del 29 de septiembre de 1822. El P. Domet quedó siempre muy unido a la Compañía de María. Murió siendo canónigo titular de la iglesia metropolitana de Besançon.

ofrecimiento de un misionero diocesano, el P. Bardenet, deseoso de atraer a la Compañía de María al Franco Condado. El P. Bardenet ponía a disposición de la Compañía una extensa finca de ciento cincuenta hectáreas con un castillo y sus dependencias. Quería que sacase partido de esta propiedad para la religión y el bien. Además, añadía la carta, los misioneros diocesanos encontraban «en todas partes gente que quería retirarse del mundo y no podía, por falta de asilo»; Saint-Remy (ese era el nombre de la propiedad) podría ser para ellos ese lugar de retiro.

Aunque coincidía en el gran bien que podía hacerse, el P. Chaminade no mostró más prisa de la que había mostrado para Alsacia: se sentía ya muy solicitado en esta última, así como en el Lot-et-Garonne y otras partes. Pero los que habían tomado la iniciativa de la propuesta no lo entendían así. Un mes después de la carta del P. Domet, el mismo P. Bardenet escribió con el apoyo de un vicario general de Besançon, el P. Tharin. Este último apremiaba al P. Chaminade a aceptar[254], le aseguraba el consentimiento de monseñor de Pressigny[255] y añadía en su propio nombre: «Me alegro de antemano con la firme confianza de que los Hermanos de María derramarán en esta diócesis el buen olor de Jesucristo». En cuanto al P. Bardenet, en su carta describía la finca de Saint-Remy, exponía sus condiciones que eran las de una buena obra, e insistía para que el P. Chaminade no aplazase su respuesta, que esperaba fuese favorable.

El P. Bardenet no era un sacerdote cualquiera: todo el Franco Condado lo conocía como el hombre de negocios titular de las buenas obras. Nacido en 1763, en Chasey-les-Mont-bozon (Haute-Saône), de una de las más antiguas familias del país, Jean-Etienne Bardenet[256] fue educado en el colegio de Arbois en los mismos bancos que Pichegru, con el que había competido más de una vez en ejercicios atléticos. Perfectamente dotado de inteligencia, lo estaba todavía más de voluntad. Sacerdote y sucesor de su tío en la parroquia de Mesnay, cerca de Arbois, pudo, gracias a su energía y también a su fuerza muscular, hacerse respetar por los jacobinos de la región y no abandonar nunca definitivamente su parroquia.

Su habilidad para los negocios era sorprendente. Él mismo decía: «Estoy contento de que Dios no me haya dejado en el mundo: me habría enriquecido demasiado fácilmente, y quizá la fortuna me habría hecho olvidar la salvación de las almas y la mía». Como sacerdote, empleó su talento en reconstituir el patrimonio de la Iglesia y de los pobres, comprando bienes nacionales para devolverlos a su primer destino, construyendo iglesias y edificando monasterios. Cada año los doce mil a quince mil francos de renta que tenía de su familia se empleaban en eso en su totalidad. Meditaba algún gran golpe, dejaba reposar dos o tres años *su gallina de los huevos de oro,* y después se lanzaba de nuevo.

Empezó por la reconstrucción de su iglesia de Mesnay, de la que fue a la vez el proveedor de fondos, el arquitecto, el contratista y el principal obrero. Continuó en el pueblo de Ecole, cerca de Besançon, donde construyó para sus cohermanos, los misioneros de la diócesis, una extensa y espléndida residencia con una iglesia. Esta obra fue objeto de denuncias del partido liberal porque, para el *Constitutionnel* el P. Bardenet era un *jesuita,* y la casa de Ecole *un foco de propaganda electoral*[257]. Se decía que se había arruinado con esta operación. Su respuesta fue la compra de la finca de Saint-Remy, antigua propiedad de la familia de Rosen, puesta en venta por el marqués de Argenson[258]. El castillo, aunque no estaba acabado, era magnífico y la finca tenía una gran variedad de productos: bosque, prados, campos, huertos, jardines, no faltaba nada. Pero todo estaba en estado de completo abandono y exigía esfuerzos considerables para hacerlos valer.

El P. Bardenet se proponía instalar allí una comunidad religiosa. ¿Qué le indujo a dar su confianza al P. Chaminade que él no conocía? El hecho es que la alianza de estos dos hombres, que iba ser tan fuerte para el bien, hay que considerarla como providencial. Durante veinte años fueron de la mano sembrando por el Franco Condado establecimientos de hombres y mujeres tan sólidamente constituidos que la mayor parte subsisten todavía. Dotados de caracteres muy diferentes, a veces tenían dificultad para entenderse[259], pero

---

[254] Carta del 29 de octubre de 1822. *Cfr. Lettres, t. I, p. 380.*

[255] Gabriel Cortois de Pressigny (1745-1823) era obispo de Saint-Malo antes de la Revolución, y vivió en el retiro desde el Concordato hasta 1814. Era embajador del rey en Roma cuando, en 1817, fue llamado a suceder a monseñor Lecoz en la sede de Besançon, de la que no tomó posesión hasta 1821.

[256] Una reseña anónima sobre el P. Bardenet (París 1844) se debe a la pluma del P. Perron, profesor de filosofía en la facultad de Besançon. Otra reseña más exacta, pero manuscrita, fue redactada por el P. Justin Faivre, de la Compañía de María.

[257] *Constitutionnel* del 19 de agosto de 1819, citado por Grandmaison, *La Congrégation,* p. 188.

[258] Marc-René Voyer d'Argenson, ayuda de campo de Lafayette, prefecto del Imperio, diputado del Bajo Rhin, después de 1815, luego de la Vienne y del Eure, estuvo siempre en la oposición avanzada, incluso con Luis Felipe. Descendía en línea directa del célebre financiero y ministro de justicia de Luis XV. Era dueño del castillo de Saint-Remy por su matrimonio con Sophie de Rosen, que ya había estado casada en primeras nupcias con el príncipe Victro de Broglie.

[259] El P. Chaminade quería que su colaborador interviniese menos en las obras de Dios que hacía; el P. Bardenet pretendía tener su parte en el gobierno, puesto que la tenía en los gastos. No veía las cosas como el fundador, hasta el punto que el P. Chaminade le escribió un día (26 de mayo de 1838 *Carta 1049, Lettres, t. IV, p. 317*): «Respetable Monseñor, es verdad que si usted quiere tomar mi puesto y mi responsabilidad ante Dios, usted podrá entonces ordenar todo lo que juzgue conveniente: estoy dispuesto a poner el gobierno en

sentían que se completaban mutuamente y que de su unión dependía el valor de los resultados: el P. Chaminade tenía la misión de formar a los hombres y dirigirlos; el P. Bardenet se reservaba el cuidado de lo temporal, cuidaba de las fundaciones y su acondicionamiento, y aseguraba la subsistencia material de los que buscaban primero el reino de Dios para ellos y para los demás. El primer fruto de este entendimiento fue la fundación de Saint-Remy, fundación laboriosa por una parte y otra, como se podrá ver.

El 21 de noviembre de 1822, un mes después de las propuestas directas del P. Bardenet, el P. Chaminade se decidió a dar su consentimiento. Escribió al P. Tharin en estos términos[c]: «Señor vicario, he dudado varios días en responder a su amable carta; la importancia del establecimiento, su gran distancia de mí y de otro establecimiento del Instituto de María, el pequeño número de sujetos del Instituto, las peticiones frecuentes que recibo de diversos lugares para otros establecimientos, son la única causa de mi duda. Por fin, he decidido delante de Dios, impulsado interiormente viendo el gran bien que resultaría para la religión». Anunciaba la próxima marcha de David Monier al Norte, con la misión de tratar sobre el terreno y de arreglar definitivamente los asuntos de Colmar y Saint-Remy.

David Monier, cuya salud se alteraba y cuyo nerviosismo aumentaba de día en día, esperó a la primavera para ponerse en camino y marchó el 10 de marzo de 1823. Su itinerario le condujo primero al Franco Condado. En Besançon fue huésped de monseñor de Pressigny[260]. Visitó después Saint-Remy bajo la guía del P. Bardenet. Quedó encantado. Además, «el abogado concordaba perfectamente con el misionero. Tan inteligente el uno como el otro, los dos entreveían lo que podía llegar a ser esta ruina»[261]. David Monier, al despedirse del P. Bardenet para ir a cumplir su misión en Alsacia, prometió volver a verlo antes de reemprender el camino de Burdeos. Volvió efectivamente cuando concluyó con el P. Maimbourg la apertura de las clases en Colmar para el año siguiente. Su segunda estancia en Saint-Remy acabó por seducirle y enseguida se ocupó con el P. Bardenet de la redacción definitiva del contrato de compra.

El P. Chaminade desconfiaba del entusiasmo de su colaborador, de sus gustos grandiosos y quiméricos, y más todavía del estado de su salud, que aumentaba su sensibilidad y exaltaba su imaginación. Antes de salir le había dado instrucciones muy precisas y le había dicho[262]: «Estamos como enganchados al mismo carro; no iremos bien si no tiramos al unísono. A usted le gusta ir por delante y a mí también. El poco tiempo que nos queda de vida debe comprometernos en ello, pero no me gustaría empezar por todo para no acabar nada. De hecho, hay grandes imperfecciones en todo lo que hemos hecho, y ¿qué hacemos para remediarlo? Yo sé por mi parte, y sufro mucho por ello, que el tiempo que empleo en apoyar de un lado o del otro, podría emplearse mejor en el progreso de la obra». Así pues, era importante, en una obra de la naturaleza de la de Saint-Remy, proceder con madurez perfecta y no comprometerse más que con la seguridad de no perjudicar a las obras ya existentes.

Ahora bien, para conseguir ese fin se requerían dos condiciones: en primer lugar, que la nueva fundación no exigiese mucho personal y se desarrollase lentamente, sin estrépito; en segundo lugar, que todos los gastos de instalación y de principio de funcionamiento estuviesen cubiertos. Es lo que el P. Chaminade llamaba, en una carta al P. Tharin[263], «los límites de su poder». Ya estaba endeudado y «el sabio fundador veía que la finca y sobre todo el castillo iban a abrir una nueva fuente de gastos»[264], que no podría afrontar hasta el día en que la propiedad estuviese en rendimiento. Es lo que no dejó de repetir de todas las formas a David Monier tanto antes como después de su marcha. Decía[265]: «No pierda nunca de vista que no podemos hacer gastos para la casa de Saint-Remy: al contrario, necesitaríamos que, en poco tiempo, ayudase a otras casas». Un poco más tarde añadía[266]: «Si yo tuviese medios disponibles, le diría con mi franqueza habitual: Saque todo lo que se necesita. Pero usted sabe el apuro en que estoy para sostener los establecimientos ya formados, para el personal que se presenta y, podría añadir, para los gastos imprevistos que tendré que hacer para Saint-Remy, por muy grande que sea la generosidad de los fundadores... Tendré al valor de dejar marchar a mis hijos sin darles nada para el viaje, sin proporcionar a cada uno un pequeño ajuar, sin darles ropa, etc? Nunca siento más que soy padre que cuando separo de alguno de ellos». En consecuencia, quería que la casa no fuese aceptada más que si los misioneros diocesanos lo tomaban como asunto suyo, y si los religiosos de la Compañía eran, al menos al principio, sus auxiliares para recoger las vocaciones de las que se

---

sus manos, si Dios lo quiere». Pero el acuerdo subsistió hasta la muerte del P. Bardenet, que sucedió el 19 de enero de 1844.

[c] *Carta 219, Lettres, t. I, p.283.*

[260] Monseñor de Pressigny murió algunos días después del paso de David Monier y fue reemplazado por su coadjutor, monseñor Paul Ambroise Frère de Villefrancon.

[261] Lalanne, *Not. historique,* p. 21. *La Gerbe-3. pp. 27-28.*

[262] Carta del 25 de enero de 1823. *Día ligeramente equivocado: es la carta 223, de 23 de enero de 1823, Lettres, t. I, p. 394.*

[263] 6 de marzo de 1823. *Error en el destinatario y en la fecha: es la carta 230 al P. Bardenet, de 4 de marzo de 1823, Lettres, t. I. P. 402.*

[264] Lalanne, *Not. historique,* p. 22. *La Gerbe-3, p. 28.*

[265] 4 de marzo de 1823. *Carta 228, Lettres, t. I, p. 399.*

[266] 23 de abril de 1823. *Carta 234, Lettres, t. I, p. 412.*

había hablado desde el principio. Otras obras se injertarían en ésta, a medida que el personal y los recursos lo permitieran.

A pesar de su insistencia, el P. Chaminade no estaba seguro de lo que hiciese David Monier que, lejos de él, podía no dejarse guiar suficientemente por las luces de la fría razón. Le escribía[267]: «No hay día, querido hijo, que no piense varias veces en usted y en este asunto. Ordinariamente encomiendo al Señor y a su augusta Madre a usted y sus asuntos. Por lo demás, mis disposiciones son casi siempre las mismas que le he comunicado: querría esta obra y la temo». Tenía razón en temerla: David Monier no le decía que el P. Bardenet acababa de separarse de los misioneros; que él había agotado todos sus recursos para el pago de la propiedad; que había también vendido los espejos, los cuadros de valor, todo lo que podía desprenderse de los muros del castillo, y que el propio marqués d'Argenson no había quitado; que el P. Bardenet, creyendo en los amplios proyectos de David Monier, creía que la Compañía disponía de capitales considerables y que era capaz de emprender enseguida obras esplendorosas. Todo esto el P. Chaminade lo ignoraba y David Monier, en su prisa por terminar, no lo tenía en cuenta.

Firmó la escritura de compra el 16 de mayo de 1823, y no abrió los ojos más que al día siguiente. En un acceso de desaliento escribía[268]: «Mi obra me asusta, querría no haber entrado en ella». Era demasiado tarde. El P. Chaminade, por un curioso cambio de papeles, sufrió amargos reproches por parte de David Monier. Pero sin turbarse ni por la decisión tomada ni por los efectos de la sobreexcitación de su colaborador, se contentó con responderle[269]: «Si yo tuviera miras más amplias, si estuviese más unido a Dios, no dudo que las cosas irían mejor. Pida a Dios, querido hijo, que perdone mis pecados y se escoja un instrumento mejor para realizar las obras de su bondad y de su misericordia». Se puso enseguida a tratar de cumplir las obligaciones que había contraído, es decir, a pagar los gastos de la escritura y a preparar una comunidad para Saint-Remy. Por lo demás, incluso tras la vuelta de David Monier, seguía ignorando la ruptura del P. Bardenet con los misioneros, así como su penuria momentánea y la idea que se hacía del estado financiero de la Compañía.

La comunidad estaba dispuesta en julio. Comprendía ocho miembros, de los que Dominique Clouzet era el director y el P. Rothéa el capellán. El P. Chaminade, pensando no tener que temer las exageraciones de David Monier cuando todo estaba terminado, y queriendo darle una nueva prueba de su confianza, le encargó de conducir la colonia a Saint-Remy, de instalarla y de organizar las obras. El 16 de julio, bajo los auspicios de Nuestra Señora del Carmen, reunió a sus hijos en la capilla de Saint-Laurent y recibió la renovación de sus votos. El 18 a la mañana, les bendijo, les acompañó hasta el puente del Garona, les abrazó y los confió a la divina Providencia.

El malentendido tenía que estallar a la llegada de los religiosos a Saint-Remy. Encontraron un castillo principesco, pero sin muebles; una finca espléndida, pero sin cosecha ni instrumentos de cultivo. Para instalarse, para vivir hasta el día en que la propiedad estuviese en rendimiento, poseían a su llegada, por toda fortuna, una suma de seis francos. Era el resto de un viaje realizado pobremente, en gran parte a pie. El P. Bardenet estaba descontento y decepcionado, David Monier desesperado. El P. Chaminade fue el único que no se turbó. Cuando fue informado, escribió a Clouzet[270]: «Sea lo que sea lo sucedido, hemos creído deber comenzar, y hemos comenzado. Nuestras intenciones son puras: ¡vamos adelante!».

Los discípulos del P. Chaminade habían aprendido de su maestro a echarse en toda circunstancia en manos de la Providencia: ella no podía abandonarles. El P. Bardenet hizo por ellos lo posible y el P. Chaminade les envió con toda urgencia algún dinero. Estas ayudas no impidieron que vivieran en extrema pobreza: como lecho, un jergón sin cama y un solo par de sábanas de las que había que prescindir cuando se lavaban; como alimento, patatas y algunas legumbres traídas por el P. Bardenet; como bebida, agua de frutos fermentados: eso era todo lo que tenían para sostener sus fuerzas. Cuando vino el invierno, siempre crudo en esta meseta barrida por los vientos, este año más crudo todavía que de costumbre, nuestros pobres meridionales temblaban de frío durante el día con su trajes ligeros y durante la noche con su única manta, casi sin leña para hacer fuego, calentándose con el trabajo manual o corriendo.

No sufrían solos: todas sus privaciones repercutían en el corazón del P. Chaminade, cuyas «entrañas de padre»[271] estaban profundamente conmovidas y les decía[272]: «No sé si sus penalidades y dificultades pueden dejarles imaginar la gran pena que me causa Saint Remy». Les dice todavía[273]: «Reconozco que tendría menos pena tomando sobre mi cabeza sus sufrimientos que sabiendo que están en esa dura posición, sin poderla remediar de inmediato». Hacía lo imposible por ellos. Escribe al P. Bardenet[274]: «Tengo el

---

[267] El 21 de mayo de 1823, cuando la escritura estaba firmada, sin que lo supiese todavía el P. Chaminade. *Carta 236, Lettres, t. I, pp. 421-422.*

[268] 17 de mayo de 1823. *AGMAR 26.4.379.*

[269] 27 de mayo de 1823. *Carta 237, Lettres, t. I, p. 426.*

[270] 9 de septiembre de 1823. *Carta 250, Lettres, t. I, p. 457.*

[271] Carta del 23 de febrero de 1824 a Clouzet. *Carta 270, Lettres, t. I, p. 507.*

[272] 20 de enero de 1824, a Clouzet. *Carta 268, Lettres, t. I, p. 503.*

[273] 2 de diciembre de 1823. *Carta 260 a la Comunidad de Saint-Remy, Lettres, t. I, p. 478.*

[274] 6 de noviembre de 1823. *Carta 255, Lettres, t. I, p. 468.*

corazón afligido de saber que algunos de estos jóvenes no estarían suficientemente vestidos para el invierno. Enseguida he hecho enviar, por letra de cambio, una suma de seiscientos francos». Y así cada vez que encontraba algún recurso.

Había otra causa de inquietud que pesaba sobre el P. Chaminade, y sólo sobre él: era el estado de agitación en que se encontraba David Monier, que pasaba del abatimiento extremo a la euforia y sus fluctuaciones, más que ninguna otra causa, ponían la obra en peligro. Hacía las promesas más irrealizables al prefecto de la Haute-Saône y al P. Bardenet, comprometiéndose incluso con contratos que, si hubiesen sido válidos, habrían sido la ruina de la Compañía. Después, no viendo el medio de cumplir estos singulares compromisos, recaía en el abatimiento, echaba la culpa al P. Chaminade y, esperando, dejaba a la comunidad en la incertidumbre respecto al tipo de obras al que había que entregarse.

A doscientas leguas de distancia, conocía la verdad sólo a trozos y no sabía por qué vía debía comprometer a sus hijos. En primer lugar, trató de hacer oír a David Monier la voz de la razón y del buen sentido[275]: «Comprendo que con diez mil francos usted podría poner en marcha las cosas mucho mejor; pero no entiendo bien que religiosos, entregados a la pobreza evangélica, entregados por tanto a la divina Providencia, tanto en sus personas como en las obras de las que Dios puede encargarles, necesiten aparecer como acomodados, como ricos. Comprendo que estos religiosos podrían no atribuirse la gloria de ello y referirla sólo a Dios, pero no comprendo que Dios se contente con esas disposiciones por nuestra parte». Y añadía[d]: «¿Quién es el hombre sabio que hubiera augurado que, porque este establecimiento no había podido formarse en cuatro meses, no iba a tener éxito?».

Se daba cuenta de que esta cabeza necesitaba reposo más que razones, y, sin contestar a sus alegaciones, tenía con él sobre todo el lenguaje de la dulzura y de la fe[276]: «Siento muy vivamente, querido hijo, su dura posición. Me parece que yo preferiría soportarla solo que figurármela sin participar en ella. A veces temo que he dado mi consentimiento para un establecimiento muy por encima de nuestras fuerzas... Pero está hecho y adoro los planes de Dios. Trabajamos para él y no para nosotros». Un poco más tarde le decía[277]: «Siento, querido hijo, que cuanto más justas fuesen mis excusas y justificaciones, menos le servirían de consuelo, y yo lo que deseo es su consuelo. Usted ha hecho promesas y no puede cumplirlas. ¿Cuáles son esas promesas? Sean las que sean, haré toda clase de esfuerzos para ayudarle a cumplirlas». Por estos procedimientos paternales, consiguió calmar un poco esta cabeza calenturienta. Pero comprendió que David Monier era en adelante un instrumento inadecuado para esta obra y que era necesario retirarlo de Saint-Remy para que esta casa prosperase.

Por lo demás tenía puestas grandes esperanzas en la obra desde todos los puntos de vista. Para él, dos motivos las justificaban. El primero era el espectáculo de tantas contradicciones y sufrimientos: una obra emprendida por Dios solo y así bamboleada tenía que llegar a buen puerto. «*Qui caepit opus bonum, ipse perficiet»,* decía el fundador con san Pablo[278]. «Los establecimientos que están llamados a hacer un bien real son ordinariamente aquellos cuyo nacimiento es más dificultoso y borrascoso»[279]. Con esta misma consideración sostenía el valor de sus hijos. Decía a toda la comunidad[280]: «Elevándome por la fe hasta el árbitro de nuestros destinos, he adorado los designios de su Providencia paternal. Me he dicho a mí mismo: el Señor toma su criba en la mano. Quiere purificar esta colonia selecta, quiere discernir a los que son aptos para echar los fundamentos de un establecimiento que debe llevar tan excelentes frutos en estas provincias lejanas. Una juventud virtuosa a medias no sería digna de tal empresa. Espero, queridos hijos, que ninguno de ustedes sucumbirá a la prueba del Señor».

Efectivamente, ninguno de ellos falló, y ese fue su segundo motivo de consuelo y esperanza. Sus hijos se mostraron dignos de él, dignos de María a quien servían. Las privaciones y las fatigas de un viaje de tres semanas, realizado en gran parte a pie, no habían alterado ni su alegría ni su fervor. Según decía su jefe, formaban «una verdadera comunidad ambulante». La indigencia y los sufrimientos de seis meses largos de aislamiento, y la incertidumbre que planeaba sobre las obras a emprender, eran una prueba más decisiva todavía. Y sin embargo, ni una sola queja llegó a oídos del P. Chaminade. Al contrario, tuvo que leer cartas admirables de alegría y espíritu de fe que edificaban a los Hermanos y a las Hermanas. Con un trabajo encarnizado, se esforzaron en procurarse para el año siguiente algunos recursos en esta propiedad que era rica y productiva. Dominique Clouzet daba a todos ejemplo de trabajo y economía. El P. Rothéa era un modelo de mortificación y humildad, pasando el invierno sin fuego en una pequeña habitación al norte, y el sábado por la

---

[275] 8 de diciembre de 1823. *Fecha equivocada: es la carta 252, de 30 de septiembre de 1823, Lettres, t. I, pp. 460-461.*

[d] *Carta 263, Lettres, t. I, p. 484.*

[276] 25 de noviembre de 1823. *Extractos de la carta 258, Lettres, t. I, p. 474.*

[277] 16 de diciembre de 1823. *Carta 265, Lettres, t. I, p. 490.*

[278] A David Monier, 17 de abril de 1823. *Fecha equivocada: es la carta 245, de 17 y 18 de agosto de 1823, Lettres, t. I, p. 442.*

[279] A David Monier, 25 de noviembre de 1823. *Carta 258, Lettres, t. I, p. 475.*

[280] 2 de diciembre de 1823. *Carta 260, Lettres, t. I, p. 478.*

tarde, en el capítulo de culpas, poniéndose de rodillas delante de sus hermanos y besándoles sucesivamente los pies. «Yo me moría de confusión», dice uno de ellos[281].

El entendimiento entre todos los miembros de la comunidad era perfecto. Escribía Clouzet[282]: «La unión entre nosotros es grande. ¡Viva el Señor que nos ha dado esta gran gracia!». Gracia de elección, efectivamente, que engendraba la paz y, por añadidura, la alegría, esa alegría exuberante de los corazones rectos en tiempo de privaciones; a veces hasta turbaba las oraciones, si se producía algún error. El P. Rothéa se alarmaba y el Buen Padre le tranquilizaba con estas palabras: «Esa alegría es un signo de la paz que reina en las almas».

No se equivocaba. Un testigo de estos tiempos[283], que bien merecen el calificativo de heroicos, resumía así al final de sus años sus impresiones de entonces: «Estábamos contentos y felices como reyes. Con este régimen sencillo y frugal, todo el mundo iba bien; no había enfermos; la vigilia y el ayuno de cuaresma y de los viernes eran perfectamente observados; las penitencias, las disciplinas y las cadenillas no eran cosas desconocidas», aunque el P. Chaminade, que fue a Saint-Remy algunos años más tarde, tuvo que moderar los ardores del espíritu de penitencia. Continúa nuestro testigo: «Oh Dios, ¡qué alegría, qué fervor en estos tiempos!, eran los días de la edad de oro. Sólo con el recuerdo, las lágrimas me nublan los ojos cuando escribo estas líneas. Pronto me juntaré con nuestros buenos Padres y nuestros buenos Hermanos en un mundo mejor: eran tan santos religiosos que yo creo que todos están en el paraíso».

Tantas virtudes eran para el exterior una primera predicación, mientras se esperaba tener los medios materiales para hacer más. En el primer momento, la aparición de estos hombres venidos de lejos, había provocado en los campesinos del Franco Condado un poco de curiosidad y mucha desconfianza. Se decía[284] que eran españoles provistos de cofres de oro y plata. Los recuerdos de los hidalgos españoles, famosos en otro tiempo en el país, se desvanecieron muy pronto ante la realidad, más sencilla y más grande a la vez. Estos misteriosos habitantes del castillo no eran más que religiosos, como los que los ancianos del lugar habían conocido en Faverney, en Clairefontaine y en los otros monasterios de alrededor. Los recién llegados diferían de los antiguos monjes por la forma de vestir. Eran iguales a los mejores de entre ellos por su fidelidad a las observancias monásticas, a la regla del silencio, a la modestia, al desprendimiento. Pronto pasaron a decir: «Son hombres de bien que trabajan para Dios y para el cielo»[285].

No hizo falta más para atraer vocaciones. Los dos primeros postulantes[286] parecían enviados por María misma, porque venían del pueblo lejano de Jouhe, al pie del Mont-Roland, uno de los más célebres santuarios de la Virgen del Franco Condado. En el mes de enero de 1824, los postulantes eran nueve, y el P. Chaminade permitió al P. Rothéa inaugurar con ellos un noviciado regular.

Este hecho confirmó todas las esperanzas que el fundador había puesto en Saint-Remy y le decidió a no aplazar más la creación de las obras para las que se había trasladado allí. Estuvo a punto de ir él mismo en persona. Pero se vio obligado a renuncia a esta idea y llevó sus planes, para reemplazarle, con El P. Caillet, el mismo a quien se le hicieron los primeros ofrecimientos relativos a la fundación. Con fecha del 24 de febrero de 1824 le dio instrucciones para el caso y llamó a Burdeos a David Monier.

Acogió bien a este último, a su vuelta, y no le hizo ninguna alusión que recordase el pasado: volvió la intimidad de antes, pero en adelante el P. Chaminade no alejó ya más de su persona a su colaborador que, cuando estaba solo y privado de los consejos de su mentor, se dejaba llevar por el ardor exagerado de su celo y exponía a las obras a enojosos problemas.

El P. Caillet, que le había sustituido, no tenía ninguna de las cualidades seductoras del abogado bordelés; su exterior denotaba la campiña en que había crecido y sus conocimientos eran más sólidos que brillantes. Hombre íntegro, iba en línea recta hacia el objetivo, prefiriendo saltar los obstáculos que bordearlos. Naturaleza sincera y leal, carácter profundamente religioso, se distinguía por una virtud y una piedad nada comunes. Además, su docilidad era a toda prueba.

Con esas credenciales, el P. Chaminade ponía en él plena confianza. Lo anunciaba así a Clouzet[287]: «El P. Caillet no tiene grandes luces, ni mucho mundo, pero es un religioso lleno de espíritu de fe y de celo. Tiene el juicio recto, el carácter al mismo tiempo flexible y firme para ejecutar todas las órdenes de la obediencia». Para este encargo en el Franco Condado, el P. Caillet tenía la ventaja de ser favorablemente conocido por el clero, especialmente por los misioneros diocesanos y los directores del Seminario, que podían contribuir más que nadie al éxito de las obras proyectadas.

---

[281] Notas manuscritas de Pierre Salmon. *AGMAR 17.4.203.*

[282] Al P. Chaminade, 14 de enero de 1824. *Día ligeramente equivocado: es el 16 de enero de 1824. AGMAR 26.5.411.*

[283] Pierre Salmon. *Entresacado de AGMAR 17.4.203.*

[284] Notas de Pierre Salmon . *Entresacado de AGMAR 17.4.203.*

[285] Notas de Pierre Salmon. *AGMAR 17.4.203.*

[286] Jean Rosette y Antoine Guyot, que llegaron a ser excelentes religiosos, se presentaron el 4 de septiembre, sólo quince días después de la llegada de la colonia.

[287] Cartas de 5 y 13 de abril de 1824. *La frase citada es de la carta 281, Lettres, t. I, p. 281.*

Capítulo 29: Nuevas obras de educación: las escuelas normales y las escuelas profesionales (1824-1826)

¿Qué obras iba a emprender la comunidad de Saint-Remy? El P. Chaminade, al aceptar esta fundación, se propuso en primer lugar realizar la idea de los misioneros diocesanos y abrir la casa a las almas fatigadas del mundo y deseosas de santificarse con el trabajo manual: Saint Remy sería una especie de Trapa cuyo silencio y oración constituirían, en favor de todo el Instituto, una súplica permanente para atraer las bendiciones del cielo sobre los trabajos apostólicos de los demás miembros. Este proyecto nunca fue abandonado por el P. Chaminade. Pero no se podía realizar inmediatamente, y su ejecución pudo comenzarse doce años más tarde, cuando se dispuso de los instrumentos de cultivo y el utillaje necesarios para la instalación de una comunidad obrera y agrícola.

Por el momento, era preferible empezar por obras de educación, que el primer plan no excluía y que siempre encontrarían sitio suficiente en la inmensa extensión de la propiedad. Las poblaciones vecinas pedían un internado. Un pequeño colegio abierto unos años antes en Amance, a una legua del castillo, por un valioso sacerdote, el P. Busson, había reunido a una elite de jóvenes cuya perla había sido Thomas Gousset, el futuro cardenal-arzobispo de Reims. La desaparición de este colegio dejaba un vacío que la Compañía de María estaba destinada a llenar. Así, el P. Caillet fue autorizado por el fundador para abrir un internado en cuanto llegó a Saint-Remy. Primero se impartió sólo la enseñanza primaria, pero antes del fin de año (1824) se encontraron algunos alumnos de latín. Fue la primera obra de la comunidad de Saint-Remy.

Sin embargo, el P. Chaminade quería más y mejor. Buscaba para sus hijos un apostolado apropiado a las nuevas condiciones en que estaban. Hasta entonces sólo habían conocido las grandes aglomeraciones de población. Habían adoptado escuelas y al mismo tiempo atendían a la congregación y así llegaban a las diferentes edades. Pero en Saint-Remy, en plena campiña, próximo a un sólo pueblo, que era una aldehuela, no había posibilidad de congregación. Entonces ¿los hijos de María se tendrían que resignar a no ejercer ninguna acción sobre estas poblaciones tan poco instruidas de las verdades religiosas más que por la influencia, profunda sin duda pero lenta y limitada, de un internado? ¿No se podrían suplir las congregaciones con algún otro medio de apostolado? Así el espíritu flexible y nada exclusivo del P. Chaminade se preguntaba a sí mismo y preguntaba a Dios en la oración, mientras en Saint Remy sus hijos se preparaban con la mortificación y el trabajo manual a sembrar, cuando llegase el momento, el buen grano de la palabra de Dios.

La misión del P. Caillet marcó precisamente la hora de la Providencia. Se había hecho la luz en el espíritu del fundador: había comprendido que Dios le pedía una obra para maestros, y dio instrucciones a su representante para que pusiese manos a la obra sin tardar.

La primera idea de una obra de este tipo le había sido sugerida por los misioneros diocesanos. En sus correrías apostólicas, habían comprobado la poderosa influencia moralizadora y religiosa que puede ejercer un maestro en los pueblos, si está a la altura de su tarea, como cristiano y como maestro. Por desgracia, no sucedía así. Eso se puede deducir del cuadro que el abogado Bardenet, primo del misionero, presentaba el 20 de agosto de 1824 al consejo general de la Haute-Saône, en nombre del comité departamental de instrucción primaria: «Por muchos esfuerzos que la autoridad ha hecho en este departamento para introducir las mejoras convenientes en la instrucción, no ha tenido éxito. La ignorancia y, hay que decirlo, la inmoralidad de la mayor parte de los maestros o responsables de escuelas ponen un obstáculo permanente, e incluso creciente, a estas mejoras. Es verdad que la academia ha prescrito un modo de admisión a las plazas de maestros que a primera vista parece que debe garantizar que se conozcan los vicios que se le reprochan... Pero la facilidad con que se dan generalmente los certificados de moralidad es demasiado conocida y no sirve para que el consejo esté informado de los hechos, y el mismo examen de los inspectores de la academia, cuando hacen su visita en este departamento, muestra suficientemente la ignorancia profunda de la mayor parte de los maestros. Por otra parte, el consejo está convencido, por el examen de los diversos métodos de enseñanza adoptados en este departamento, de que la uniformidad tan deseada y hacia la que dirigen sus esfuerzos tanto la autoridad administrativa como la academia, está lejos de realizarse. 56 escuelas siguen el método de la hermanos de las Escuelas cristianas, y son frecuentadas por 3.654 alumnos; 28 escuelas de enseñanza mutua son frecuentadas por 2.233 alumnos, y 424 escuelas que siguen el método antiguo son frecuentadas por 20.784 alumnos; de donde se sigue que, en este departamento, sólo la cuarta parte goza de los beneficios de un método uniforme, y los tres cuartos utilizan tantos métodos como maestros; en efecto, con el nombre de antiguo método, no hay que ver nada uniforme ni fijo, puesto que ya se sabe que cada maestro tiene poco más o menos el suyo o, mejor dicho, su rutina». El estado lamentable constatado en la Haute-Saône por el comité departamental era poco más o menos el mismo en toda Francia, como lo mostró más tarde el trabajo de P. Lorein, hecho en 1833, a petición de Guizot[288].

[288] Publicado en 1837 con este título: *Tableau de l'instruction primaire en France:* está resumido por Compayré, *Histoire de la pedagogie,* 2ª edición, p. 439.

Para remediar el mal, en la medida de sus fuerzas, los misioneros diocesanos de Besançon, se habían propuesto reunir cada año a los maestros, con el consentimiento de la administración, y darles retiros. Pensaban unir a ellos lecciones pedagógicas para completar la formación demasiado rudimentaria de muchos de ellos e iniciarles en un buen método. Con este fin, habían acondicionado en Vesoul un antiguo convento de capuchinos. Pero, si los misioneros eran capaces de predicar el retiro, no estaban en condiciones de instruir a los maestros de escuela y aportarles lecciones prácticas: la organización material de estas grandes reuniones, la manera de ocupar a los maestros fuera de los sermones, y sobre todo la obligación de dar conferencias pedagógicas y cursos de diversas materias eran para los misioneros dificultades casi insuperables. Por eso, desde que trataron de atraer a la Compañía de María a Saint-Remy, alimentaron la esperanza de realizar, con su ayuda, lo que no podían hacer solos. Surgió la idea de completar los retiros y los cursos periódicos con la creación de una escuela normal permanente y fue presentada al mismo tiempo que la propuesta de los retiros.

Al P. Chaminade le seducía la idea. Escribía a David Monier el 27 de mayo de 1823[a]: «La obra en sí misma sería muy importante si tuviese éxito. Las otras diócesis seguirían poco a poco el ejemplo de la de Besançon, sobre todo si el gobierno y la universidad diesen su asentimiento». Este proyecto fue un rayo de luz para el fundador. Durante todo un año acababa de sostener un asalto con el P. Mertian, superior de los Hermanos de la Doctrina cristiana en Alsacia, y con el P. Frechard, superior de una asociación semejante de Hermanos docentes en Lorena. Estos dos buenos sacerdotes deseaban unir su Congregación a la Compañía de María. Se lamentaban del triste estado de la campiña desde el punto de vista de la instrucción y ponían entre otras condiciones para la fusión el envío de los Hermanos solos o de dos en dos a los pueblos que no requerían una escuela de tres religiosos. En esto compartían las ideas del P. Jean de La Mennais, que fundó entonces su Congregación de Hermanos en Bretaña. Decía el P. Mertian por medio de Louis Rothéa[289]: «Hay en Alsacia más de cien pueblos que pueden ocupar a dos Hermanos. Se detesta generalmente a los maestros de escuela, tanto de clases mutuas como de otro método; casi todos lo hacen mal. El P. Fréchard piensa lo mismo; él abandonaría el proyecto de formar Hermanos, si no debía ocuparlos más en las grandes ciudades».

El P. Chaminade no quería admitir ese principio de ninguna manera. Estaba de acuerdo con los Hermanos de las Escuelas cristianas, que no enviaban nunca menos de tres religiosos por establecimiento. Escribe al obispo de Estrasburgo[290]: «No veo cómo el amor del bien puede llevar a la ilusión de creer que se puede enviar sin inconvenientes a uno o dos jóvenes religiosos a los pequeños pueblos. Para hacer el bien unos días ¿no es exponer demasiado a estos jóvenes? ¿No es exponer al cuerpo entero de los Hermanos, sin contar los escándalos que se derivarían?

Entonces ¿había que resignarse a no hacer nada por las poblaciones rurales pequeñas, que eran tan numerosas? A este grave problema las propuestas de los misioneros aportaban una solución satisfactoria y práctica. Es lo que vio el P. Chaminade desde el primer momento. Decía de él el P. Caillet[291]: «Está convencido de que la creación de escuelas normales, donde se formarán buenos maestros de escuela para los pueblos que están faltos de ellos y a donde se llamará a los maestros antiguos para reformarlos en los retiros, es el medio más seguro y más rápido para regenerar al pueblo del campo. Por otra parte, se llegará a purificar la misma enseñanza primaria en las ciudades y pueblos por medio de los Hermanos». Cuando el P. Caillet hablaba así, se estaba ya practicando la experiencia en Saint-Remy, y parecía decisiva.

La autoridad universitaria en el Franco Condado se había mostrado favorable a estos intentos. El inspector encargado de las funciones rectorales, Desiré Ordinaire, estaba de acuerdo con los misioneros para facilitarles los retiros de los maestros. Con mayor razón debía estar dispuesto a apoyar la creación de una escuela normal, si se le proponía un plan. Al llegar al Franco Condado, en el mes de marzo de 1824, el P. Caillet encontró los caminos ya allanados y los espíritus mejor dispuestos por el hecho de que se acababa de producir un acercamiento entre el P. Bardenet y los misioneros. Hizo saber la importancia que el P. Chaminade daba a esta obra y se decidió enseguida: el primer retiro de los maestros fue fijado para las próximas vacaciones de Pascua: Debía tener lugar no en Vesoul sino en Saint-Remy. Por esta vez, se limitaría al departamento del Doubs, porque había que limitarse, por falta de material y de recursos suficientes, y también porque el prefecto de este departamento, el conde de Milon, era particularmente favorable al proyecto.

Una circular del inspector, fechada el 31 de marzo de 1824, convocó en Saint-Remy, para el 27 de abril, a dos maestros por cantón, elegidos por el comité cantonal. Al final de esta circular se anunciaba

---

[a] *Carta 237, Lettres, t. I, p. 427.*

[289] Carta de Louis Rothéa al P. Chaminade el 2 de abril de 1822. *AGMAR 26.4.325.*

[290] 4 de enero 1825. *Carta 318, Lettres, t. I, p. 629.*

[291] Al P. Mertian, 4 de febrero de 1826. *AGMAR 24.4.308.*

la próxima apertura de una escuela normal en Saint-Remy, y le asignaba un crédito de mil francos para algunas medio becas[292].

Cincuenta y cinco maestros acudieron a la llamada. Se estableció sin dificultad el contacto entre ellos y los religiosos, que no les escatimaron las pruebas de su afecto: no tenían suficiente mobiliario para todo el mundo y les cedieron sus propias camas. Se mezclaban con ellos durante los recreos, dialogando sobre sus escuelas, dándoles útiles consejos, escuchando con simpatía la exposición de sus dificultades. En estas charlas familiares se dieron cuenta de que todos los fallos no eran de los maestros de escuela y que muchos se debían a los municipios y a la legislación. Dice el P. Rothéa en sus notas: «Los maestros de escuela se han quejado de que, en varios municipios, faltan los objetos más indispensables como bancos, mesas, etc. Dicen que los pobres no quieren comprar libros a sus hijos y ponen muy poco interés en su educación».

Se animó a esta buena gente y, durante los primeros días, aparte de las dos instrucciones dadas una por el P. Rothéa y la otra por el P. Caillet respectivamente, se les ocupó en ejercicios profesionales, entre los cuales las conferencias de Bernard Gaussens fueron muy apreciadas por los maestros. Eran teóricas y prácticas, entraban en pequeños detalles, y así tendían a uniformar los métodos, en la medida de lo posible en un tiempo tan corto. Al cabo de cinco o seis días llegaron dos misioneros, los PP. Vernier y Prudhomme, y la segunda semana estuvo más directamente consagrada a los ejercicios del retiro, predicado en la capilla recién inaugurada del castillo. Sólo un maestro, que no quería acercarse a los sacramentos, se retiró la víspera de la clausura. El entusiasmo de los demás fue admirable y el canto del *Te Deum* de acción de gracias causó una impresión que se recordó durante mucho tiempo en Saint Remy.

La experiencia «superó todas las esperanzas», como decía el P. Bardenet[293], que lamentaba haberse enfurruñado durante tiempo con el P. Chaminade, no dirigiéndole ninguna carta. Sintió la necesidad de reparar su silencio y de expresar al fundador «toda la veneración que le inspiraba su persona y todo el afecto que experimentaba por el Instituto de María». Desde ese día, los progresos fueron rápidos en el Franco Condado, porque el P. Bardenet puso todo su ardor en propagar una Compañía a la que se consideraba íntimamente vinculado y de la que hablaba diciendo: *nuestra* Compañía, *nuestros* religiosos.

Por su parte, el P. Chaminade, veía que abrían horizontes más amplios ante él. Escribía al P. Caillet[294]: «¡Qué buen medio tenemos en esta obra, querido hijo, para purificar, quizá incluso antes e nuestra muerte, a una gran parte de la generación presente del pueblo francés!, pero hace falta sabiduría y firmeza». Y pocos días después añadía[295]: «La obra de los maestros de escuela me ha parecido siempre de las más preciosas. Si alguna vez se puede reunir en Saint-Remy a los maestros de escuela de los tres departamentos que forman el rectorado de Besançon[296] y se puede purificar toda la enseñanza primaria en el ámbito de esta academia, es de suponer que la universidad y el gobierno pondrán interés en introducir esta obra en las otras academias. ¡Qué gran bien se conseguiría para la religión y para nuestra desgraciada patria! Trabajemos con entusiasmo y el buen Dios bendecirá nuestra dedicación, porque no tendrá otro motivo que su gloria». Su plan estaba trazado: abrir lo más pronto posible una escuela normal para el rectorado de Besançon y preparar para los años siguientes retiros de maestros de escuela en cada uno de los tres departamentos de Doubs, Haute-Saône y Jura[297].

Las escuelas normales eran una institución entonces casi desconocida en Francia. Un decreto de 1808 las había creado en teoría. De hecho, sólo se había establecido una, la de Estrasburgo, fundada en 1811 por el prefecto Lezay-Marnésia, y convertida, con la Restauración, en un foco de liberalismo y una fortaleza de la escuela mutua. La experiencia de Estrasburgo, renovada en 1820 en Heldefange cerca de Metz y en Bar-le-Duc, desanimó al gobierno de Luis XVIII, que se desinteresó de la institución por miedo a que se convirtiese en un arma del partido liberal. En 1823 prometió su apoyo a los Hermanos de las

---

[292] La circular empezaba así: «Al terminar mi circular nº 3, que os fue dirigida el 1 de junio de 1822, les comunicaba un proyecto pensado desde hace tiempo para la mejora de los maestros de primaria y de las escuelas puestas bajo su dirección. Se trataba de un retiro al que esperaba llamar alternativamente a los maestros, y en el que los ejercicios religiosos destinados a reanimar en los corazones el gusto por la piedad podrían dejar algún sitio a ejercicios de otro orden, que tuvieran por objeto el perfeccionamiento de los métodos de enseñanza. La casa de los misioneros de Ecole pareció al principio el lugar más conveniente para hacer las reuniones. Circunstancias imprevistas han hecho sustituir este local por la hermosa casa de Saint-Remy, situada en el cantón de Amance, departamento del Alto Saône. Allí, los ejercitantes se reunirán en torno a hombres valiosos que se han instalado allí con el objetivo fundamental de formar maestros, y bajo la dirección de los misioneros de esa diócesis, que se encargarán de los ejercicios religiosos».

[293] 18 de mayo de 1824. *AGMAR 26.5.422.*

[294] 17 de mayo de 1824. *Carta 288, Lettres, t. I, p. 557.*

[295] 31 de mayo de 1824. *Es la carta 293, dirigida al P. Bardenet, Lettres, t. I, p. 572*

[296] Doubs, Haute-Saône y Jura.

[297] Carta del 29 de junio de 1824 al P. Caillet. *Carta 594, Lettres, t. I, p. 595.*

Escuelas cristianas para la creación de una escuela normal en Rouen, pero la escuela no se abrió hasta 1829. Así pues, en 1824 todo quedaba por hacer.

De acuerdo con el arzobispo de Besançon[298] y con el inspector, se redactó un prospecto[299], cuyo contenido fundamental era este: «En el antiguo castillo de Saint-Remy se encuentra un establecimiento religioso en el que está abierto una especie de seminario o escuela normal para formar a los jóvenes maestros de enseñanza primaria en las virtudes y conocimientos propios de su estado y hacer de ellos buenos maestros de escuela para los pueblos en que no pueden instalarse los religiosos dedicados a este tipo de enseñanza. Allí se admite a los jóvenes de padres honrados, que gocen de buena reputación y provoquen esperanzas reales de una piedad distinguida y capacidad suficiente, y que tengan intención de dedicarse a la enseñanza primaria. En primer lugar, se pone todo el cuidado en inspirarles los sentimientos de una verdadera piedad y el gusto por las cosas del cielo, que pueden dar la energía y el celo necesarios para cumplir dignamente las importantes pero difíciles funciones de maestro de primaria. En segundo lugar, se les hace adquirir los conocimientos necesarios en su estado. Se les enseña: 1º lengua francesa; 2º escritura; 3º ortografía; 4º elementos de geografía e historia; 5º aritmética; 6º canto llano; 7º manera de tener una clase, de mantener la disciplina, el orden interior y exterior; 8º medios para excitar la emulación y ejercer la vigilancia en clase, en el recreo y en la iglesia; 9º urbanidad y, en general, todo lo relativo a una buena educación primaria, una educación cristiana y monárquica. Después de una estancia prolongada y conocimientos suficientes, se podrán emplear los momentos libres en algunos oficios compatibles con sus funciones para proporcionarles un medio eficaz de evitar la ociosidad y proveer más fácilmente a sus subsistencia.- El precio de la pensión es de 25 francos por mes».

La escuela normal se abrió el 4 de junio y contó con una veintena de alumnos, entre los que se encontraban algunos medio becarios del departamento de Doubs. Este primer curso no duró más que tres meses, que fue el tiempo fijado por el señor Désiré Ordinaire. El P. Chaminade no quiso contradecir al inspector, pero consideraba completamente insuficiente la duración de la formación. Escribía a Clouzet[300]: «Tres meses son muy insuficientes para formar a estos jóvenes, si efectivamente van a permanecer sólo ese tiempo. No llegará usted a crear la regularidad entre ellos: sólo la idea de salir a los tres meses les impediría ser dóciles, dejarse dirigir y también el deseo de aprender». Pero hubo que contentarse por ese año. El curso siguiente fue de cinco meses, y poco a poco se acercó al ideal propuesto por el P. Chaminade, que fijaba en tres años la duración regular de la estancia en la escuela. Y añadía aún: «En la escuela de Estrasburgo se les tiene cuatro años».

El éxito del inicio fue completo. Decidió enseguida a los departamentos de Doubs y de la Haute-Saône a votar créditos para la escuela normal y para los retiros de los maestros, Eran créditos inferiores a las necesidades, pero permitían seguir adelante. El nuevo rector[301], el P. Calmels, se mostró entusiasta de la escuela normal y escribió a Clouzet[302] para decirle lo que se alegraba de tenerla en su rectorado. Si hubiese sido por él, su influjo benéfico se habría extendido inmediatamente al departamento del Jura. Pero acababa de restablecerse la sede episcopal de Saint-Claude, y, como la enseñanza primaria estaba sometida a la jurisdicción de los obispos, según una ordenanza de 1824, era necesario crear una escuela normal distinta para el Jura, lo que se hizo a continuación, como veremos. Mientras tanto, el nuevo rector facilitó los retiros de los maestros de escuela. Tuvieron lugar, en este año de 1825, en los meses de agosto y septiembre sucesivamente para el Doubs y la Haute-Saône. Los dieron el P. Caillet y un misionero diocesano, el P. Vermot. Resultaron tan bien como los primeros e incluso empezaron a proporcionar a la Compañía de María excelentes vocaciones[303]. En cuanto a la escuela normal, consiguió pronto la cifra de sesenta alumnos bajo la hábil dirección de Bernard Gaussens.

El P. Chaminade seguía esta obra con creciente interés. Al enviar al P. Caillet a Saint-Remy en 1825, le daba estas instrucciones[304]: «Entre las obras que se realizan en la comunidad de Saint-Remy, hay dos que me interesan especialmente, los retiros anuales dados a los maestros de escuela de los departamentos de Doubs y Haute-Saône, y la escuela normal para ambos departamentos. Me hubiera gustado ir en persona a Saint-Remy para ayudarle en este trabajo... ¡Confianza! Usted tendrá dos retiros seguidos de quince días cada uno. Los doscientos maestros de escuela a los que usted va a predicar

---

[298] Por una circular del 10 de octubre de 1824, monseñor de Villefrancon que, en virtud de la ordenanza del 8 de abril de 1824, estaba encargado de la vigilancia inmediata de la enseñanza primaria en su diócesis, recomendó expresamente la escuela normal de Saint-Remy y el retiro de los maestros de escuela.

[299] Fechado el 18 de junio de 1824.

[300] Julio de 1824. *Error en la fecha y en el destinatario: la cita es de la carta 288, dirigida al P. Caillet, con fecha de 17 de mayo de 1824, Lettres, t. I, pp. 556-557.*

[301] Désiré Ordinaire fue nombrado rector de Estrasburgo.

[302] 14 de marzo de 1825. *AGMAR 155.1.52.*

[303] En el retiro de 1827, uno de los maestros, llamado Labé, fue objeto de una curación considerada como milagrosa y tuvo un gran eco.

[304] 7 de abril de 1825. *Entresacado no textual de la carta 327, Lettres, t. II, pp. 7-8.*

llevarán a doscientas parroquias ese espíritu de religión que habrán sacado de su retiro, y, a su vez, lo inculcarán a sus alumnos. No puedo pensar en las excelentes frutos de esta obra sin conmoverme profundamente y sin bendecir al Señor por habérnosla inspirado. Es uno de los medios más sencillos y más poderosos de contribuir a la regeneración de Francia, tan pervertida en sus principios y en sus costumbres».

Encargó al P. Caillet que, aprovechando un viaje que iba a hacer a París, se pusiese en relación con la Obra de los Maestros de escuela cristianos, que dirigía Ponton d'Amécourt[305]. Decía hablando de d'Amécourt[306]: «Que comprenda el fin que nos proponemos, el de multiplicar los cristianos, propagar por todas partes los principios de la virtud. Si se fija bien, verá que esta obra de las escuelas normales se opone directamente al plan trazado por d'Alembert para introducir, por medio de los maestros de escuela, el filosofismo hasta en las campiñas más alejadas de las ciudades. Nuestros maestros deben ser capaces de enseñar lo que acaban de aprender; pero sólo con la práctica se puede hacer ver el método del celo sabio y lúcido de los maestros para ganar los corazones a la virtud y a la religión».

Finalmente, invitó al P. Caillet a interesar sobre las escuelas normales al gobierno mismo, con el que se negociaba precisamente el reconocimiento legal de la Compañía de María. Entreveía[307] el momento en que «habría tantos establecimientos de esta clase como rectorados, o mejor todavía, como departamentos». Pero haría falta «que el gobierno lo quisiera, y lo quisiera de veras». Repetía al P. Caillet: «No deje de hacer sentir la importancia de esta obra para la regeneración lo más rápida posible de Francia».

Mientras tanto, se dedicaba a perfeccionar los métodos, para garantizar que la institución lograse su fin. Para él, el aspecto religioso era fundamental. Quería, y que nadie se extrañe por ello, que la influencia del maestro fuese ante todo moralizadora. Dice[308]: «Nuestros maestros son enviados a la generación naciente como misioneros, es preciso que iluminen y desarrollen estas débiles inteligencias y formen estos jóvenes corazones en la virtud».

Por eso, no admitía fundaciones de este tipo si le parecía que no tenían las condiciones para conseguir ese fin. Escribía al P. Caillet a propósito de las peticiones de escuelas normales que empezaban a dirigirle[309]: «No hay que aceptar escuelas normales más que si se pueden hacer los retiros anuales de quince días para los maestros de escuela antiguos y si dichos maestros pueden alojarse en el establecimiento». Temía que el director de la escuela normal de Saint-Remy no hubiese dado a la formación religiosa de sus alumnos toda su importancia, y se quejaba de ello en los términos siguientes[310]: «Me parece que Bernard Gaussens no ha entendido bien lo que debe ser una escuela normal llevada por la Compañía de María, y está casi totalmente ocupado en que los candidatos hagan progresos en los estudios y demasiado poco en que aprendan a llevar a los niños, a formarles en la piedad y en la virtud. Si sólo fuese cuestión de instruirles, no valdría la pena de preocuparnos tanto. No faltarán en Francia, al menos durante mucho tiempo, maestros de escritura, maestros de matemáticas, etc.». Al mismo tiempo, pensaba que en las escuelas normales había que admitir a jóvenes de garantía. Dice un prospecto un poco posterior: «Para ser admitido en la escuela hay que tener al menos diecisiete años y probar, por certificados fiables, que se tiene buena conducta. Es raro que las personas que, con unas pasiones vivas y un espíritu ligero, hayan manifestado ya a esta edad inclinaciones viciosas, sean aptas para adquirir las cualidades que se quiere y se exige en un maestro de primaria».

Ante todo, importaba darles una buena enseñanza religiosa. Dice al P. Lalanne[311]: «La religión debe ser la materia más interesante de la enseñanza que se da en las escuelas normales, aunque no haya que descuidar las otras partes de la enseñanza». En cuanto al modo de esta enseñanza, «debe ser adaptada al espíritu del siglo y a la situación de los maestros de escuela»[312]. Entraba en detalles prácticos[313]: «Yo quisiera la enseñanza de las pruebas de la religión con la enseñanza de sus dogmas. Estamos en un siglo en que se hace razonar o más bien disparatar hasta a los campesinos y a menudo hasta a los criados de las

---

[305] Antoine de Ponton d'Amécourt, congregante de París y muy dedicado a las obras de la infancia. Cf. Grandmaison, *La Congrégation,* página 152.

[306] A Caillet, 28 de junio de 1825. *Entresacado de la carta 353, Lettres, t. II, p. 69.*

[307] Carta al P. Caillet, 14 de mayo de 1825. *Carta 341, Lettres, t. II, p. 43.*

[308] A Lalanne, 5 de julio de 1831. *Carta 594, Lettres, t. III, pp. 38-39.*

[309] 15 de septiembre de 1825. *Carta 376, Lettres, t. II, p. 134.* Se trataba de escuelas normales a abrir en Saint-Claude y Nancy.

[310] A Lalanne, 30 de diciembre de 1829. *Carta 495, Lettres, t. II, pp. 403-404.*

[311] 15 de febrero de 1830. *Carta 502, Lettres, t. II, pp. 420-421*

[312] *Ibídem. P. 420.*

[313] A Lalanne, 15 de enero de 1830. *El P. Simler ha reunido en una sola cita los pasajes de dos cartas. La primera parte de la cita corresponde a la carta 497, Lettres, t. II, p. 412.*

ciudades. Es preciso que todos nuestros candidatos de las escuelas normales lleguen a ser pequeños lógicos e incluso un poco metafísicos, que conozcan todas las fuentes de la certidumbre humana»[314].

Los conocimientos profanos no deben sufrir por la importancia dada a la religión. Dice el P. Chaminade[315]: «En la Compañía no se piensa que hubiera una ganancia para la religión y las costumbres, lo mismo que para las artes y la industria, restringiendo la instrucción del pueblo hasta límites más reducidos. Se cree, por el contrario, que el pueblo no puede ser reconducido a la fe y a las virtudes, de las cuales la fe es el principio, más que por medio del desarrollo de sus facultades y un aumento de la instrucción». Las materias de enseñanza debían ser las que estaban ya escritas en el prospecto de 1824. El P. Chaminade quería que se pudiesen añadir conocimientos de orden práctico, como contabilidad, agrimensura, legislación y otros. «En una palabra, yo quisiera formar en estas escuelas normales hombres y cristianos que puedan regenerar sus pueblos, y para ello tienen que gozar de cierta consideración por los conocimientos que tienen que comunicar a sus alumnos y por el celo que les hacen útiles a las familias»[316].

De ahí, según él, la necesidad de tener a los jóvenes en estas escuelas durante una media de tres años y de darles un director que tenga una cultura superior a la de la enseñanza primaria. Dice[317]: «Los responsables de las escuelas normales deben ser hombres maduros que, en general, tengan sus estudios secundarios y que, de ordinario, no hayan destacado sólo en lo que depende de la enseñanza primaria». Y añade[318]: «Difícilmente se tendrían buenos profesores de escuelas normales si las personas que se destinan a ellas no han hecho estudios superiores».

En cuanto al método pedagógico, el P. Chaminade propugnaba el método inaugurado en Agen, que era muy bueno y sólo necesitaba perfeccionar en algún detalle. No ocultaba[319] que en el fondo se trataba del método simultáneo del que los Hermanos de las Escuelas cristianas tenían una experiencia tan larga y decisiva. No dudaba de la ineficacia del método mutuo, defendido más por motivos políticos que pedagógicos[320]. Sin embargo, como no quería suscitar conflictos, sino hacer el bien en libertad[321], y como, por otra parte, el sistema de Lancastre tenía la ventaja de acomodarse a un personal limitado, incluso en las escuelas de numerosos alumnos, el P. Chaminade le dio un lugar accesorio en su método y lo combinó, aunque en débiles proporciones, con el sistema de los Hermanos. De ahí el nombre de enseñanza *mixta* que dio a su método. En una misma clase, los alumnos eran divididos según su capacidad en secciones de diez a doce niños, de los que el primero hacía el papel de monitor. Estas secciones facilitaban la tarea del maestro, que podía ocuparse al mismo tiempo de una parte de sus alumnos y transmitir más rápidamente su enseñanza a la clase entera. El P. Chaminade perfeccionó este método mientras vivió. Hizo multiplicar las pruebas, pidió informes sobre los resultados y consignó sus observaciones en las sucesivas redacciones del Método. Un punto sobre el que no varió nunca es el de la condenación de la palmeta: prohibió constantemente a sus religiosos recurrir a ese medio de represión.

Es de admirar la competencia con la que el P. Chaminade se movía en este campo de la enseñanza primaria que no era el suyo. Nada le había preparado a este tipo de estudios, y, sin embargo, gracias a una capacidad notable de asimilación, sabía ver con seguridad y al primer golpe de vista el valor de los procedimientos a emplear. El método Jacotot estuvo de moda un momento hacia el final de la Restauración[322]. Se basaba en este aforismo paradójico: «Todo está en todo», y pretendía dar una formación completa por medio de uno o dos libros. El P. Chaminade comprobó por sí mismo esta invención maravillosa y no tardó en condenarla. Escribe a Lalanne[323]: «Me he informado de una manera

---

[314] Al P. Lalanne, 22 de febrero de 1830. *La segunda parte de la cita es de la carta 503, Lettres, t. II, p. 424.* Como método, recomienda la obra titulada: *Les principes de la saine philosophie conciliés avec ceux de la religion, ou la philosophie de la religion,* por el autor de la *Théorie des êtres sensibles.* Decía: «Hay obras más recientes, pero pocas más didácticas». El autor de esta obra era el P. François Para du Phanjas, de la Compañía de Jesús (1724-1797), y la reputación de su obra mereció que fuese después reimprimida por Migne en el t. X de las *Demonstrations évangéliques.*

[315] Prospecto de las escuelas modelo preparatorias. *Cfr. Lettres, t. II, p. 457.*

[316] Al P. Lalanne, 31 de marzo de 1830. *Carta 514, Lettres, t. II, p. 454.*

[317] Al P. Lalanne, 29 de septiembre de 1831. *Carta 604, Lettres, t. III, p. 78.*

[318] Al P. Caillet, 21 de julio de 1825. *Carta 360, Lettres, t. II, p. 92.*

[319] «La enseñanza de la Compañía es, en el fondo, la enseñanza simultánea». A Clouzet, 26 de marzo de 1829. *Carta 473, Lettres, t. II, p. 351.*

[320] Octave Gréard, en su obra *Education et Instruction, Enseignement primaire,* p. 35 y siguientes, trata magistralmente la cuestión de la enseñanza mutua desde el punto de vista histórico y pedagógico.

[321] En Agen, por ejemplo, en el movimiento de 1830, sus escuelas no fueron inquietadas, mientras que en Marmande expulsaron a los Hermanos de las Escuelas cristianas, con el pretexto de que eran hostiles a la enseñanza mutua. (Carta del P. Chaminade a Dominique Clouzet, 22 de noviembre de 1830. *Error en el destinatario, es al P. Lalanne, carta 563, Lettres, t. II, p. 552*).

[322] Cf. Compayré, *Histoire de la pédagogie,* 11ª edición, p. 445.

[323] 4 de diciembre de 1829. *Carta 490, Lettres, t. II, p. 386.*

particular en mi último paso por París. He preguntado a uno de los alumnos del Instituto Balle», donde se aplica este procedimiento. «He comprado el método de enseñanza universal de Jacotot. Al ver el método, se pierde el gusto por la enseñanza misma». La misma claridad de ideas cuando se trata de dictar un método especial en Alsacia, donde la enseñanza simultánea de las dos lenguas francesa y alemana exigía disposiciones particulares. El P. Chaminade estudió ampliamente el caso, tanto desde el punto de vista del conocimiento de las dos lenguas como de la formación general del niño. Indicó dos soluciones, las dos admisibles, aunque sus preferencias fuesen por una. Según la primera, se enseñaría sólo alemán a los que empezaban, porque la mezcla de las dos lenguas no haría más que embrollarles, y el alemán, al ser su lengua maternal, permitiría más fácilmente al maestro formar su mente y su corazón. El francés vendría después en las clases más elevadas. Según la segunda solución, sólo se enseñaría el francés, incluso a los niños más pequeños, pudiéndose añadir fácilmente el alemán más tarde en las clases superiores, en la medida en que este conocimiento era necesario. Él se pronunció por esta segunda solución, que le parecía reunir el mayor número de ventajas, pidió su aplicación a sus religiosos, sin obligarles a ello si las autoridades se oponían[324].

La casa de Saint-Remy tuvo, menos de un año después de su fundación, un primer resultado importante: la creación de una escuela normal en una época en que se hacía sentir más vivamente la necesidad de este tipo de obra. Aunque el P. Chaminade no hubiese tenido más mérito que el de la iniciativa, tendría derecho a no pasar desapercibido entre los promotores de la enseñanza popular en Francia. Pero, además, su iniciativa fue inmediatamente fecunda, como veremos en uno de los capítulos siguientes, y habría sido mucho más, desde el punto de vista moral y religioso, si la Revolución de 1830 no hubiese obstaculizado sus planes.

El P. Chaminade quería más todavía de la fundación de Saint-Remy. Esperaba realizar un plan acariciado desde el momento en que la enseñanza primaria fue admitida entre las obras de la Compañía. Consistía en completar la formación de los niños del pueblo con una cultura profesional, directamente apropiada a las necesidades de cada región. Este plan aspiraba a un doble fin: preparar más eficaz y rápidamente al niño para su futuro oficio, y prolongar algunos años la acción religiosa y moral que sus maestros ejercían sobre él.

La idea de la enseñanza profesional no era nueva y, sobre todo desde el P. Saint-Pierre, muchos pedagogos la habían recomendado. Pocos de ellos habían tratado de ponerla en práctica como lo hacía entonces mismo el conocido educador suizo Pestalozzi. El P. Chaminade proyectaba dos clases de cursos. Unos, más completos, destinados a una enseñanza profesional más relevante y especial, de verdaderas *escuelas de artes y oficios:* era el nombre que él les daba. Los otros cursos, más sencillos y populares, se añadirían a cada una de las escuelas primarias designadas por la ordenanza del 29 de febrero de 1816 con el nombre de «escuelas de grado superior». La originalidad de los planes del P. Chaminade estaba sobre todo en este último tipo de escuela. Designaba estos cursos o talleres con el nombre de escuelas *conjuntas,* y las definía así en el primer proyecto de estatutos que sometió a la aprobación del gobierno[b]: «Estas escuelas serán prácticas. Se aplicarán más especialmente al trabajo de la tierra en general y de la horticultura en particular, a los diversos tipos de economía rural y a las artes que se pueden llamar rurales, porque se refieren a los trabajos del campo y a las necesidades de los que lo cultivan. El objetivo principal de los maestros en la escuela primaria y en la escuela conjunta será hacer aptos para la agricultura, la industria y el comercio a los niños que reciban en las escuelas, cuidando de no darles pretensiones y deseos por encima de su condición. Para ello, se recordará constantemente a todos los alumnos el principio de que vale más destacar en un arte ejercido por sus padres que seguir penosamente una profesión más elevada en que no se tienen los mismos medios de entrada y perfeccionamiento». Además, «cualesquiera que sean los trabajos emprendidos en una escuela conjunta, se empleará en ellos alternativamente sólo algunos días y algunas horas, para que los alumnos puedan seguir la instrucción que se tiene en las escuelas puramente primarias».

Esos eran los planes del P. Chaminade desde antes de la fundación de Saint-Remy. En Agen, David Monier había previsto un local para estos talleres al fondo del jardín del Refugio. Se acababa de abrir la escuela de grado superior y se proponía hacer la experiencia de las escuelas conjuntas. La falta de recursos y de maestros obligó a aplazar su ejecución. Pero el P. Chaminade se puso enseguida la obligación de preparar maestros en Saint-Laurent: hizo una instalación para el ejercicio de oficios que debía completarse poco a poco, siendo la cerrajería la que más se desarrolló.

En aquel momento, Saint-Remy se presentó como un campo de experiencia muy apropiado, y una de las primeras ideas del fundador fue instalar allí una escuela profesional especialmente destinada a los oficios del campo y capaz de preparar, junto a la escuela normal, profesores para las escuelas conjuntas. A una de las cartas en que David Monier exponía sus propios planes a este respecto, responde

---

[324] Carta del 30 de diciembre de 1830 a L. Rothéa. *Fecha equivocada: es la carta 564, de 3 de diciembre de 1830, Lettres, t. II, pp. 523ss.*

b Cfr. Lettres, t. II, p. 25.

el P. Chaminade[325]: «La conjunción de los artes y oficios con la enseñanza de las escuelas primarias producirá efectos admirables y nos darán la mayor facilidad para propagar la religión entre la juventud». Y añade[c]: «En las ciudades en que tenemos escuelas primarias, éste será un medio de preservar de la corrupción a los niños que saldrán de ellas para ser aprendices».

El único obstáculo que paraba esta obra, como tantas otras, era la falta de dinero. El prefecto de la Haute-Saône, el conde de Brancas, quería encontrar recursos y combinar con el P. Chaminade planes de ejecución[326]. Pero hubo que esperar todavía algunos años, porque la buena voluntad del prefecto chocaba con la impotencia del Consejo general para suministrar los fondos necesarios para esta obra.

Hubo un momento, en 1826[d], en que el proyecto estuvo a punto de realizarse fuera y en grandes proporciones. Ofrecieron al P. Chaminade la dirección de los talleres que la Asociación de San José acababa de fundar en Versalles bajo la dirección del P. Lowenbruck[327]. Era una escuela de aprendizaje de diferentes oficios, instalada en las mejores condiciones y subvencionada por el gobierno. Las negociaciones fracasaron, principalmente porque el P. Chaminade no podía proporcionar un personal bastante considerable. Otras propuestas de fundaciones puramente agrícolas vinieron del Norte, de parte de Reineville, que hacía en Amiens intentos de orfanatos agrícolas. Tampoco aquí se logró por falta de medios económicos y de entendimiento entre los miembros del comité fundador.

Durante este tiempo, en Saint-Remy, los locales y el personal se preparaban poco a poco, a medida que el ingenioso Clouzet creaba recursos. Empezó modestamente, pero, gracias a su indomable perseverancia, en 1830, había ya abierto varios talleres y proyectaba una escuela granja. De su personal especial pudo incluso, en 1827, sacar algunos miembros para realizar la primera de las numerosas fundaciones de las que Saint-Remy debía ser el punto de partida, la primera también, entre las obras abrazadas por la Compañía de María, que iba a tener el carácter de escuela profesional.

El hospital Saint-Jacques de Besançon recogía huérfanos pobres a los que enseñaba diversos oficios. La Superiora era la hermana del vicario Tharin. Sus relaciones con el P. Bardenet y con la Compañía de María le sugirieron la idea de confiar sus huérfanos a estos religiosos de Saint-Remy cuya dedicación ya conocía. Hizo la petición al fundador. El P. Chaminade aceptó enseguida. Esta obra le ataría por una doble razón, primero porque se dirigía a los pobres y, en segundo lugar, porque sería un ensayo: en el hospital Saint-Jacques crearía su primera escuela de artes y oficios. Por eso escribió a Dominique Clouzet, a Saint-Remy, en estos términos[328]: «Ponga mucho interés en que la Compañía de María pueda encargarse de esta obra de Besançon, pero sin perjudicar a su espíritu. En mis planes, esta obra será el inicio y el modelo de otras obras del mismo tipo en varias grandes ciudades, sobre todo en París, en que son muy necesarias».

El establecimiento tuvo lugar con la instalación de los oficios de fabricación de gorros y géneros de punto, de tejidos, de zapatería y de carpintería. No fue fácil al principio, a juzgar por el relato de un testigo bien informado[329]: «Decir en qué estado de desorden y corrupción se encontraba esta casa sería difícil. La insubordinación, las riñas, el robo, la blasfemia y, por encima de todo, el vicio impuro, reinaban entre los niños. Los maestros seglares que cuidaban de ellos, se veían obligados, para someterlos, a emplear el látigo, los grilletes y otros castigos de este tipo, más propios para embrutecerlos que para corregirlos». Las mejores voluntades tenían motivos para desanimarse, y los religiosos a los que incumbía reducir a estos pequeños estuvieron a punto de desistir. Contaba más tarde el director[330]: «Los mejores huérfanos tenían las costumbres más deplorables. Proyectaron envenenarnos, y estábamos a punto de abandonar nuestro puesto, cuando la Providencia permitió que llegase el señor Clouzet. Nos dio una conferencia que recordaba la alocución de san Vicente de Paúl a las Damas de la caridad. Teníamos las lágrimas en los ojos y se tomó la resolución de no abandonar a estos pobres huérfanos».

El éxito respondió a esta generosa dedicación: «En lugar de los golpes y de los malos tratos, los religiosos emplearon los sentimientos del honor, de la razón y sobre todo de la religión. Pensaron que estos medios tendrían efectos mejores, y no se equivocaron. En poco tiempo, el vicio dejó sitio a la virtud. Desde entonces, la administración del hospital comprendió la influencia de la religión cuando domina los

---

[325] 10 de abril de 1823. *Fecha equivocada: es la carta 240, de 10 de junio de 1823, Lettres, t.I, p. 433.*
[c] *Carta 656, al P. Chevaux, 30 de diciembre de 1832, Lettres, t. III, p. 210.*

[326] Carta del P. Chaminade al prefecto, 13 de julio de 1826.
[d] *No fue en 1826, sino en 1827. Cfr. AGMAR 27.1.589 y Carta 441, Lettres, t. II, p. 294.*
[327] La Asociación de San José fue fundada en 1822 por los Misioneros de Francia para proteger a los obreros y aprendices de provincias que venían a París a aprender su oficio. Pronto les abrió sus propios talleres. Geoffroy de Grandmaison habla de ello en su libro *La Congrégation,* p. 212 y siguientes.
[328] 6 de noviembre de 1826. *Carta 416, Lettres, t. II, p. 238.*
[329] Notas manuscritas de Serment. *AGMAR 17.4.328, pp. 27-28*
[330] Pierre Salmon, notas manuscritas. *AGMAR 17.4.327.* Este excelente religioso murió en 1886, dejando el recuerdo de una carrera embalsamada con las virtudes más preciosas.

corazones»[331]. Así fueron los principios de este primer centro de enseñanza profesional, que se trasladó más tarde a Ecole, cerca de Besançon, y que ha subsistido ahí hasta estos últimos años.

De esa manera, de acuerdo con las previsiones del fundador, la obra de Saint-Remy, emprendida en medio de las contradicciones y decepciones más inesperadas, era, menos de cuatro años después, el punto de partida de un movimiento notable destinado a extenderse de día en día y que, ya entonces, llevaba a la Compañía de María a dirigirse, en el terreno de la educación, a casi todas las clases de la sociedad.

Era necesario remediar necesidades de todo tipo. Decía el P. Chaminade[332]: «El espíritu filosófico corrompe todas las edades, todas las condiciones y todos los sexos, empleando muy hábilmente toda clase de medios. Por eso nosotros empleamos distintas clases de obras y formamos o hacemos formar personas capaces de desenvolverse en ellas».

Capítulo 30: Reconocimiento legal y misión de la Compañía de María (1825)

Excepto las congregaciones, todas las obras de la Compañía de María de esta época estaban relacionadas con la enseñanza. Pero, en este campo, el Estado se mostraba celoso de sus propios privilegios. Napoleón le había dado un monopolio que pretendía emplear y con él tenía que chocar necesariamente toda asociación dedicada a la enseñanza, si no había un acuerdo entre ella y el Estado.

El P. Chaminade tuvo la experiencia de ello cuando fue invitado a propagar sus escuelas primarias en el Lot-et-Garonne. En el momento en que Villeneuve se disponía a confiarle sus escuelas municipales, primarias y secundarias, los representantes del poder se informaron si el nuevo Instituto estaba reconocido por el gobierno, y el fundador tuvo que prometer que haría las gestiones necesarias. Un poco más tarde, abría la escuela normal de Saint-Remy, y el consejo general de la Haute-Saône le concedía una subvención de tres mil francos, pero el ministro del Interior tachó este capítulo del presupuesto departamental, alegando que el Estado ignoraba la existencia del Instituto así favorecido.

Al fundar su Compañía, el P. Chaminade se había propuesto expresamente no solicitar la aprobación del gobierno. Era respetuoso hacia el poder civil y no tenía intención de emprender nada que pudiese causar desconfianza, pero no quería verse coartado y contraer compromisos que le quitasen un día la libertad para su apostolado. Desconfiaba del interés que ponían los poderes en prometerle su aprobación y hacía notar[333]: «Si obran así, no es para favorecer a las instituciones sino para estar al tanto de sus movimientos, frenarlos o al menos dirigirlos en la medida de lo posible según sus planes». Había hablado de ello con sus primeros discípulos en las conversaciones que precedieron a la fundación[334]. David Monier le había animado por esta vía, asegurándole que la Compañía podría constituirse en el terreno de la legislación común. Con ese fin, el hábil abogado había imaginado una separación, que el fundador no admitió nunca, entre lo que él llamaba el colegio de sacerdotes y el de los laicos. Según su plan, «los laicos debían ocuparse de lo material; debían ocuparse de ello para ellos y para los sacerdotes» y constituir una sociedad universal de todos los bienes presentes, estrictamente conforme a las prescripciones del código relativas a esta clase de asociaciones[335]. Este plan era hábil. El P. Chaminade hablaba de él en estos términos[336]: «David Monier fue el que lo redactó laboriosamente (en agosto de 1823). Lo hice verificar con exactitud rigurosa por uno de los jefes de división de la prefectura. Decía ingenuamente que nunca hubiera creído que se pudiese encontrar un grupo religioso en el código civil». «Esta asociación, no haciendo nada en oposición a las leyes del Estado y no estando vinculada al gobierno por ningún lazo particular, no podría ser destruida mientras las leyes del Estado fuesen respetadas»[337].

Al encontrarse con el Estado en el dominio de la enseñanza, que aquél pretendía reservarse en exclusiva, el P. Chaminade no se creyó obligado al principio a modificar sus cálculos. Creía que eran las escuelas las que tenían necesidad de aprobación y no la manera de vivir de los que las dirigían. Pensó en hacer aprobar sólo las obras de la Compañía, independientemente de su constitución y funcionamiento interior. Con motivo de la fundación de Villeneuve, encargó a David Monier que preparase una petición para la aprobación de la *Institución de las escuelas gratuitas* «cuyo centro estaba en Agen y la dirección en Burdeos»[338].

---

[331] Notas manuscritas de Serment. *AGMAR 17.4.328, p. 28.*
[332] A Breuillot, 11 de junio de 1824. *Carta 296, Lettres, t. I, p. 580.*
[333] Al P. Caillet, 26 de julio de 1825. *Carta 363, Lettres, t. II, p. 102.*
[334] Ver más arriba, capítulo 22.
[335] Título IX, capítulo II, sección I, artículos 1836 y siguientes.
[336] Memoria del 9 de abril de 1833. *Carta 682, Lettres, t. III, p. 282.*
[337] Memoria de Auguste Perrière, 14 de agosto de 1841. *AGMAR 6.2.47, p. 2.*
[338] Carta del 16 de agosto de 1822 a David Monier. *Fecha equivocada: es la carta 193, de 16 de abril de 1822. Lettres, t. I, p. 329.*

Absorbido por diversas preocupaciones y por la obra de Saint-Remy, David Monier dejó pasar un año, durante el cual también la escuela normal tuvo que pedir una autorización.

Era el tiempo en que «parecía aclararse un poco el horizonte político con la elevación de monseñor d'Hermopolis al ministerio de asuntos eclesiásticos y de instrucción pública»[339]. El P. Chaminade urgió a David Monier a no aplazar su trabajo[340]: «Me parece que usted encontrará actualmente más facilidad para conseguir lo que pedimos. Es una época, que quizá será única, en que el gobierno ve con buenos ojos a todas las instituciones útiles». Había además otro motivo para acelerar esta petición: el servicio militar le importunaba de modo especial quitándole jóvenes religiosos en el momento en que estaban formados. Ahora bien, si conseguía una aprobación del gobierno, podría hacer aplicar a sus religiosos la ley del 10 de marzo de 1818, que les eximía del servicio por un compromiso de diez años en la enseñanza primaria.

Pero, para conseguir este segundo fin, se hacía difícil hablar sólo de las obras y silenciar a la Compañía misma. El P. Chaminade decidió no hacer entrar a la Compañía en las negociaciones más que en la medida que lo exigiesen los beneficios a los que aspiraba. Decía[341]: «La Compañía de María no tendría necesidad de aprobación: su existencia, su organización y su acción no tienen nada contrario a las leyes. En el fondo, quiere más la aprobación de sus obras que la aprobación de ella misma». Por eso, en la redacción que iba a presentar al gobierno, se esforzó en no poner de relieve más que las obras. Apenas esbozó la organización de la propia Compañía de María y la declaró conforme a las prescripciones del código en lo que concierne a las sociedades universales ordinarias. Se refirió al régimen de asociaciones civiles ordinarias para todo lo relativo a los casos de separación o exclusión. Por el contrario, se extendía ampliamente en lo relativo a las obras que quería especialmente que fuesen autorizadas por el gobierno, que eran las escuelas primarias, las escuelas conjuntas y las escuelas normales.

Hasta ese momento el gobierno de la Restauración no había aprobado ninguna asociación religiosa de hombres que no fuese para la enseñanza primaria y en virtud de una ordenanza del 29 de febrero de 1816, cuyo artículo 36 decía lo siguiente: «Toda asociación religiosa o caritativa podrá ser admitida a proporcionar, según condiciones convenidas, maestros a los municipios que los pidan, con tal que dicha asociación esté autorizada por Nos y sus reglamentos y los métodos que emplee hayan sido aprobados por nuestra comisión de la instrucción pública». El P. Chaminade invocó esta misma ordenanza y, para conseguir la autorización solicitada, se escudó en las obras de enseñanza primaria a las que la Compañía estaba dedicada y que constituían sus trabajos más visibles. Pero, al insistir en este punto, no pretendía de ningún modo disimular el verdadero carácter de su Compañía. En los estatutos que presentaba, hizo mención expresa de los sacerdotes, elemento constitutivo de la asociación, así como de la enseñanza secundaria, de las congregaciones y de los retiros para los maestros de escuela. Especificaba también que el superior general debía ser escogido siempre entre los sacerdotes. Esta franqueza podía parecer una temeridad, pero, como lo reconocía el fundador[342], si, a pesar de sus temores, solicitaba la aprobación, era «por un impulso interior».

La redacción, en 49 artículos, estaba ya lista en 1824. La muerte de Luis XVIII (septiembre de 1824) atrasó su presentación. En la primavera siguiente, el P. Chaminade confió al P. Caillet la delicada misión de llevar esta negociación en París. El P. Caillet fue allí en abril de 1825, con una súplica al rey y numerosas cartas de recomendación. Esas cartas provenían de los obispos[343] y, en general, de todas las autoridades a cuya vista trabajaba la Compañía. En su sesión del 8 de junio de 1823, el consejo general de Lot-et-Garonne había ya manifestado, a propósito de la Compañía de María, su voto favorable pidiendo al gobierno que «haga revivir las Congregaciones religiosas enseñantes, aliente las que existen y favorezca la creación de otras nuevas, para que la educación de la juventud, llevada de nuevo con una disciplina conveniente y basada fundamentalmente en los principios de la religión, ponga un freno saludable al espíritu de independencia y de incredulidad que ha transformado algunas escuelas superiores en focos de discordia y amenaza a la sociedad con nuevas revoluciones».

La aprobación personal del prefecto de Lot-et-Garonne, fechada el 21 de abril de 1825, estaba redactada en términos casi entusiastas: «Puedo decir con toda verdad que el bien que este Instituto ha hecho es casi increíble, tanto por la edificante conducta regular de los maestros como su perfecta manera de enseñar a la juventud». Las recomendaciones venidas del Norte, de los rectores de Estrasburgo y Besançon, de los prefectos del Doubs y de la Haute-Saône no eran menos elogiosas. Finalmente, si hubiese sido necesario, el P. Chaminade contaba en París con amigos influyentes, de una fidelidad a toda prueba, y, en primer lugar, el

---

[339] Carta del P. Chaminade al P. Caillet, 26 de julio de 1825. *Carta 363, Lettres, t. II, p. 102.* Monseñor Frayssinous fue nombrado ministro de Educación en 1822, y ministro de asuntos eclesiásticos en 1824.

[340] 16 de junio de 1823. *Fecha ligeramente equivocada: es la carta 240, de 10 de junio de 1823, Lettres, t. I, p. 433.*

[341] Carta a Caillet, 26 de julio de 1825. *Carta 363, Lettres, t. II, p. 104.*

[342] Al P. Caillet, 26 de julio de 1825. *Carta 363, Lettres, t. II, p. 102.*

[343] Monseñor d'Aviau tuvo la delicadeza de dirigir la suya al P. Chaminade el día de la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre de 1823, «una de las fiestas de nuestra buena Madre, decía su vicario general Barrès, y la fiesta por excelencia de sus congregaciones. La ocasión es muy hermosa para enviarle la aprobación del Instituto de María».

duque de Montmorency y el conde Alexis de Noailles, pero usó de su influencia sólo con moderación[344]. Abandonó con sencillez su causa a aquellos de los que ella dependía, el P. Lachapelle, director de asuntos eclesiásticos, y el ministro monseñor Frayssinous.

Por parte de este último tenía asegurada una acogida favorable. Lo conocía personalmente desde 1816, en que el prelado estuvo varias semanas en Burdeos. Se entrevistó con él varias veces en el arzobispado y, desde entonces, se mantenía en correspondencia. Le escribió con mucha confianza[345] recomendándole al P. Caillet y su misión. Según cuenta el P. Lalanne[346], «el P. Caillet inspiró mucho interés y confianza a monseñor d'Hermopolis. Lo que habría podido perjudicarle le ayudó. Me refiero a su poco mundo, su timidez, su apuro y la dependencia total de su superior que manifestaba. El prelado, que era todo un hombre de corte, apreciaba estas cualidades en un sacerdote y en un religioso. Acogió al pobre sacerdote con bondad, le animó, le hizo comer con él para que estuviera más a su gusto, y entró, en lo que pudo, en los planes del fundador».

Hacer aprobar los 49 artículos por una ordenanza real no era fácil, porque, a pesar de toda la buena voluntad del ministro, su poder era limitado por el parecer del consejo de Instrucción pública y del consejo de Estado en donde las doctrinas liberales, o también galicanas, estaban ampliamente representadas. Para allanar las dificultades, el P. Chaminade confiaba mucho en la lealtad con la que presentaba su Compañía. Decía al P. Caillet[347]: «Espero que la sencillez, la franqueza y el celo con que nos presentamos conseguirán más que todas las hermosas frases que procurásemos hacer». Pero el ministro hizo comprender al P. Caillet que el proyecto de estatutos ganaría aligerándolo de todos los artículos que no eran fundamentales, y sobre todo que era muy imprudente hacer mención tanto de las congregaciones, en la época en que ya este nombre era en manos de los liberales un petardo contra la religión, como de la enseñanza secundaria, que provocaría las susceptibilidades del consejo de Instrucción pública, más celoso que nunca de los privilegios de la universidad. Aunque estas obras no estarían prohibidas, se hablaría sólo de la enseñanza primaria, único tema que el gobierno podía aprobar directa y explícitamente en las circunstancias actuales. Así se llegó a reducir el número de estatutos de 49 a 21, de los que el primero estaba formulado así: «La Compañía de María está especialmente dedicada a la enseñanza primaria».

El P. Chaminade se turbó y llegó a preguntarse si no habría sido imprudente al dar los pasos que había dado. Cuando, con ocasión de Pentecostés, como era costumbre en la Magdalena, sacó a suertes uno de los siete dones del Espíritu Santo, encontró muy a propósito lo que le tocó a él, así como al P. Caillet y a Auguste Perrière: el don de *consejo* y el fruto de la *paciencia*[348]. Durante las fiestas de consagración del rey, que atrasaron las negociaciones casi un mes[349], no cesó de rezar y hacer rezar para que Dios se dignase iluminarle en la grave coyuntura en que se encontraba. A veces, prestando oído a las discusiones de las cámaras y viendo la desconfianza de que eran objeto las Congregaciones religiosas, parecía lamentar el haberse adelantado y se sorprendía de que monseñor Frayssinous se hubiese atrevido a presentar una ley católica como la que regulaba la situación de las Congregaciones de mujeres. Decía[350]: «El gobierno de hoy no quiere más legislación católica que la de Bonaparte, y quizá estaría bien esperar a que el gobierno fuese católico en espíritu antes de presentar ninguna ley que lo suponga. ¿No será mucho pedir que autorice la existencia de las Congregaciones cuyo fin es traer de nuevo el verdadero espíritu del cristianismo?». Pero el asunto estaba en marcha y creyó comprender que la voluntad de Dios era continuarlo. Escribía al P. Caillet[351]: «No se inquiete, yo tampoco me inquieto; todo está en manos de Dios». El dossier fue enviado al consejo de Instrucción pública el 5 de julio.

No se esperaba demasiada benevolencia por parte de ese consejo. Así escribía el P. Chaminade[352]: «Aunque el parecer del consejo de Instrucción pública no nos sea totalmente favorable, el consejo de Estado podría pasar por encima. ¡Pongamos todo en manos del Señor y de la santísima Virgen!». Efectivamente, el consejo exigió supresiones más radicales que las que había sugerido el ministro. Los artículos que había redactado el propio ministro para que quedase en los estatutos algún vestigio del papel de los sacerdotes en la Compañía fueron suprimidos: no se debía hablar ni de los retiros para los maestros de escuela ni de una casa de formación clerical, sino sólo de la enseñanza primaria. Eso era todo lo que la universidad podía tolerar.

El P. Chaminade se decía «poco sorprendido»[353] de estas supresiones por parte de los que las provocaban, pero pensaba que no serían definitivas y añadía: «Estos artículos son necesarios para que la

---

[344] Su carta al duque de Montmorency, 11 de abril de 1825, no habla más que de religión. *Carta 330, Lettres, t. II, p. 13ss.*

[345] 7 de abril de 1825. *Carta 329, Lettres, t. II, p. 11s.*

[346] *Not. historique,* p. 31. *La Gerbe-3, pp.34-35.*

[347] 2 de mayo de 1825. *Carta 337, Lettres, t.II, p. 37.*

[348] Carta a Caillet, 24 de mayo de 1825. Pentecostés era el 22 de mayo. *Carta 345, Lettres, t. II, p. 30.*

[349] La consagración tuvo lugar en Reims el 29 de mayo y la entrada del rey en París el 6 de junio.

[350] Al P. Caillet, 23 de junio de 1825. *Carta 352, Lettres, t. II, p. 65.*

[351] *Ibídem Error: es otra carta, la 365, de 28 de julio de 1825, Lettres, t. II, p. 109.*

[352] Al P. Caillet, 15 de julio de 1825. *Carta 358, Lettres, t. II, p. 88.*

[353] Al P. Caillet, 21 de julio de 1825. *Carta 360, Lettres, t. II, p. 90.*

Compañía de María pueda conseguir el fin de su institución, y, sin duda, estos señores del consejo de Instrucción pública temen que consiga más de lo que ellos desean». Algunos días después decía[354]: «En el fondo, la Compañía de María se desnaturalizaría, si se tomasen las supresiones con rigor. Se necesita flexibilidad y ya sabe usted las muchas redacciones que hemos hecho de los estatutos. Hemos consentido en todo lo que no desnaturalizase la Compañía. Pero no podemos consentir no ser lo que somos».

Todavía fue peor cuando el asunto llegó al consejo de Estado. Allí salió el tema que el P. Chaminade quería evitar, el de la existencia legal de una Congregación religiosa de hombres. Se quería entrar en el derecho común y el Estado no quería otorgar a las Congregaciones el derecho común. No sólo Napoleón, por el decreto del 3 messidor año XII, había dado al gobierno el derecho de autorizar las comunidades religiosas, con la condición de que los estatutos fueran visados por él, sino que también una ley más reciente, la del 2 de enero de 1817, había declarado la necesidad de un acto legislativo para reconocer la capacidad civil a todo establecimiento religioso. Dijo el P. Chaminade: «Lo que nosotros pedimos no es tanto la autorización de ser lo que se dice en el artículo 6 (donde se menciona la sociedad universal) como el poder hacer las obras que aparecen en los estatutos. ¿Cómo se nos hubiera podido ocurrir pedir lo que la ley concede?». Es que precisamente el gobierno negaba a las Congregaciones religiosas lo que la ley concede a todas las demás asociaciones.

El consejo de Estado exigió que en los estatutos no se tratase de una sociedad universal de todos los bienes presentes, sino sólo de una sociedad universal de beneficios, es decir que no quería reconocer a los asociados el derecho de poner en común su fortuna anterior sino sólo los beneficios posteriores a su entrada en la sociedad. Se notó el ardor que puso el hábil Cuvier en defender los derechos del Estado laico. Se acordaba en sus momentos de que era protestante, y su voto era particularmente importante, porque era miembro a la vez del consejo de Instrucción pública y del consejo de Estado. Como miembro del consejo de Estado pretendía ver algo de turbio en los artículos de los estatutos que había suprimido el consejo de Instrucción pública, en los que se mencionaba a los sacerdotes. Se pronunció el nombre de jesuitas, como si la temida Compañía estuviese escondida detrás de la pequeña Compañía de María. Esta sospecha sorprendió al P. Chaminade. Dice él[355]: «Nos mostramos completamente al descubierto, se ha quitado el envoltorio de nuestra existencia, ¡y se nos teme! ¿Se nos castigará por hablar francamente con el gobierno? Que el consejo se tranquilice sobre los pueriles temores que le pudiera inspirar la Compañía de María. Digo pueriles por los motivos o suposiciones que se hace, como por ejemplo que nosotros somos jesuitas, que en Burdeos hay una congregación que yo he formado, etc. ¿Qué tipo de relación se puede encontrar entre la Compañía de Jesús y la Compañía de María? No veo otra que la de profesar las dos la religión católica. En cuanto a la Congregación, no hay más que ver una cosa: la Congregación de Burdeos es más antigua que la de París, los usos y prácticas de una y otra son completamente diferentes, y no ha habido ninguna comunicación anterior entre los directores. Sólo la palabra "congregación" puede llevar a engaño, pero sería pueril detenerse en una palabra genérica para sacar conclusiones en materias tan graves».

Más preocupado que nunca, el P. Chaminade dio al P. Caillet las instrucciones siguientes: «Si el consejo de Estado, a pesar de todas sus observaciones, no aprobase pura y simplemente, no dé sus consentimiento sin escribirme antes. Haga lo posible para que estos pobres estatutos, así dislocados, no tengan la sanción real, puesto que, en el fondo, ya no sería la Compañía de María existente la que se aprobase».

No mantuvo esas disposiciones cuando legistas destacados, como Berryer y Billecocq, le aseguraron que el consejo de Estado se inspiraba en la tradición jurídica y que había que resignarse a este poder del Estado sobre las Congregaciones religiosas. Se le hizo comprender también que no debía alarmarse por las modificaciones pedidas antes por el consejo de Instrucción pública. Le garantizaban las buenas intenciones del gobierno, que no podía, sin ponerse en un compromiso, aprobar en términos formales otra cosa que la enseñanza primaria. Le aseguraron que la Compañía de María no se modificaría de hecho, ni en su composición ni en sus obras, y que las supresiones y los cambios exigidos eran de pura forma. Después de estas conversaciones, consintió todavía en la supresión de la palabra *especialmente* en el primer estatuto: «La Compañía de María está especialmente dedicada a la enseñanza primaria». Por lo demás, se había admitido que el superior general fuese siempre un sacerdote nombrado por la Compañía en su seno, lo que implicaba que la Compañía estaba compuesta de sacerdotes y laicos. Para las obras, no se habían excluido las que eran especialmente religiosas o que se referían a la enseñanza secundaria, sino que se contentaban con silenciarlas.

Durante dos meses, el P. Chaminade había luchado denodadamente por la defensa de sus estatutos. Cuando se llegó al final, aunque no había obtenido precisamente lo que se había propuesto, agradeció efusivamente a la divina Providencia por haberle reservado un resultado equivalente al que él deseaba. Escribía a su representante en París[356]: «Bendigamos juntos los santos nombres de Jesús y María: *Sit nomen Jesu benedictum, sit nomen Mariae benedictum! In te, Domine, in te, Domine, speravi, non confundar in*

---

[354] 26 de julio de 1825. *Entresacado de la carta 363, Lettres, t. II, pp. 102-103.*

[355] Al P. Caillet, 28 de julio de 1825. *Entresacado de la carta 365, Lettres, t. II, p. 108. La cita del párrafo siguiente está allí mismo, p. 109.*

[356] 11 de agosto de 1825. *Carta 372, Lettres, t. II, p. 126.*

aeternum». Y pocos días después[357]: «Desde hace muchos días me parece sentir que la santísima Virgen toma un interés muy especial por su pequeña Compañía».

De acuerdo con el ministro, fijó, basándose en lo determinado por los dos consejos, los términos precisos de los estatutos, reducidos a diecinueve. Fueron firmados por el P. Chaminade el 26 de octubre, después refrendados por el ministro y adjuntados a una ordenanza real fechada el 16 de noviembre de 1825, cuyos términos eran en todo conformes a los que, desde la ordenanza del 29 de febrero de 1816, se empleaba para autorizar las diferentes asociaciones de hombres[358].

Este reconocimiento legal permitió al P. Chaminade hacer el bien con más facilidad. No le ocasionó las trabas que temía al principio. El gobierno, que conocía a la Compañía en el conjunto y en los detalles, no puso la menor objeción a las obras que no eran mencionadas en los estatutos ni en la ordenanza. Al contrario, inmediatamente después de la firma del documento, el propio ministro de Instrucción pública, a petición del rector de Besançon, el P. Calmels, solicitó al P. Chaminade uno de sus sacerdotes para dirigir el colegio de Gray, lo mismo que el P. Collineau dirigía el colegio de Villeneuve. El plan del ministro era introducir en la universidad educadores cristianos, persuadido de que la institución era buena y sólo había que cambiar a los hombres. Con esta propuesta el ministro decía claramente al fundador que la constitución de la Compañía de María había sido admitida por el gobierno y que era reconocida legalmente del modo más explícito posible entonces. Por tanto, el P. Chaminade no tenía que arrepentirse de la franqueza y apertura que habían presidido todas sus gestiones.

A partir de ese día, para conformarse a los estatutos, tomó el título de superior general y constituyó su consejo, que estuvo formado por Collineau, Lalanne y Auguste, con los títulos respectivos de jefe de celo, de instrucción y de trabajo. En la carta que escribió a David Monier para comunicarle la elección que había hecho y confirmarle a él como secretario general, el P. Chaminade resumía así las diversas impresiones que le había causado la ordenanza y su satisfacción final[a]: «Tengamos valor, el Señor y su augusta Madre estarán con nosotros. Aunque la ordenanza real sea muy pobre y estemos, hasta cierto punto, bajo la dependencia del gobierno y de la universidad, no puedo considerarla desfavorable. Al contrario, quiero verla como un favor que Dios hace a la religión en nuestra desgraciada patria. A nosotros corresponde obrar según sus planes. Además, los estatutos, por mucho que hayan sido modificados, no ponen ningún obstáculo a todo lo que se podría pedir todavía, tanto en el orden civil como eclesiástico». Y añadía: «Me parece que mi ánimo aumenta. *Omnia ad majorem Dei gloriam Virginisque Deiparae».*

En otros términos, pensaba que los estatutos presentaban ventajas reales, por las que había que bendecir a la Providencia, sin que su mutilación hubiese traído consigo la terrible consecuencia que se podría temer, contra la cual había luchado desesperadamente el fundador. Lo que se había temido era alguna alteración del fin propio de su Compañía, en su composición y en su misión. Se había salido con la suya en este punto capital: su Compañía quedaba, después de su reconocimiento legal, como era antes. Después como antes, no era propiamente una asociación enseñante, menos todavía una asociación de enseñanza primaria, sino una asociación de hombres apostólicos que persiguen, como su fin esencial, la multiplicación de los cristianos o, según la palabra preferida del fundador, la *misión.* La enseñanza, como todas las demás obras que adoptase, no sería más que un medio para conseguir ese fin. Después como antes, el P. Chaminade podía decir a sus hijos[359]: «Vosotros sois verdaderos misioneros. La enseñanza de la juventud no es el fin que os habéis debido proponer al consagraros enteramente a Dios bajo la protección de la augusta María. La enseñanza no es más que un medio que empleamos para cumplir nuestra misión, es decir, para introducir en todas partes el espíritu de fe y de religión y multiplicar los cristianos. Si enseñamos las ciencias y las artes es para enseñar al mismo tiempo la ciencia de la salvación. Todos sois misioneros; cumplid vuestra misión».

En el momento de su reconocimiento legal, la Compañía de María no tenía todavía unas Constituciones detalladas que explicasen claramente el pensamiento del fundador. Esta circunstancia decidió al P. Chaminade a aplazar la publicación de los estatutos en el interior de la Compañía. Ese era también el parecer de su consejo, que temía como él que este documento indujese a error a los religiosos. La Compañía se presentaba allí de modo incompleto y los que no estaban al tanto de las negociaciones podían llegar a creer que el Instituto había sido modificado en su esencia. Así pues, el P. Chaminade decidió que el texto de los estatutos fuese promulgado más tarde, al mismo tiempo que una redacción de las Constituciones religiosas,

---

[357] 18 de agosto de 1825. *Carta 375, Lettres, t. II, p. 131.*

[358] Esta ordenanza del 16 de noviembre de 1825 no es la única por la que el gobierno reconoció legalmente a la Compañía de María. Fue confirmada por varios decretos siguientes: decreto del 18 de abril de 1857 que autoriza a la Compañía a recibir directamente dones y legados; decreto del 18 de agosto de 1860 que autoriza a la Compañía a trasladar su sede principal de Burdeos a París; decreto del 20 de septiembre de 1876 que autoriza a la Compañía a incluir en sus estatutos, con el nº 13 bis, un artículo relativo a la sustitución provisional del superior general en casos de enfermedad grave, muerte, dimisión o destitución.

[a] *Carta 385, Lettres, t. II, p. 165.*

[359] Al P. Chevaux, 17 de febrero de 1834. *Entresacado de la carta 725, Lettres, t. II, p.378.*

que tenía intención de ponerse a redactar inmediatamente. Las Constituciones servirían entonces de comentarios a los estatutos y colmaría sus lagunas.

Esta prudencia daba la razón al fundador, que se veía rodeado de escollos de todas partes. El asunto del reconocimiento legal no era más que un aspecto del peligro general que corrió la Compañía de María, no en cuanto su existencia, pero sí en cuanto a su fin propio. Efectivamente, de todas partes y casi simultáneamente, al P. Chaminade le solicitaban modificar la esencia de su fundación en los sentidos más diversos. Acudían a él asociaciones religiosos y, con ofrecimientos seductores, le invitaban a servirse de ellas para reforzar las propias líneas operativas del fundador, pidiéndole a cambio desviar esas líneas lo necesario para emplear las armas de que estaban provistas dichas asociaciones. Pero aquí estaba el peligro. El P. Chaminade tenía conciencia de ello y, manteniéndose siempre atento, desplegó una sagacidad y una energía excepcionales para conservar la misión que le había sido confiada y que él no creía poder modificar a su arbitrio. Así había obrado en los orígenes del Instituto de las Hijas de María, cuando lo vio amenazado de transformarse en Congregación de las Huérfanas de San José y cuando más tarde trató de una fusión con las religiosas de la Madre Emilie en Villefranche. Del mismo cuidado rodeó a la Compañía de María y defendió su fin propio con igual energía.

Esa fue su actitud respecto a su discípulo y amigo P. Noailles, que, al día siguiente del reconocimiento legal de la Compañía de María, acudió a él para fundir en el Instituto de María las dos Congregaciones de las que el P. Noailles era fundador. Una, la de las religiosas, fundada en 1820, estaba dedicada a la salvación de las jóvenes que están expuestas en el mundo por falta de casa o de medios de subsistencia; eran las *Hermanas de Loreto.* La otra, la asociación de los *sacerdotes pobres,* sólo tenía tres años de existencia y se proponía dirigir a las Hermanas de Loreto y edificar al mundo con el espectáculo de una pobreza perfecta. El P. Noailles atravesaba uno de esos momentos de desfallecimiento a los que está sujetas las naturalezas ardientes cuando chocan con las asperezas del camino. Venía a echarse en brazos del P. Chaminade y dejarle toda su obra con una admirable humildad. Decía[360]: «¿Será una tentación o será una inspiración que debo a la santísima Virgen? Pero todas las veces que caigo en mis turbaciones, mi corazón y mi mente se vuelven hacia el Instituto de María, como el único que puede conciliar la necesidad de mi alma con las ideas que he tenido para la gloria de Dios y los lazos indisolubles que me unen con las obras que ya he comenzado».

El P. Chaminade no aceptó la propuesta más que a condición de que el espíritu de sus propias fundaciones permaneciese intacto. En ningún caso las religiosas de Loreto podrían juntarse a las Hijas de María: su fin era demasiado especial y, como era excelente, debía conservarse sin ninguna modificación, pero, si fuese necesario, podrían ser dirigidos por los superiores de las Hijas de María. En cuanto a los sacerdotes pobres, si se juntaban a la Compañía de María, tendrían que renunciar a prácticas de pobreza incompatibles con el fin especial de esta Compañía[361], pero, dice el P. Chaminade, «¿la forma comporta el fondo?». Los sacerdotes pobres no tendrán que renunciar ni al espíritu «de desprendimiento prefecto y desapropiación absoluta» que profesan ni, con mayor razón, al espíritu de celo que les anima, y si no les atrae la enseñanza, que no se agarren a eso[b]: «Es verdad que la Compañía de María destina la mayor parte de sus miembros a la enseñanza de los conocimientos y de las letras humanas, pero se dedican a ello sólo como medio necesario para la regeneración presente en todos los estados y en todas las condiciones. ¿Es entonces extraño que se destine a cierto número, sobre todo entre los sacerdotes, únicamente a la predicación, a los retiros, a las misiones y a todos los ejercicios del santo ministerio? Ese es el espíritu de la Compañía de María, que se presenta así en las aprobaciones del señor arzobispo de Burdeos y de varios arzobispos y obispos, y, por sus diversas instituciones, tiene necesidad esencial de misioneros. La Compañía es esencialmente *misionera* en la universalidad de sus miembros, y trabaja en su gran objetivo, que es el mantenimiento de la religión y la multiplicación de los cristianos».

El P. Chaminade pareció demasiado exigente, no al P. Noailles sino a sus compañeros, y la fusión no tuvo lugar. Las *sacerdotes pobres* no pudieron sostenerse y su asociación dejó de existir al año siguiente[c] (1827). Respecto a las Hermanas de Loreto, el P. Noailles recobró confianza en sí mismo y en su misión y puso con ellos el fundamento de un edificio grandioso y armoniosamente proporcionado, la *Sagrada Familia* en sus siete ramas, cuya prosperidad garantiza su origen providencial[362].

---

[360] La carta no está fechada, pero ha sido escrita los primeros días de febrero de 1826. La respuesta del P. Chaminade es del 15 de febrero de 1826. *AGMAR 27.1.554. Cfr. también Lettres, t. II, p. 171.*

[361] Según sus reglas, los *sacerdotes pobres,* dice el P. Noailles, «no pueden aceptar ningún cargo que tenga emolumentos o que obligue a residencia. No poseen ni colectiva ni individualmente. A excepción de la limosna diaria unida a la celebración de la santa misa, no reciben ninguna retribución por las funciones que ejercen».

[b] *Carta 388, Lettres, t. II, p. 177.*

[c] *Consultar a este respecto Lettres, t. II, pp. 180-181.*

[362] La Sagrada Familia comprende siete órdenes de religiosas cuya misión es diferente y que son gobernadas por una única administración central residente en Burdeos. Es una creación única en su género y manifiestamente bendecida por Dios. Estas son las siete ramas: Damas de Loreto (educación de las clases

Muchas otras fusiones fueron propuestas al P. Chaminade, y su actitud fue siempre la misma. Prefería condenarse a un desarrollo lento, y no introducir en el seno de su Compañía elementos que no fuesen perfectamente homogéneos. Encontramos esta preocupación, por ejemplo, en la acogida que dispensó a su querido hijo, el P. Bouet, cuando en 1822 este último llegó de España a Burdeos[d] al frente de algunos restos del convento de trapenses de Santa Susana, expulsados por segunda vez de su soledad por la Revolución. Después de haber dirigido su comunidad en medio de las circunstancias más difíciles[363], el P. Bouet, desistiendo de reconstituirla, y habiendo sabido que su padre y amigo, el P. Chaminade, vivía todavía, tomó el camino de Burdeos. La emoción fue grande por parte de ambos cuando, después de una ausencia tan larga, el maestro y el discípulo se fundieron en un fuerte abrazo. El P. Bouet, queriendo no abandonar ya más a su padre, en el caso en que la Trapa no se volviera a abrir, solicitó el favor de acabar su vida en la Compañía de María. Pero el P. Chaminade no consintió en ello más que a condición de que rehiciese su noviciado para imbuirse del espíritu del Instituto. Efectivamente, en junio de 1822, el humilde religioso entraba en Saint-Laurent con uno de sus cohermanos. No estuvo más que un año porque monseñor d'Aviau decidió la fundación de una Trapa en Saint-Aubin, a las puertas de Burdeos (1824), y allí fue el P. Bouet con su compañero[364]. Pero la fundación tuvo pocos años de vida. Quebrantado por las fatigas y austeridades, el P. Bouet no pudo entrar de nuevo en la Compañía de María, pero colaboró con sus obras hasta su muerte (1848) y llegó a ser el confesor de su Buen Padre, el P. Chaminade.

---

acomodadas), Hermanas de San José (asilos y talleres de costura), Hermanas de la Inmaculada Concepción (educación de la clase media y popular), Hermanas agrícolas (escuelas rurales), Hermanas de la Esperanza (cuidado de los enfermos), Hermanas solitarias (contemplativas), Hermanas de Santa Marta (trabajos internos en las diversas ramas).

[d] *El P. Bouet volvió de España solo, no con algunos monjes. Ver AGMAR 16.7.5.*

[363] Reproducimos aquí, para que quede constancia, una página de las notas manuscritas del P. Rigagnon sobre las peregrinaciones de los trapenses de Santa Susana, con los que el P. Chaminade había tenido relaciones tan estrechas durante su estancia en España. Sin ninguna duda, el P. Rigagnon obtuvo los detalles de este relato de boca del mismo P. Bouet, todavía vivo en el momento en que fueron redactadas (1844). Dice Rigagnon:

«La comunidad de Santa Susana subsistía en todo su fervor en 1810, cuando fue dispersada por los ejércitos franceses y los monjes se vieron forzados a buscar asilo fuera. Un sacerdote de Burdeos reunió a una porción de la comunidad y fue por la parte de Valencia, viviendo en la medida de lo posible según la regla de su fundador. En 1815 Fernando abrió las puertas de todos los monasterios y el de la Trapa refloreció en todo su fervor. En 1821, las leyes de las Cortes acordaron de nuevo la abolición de los monasterios, y el mismo sacerdote bordelés tuvo la idea de retirarse primero a Barcelona, y enseguida a la ciudad de Palma, capital de la isla de Mallorca. Llegó allí en el momento en que la peste empezaba a hacer sus estragos. El P. José, ése era el nombre de nuestro compatriota, llamado en el mundo señor Bouet, fue triste testigo de los estragos causados sobre esta desgraciada población durante casi dos meses. Ninguna situación más desoladora que ésta. Todas las familias desoladas, las calles desiertas y el duelo tan general que no se veían más que especies de espectros ambulantes, habitantes con la impronta de la consternación, y tan familiarizados con la muerte que las señoras llevaba su imagen en ellas mismas, en sus broches y joyas, así como en los bordados de sus vestidos fúnebres. El clero, en esta desolación universal, hacía lo que tenía que hacer, y se colocaron en las calles altares dedicados a los diversos santos, para celebrar allí el santo Sacrificio, porque los fieles ya no se atrevían a reunirse en las iglesias por miedo al contagio.

«Un día que el P. José pasaba por delante de uno de estos altares, colocado al fondo de una calle, y hacía allí su oración, oyó una voz que le decía muy claramente: *Cadent a latere tuo mille, ad te autem non apropinquabit.* Fortificado contra todo terror, dijo a sus religiosos que, asegurado de su suerte, estaba preocupado por ellos y deseaba ardientemente protegerlos del azote retirándolos de la ciudad. Se establecieron en la montaña y desde lo alto veían en la calma las naves batidas por la tempestad, y en su piadoso retiro bendecían al Dios que no pasa nunca. Pero no pudieron permanecer allí mucho tiempo. La Revolución los expulsó de este lugar, de donde se dirigieron primero a Barcelona, donde vivía el P. Jean-Baptiste de Martres, religioso de Santa Susana, con el que hicieron el plan, que ejecutaron, de dirigirse a Burdeos, donde, por primera vez, apareció sobre ellos el hábito de la Trapa. El P. José se quedó todavía en Barcelona, de donde salió poco tiempo después, al saber que el venerable P. Chaminade, su antiguo amigo y director, vivía todavía». Se pueden encontrar otros detalles sobre el éxodo de los trapenses de Santa Susana en Ant. de Lantenay, *Les Prieurs claustraux de Sainte-Croix de Bordeaux et de Saint-Pierre de La Réole,* Burdeos 1884, p. 119 y siguientes, así como en el *Ami de la Religion,* t. XXVIII, p. 348, y t. XXXIV, p. 88. El monasterio de Santa Susana se restableció después de la expedición del duque de Angulema, en 1823. Fue por tercera vez y definitivamente cerrado en 1833. Los religiosos se refugiaron en Francia, y el último abad de Santa Susana vino a morir cerca de Burdeos. *Dom de Lestrange et les Trappistes pendant la Révolution.* Imprim. de la Grande-Trappe, 1898, p. 78.

[364] Véase en la *Vie de Mgr d'Aviau,* t. II, p. 759 y siguientes, el relato de la conmovedora solemnidad de la instalación, en la que tuvieron una gran parte la Congregación y la Sociedad filarmónica.

Donde el P. Chaminade tuvo que desplegar toda su firmeza fue con las propuestas de fusión que le vinieron de diferentes Institutos enseñantes. Al lado de los Hermanos de Ploërmel y de los Pequeños Hermanos de María suscitados por hombres no sólo de alta virtud, sino también de experiencia y talento[365], otras Congregaciones eran menos favorecidas y buscaban bases sólidas para su institución. Sus fundadores se habían convencido de que no bastaba el celo para crear un Instituto, que se necesitaba el conocimiento práctico del estado religioso y, más aún, una misión de lo alto. Eso explica que algunos de entre ellos, deseosos de asegurar el futuro de su obra, le buscaban fuera un punto de apoyo.

El P. Chaminade, cuyos religiosos se distinguían a la vez por su éxito en la educación y por su espíritu interior, atraía las miradas y de diversos lados los fundadores se dirigieron a él. Es el caso, en 1822, de un párroco de la Haute-Loire, que fundó a Hermanos en Saugues cerca de Puy, y de un párroco del Loire que dirigía otros en Saint-Etienne. Es el caso también, hacia 1825, del Superior de los Hermanos de San José y después del de los Hermanos de la Cruz, el P. Poirier. Igualmente el P. Perrier intentaba una creación análoga en el Franco Condado. A todos, el P. Chaminade prestó el apoyo de sus consejos, descartando la idea de la fusión, si no debía ser una identificación con la Compañía de María. Seguía más inflexible que nunca frente a solicitaciones que hubiesen particularizado rápidamente el fin de la Compañía, si no tenía cuidado.

Sin embargo, con los Hermanos de la Doctrina cristiana de la diócesis de Estrasburgo y con los de la diócesis de Nancy hubo negociaciones persistentes, que dieron incluso un resultado parcial. Su origen se remonta a la misión de Louis Rothéa en Ribeauvillé[366]. El P. Mertian fue testigo de los excelentes resultados del nuevo impulso imprimido a su noviciado y pensó en confiar completamente al P. Chaminade la formación de sus religiosos. Se trató al final de 1821, y las Hermanas de la Providencia, que dirigía el P. Mertian, estuvieron al principio comprendidas en las conversaciones relativas a una fusión con el Instituto de María. Se descartó casi inmediatamente porque su fin era demasiado especial para confundirse con el de las Hijas de María.

Desde el principio, el P. Chaminade puso claramente sus condiciones. Escribe a Louis Rothéa[367]: «La alianza del Instituto de María tanto con los Hermanos cuyo noviciado lleva usted como con las Hermanas de la Providencia es un asunto muy grave, podría decir que también muy espinoso y delicado por la distancia de lugares y la diferencia de lenguas que se hablan en Alsacia. Como de esa unión pueden resultar bienes muy grandes para la religión, no rechazo ninguna de las dos alianzas, si se puede hacer un acuerdo que nos deje la libertad conveniente para hacer un bien real en estas provincias, según el espíritu de nuestro Instituto. Digo que según el espíritu de nuestro Instituto, porque estoy tan plenamente persuadido de que hemos encontrado los medios de restablecer las costumbres cristianas, de propagar el espíritu de la religión y de oponer fuertes diques al torrente seductor y corruptor del filosofismo, que no permitiré nunca que este espíritu sea desnaturalizado ni alterado. El medio más sencillo sería fundir el Instituto de los Hermanos de la Doctrina cristiana y de las Hermanas de la Providencia en el Instituto de María, y que éste se encargase de llenar a su manera los proyectos de los otros dos Institutos. Me parece que estoy perfectamente indiferente, cualquiera que sea la decisión que vaya a tomar el P. Mertian. ¡Sólo que se haga la voluntad de Dios, que se procure su mayor gloria! Cuando en algunos momentos me permito mirar como consumada esta unión, experimento cierta alegría según la naturaleza; pero, elevándome por encima de la naturaleza, temo y no deseo que el P. Mertian ponga todo en nuestras manos».

Un antiguo benedictino de Senones, dom Fréchard[368], entonces párroco de Colroy, en Lorena, había hecho para su provincia natal lo que el P. Mertian había intentado para la suya. En 1822 compró un antiguo convento de capuchinos en Vézelise, cerca de Nancy, para crear allí el noviciado de sus Hermanos. Pero, como le ocurría al P. Mertian, no tenía un buen maestro de novicios. Entonces él también dirigió sus miradas a Burdeos. Se puso de acuerdo con el P. Mertian, y encargó a este último la elaboración de un proyecto de alianza con el Instituto de María. Este proyecto, comunicado al P. Chaminade con fecha del 6 de febrero de 1822, no carecía de originalidad. Comprendía veintitrés artículos, de los que los trece primeros merecen ser citados. Dice el P. Mertian al P. Chaminade:

«1º Usted crearía un noviciado en Burdeos, en el que formaría sujetos para ser jefes de celo y jefes de novicios en los noviciados de los Hermanos.- 2º En cada diócesis, habría un noviciado de Hermanos, como hay uno en nuestra diócesis, y como se creará otro en Pascua en la diócesis de Nancy.- 3º Usted proporcionaría los dos jefes de cada noviciado, para producir así la unidad de espíritu, lo que, a mi juicio, es necesario, y eso no podría tener lugar más que si hubiese una casa central en que se formase a todos los jefes.- 4º En la misma casa central, usted formaría a los visitadores que visitarían cada año todas las casas de

---

[365] El fundador de los primeros era el P. Jean-Marie de La Mennais; de los segundos, el venerable P. Champagnat.

[366] Véase más arriba, capítulo 28.

[367] Carta del 25 de enero de 1822. *Entresacado de la carta 188, Lettres, t. I, pp. 131-132.*

[368] Joseph Fréchard, nacido en 1765, en la Petite-Raon, cerca de Senones (Vosgos), benedictino en la célebre abadía de Senones, donde acababa de morir dom Calmet, evangelizó, después de la Revolución, la parroquia de Colroy-Banrupt, y fundó hacia 1817 una Congregación de Hermanos. Cf. *Notice biographique de dom Fréchard,* por el P. Marton, Nancy, 1890.

noviciado: el fin de estas visitas sería estrechar los lazos entre las casas, mantener la unión de los espíritus y consolidar así el Instituto.- 5º Las casas diocesanas que tuvieran sujetos de talentos eminentes los enviarían a Burdeos para que allí los preparen a ser jefes de casa y donde el director general vería el lugar adecuado para enviarles.- 6º Los Hermanos enseñantes quedarían siempre en sus diócesis.- 7º El superior de cada diócesis administraría las casas de la diócesis, fundaría las nuevas escuelas, y tomaría todas las disposiciones necesarias para ello.- 8º Los superiores (diocesanos) serían nombrados por los obispos respectivos.- 9º Gobernarían el Instituto diocesano de acuerdo con los dos jefes, con los que formarían el consejo.- 10º Se les agregarían uno o dos Hermanos asistentes, si el Instituto diocesano se multiplicase hasta el punto de exigir el aumento de los miembros del Consejo.- 11º Habría una conformidad rigurosa en el método de enseñanza, que sería determinado en Burdeos.- 12º Todas las casas diocesanas tendrían las mismas Constituciones.- 13º Tendrían también el mismo reglamento, salvo algunos puntos particulares de una u otra localidad; esas excepciones serían aprobadas en Burdeos»[369].

Como se ve, era un proyecto de federación entre todas las instituciones diocesanas fundadas para la enseñanza primaria[370]. Al P. Chaminade le correspondía el muy honorable papel de comunicar a ese cuerpo el espíritu que debía animarlo. Al final de la misma carta observaba el P. Mertian: «Habrá usted notado que en estos veintitrés artículos, no he tocado para nada el interior. Yo le dejo toda esta parte a usted, porque estoy persuadido de que usted sabe de eso infinitamente más que yo, como me he podido convencer por la lectura de los papeles que me ha enviado Louis Rothéa».

El P. Chaminade reconoció que la combinación era «ingeniosa», pero, a su juicio, no era nada práctica. Presentaba dificultades de ejecución insuperables, particularmente en la creación de un sistema de administración en que los gobernantes y los gobernados saldrían de dos clase de casas de formación distintas, Además, entre el P. Chaminade y los otros dos fundadores había una divergencia de principios irreductible.

Estos últimos se proponían enviar a sus Hermanos de uno en uno y de dos en dos hasta los pueblos más pequeños, para colmar una laguna dejada por los Hermanos de las Escuelas cristianas, que no aceptaban enviar menos de tres Hermanos al mismo sitio. Los PP. Mertian y Fréchard estimaban que sus Hermanos destinados a esta humilde misión no tenían necesidad de ser formados en una alta perfección religiosa y que no tenían que hacer dos medias horas de oración al día y «virtudes de consumación»[371]. Con ninguno de los dos puntos podía estar de acuerdo el P. Chaminade, que rechazaba la práctica de enviar a los Hermanos aislados y no esperaba nada bueno de lo que él llamaba «religiosos a medias»[372].

Pero había sobre todo una objeción principal por parte del P. Chaminade: por muy útil que pudiese ser, era desviar a la Compañía de María de su fin primitivo dedicarla a una obra especial a la que encadenaría para siempre y exclusivamente su existencia y su acción. Eso quería el P. Mertian, según una carta de Louis Rothéa[373]: «El P. Mertian desearía que nuestro Instituto no se ocupase más que de formar Hermanos de la Doctrina cristiana y que dejase a los jesuitas las misiones, los colegios, las congregaciones y las obras de este tipo». Pero el P. Chaminade, como hemos podido ver varias veces, entendía la misión de la Compañía en un sentido infinitamente más amplio, y no creía que debía limitarla a una obra de detalle so pretexto de que otras asociaciones podían juntarse a él teniendo obras similares. No pretendía hacer competencia a nadie. Decía[374]: «Nosotros no pondremos nunca la hoz en la mies de otro, quiero decir en la mies del Señor dada a otros obreros para recolectarla. Pero ¡qué abundante es esta mies del Señor! ¡cuán extensa es, cuántas partes diferentes tiene! Los buenos Hermanos de las Escuelas cristianas no tienen nada que temer para la importante misión que ellos cumplen: he contribuido demasiado a su propagación en Francia y a su sostenimiento como para querer hacerles daño; el espíritu de Dios no es contrario a sí mismo. El Instituto de María no sería de inspiración divina si pudiese producir tan miserables efectos. Lo que digo para las escuelas, puedo y debo decirlo para las congregaciones. Nunca habrá luchas con los jesuitas, nunca competencia, menos todavía esas intrigas provocadas por los celos».

Pero ese espíritu de rastrera competencia le era antipático, no se creía obligado a restringir desmesuradamente la misión de sus hijos, y decía: «Nosotros tenemos una hoz diferente a la de los jesuitas y de los Hermanos de las Escuelas cristianas. Así podremos entrar en la mies del Señor sin perjudicar a los obreros que están ya en ella. Tenemos toda la debilidad de la infancia, pero nuestra confianza en nuestra augusta Madre es inalterable».

Con esos principios, el acuerdo con los PP. Mertian y Fréchard era imposible. El obispo de Estrasburgo, príncipe de Croy, que era al mismo tiempo gran capellán del rey, llegó a la diócesis a finales de

---

[369] Los diez últimos artículos trataban de lo temporal y del hábito. *Esta carta está en AGMAR 26.4.318.*

[370] El P. Mertian proyectaba una federación análoga entre las Hermanas de la Providencia de las diversas diócesis.

[371] Era una alusión a la doctrina espiritual del P. Chaminade. Carta de L. Rothéa al P. Chaminade, 11 de febrero de 1822. *Error, se trata de una carta de Ignace Mertian al P. Charles Rothéa, AGMAR 25.6.681.*

[372] Véase más arriba, capítulos 26 y 29.

[373] 2 de abril de 1822. *AGMAR 26.4.325.*

[374] Al P. Caillet, 19 de mayo de 1825. *Las frases de la cita no están en el mismo orden en que están en la carta 343, Lettres, t. II, pp.46-47.*

otoño de 1822 y rompió las negociaciones decidiendo que los Hermanos del P. Mertian quedarían en lo que eran, y las conversaciones de entonces llegaron a esta conclusión formulada por el P. Mertian en su carta del 22 de octubre de 1822 al P. Chaminade[e]: «Si no podemos estar unidos en una Congregación, estemos al menos unidos en la oración».

Sin embargo, el P. Mertian no se resignó. Después de la marcha de Louis Rothéa, el noviciado de Ribeauvillé volvió a ser rápidamente lo que había sido antes. Las dificultades en que se debatía el fundador se agravaban cada día, y continuó mirando con perseverancia a Burdeos como puerto de salvación.

En 1823, el príncipe de Croy, que se había pronunciado tan claramente contra todo intento de unión, fue promovido al arzobispado de Rouen, y tuvo como sucesor en la sede de Estrasburgo a monseñor Tharin[375], el mismo vicario general de Besançon que había contribuido a llevar a la compañía de María al Franco Condado. Este nombramiento fue saludado por el P. Mertian y por el P. Chaminade como un feliz presagio. Decía este último[376]: «El nombramiento de monseñor Tharin para el obispado de Estrasburgo será sin duda una acción de la Providencia en favor del Instituto de María». No se equivocaba. Fue monseñor Tharin quien acogió a la Compañía de María en su diócesis, en Colmar (finales de 1824), y facilitó el acercamiento definitivo entre los dos fundadores.

En el intervalo, el P. Mertian había intentado los últimos esfuerzos para levantar sus obras. Obtuvo de la autoridad episcopal una circular especial dirigida al clero en su favor. Compró el castillo de Saint-Hippolyte, en los confines del Alto Rhin y del Bajo Rhin, para poner allí cómodamente su noviciado. Estuvo también a punto, en 1825, de introducirse en la escuela normal de Estrasburgo, pero el prefecto se opuso a ello.

Sin embargo, en la primavera de 1826 su situación era más crítica que nunca: no había más que una treintena de hermanos y todo decaía. Tomó entonces una decisión definitiva: llamó a Louis Rothéa, que dirigía las escuelas de Colmar y le dijo «que no podía ya bastarse para el gobierno de las Hermanas y de los Hermanos, que estaba cansado de las contrariedades que le causaba esta última Congregación, y que estaba decidido a suprimirla o a dejarla enteramente al P. Chaminade, pero que prefería claramente esta última posibilidad»[377].

El P. Chaminade encargó al P. Caillet de esta nueva negociación, en la que monseñor Tharin fue el árbitro. En el mes de julio siguiente, el P. Mertian cedía al P. Chaminade el castillo de Saint-Hippolyte, dejando a sus religiosos libres de abrazar la nueva regla o de retirarse. No hubo más que tres o cuatro que se agregaron a la Compañía de María, y fueron los mejores. Los otros conservaron su independencia, unos no queriendo dejar su hábito y otros no sintiéndose con fuerza para seguir la regla de la Compañía de María.

Ese fue el resultado de las largas negociaciones. Dejaban intactos el fin y la misión de la Compañía de María y acababan confiándole una de las tareas más importantes en la provincia de Alsacia, donde no había ninguna otra Congregación de hombres dedicada a la enseñanza[378].

Por el lado de Lorena, las conversaciones continuaron también. En 1830, dom Fréchard, asustado por los acontecimientos políticos, dispersó totalmente su pequeña Congregación, que fue retomada tres años después por los hermanos Baillard en el edificio del convento de Nuestra Señora de Sion, célebre santuario cerca de Nancy[379]. Estos sacerdotes reanudaron ante el P. Chaminade gestiones insistentes para que aceptase la dirección de la Congregación renaciente. Pero fue imposible entenderse: los hermanos Baillard tenían ideas fijas y no estaban dispuestos a sacrificar ninguna de ellas, por quimérica que fuese. Escribían al P.

---

[e] *La carta es del 2 de octubre de 1822. AGMAR 26.4.342.*

[375] Monseñor Tharin nació en Besançon en 1787. Al salir del seminario de Saint-Sulpice donde había acabado sus estudios, fue nombrado para dirigir el seminario de Bayeux. Volvió enseguida a su diócesis natal, donde sus méritos le valieron el título de vicario general. Cuando aceptó el obispado de Estrasburgo, había rechazado el de Metz. Encargado, en 1826, de la educación del duque de Burdeos, dejó su sede episcopal y murió en París en 1845.

[376] A David Monier, 30 de septiembre de 1823. *Carta 252, Lettres, t. I, p. 462.*

[377] Carta de Louis Rothéa al P. Chaminade, 13 de enero de 1826. *AGMAR 27.1.548.*

[378] El P. Mertian tenía, en el mundo, dos hermanos que gozaban de buena posición y vieron con disgusto la resolución que tomó. Preocupados ante todo de crear una obra provincial y diocesana y deseosos, como lo había sido su hermano, de proporcionar religiosos a los municipios pequeños, trataron de arrancar del P. Chaminade algunos de sus establecimientos de Alsacia. Fracasaron y se entrevistaron con el P. Chaminade para obtener de él la *descentralización* de sus casas de Alsacia. El fundador les dio respuesta negativa, no consintiendo en parcelar sus obras para no desnaturalizarlas. Después de la muerte del P. Ignace Mertian, pusieron su gran fortuna a disposición de uno de sus sobrinos, invitándole a tomar de nuevo la obra de los Hermanos de la Doctrina cristiana. La Congregación así reformada existe todavía, aunque se ha desarrollado poco. Tiene su casa madre en Matzenheim (Baja Alsacia) y suple, en la medida en que le permite el gobierno alemán, a lo que hacía en Alsacia la Compañía de María antes de que fuese obligada a retirarse de aquella tierra en 1874.

[379] De los tres hermanos Baillard, dos eran párroco y vicario en Favières, y el tercero párroco en Saulxures-les-Vannes. Antes se habían ocupado del convento de Mattaincourt y del santuario de Sainte-Odile.

Chaminade[380]: «Nuestro plan es fijo, y estamos convencidos de que este plan realizado obtendrá grandes resultados para la religión, y no podríamos confiarlo a la Compañía de María más que a condición de que lo adoptase enteramente. Y, si fuera preciso, suplicaríamos al P. Chaminade la modificación de sus Constituciones para las casas de Lorena». Era pedir demasiado. El P. Chaminade no aceptó y, en 1839, los hermanos Baillard tuvieron que abandonar la partida en circunstancias penosas que no vamos a contar aquí. Dom Fréchard volvió a tomar entonces las riendas de su pequeña Congregación de la Doctrina cristiana, que subsiste todavía en nuestros días[381].

Estos últimos hechos nos han llevado mucho más allá del punto de mira del conjunto de nuestro relato. Pero se han incorporado como un último episodio en esos intentos que, pocos años después de la fundación, amenazaron con desnaturalizar la Compañía de María y desviarla de su vía normal y providencial. Salvada por la vigilancia y prudencia de su fundador, entró en un período de crecimiento del que vamos a recorrer los hechos más salientes.

Capítulo 31: Progreso del Instituto de María en los últimos años de la Restauración (1826-1830

El Instituto de María estaba en vías de consolidarse cuando se vio privado de sus principales apoyos, monseñor d'Aviau y la Madre de Trenquelléon.

Monseñor d'Aviau había rodeado la cuna del Instituto con su constante benevolencia, había tomado a sus miembros bajo su protección, o más bien, empleando la expresión de su vicario Barrès[382], «los había declarado los hijos adoptivos de su vejez, les había dedicado como tales un amor de predilección». Para el P. Chaminade, él había sido constantemente el consejero, el amigo o mejor el padre, como decía el propio P. Chaminade en una nota que dirigió al prelado al día siguiente de la caída de Imperio[a]: «Ahora, sin temer comprometerle expresándole los pensamientos de mi corazón, podré recibir más habitualmente sus consejos y le haré partícipe de todo con la confianza de un niño para con el mejor de los padres».

La alarma del hijo fue grande cuando, en junio de 1822, supo que la vida del arzobispo estaba amenazada por ahogos súbitos. Después del hecho decía el propio P. Chaminade[383]: «Se ha visto al momento lo mucho que es querido este santo prelado. Se han hecho en todas las iglesias oraciones públicas con un fervor que expresaba el más vivo interés. Parecía que Dios no se resistiría a tantas peticiones. Las parroquias han continuado sus novenas. Cada comunidad ha hecho lo que le inspiraba su piedad. La Misericordia envió como una delegación a Verdelais: las dos directoras escogidas a suertes cumplieron una promesa con los pies desnudos». El P. Chaminade no añadía que él mismo había hecho una promesa a Nuestra Señora de Verdelais por la curación del prelado, que fue casi inmediatamente escuchado y que fue inmediatamente a pagar su tributo de acción de gracias a María en este santuario que, desde su juventud, le había sido tan propicio[384].

En 1825 se temió por segunda vez por la vida de este venerado prelado, pero el peligro una vez más fue conjurado. No sucedió lo mismo al año siguiente.

El anciano iba a cumplir los noventa años y se disponía a promulgar el jubileo universal concedido por el Papa León XII cuando un accidente totalmente inesperado vino a herirle de muerte. En la noche del 8 al 9 de marzo de 1826, se quemaron las colgaduras de su cama. El prelado fue arrancado vivo de las llamas, pero no se repuso de la emoción de esa noche y de las quemaduras que sufrió. Durante cuatro meses, la muerte dio un paso adelante cada día, hasta que finalmente, el 12 de julio, se llevó a su víctima.

La víspera misma de ese día, el P. Chaminade había dado los últimos auxilios espirituales a su hermana Lucrecia María, que estaba con él desde hacía quince años, llevaba su casa y compartía sus obras de caridad y de celo. Los dos golpes que dieron al mismo tiempo en su alma tan sensible, tuvieron una dolorosa repercusión. El último era muy personal y rompía casi los únicos lazos que le unían todavía a su familia según la carne. El primero alcanzaba a sus hijos tanto como a él: perdían en monseñor d'Aviau al mejor de los padres, al consejero más seguro y al protector más poderoso.

Se lloraba la ausencia del prelado, pero al menos la prueba no era ni imprevista ni prematura. Había desaparecido después de cumplir su tarea, como el guerrero que, al final del combate, se retira de la pelea y toma un descanso merecido. Muy diferente era el caso de la fundadora de la Hijas de María. La Madre de

---

[380] 30 de mayo de 1837. *AGMAR 27.3.421.*

[381] Llevó a sus religiosos de Sion a Vézelise, y murió en medio de ellos el 24 de julio de 1849. Los Oblatos de María tomaron posesión del santuario de Sion.

[382] Discurso del reparto de premios en el colegio Sainte-Marie, 11 de septiembre de 1826.

[a] *Carta 48, Lettres, t. I, p. 81.*

[383] A David Monier, 21 de junio de 1822. *Carta 205, Lettres, t. I, p. 352.*

[384] Contó el hecho a monseñor Donnet veinte años después en una carta fechada en septiembre de 1844.

Trenquelléon moría en la fuerza de la edad, agotada por la lucha y sucumbiendo bajo el peso de los trabajos y las austeridades.

En vano, desde hacía varios años, el P. Chaminade le había ordenado que cuidase de su débil salud, en vano le había obligado por obediencia a tomar el reposo y las suavizaciones a los que su celo y su mortificación se negaban. Ella se sometía a todo con la docilidad de un niño[385], pero su constitución estaba tocada y los mejores cuidados no eran ya capaces de prolongar una existencia que estaba en lo sucesivo condenada. Las fuerzas parecían volver en intervalos, y con ellas alguna esperanza de curación. En 1824, había podido estar presente con el fundador en la toma de posesión de las nuevas casas de Condom y Burdeos. En 1826 llegó aún a arrastrarse hasta Burdeos para abrazar a sus hijas que iban a fundar la primera casa del Instituto en el Norte. Casi inmediatamente recayó en un estado de postración del que no pudieron sacarle las súplicas prescritas por el P. Chaminade en todas las casas de la Orden[386].

Mientras el cuerpo se extinguía como una lámpara sin aceite, el alma se mostraba más viva y ya como iluminada con un reflejo de la eternidad bienaventurada. En los primeros días del Instituto, el P. Chaminade le exhortaba a poner muy arriba su ambición de virtud[387]: «Hágase dócil a la acción de la gracia, que debe ser abundante en usted y que cuida de purificarle y santificarle. Un Instituto que nace en el desbordamiento de la impiedad y que está hecho para presentar al mundo corrompido y pervertido el espectáculo de la perfección evangélica, debe tener como jefe a una santa. ¡Vamos, ánimo, querida hija, responda a los planes de Dios, sea fiel a la gracia y a toda la gracia!».

Dócil a esta llamada, la Madre de Trenquelléon había devorado el espacio en el camino de la perfección: al cabo de pocos años, estaba madura para el cielo, hacia donde se elevaban todos sus suspiros. Al salir del retiro que su Buen Padre acababa de predicar en el convento de Agen, en agosto de 1827, Adela escribía a una de sus hijas[388]: «Esto me ha consolado mucho, porque por mi parte, aunque estoy en paz, sigo en el desierto». Pero tocaba la tierra prometida. Vio morir en el convento, a donde se había retirado, a uno de los mejores amigos del Instituto, el P. Laumont[389], y, a partir de ese día, ella pareció desmejorar muy rápidamente. Los médicos le aconsejaban las aguas de los Pirineos. El P. Chaminade le daba libertad para aceptar, pero rehusó, no queriendo volver al mundo para intentar una posibilidad tan débil de curación.

Se acercaba el fin. La ciudad de Agen, testigo desde hacía diez años de tantas virtudes, se conmovió con esta noticia. Las congregaciones hicieron procesionalmente la peregrinación a Bon-Encontre. Un obrero decía[390]: «Daría con gusto mi sangre para salvar a nuestra Madre». En cuanto a ella, la serenidad de la paz no dejaba su rostro. Decía: «No pidamos más que el cumplimiento de la voluntad del Esposo celeste».

La voluntad del Esposo, era la próxima liberación de su fiel esposa. Hasta el final fue admirable en abandono filial y mortificación. Entregó su alma a Dios en la noche del 8 al 9 de enero de 1828[b], diciendo: «Hosanna al Hijo de David!». Era el grito del triunfo. Sólo tenía treinta y ocho años.

Cruelmente afectado por esta nueva muerte, el P. Chaminade hizo callar su propio dolor para consolar el de sus hijas. Les recordó los grandes ejemplos de virtud de la que les había sido arrebatada, y les dio la dulce esperanza de que su solicitud maternal continuaría velando, desde lo alto del cielo, sobre todo el Instituto de María y favoreciendo los progresos.

Efectivamente, los últimos años de la Restauración, aunque marcados con estas dolorosas pruebas, fueron para las dos Congregaciones un período de prosperidad y desarrollo normal. Se les llamaba a nuestras colonias de América[391] y hasta a las lejanas misiones de las islas del Pacífico[392], pero el sensato fundador descartó este honor prematuro, prefiriendo que se desarrollasen donde estaban ya establecidas. Estas plantas eran todavía delicadas y primero tenían que consolidar sus raíces, para adquirir el vigor necesario para una larga fecundidad.

---

[385] Por ejemplo, cuando es invitada a dejar de trabajar durante algún tiempo, responde (22 de mayo de 1820): «Un deseo que viniera de usted sería para mí a una orden. Así pues, recibo esta prueba con sumisión a la voluntad de Dios. el cese de toda obra exterior en que me encontraba inmersa desde hace catorce años es un auténtico sacrificio para mí». *Entresacado de la carta 378.1-2, ABT, v. II, pp.127-129.*

[386] 29 de enero de 1827. *Carta 427, Lettres, t. II, pp. 259-260.*

[387] 6 de febrero de 1819. *Carta 117, Lettres, t. I, p. 204.*

[388] A la Superiora de Burdeos, 17 de agosto de 1827. *Carta 716.2, ABT, v. II, p. 260.*

[389] 5 de septiembre de 1827.

[390] Carta de la Madre San Vicente a la Superiora de Burdeos, 19 de septiembre de 1827. *Cfr. Positio super introductione causae et virtutibus...Typis Polyglottis Vaticanis, MCMLXXIV, p. 559.*

[b] *Error: según el acta del registro civil del ayuntamiento de Agen, murió a la 1 de la madrugada del día 10. Cfr. Positio super introductione causae et virtutibus...Typis Polyglottis Vaticanis MCMLXXIV, pp. 461-462.*

[391] Según una carta del P. Chaminade a Clouzet, 23 de mayo de 1826.

[392] El P. de Solages insistía al P. Chaminade para que le secundase en la misión que organizaba para las islas del Sur. (Según cartas del P. Chaminade al P. Lalanne, 15 y 22 de febrero de 1830..*Carta 502, Lettres, t. II, p. 418 y carta 503, Lettres, t. II, p. 425*). *Carta 321.7, ABT, v. II, p. 35.*

Lejos de permitirles que se extendiesen fuera de su alcance, se esforzó en mantenerse más cerca de ellas, las rodeó en cierta manera de su presencia vigilante, para estar siempre dispuesto a quitar los obstáculos a los que les exponía su primer crecimiento. Sólo así mantendría y desarrollaría la savia de su primer fervor, el verdadero espíritu de su fundación.

Desde su fundación, sólo una vez había dejado su visita anual a las Hijas de María de Agen, en 1825, durante las negociaciones del reconocimiento legal. Siempre era esperado con impaciencia y su estancia duraba demasiado poco en opinión de sus hijas. Escribían ellas[393]: «¡Qué breve se nos hace el tiempo con este nuevo Francisco de Sales, cuyas palabras parecen todas dirigidas por el Espíritu de Dios!». Las superioras no se contentaban con instrucciones comunes y una entrevista particular, no le dejaban mientras estaba en el convento. Decían también[394]: «Durante su comida y su cena, nos da conferencias sobre el reglamento, sobre las virtudes de nuestro estado y nos cuenta historias edificantes de religiosos. Pero en otros momentos está tan ocupado que apenas podemos ir a confesarnos. Ayer salía del confesionario a las diez de la noche». Hay que decir que se veía obligado a compartir su tiempo entre el convento, las congregaciones y sus hijos de la pequeña Compañía desde que los estableció en Agen.

Después de la fundación de Villeneuve, de Tonneins y de Condom, cada una de estas comunidades gozaba todos los años de su presencia durante algunos días. Y su paso tenía en todas partes el efecto de reavivar el fuego sagrado del apostolado. Las hijas de María no hacían más que felicitarse por ello. Así por ejemplo escribía la Madre de Trenquelléon a la señorita Lachapelle[395]: «¡Cuánto ha sentido mi corazón que no hayas podido ser testigo de las gracias con las que Dios nos ha colmado, durante la estancia del Buen Padre, que ha durado dieciocho días! Nos ha dad, casi en cada misa, una magnífica instrucción, y después, en las conferencias generales y en las particulares, nos ha alimentado como un Buen Padre. Pero no tenido miramientos, nos ha regañado lo que hacía falta. Creo que pensaba encontrarnos más perfectas. Ha implantado muchas reformas. La clausura tiene que ser más rigurosa, hay que frecuentar menos los locutorios y estar en ellos menos tiempo, hay que observar mejor el silencio, etc. ». Otra vez decía[396]: «La estancia del Buen Padre es realmente un tiempo abundante de gracias: por la paz que nos trae con él, por sus sólidas instrucciones, sus buenas oraciones, sin olvidar las pequeñas mortificaciones. Porque me doy cuenta de que está desbordado, y veo que no podrá hablar con todas. Hay un verdadero atasco, debido a la cantidad de jóvenes que quieren entrar». Finalmente, después del último retiro al que la santa Madre de Trenquelléon pudo asistir, escribía hablando de su Buen Padre[397] «Está lleno de celo por la gloria de Dios. Seamos sus auténticas hijas: como otros Eliseos, pidamos un doble de su espíritu».

Ordinariamente el paso del fundador era ocasión de algunos progresos en las obras de las diversas casas que recorría. Así, en 1828 decidió la apertura del internado de las Hijas de María en Agen. Casi siempre también erigía congregaciones. A veces decidía nuevas fundaciones: por ejemplo, sus visitas a la «región alta», en 1826 y en 1827, determinaron la apertura de dos establecimientos de la Compañía de María, uno en Lauzerte y otro en Moissac, donde un amigo del tiempo del exilio, el párroco Imbert, desde hacía tiempo lo deseaba.

Cuando la Compañía de María se instaló en el Norte, el fundador se prometió no abandonar a sí mismos a aquellos de sus hijos cuyo aislamiento constituía un título más para su atención. Tenía que hacerles visitas personales en un tiempo en que sus enseñanzas orales eran todavía casi las únicas reglas, porque las Constituciones de las Hijas de María eran cada vez más insuficientes a medida que se extendían las obras.

Retenido en Burdeos, en 1824 y en 1825, por los mil asuntos de los que no se podía desprender, se hizo representar en el Norte por el P. Caillet, al que había dado por escrito instrucciones detalladas y amplios poderes. Esta delegación, por muy útil que fuese, no reemplazó más que muy imperfectamente la presencia del padre de familia. Sus hijos le urgieron a no aplazar su propio viaje y, en respuesta a sus felicitaciones del año 1825, les dio la esperanza de ser escuchados. Escribe al director de Saint-Remy[398]: «Si mis hijos desean ver a su Buen Padre, dígales que este Buen Padre desea ardientemente ir a verles, que no teme las fatigas del viaje, a pesar de sus cabellos blancos y el peso de sus años, que lo único que le retiene es la orden de la Providencia, cuyos designios debe consultar siempre».

Al año siguiente les demostró que este deseo era sincero. Tras la muerte de monseñor d'Aviau, hizo una corta aparición en Agen y en sus alrededores y después, sin más tardar, se puso en camino[399] para el gran viaje del Norte, acompañado del P. Lalanne, que iba a tomar la dirección del colegio de Gray. Su marcha fue notada en Burdeos, porque, al día siguiente, «un gracioso hizo decir a un periódico de la ciudad que el general

---

[393] La Madre de Trenquelléon a la señorita de Rissan, 14 de julio de 1817. *Carta 322.3, ABT, v. II, p. 36.*

[394] La Madre de Trenquelléon a la señorita de Lachapelle, 17 de julio de 1817.

[395] 17 de julio de 1817. *Fecha equivocada: está entresacado de la carta 362.2-4, de 7 de mayo de 1818, ABT, v. II, pp.43-44.*

[396] A la Madre Teresa, 6 de agosto de 1821. *Carta 446.2, ABT, v. II, p. 228.*

[397] A la Superiora de Burdeos, 16 de julio de 1827. *Carta 713.2, ABT, v. II, p. 615. El P. Chaminade estaba en Agen, no para un retiro, sino para una visita.*

[398] A Dominique Clouzet, 18 de enero de 1825. *Carta 321, Lettres, t. I, p. 635.*

[399] El 24 de agosto de 1826.

Chaminade había ido en visita de inspección, acompañado de su ayuda de campo»[400]. Se detuvo en París, saludó a los protectores de la Compañía, y ganó nuevas y preciosas simpatías, al mismo tiempo que vocaciones[401].

Este primer viaje fue corto: Saint-Remy fue su primera y principal etapa. La acogida que recibió estuvo acompañada de un entusiasmo extraordinario. Se resume en estas palabras de las notas del P. Rothéa: «El castillo estaba iluminado, sonaban las tres campanas, se cantó el *Ave maris stella,* los gritos de *Viva nuestro Buen Padre* retumbaban en el aire». Después de estar un tiempo en Saint-Remy, el fundador recorrió rápidamente el Franco Condado y la Alsacia, se detuvo en Nancy, junto a su amigo monseñor de Forbin-Janson, obispo de esta ciudad, y volvió a Burdeos hacia la mitad de octubre para la apertura de los retiros anuales.

Un segundo viaje al Norte, en 1827, fue un poco menos rápido. Pero lo fue demasiado en opinión de sus hijos, que no pudieron verlo en 1828. Le pidieron con insistencia que fuera al año siguiente, y él aceptó la invitación como se deduce de su carta a Clouzet, fechada el 19 de enero de 1829[c]: «Nuestros Hermanos de Colmar, a primeros del año, me han ofrecido ahorrarse hasta un total de mil a mil doscientos francos para los gastos de mi viaje a Alsacia. He aceptado el ofrecimiento a condición de que no lleven la economía hasta perjudicar a su salud. Creo que sería conveniente que inmediatamente después de Pascua me ponga en camino para la visita de todas nuestras casas tanto de hombres como de mujeres y que esté bastante tiempo en cada una para arreglar todo lo que se refiere a las cosas y a las personas». Salió más pronto que de costumbre y consagró más tiempo a cada casa. Pero como se habían multiplicado los establecimientos, el tiempo que les dedicó pareció demasiado breve.

Sería largo y monótono seguir al P. Chaminade en el detalle de sus viajes. Será más interesante ver algunos de los resultados conseguidos durante sus visitas. Le veremos fortalecer las fundaciones nacientes, hacer progresar sus obras y asegurarles esa vitalidad interior, cuya necesidad se revelará pronto urgente, en la hora ya próxima de las pruebas.

En su primer viaje, el P. Chaminade decidió la fundación de un convento de Hijas de María en el Franco Condado. Cuando sus hijos se establecieron en Saint-Remy, se propuso que les siguieran en el Norte sus hermanas en cuanto las circunstancias se mostraran propicias. Se confirmó en esta idea al ver llegar al noviciado de las Hijas de María excelentes vocaciones venidas de Alsacia, del Franco Condado y de Suiza. En lugar de imponerles el largo viaje a Burdeos, ¿no era natural abrirles un refugio próximo a su tierra natal?

Primero puso los ojos en Colmar, pero las Hermanas de la Providencia dirigían escuelas populares de la ciudad, y dudaba en abrir un internado en los alrededores, como se le proponía, porque hubiera sido renunciar a la obra de la Congregación. Abandonó completamente este proyecto cuando supo que los jesuitas preparaban una casa de Damas del Sagrado Corazón en Kientzheim, a poca distancia de la ciudad de Colmar.

En aquel momento, el P. Bardenet pidió las Hijas de María para Vesoul, cabeza de distrito de la Haute-Saône, que era la ciudad más cercana a Saint-Remy. Proponía la compra del antiguo convento de capuchinos donde los Misioneros habían tenido al principio la idea de reunir a los maestros. Las negociaciones, llevadas por el P. Caillet y el P. Bardenet, parecían ir por buen camino, cuando sobrevinieron complicaciones y obligaron a dejar todo. El P. Chaminade dijo entonces a su representante[402]: «Me parece que no ha llegado todavía el momento de la Providencia. Y sin embargo, el establecimiento de las Hijas de María es más interesante de lo que se podría pensar a primera vista. Tengo la intención de hacer el compañero de Saint-Remy para la regeneración del otro sexo».

El P. Bardenet no era un hombre que se arredrase ante las dificultades. Al escapársele Vesoul, buscó fuera y descubrió en Arbois, en el Jura, otro convento de capuchinos puesto a la venta en condiciones ventajosas. Llevó allí al P. Chaminade, que aceptó su elección. Se preparó enseguida una comunidad en Burdeos y se puso en camino en cuanto el Buen Padre, que acababa de volver, tuvo tiempo de darle sus instrucciones con su bendición paternal (octubre 1826).

La primera fundación de las Hijas de María en el Norte atravesó pruebas de todo tipo, desde las incomodidades de un viaje de tres semanas a merced del más lastimoso carruaje, hasta la enfermedad que estuvo a punto de llevarse a la nueva Superiora, la Madre de Casteras, sobrina[d] de la fundadora. Aquejada de la fiebre tifoidea, estuvo durante mucho tiempo entre la vida y la muerte. El P. Lalanne, de Gray, y Dominique Clouzet, de Saint-Remy, se apresuraron a llevar ayuda y consuelo a la afligida comunidad. La Madre de Casteras se salvó gracias a las oraciones de sus hijas. Abierta entre lágrimas, la casa de Arbois consiguió frutos abundantes: congregaciones, escuelas gratuitas, internado, noviciado, todo estuvo pronto en actividad. En 1827, el Buen Padre vino en persona a bendecir esta primera colonia lejana y a dar a sus hijas los retiros anuales.

---

[400] Lalanne, *Not. historique,* p. 32. *La Gerbe-3, pp. 35-36.*

[401] Cf. cartas de los meses de febrero y marzo de 1830 al P. Lalanne.

[c] *Carta 470, Lettres, t. II, p. 344.*

[402] Al P. Caillet, 7 de junio de 1825. *Entresacado de la carta 347, Lettres, t. II, pp. 56-57*

[d] *La Madre de Casteras era prima de la fundadora, no sobrina.*

Preparaba una segunda fundación en la Baja Alsacia. Un vicario de Estrasburgo, el P. Libermann, le ofrecía un convento cerca del santuario de la santísima Virgen, en Rheinackern, entre Wasselonne y Marmoutiers. Las Hijas de María llegaron allí en 1828. Pero, por un capricho incomprensible, el párroco del lugar trató de separarlas del Instituto y someterlas a otras reglas. La extrañeza que provocaron sus propuestas le hizo ver que no iba a ganar nada por ese lado. Las construcciones eran de su propiedad personal, y fue difícil, por no decir imposible, vivir en buena armonía. El P. Chaminade visitó la comunidad en 1829 y reconoció que la situación era insostenible. Escribió a Clouzet[403]: «No creo que desde el nacimiento del cristianismo se haya visto nada tan curioso en una fundación religiosa». A pesar de la insistencia de las autoridades locales, que habían tenido tiempo de apreciar el mérito de las Hijas de María, las retiró de Rheinackern y las trasladó a la antigua abadía de Acey, en el Franco Condado, que era una soberbia propiedad situada en el rico valle de Ognon y recientemente adquirida por el P. Bardenet. Abrieron un internado. El P. Bardenet vino a vivir junto a ellas y les sirvió como capellán hasta su muerte.

Al mismo tiempo que procuraba a sus Hijas este nuevo crecimiento, el P. Chaminade se preocupó, durante sus diversas estancias en París, de asegurarles el reconocimiento legal del que gozaba ya la Compañía de María. En 1825, el P. Caillet había recibido la misión de negociar simultáneamente el reconocimiento de las dos asociaciones, pero en ese momento se estaba elaborando una ley sobre la autorización de las comunidades de mujeres. Fue votada el 24 de mayo de 1825, y causó una penosa decepción en el P. Chaminade. Dice al P. Caillet[404]: «Parece fastidioso que esta ley haya aparecido tan pronto». Efectivamente, esta ley no estaba concebida con un espíritu católico, y parecía incluso excluir la perpetuidad de los votos. En estas condiciones, no se apresuró a seguir sus gestiones. Sin embargo, pronto la instrucción ministerial que determinaba el modo de aplicación de la ley, le tranquilizó sobre las intenciones del gobierno. Aprovechó sus dos estancias en París en 1826 y 1827 para preparar el reconocimiento legal de las Hijas de María y lo obtuvo por ordenanza del 23 de marzo de 1828, dos meses después de la muerte de la fundadora.

El primer viaje del fundador al Norte tenía por objeto no sólo la introducción de las Hijas de María en estas regiones, sino también el desarrollo de la Compañía de María en Alsacia, como consecuencia de lo acordado con el P. Mertian. Por una parte, se había aceptado el castillo de Saint-Hippolyte y se había recogido a algunos de sus religiosos, y, por otra, se había contraído el compromiso virtual de suplir la desaparición de la Congregación de los Hermanos de la Doctrina cristiana y desarrollar las obras de educación, principalmente las escuelas primarias.

El P. Chaminade recorrió la rica llanura de Alsacia y se edificó de la fe de las poblaciones, así como de su devoción a María, de la que Louis Rothéa le había dicho: «No hay tierra en Francia donde se tenga una devoción tan tierna a María. Desde siglos, se recita públicamente el rosario todas las tardes en las iglesias, y, durante el invierno, en casi todas las familias católicas». Comprendió que María bendeciría a su Compañía en estas tierra de predilección, y enseguida decidió la apertura de un internado en Saint-Hyppolite y de una escuela en Ammerschwir. Los dos puestos habían sido ocupados por los Hermanos del P. Mertian. Al año siguiente, se abrieron dos nuevas escuelas, una en Ribeauvillé, donde antes se encontraba el noviciado de los Hermanos, y la otra en Sainte-Marie-aux-Mines, donde el P. Rothéa había sido párroco. En todas partes creó congregaciones de niños y jóvenes, para completar la obra de la escuela. Desgraciadamente la escasez de sacerdotes de la Compañía no le permitía darles el desarrollo que hubiera deseado. A la casa de Colmar, cada día más floreciente, agregó una escuela especial, que fue a la vez una escuela primaria superior y lo que él llamaba una escuela conjunta, donde se prepararon futuros encargados para las industrias importantes de la región.

La reputación del joven director de la escuela, un natural de Agen llamado Coustou, sobrepasó pronto los límites de la ciudad de Colmar. Sus talentos de calígrafo eran particularmente apreciados y su método, que fue imprimido pocos años después, le dio una merecida fama.

La bendición de María era visible no sólo por el éxito de las escuelas, sino también por el número y la calidad de las vocaciones. Una de ellas más que una simple mención, por el papel que desempeñó y por la singularidad de las vías por las que la Providencia le dirigió hacia la Compañía de María. Nos referimos al P. Léon Meyer, destinado a abrir Norteamérica al celo de los hijos de María. Era originario de Eguisheim, a una legua de Colmar. Después de su ordenación (septiembre de 1823), monseñor Tharin le ofreció el puesto de capellán de la reina católica de Suecia. Iba a marchar cuando fue retenido por la muerte de un familiar, y, cambiando de idea, pensó en abrazar la vida religiosa. En otoño de 1827, se dirigía a Friburgo en Suiza, donde se encontraba entonces el noviciado de los jesuitas, cuando en el camino se dio cuenta de que había olvidado sus papeles. Escribió a su familia para que se los enviasen y, mientras esperaba, fue a Saint-Remy para arreglar la admisión como interno de uno de sus hermanos.

Cuál no sería su sorpresa al encontrar en Saint-Remy a su compañero de estudios, el P. Rothéa, que, abordándole, le dijo sin preámbulos: «¡Es la Providencia quien le envía! Contamos con usted para ayudarnos

---

[403] 10 de marzo de 1830. *Error en el destinatario: es a M. Maimbourg, párroco de Colmar. Carta S. 508bis, Lettres, t. VIII, p. 362.*

[404] Carta del 23 de junio de 1825. *Carta 352, Lettres, t. II, p. 65.*

a confesar a nuestros doscientos maestros que están de retiro; nosotros no somos más que tres, dos misioneros y yo, para tanta gente». El P.Meyer aceptó, conoció a los religiosos de María y sus reglas, quedó edificado de lo que vio y oyó, y se encontró tan bien en su compañía, que dijo que ya no quería dejarlos. El hermano, Benoît, cuya plaza en Saint-Remy vino a solicitar, se le unió más tarde en la Compañía de María, así como el fiel criado de la casa, Maximilien Geng, que fue un excelente hermano obrero; finalmente, su hermana entró en el convento de Arbois. El P. Léon fue a hacer su noviciado a Burdeos, y se unió tan fuertemente al fundador que hubiera querido no separarse nunca de él.

En Alsacia, las circunstancias invitaban al P. Chaminade a desarrollar y perfeccionar las escuelas primarias. En el Franco Condado esas circunstancias le señalaban como objeto de su solicitud la enseñanza secundaria y las escuelas normales[405].

El mérito de haber contribuido en esta región al progreso de los estudios clásicos corresponde sobre todo al P. Lalanne, que acompañó al fundador al Norte, en su viaje de 1826, y tomó la dirección del colegio municipal de Gray. Este centro había sido dirigido por los jesuitas antes de la Revolución, pero desde hacía tiempo estaba en decadencia. Escribía el P. Lalanne a su llegada[406]: «Es un colegio que hay que reorganizar desde el sótano hasta el desván, es un internado que hay que hacer. No hay nada más que las mejores disposiciones en la población y un verdadero afecto por parte de las autoridades. Lo que sobre todo me satisface es que en este lugar se tienen gran devoción a la Virgen: Nuestra Señora de Gray es venerada por toda la población». Encontró aquí la obra primera de la Compañía, una congregación floreciente de artesanos, formada en otro tiempo por los jesuitas. Él tomó su dirección.

En el colegio, su éxito fue completo. Se reveló como un educador de primer orden. Sus cualidades brillantes habían madurado con la experiencia. Había ya probado su talento en Burdeos, primero en el internado Sainte-Marie y después al frente del pequeño seminario de la Compañía, en la calle Lalande. Aportaba a Gray no sólo los métodos y el sistema de emulación de Burdeos, sino también ese sentido de la educación que en él era innato además de un producto de la observación. Unía a un excepcional conocimiento de la juventud, de sus defectos y de sus resortes, una aptitud extraordinaria para ganar el corazón de los niños, para atraerlos, para seducirlos con el encanto de una charla siempre amena, para concederles, en el tiempo oportuno y en la justa medida, el elogio y la censura, para amarlos y hacerse amar de ellos; en una palabra, para conducirlos como él quería en beneficio de su desarrollo intelectual y moral. Profesor interesante, así como hábil educador, hacía viva su enseñanza; las materias más arduas revestían un encanto poético que fluía como de una fuente. Su imaginación, siempre despierta, era sensible a todas las voces de la naturaleza: de ahí, a pesar de la tendencia literaria de su espíritu, su gusto por las ciencias naturales. Las había cultivado en Burdeos con predilección, había contribuido a fundar la sociedad naturalista de esta ciudad e impulsó sus investigaciones hasta publicar incluso un tratado de entomología. De alma sensible que amaba todo lo que es noble y bello[407], el P. Lalanne estaba dotado de una voluntad enérgica y capaz de grandes sacrificios que, a los cincuenta años, le permitirá todavía hacer de nuevo un trabajo de estudiante y afrontar, sin falsa vergüenza, un examen concebido para otra edad, pero cuyo título debía servirle para hacer un mayor bien[408].

Acudieron a Gray de toda la provincia, y pronto el P. Lalanne se vio al frente de un soberbio colegio de doscientos alumnos. Según cuenta el obispo de Nimes, monseñor Besson[409], «muchos años después se hablaba allí todavía de este joven director que tenía, en un grado increíble, el arte de ganarse a los niños, el arte más difícil de permanecer maestro de una juventud que crece. Yo fui capellán del colegio de Gray en 1846, y encontré esta casa llena todavía del encanto y beneficios de su dirección. La había gobernado durante tres años, pero dieciséis años después su nombre estaba en todas las memorias y en todos los corazones».

El P. Lalanne se encontró pronto con las trabas universitarias. Primero esperó, como había oído al P. Chaminade, que el gobierno cediese el colegio a la Compañía de María. Esta esperanza se desvaneció a la caída del ministerio Villèle. Desde entonces, el P. Lalanne puso sus ojos en Saint-Remy para continuar allí su tarea con mayor independencia. Le fue aceptada la dimisión que presentó en 1829, después de haberse puesto de acuerdo con el P. Chaminade. El clero de la diócesis, salvo raras excepciones, no veía bien esta alianza de la Compañía con la universidad. Escribía el P. Lalanne[410]: «No querrían que la gente honesta se inmiscuyese en las cosas de la universidad», tan grande era la hostilidad contra la institución del Estado, hostilidad que las famosas ordenanzas de junio de 1828 no sirvieron precisamente para debilitar.

---

[405] Lo que no le impedía fundar escuelas primarias, cuando se presentaba la ocasión, como por ejemplo la de Orgelet en 1827.

[406] Al P. Collineau, 21 de septiembre de 1826. *AGMAR 25.1.5.*

[407] Se comprende que, teniendo esas inclinaciones, se haya negado a secundar a los enemigos de los autores clásicos en sus reivindicaciones. Se puede encontrar su respuesta espiritual a Louis Veuillot en su libre *Education* (París 1870), p. 366. Escribió gran número de obras, principalmente un tratado de retórica, apreciado en su tiempo.

[408] El título de licenciado y a continuación el de doctor en letras.

[409] Citado en la obra *Le Collège Stanislas. Notice historique,* p. 269.

[410] 12 de septiembre de 1826, al P. Chaminade. *AGMAR 27.1.573.*

En Saint-Remy, el P. Lalanne encontró una escuela secundaria, constituida desde 1825, pero llevada de manera insuficiente. Consiguió que el gobierno la erigiese como *institución* y comenzó a realizar ensayos pedagógicos muy interesantes. La mayor parte de los alumnos de Gray siguieron a su director a Saint-Remy y se encontraba así teniendo elementos ya conocidos, con la certeza de una confianza ilimitada por parte de las familias.

Una de las partes originales de su programa era dar a la educación física un lugar mucho más importante de lo que se hacía hasta entonces. Para ello, le hacía falta espacio, aire y grandes horizontes. Saint-Remy le procuraba abundantemente esos elementos: un parque inmenso entrecortado de césped, vergel y bosque; un aire puro no viciado por la proximidad de ninguna ciudad ni ninguna fábrica; un panorama soberbio, limitado por una parte por la cadena lejana y regular de los Vosgos y, por otra, por las laderas más cercanas que encuadran la cuenca del Saône.

El P. Lalanne sacó partido de estas ventajas, multiplicó los paseos y los ejercicios corporales, hizo una piscina de natación e introdujo la equitación. La misma enseñanza aprovechó del aire libre. La geología, la botánica y la astronomía se aprendían como jugando, bajo la dirección de un maestro que sabía comunicar su pasión por las cosas de la naturaleza. Las ciencias positivas se inculcaban a veces con la ayuda de símbolos materiales y tangibles. El soberbio césped que se extiende delante del castillo fue transformado en un gigantesco mapa de Francia, donde no faltaba ni el relieve del suelo, ni los límites de los departamentos, ni los ríos, ni las ciudades. Era una de las maravillas de Saint-Remy: se venía a admirarla de lejos. Todavía hoy el nombre de *carte* [mapa] recuerda el lugar en que se exhibía este magnífico dibujo.

El plan de estudios era tan innovador como el sistema general de educación. Abriendo brecha audazmente en las tradiciones clásicas, el P. Lalanne pretendía adaptar mejor los estudios secundarios a las necesidades de la sociedad moderna, trasladando, según sus palabras[411], «a los elementos de la literatura propiamente dicha y de las ciencias, la base del sistema de enseñanza secundaria que, hasta el presente, ha reposado sólo en la lengua latina». Pensaba que la parte preponderante dada al latín había tenido su razón de ser, cuando el latín era la lengua culta, pero que había llegado el tiempo de liberarse de esta traba. En consecuencia, dividía la enseñanza «en tres ramas, las ciencias matemáticas, las ciencias positivas y las letras». Y añadía: «Cada una de estas ramas tiene poco más o menos igual importancia, por lo que las hemos hecho ir juntas, dando a una u otra la preponderancia que pedían o permitían los progresos de la inteligencia y de la instrucción. De esta distribución resulta que se ha dado una gran parte a las matemáticas y a las ciencias positivas, de las que nuestro siglo está tan ávido y la enseñanza secundaria tan carente».

El griego se convertía en accesorio y el estudio de la lengua latina no tuvo más que el privilegio «de ordenar el buen gusto en literatura». La lengua francesa debía ocupar el primer puesto en la cultura literaria. Las lenguas vivas, el alemán y el italiano, contribuían a esa cultura literaria junto al francés y latín. Finalmente las artes de adorno gozaban en este nuevo plan de estudios de una importancia más que accesoria. Dice el P. Lalanne: «no hemos llegado a ponerlas a la misma altura de las ciencias y las letras, pero van a continuación, para acabar y completar la obra de la educación desde el punto de vista de la instrucción».

El internado de Saint-Remy fue pronto famoso. Las autoridades de la provincia venían a visitarlo y los padres, a pesar del aislamiento del castillo, acudían a todas las fiestas. No se hacían representaciones teatrales, pero, como en el colegio Sainte-Marie de Burdeos, se hacían sesiones de la Congregación y la Academia de emulación. La parte que más gustaba era la escena dialogada sacada de la historia de Francia o de alguna otra materia clásica, cuya redacción se debía al talento del director. Al final del año escolar, exámenes públicos permitían a los padres darse cuenta de los progresos de sus hijos.

¿Qué pensaba el P. Chaminade de estas audaces innovaciones? En principio, no las desaprobaba, pero las juzgaba exageradas y precipitadas. Dice al P. Lalanne[412]: «Creo que se equivocaría si pensase que, como casi todos los viejos, no estimo lo que he visto y aprendido. Estoy convencido de que el plan de estudios y los métodos para ejecutarlos pueden ser mucho más perfectos, que en el mismo tiempo se puede aprender más y mejor. Sólo tenga en cuenta que el plan de un edificio, por muy geométricamente que haya sido diseñado, no se construirá nunca bien y sobre todo sólidamente, si el terreno no está bien dispuesto». Al mismo tiempo, le invitaba a ser menos radical y sobre todo menos impulsivo en sus reformas. El P. Lalanne tuvo que reconocer más tarde que el P. Chaminade tenía razón[413]. En el conjunto, sin embargo, el éxito respondía a sus esfuerzos. Bajo su hábil dirección se formaban al mismo tiempo maestros jóvenes para la Compañía de María, y así se preparaba en ella el desarrollo de la enseñanza clásica. Es verdad que el monopolio de la universidad oponía a este desarrollo un obstáculo irreductible y condenaba a la enseñanza secundaria a no ser por el momento más que un objeto accesorio entre las obras de la Compañía de María.

---

[411] Programa de los ejercicios clásicos, 1832.

[412] 9 de marzo de 1830. *Pequeño error en la fecha: carta 505, de 3 de marzo de 1830, Lettres, t. II, p. 437 Id.,* 23 de agosto de 1832. *Carta 640, Lettres, t. III, pp. 179-182.*

[413] Se puede comprobar esto por las teorías que expone en su libro *Education,* publicado en 1870, donde se muestra muy juicioso.

El P. Chaminade se daba cuenta de esta situación y ponía todo su esfuerzo en las escuelas normales. Esta es la obra de la hora presente, decía a Dominique Clouzet[414]. Y añadía[415]: «Tome todos los medios para el éxito de las escuelas normales, de los retiros y también para el establecimiento de Besançon (el del hospital). Aunque creo que las demás obras nuestras están en el plan de la Providencia, considero a éstas como directamente inspiradas por el espíritu de Dios y como obras que deben ser esenciales de la Compañía de María». Algunos meses más tarde añadía[416]: «Explíqueme su plan porque, como usted sabe, de nuestras obras principales, ésta es la que más me interesa en general». Durante cada una de sus estancias en Saint-Remy, se ingeniaba para aportar alguna mejora. Podía contar con la colaboración de todas las autoridades locales. El prefecto, señor de Brancas, se esforzaba en conseguir de todos los alcaldes de su departamento el envío a Saint-Remy de uno o dos candidatos a cuenta del municipio.

Pero, en el pensamiento del P. Chaminade, Saint-Remy no era más que la parte de un entramado. Cuando apenas llevaba un año funcionando esta primera escuela normal, le vemos esforzándose en la difusión de una institución tan útil. Es incluso sorprendente ver al humilde fundador, tan reservado en toda circunstancia, lanzarse aquí sin dudar a empresas ambiciosas y aportar para su realización un apresuramiento que no era habitual en él. Se diría que presentía una revolución próxima y tenía prisa por asegurar a Francia una institución capaz de conjurar el azote o de atenuar sus desastrosos efectos.

En 1825 su plan era comenzar por París, donde monseñor de Quélen y el prefecto de policía, de Chabrol, deseaban vivamente un establecimiento de este tipo. Se puso la vista en un gran inmueble, el hotel Richelieu[417], que parecía reunir todas las condiciones. El P. Chaminade, al autorizar su compra, decía[418]: «El gran hotel Richelieu me parece muy adecuado para un establecimiento religioso tal como haría falta en París: la obra principal y directa debería ser una escuela normal de enseñanza primaria, acompañada de retiros anuales. En esta escuela se recibiría no sólo a los jóvenes maestros del departamento del Sena, sino también a todos los de las provincias que preferirían esta escuela a las que pudieran encontrar más cerca. Con estas escuelas conseguiríamos la reforma de la clase numerosa del pueblo, que es un objetivo de la Compañía de María. Si hablo de un gran establecimiento a fundar en París, es porque daría un buen impulso a la obra tan importante de la que se trata y a la de las congregaciones tan útiles en todas partes, pero sobre todo en París». Añadía: «Si Dios nos quiere en París, no habrá ningún problema ni inquietud por nuestra parte»[419].

¿Dios no quería la realización de este propósito en esta época? sólo los hombres pusieron los obstáculos? Lo cierto es que nadie se presentó para ayudar al P. Chaminade a encontrar los doscientos mil francos necesarios para la compra del hotel Richelieu y que la obra se quedó en situación de proyecto.

Más cerca de Saint-Remy, el departamento del Jura pedía el beneficio de una escuela normal de la que gozaban ya el Doubs y la Haute-Saône. La sede episcopal de Saint-Claude, restablecida en 1823, estaba ocupada por un prelado muy emprendedor, monseñor de Chamon[420], que tomó el asunto con gran interés y buscó edificios para albergar la escuela. Se le ofreció gratuitamente un antiguo priorato de canónigos regulares[421] situado en el pueblo de Courtefontaine[422], en el límite norte de su diócesis. Sin demora, transmitió el ofrecimiento a la Compañía de María y al P. Chaminade, cuya reputación conocía desde hacía años pero ignoraba todavía sus obras.

El P. Chaminade no quería comprometerse inmediatamente, porque en ese momento el P. Bardenet estaba negociando con un antiguo capuchino, el P. Agathange, la erección de la escuela normal en Lons-le-Saulnier, capital del departamento. Entonces el ardiente obispo dejó al P. Bardenet y a la Compañía de María, escribiendo al vicario, P. Rivière: «Lo que más temo es ver al P. Bardenet mezclarse en este asunto. Sólo tiene planes gigantescos y extraordinariamente caros». Se puso a hacer las cosas más deprisa y a mejor precio. Instaló en Courtefontaine a un antiguo religioso de los Hermanos de San José de Amiens, que hacía poco se

---

[414] 5 de diciembre de 1831. *Carta 611, Lettres, t. III, pp. 97-101.*

[415] A Clouzet, 15 de mayo de 1827. *Carta 434, Lettres, t. II, p. 281.*

[416] 27 de diciembre de 1827. *Carta 444, Lettres, t. II, p. 300.*

[417] En la avenida de Béthune.

[418] Al P. Caillet, 10 de julio de 1825. *Entresacado de la carta 356, Lettres, t. II, pp. 81-83.*

[419] En la carta del 23 de julio de 1825, al P. Caillet, preveía incluso que, una vez fundada la casa de París, la Administración general de la Compañía fuese trasladada allí. *Carta 362, Lettres, t. II, pp. 100-101, aunque la previsión de trasladar la A. G. a París no está muy explícita.*

[420] Monseñor de Chamon nació en Bulgnéville (Vosgos), el 25 de julio de 1767. Ordenado sacerdote en 1789, emigró a Alemania. Vuelto a Francia en 1815, primero fue capellán de un regimiento, después en 1818 vicario de monseñor de la Porte, obispo de Carcassone y antiguo administrador de la diócesis de Burdeos antes del Concordato. Consagrado obispo de Saint-Claude el 13 de julio de 1823, monseñor de Chamon murió el 28 de mayo de 1851.

[421] Los canónigos seguían la regla de san Agustín y dependían de la abadía de Saint-Paul de Besançon. Del priorato no quedaban más que construcciones de poca consideración. La iglesia, del estilo románico más puro, estaba intacta, y todavía se puede admirar hoy.

[422] Así llamado por el nombre de una fuente abundante que, en cuanto sale del peñasco, desaparece en unas cavidades subterráneas.

había establecido en una localidad de los alrededores de Courtefontaine. Con la colaboración de este religioso, Gabriel Taborin, muy conocido más tarde por fundaciones duraderas[423], trató de crear un núcleo de comunidad capaz de llevar la escuela normal. No acertó en este intento. El carácter ardiente y todavía inconstante del Hermano Taborin no era el adecuado para una empresa que, ante todo, exigía paciencia. Pocos meses después de la fundación, el obispo encontró su casa vacía: el Hermano Taborin se había retirado, no dejando en aquel lugar ni comunidad ni escuela. Al obispo le gustaba recordar más tarde la aventura y decía un día en que visitaba Courtefontaine[424]: «Aquí, en esta casa, yo quise fundar una Congregación religiosa de Hermanos de San José para dirigir las escuelas, pero no lo conseguí. No basta ser obispo para fundar una Congregación, hay que ser santo y ser llamado del cielo, como vuestro Padre Chaminade».

Monseñor de Chamon volvió al P. Chaminade, lo conoció personalmente en el viaje que el Fundador hizo al Norte en 1827 y entabló con él una amistad entrañable, de la que le dio pruebas hasta los últimos y dolorosos años de su vida. Por diversas causas, la escuela normal, aprobada antes, al mismo tiempo que la de Saint-Remy, por una ordenanza del 23 de junio de 1829, no pudo abrirse hasta noviembre de ese mismo año. Las autoridades del departamento la acogieron con agrado y se establecieron cursos de enseñanza y retiros según el modelo que se practicaba en Saint-Remy.

Era el momento en que el celo del P. Chaminade proyectaba ambiciosos planes. Mientras duró el ministerio Martignac, sus proyectos de extensión de las escuelas normales estuvieron paralizados porque el gobierno, aunque favorecía la creación de «clases normales», les proponía como modelo la escuela de Estrasburgo, que estaba infestada de liberalismo[425]. Pero el nuevo ministerio era católico, y tanto Polignac como Montbel, conscientes de los peligros y de las necesidades del momento, publicaron circulares y ordenanzas para facilitar el reclutamiento de buenos maestros de escuela[426]. El momento era propicio. Por poco que el gobierno prestase un apoyo serio a las autoridades departamentales, la propagación rápida de las escuelas normales cristianas estaba asegurada, y, con ella, la regeneración de Francia. Esa era la convicción del P. Chaminade, que escribía al P. Lalanne[427]: «He aquí mi razonamiento: la clase del pueblo constituye más de las tres cuartas partes de la población de Francia; por consiguiente, el medio que haría dar a toda la generación naciente una verdadera educación cambiaría, en su mayor parte, el espíritu y las costumbres de Francia. Las escuelas normales, tal como la Compañía de María las entiende, reforman a los maestros de escuela antiguos y forman otros nuevos, que se hacen aptos para dar en todas partes esa fuerte educación que los niños conservan, en su mayor parte, a una edad más avanzada». Y añadía[428]: «Es verdad que Francia se pierde y no puede salir victoriosa de la revolución que la amenaza por todas partes si no se salva la generación del pueblo que viene. Pero ¿cuál es el medio para salvar la generación actual que está completamente corrompida? Los hijos se parecerán a sus padres, tomarán sus principios y costumbres: de tal padre, tal hijo. A falta de los padres, ¿quién les suplirá? ¿Los párrocos, los vicarios? Estos ven raramente a los niños, tienen muy poca autoridad sobre ellos. Estos niños están perdidos si no tienen junto a ellos a buenos maestros de escuela».

El P. Chaminade habló con el ministerio y propuso ponerse de acuerdo con las otras asociaciones religiosas, especialmente con los Hermanos de las Escuelas cristianas, que acababan de inaugurar una escuela normal en Rouen. Lo esencial era que la institución se multiplicase rápidamente. Era el tiempo de oponer este remedio al mal cada vez más invasor de la irreligión.

En espera de una decisión del ministerio, apresuraba la creación inmediata de la escuela normal del Haut-Rhin, que le estaban pidiendo desde hacía varios años. Esta fundación le interesaba mucho: al haber aceptado la sucesión del P. Mertian y no queriendo como él enviar religiosos a los municipios en que fuesen a estar aislados, debía velar por procurar a Alsacia lo más pronto posible maestros cristianos. Después de dudar entre Saint-Hippolyte y Colmar, eligió Colmar, donde el alcalde se ofrecía a correr con los gastos, y la apertura de la escuela de fijó para el otoño siguiente (1830)[429]. Al mismo tiempo, se puso de acuerdo con monseñor de Forbin-Janson para abrir una escuela normal en la diócesis de Nancy, que reemplazase a la de Toul, que acababa de crearse pero tenía un espíritu detestable. Recibió también del cardenal arzobispo de

---

[423] Nacido el 1 de noviembre de 1799 en la montañas de Bugey (Ain), Gabriel Taborin estuvo primero afiliado a la congregación de los Hermanos de Saint-Joseph de Amiens. En dos ocasiones trató de fundar, sin éxito, un Instituto de Hermanos en la diócesis de Saint-Claude, en la misma ciudad de Saint-Claude en 1824, y en Courtefontaine en 1826. Entonces volvió a su diócesis natal de Belley y fundó allí la Congregación de los Hermanos de la Sagrada Familia, que todavía subsiste. Murió el 24 de noviembre de 1844.

[424] En 1841, en presencia de todo el personal de la casa. Testimonio del P. Benoît Meyer. *Cfr. AGMAR 17.5.312-318.*

[425] Circulares del 6 de mayo y del 19 de agosto de 1828.

[426] Especialmente la circular del 19 de diciembre de 1829 y la ordenanza del 20 de febrero de 1830.

[427] 15 de febrero de 1830. *Carta 420, Lettres, t. II, p. 420.*

[428] Al P. Lalanne, 4 de marzo de 1830. *Carta 506, Lettres, t. II, pp. 440-441.*

[429] Cf. carta del P. Chaminade al P. Lalanne, en abril de 1830. *Carta 515, Lettres, t. II, p. 460.* El año anterior había visitado la escuela normal de Estrasburgo y había señalado sus defectos al rector que lo acompañaba (22 de febrero de 1830, al P. Lalanne. *Carta 503, Lettres, t. II, p. 423*).

Toulouse la propuesta de ocupar, con el mismo fin, los edificios de la misión del Calvario. Además, proyectaba extender a las maestras el beneficio de una formación profesional cristiana y estudiaba el medio de abrir en las Hijas de María de Acey una escuela normal para las jóvenes.

Eso no era todo. A finales de abril de 1830, una nueva y más amplia perspectiva se abría a su celo: el conde Alexis de Noailles, valiéndose «de su antigua y muy respetuosa amistad», pedía al fundador que le ayudase para la creación de una escuela normal en la Corrèze, y, después de haber recibido una primera respuesta favorable, le escribía[430]: «El corazón me bate de alegría, pensando que mis deseos han sido bien recibidos y que usted formará en Noailles un establecimiento del tipo que más le conviene. Le ruego que use de mí como de uno de sus hermanos, y cuente con que le dejaremos plena libertad para obrar según el piadoso impulso de lo alto del que usted está lleno. Le diré con satisfacción que es en el mismo ministerio de Instrucción pública donde me han animado a dirigirme a usted. No conozco obra más útil y más aplicable al momento en que nos encontramos que la que nos ocupa». El conde vino a Burdeos a entrevistarse con el P. Chaminade, puso a su disposición todos los recursos materiales que podía necesitar el fundador y le aseguró el próximo establecimiento, por su influencia, de las escuelas normales del Lot, de la Dordogne y del Cantal, en que todo sería dejado a sus cuidados y a su dirección. El conde de Noailles era diputado, todopoderoso en el ministerio y personalmente muy rico. El obstáculo principal, el de las finanzas, estaba salvado.

¿Llegaba el P. Chaminade al término de lo que, en su gran deseo de procurar la gloria de Dios, buscaba con todas sus fuerzas? Parecía que ningún obstáculo debía parar su realización y que iba a crear escuelas normales por toda Francia, porque le proporcionarían un reclutamiento seguro en las regiones del Centro que seguían siendo cristianas. Ya había enviado a Bernard Gaussens a los lugares y preparaba todo para una rápida ejecución cuando un viento de tempestad sopló por Francia y trastocó de un solo golpe todos estos magníficos planes. Dios se contentaba con la buena voluntad de su servidor.

Capítulo 32: El comienzo de las pruebas (1830)

A finales de julio de 1830, el P. Chaminade fue a Agen para presidir, con monseñor Jacoupy, la elección de la Superiora general de las Hijas de María. Un día que entraba en el convento hacia mediodía encontró a la puerta al joven secretario del obispo, el P. Guyon de Bellevue[431], que le esperaba, y le dijo: «Padre, París está en revolución: el rey ha retirado las ordenanzas» - «¡Ha cedido!», dijo el anciano, profundamente apenado por esta actitud de la autoridad abandonada a su suerte. De un golpe de vista, vio, en dolorosa perspectiva, el vuelco de todos sus planes de apostolado, en el momento en que ya tocaba su realización, la destrucción de la última barrera opuesta al liberalismo, una derrota de la religión, cuyas consecuencias podían ser incalculables.

No había en Francia un hombre de sentido que no temiese desde hacía tiempo ver llegar este desastre. La correspondencia del P. Chaminade está llena de este presentimiento. Seis meses antes decía al P. Lalanne[432]: «No hay que perder de vista, querido hijo, que andamos sobre volcanes y que podemos probar, quizá incluso muy pronto, agitaciones terribles. Sigamos, pero con una gran prudencia». En abril de 1830, cuando la firmeza de los ministros inspiraba cierta confianza en el futuro, ponía una vez más en guardia al P. Lalanne contra una ciega tranquilidad[433]: «A pesar de la buena actitud del rey, no estamos al abrigo de acontecimientos enojosos». Se confirmaron los temores cuando París se cubrió de barricadas, cuando la revolución, que se propagó por Francia y repercutió en todos los países de Europa, pareció sacudir las bases mismas del orden social, confundiendo en un mismo odio al trono y al altar.

El P. Chaminade tomó el tiempo justo para instalar a la nueva Superiora de las Hijas de María, la Madre San Vicente, que era ya vicaria general del Instituto desde la muerte de la fundadora, y volvió a toda prisa a Burdeos, al centro de sus obras. Pocos día después de su vuelta escribía[434]: «Hasta el presente todo está tranquilo en Burdeos, es decir que no ha sucedido nada que lamentar a ninguno de nuestros establecimientos.

---

[430] 19 de mayo de 1830. *Cfr. Lettres, t. II, p. 478.*

[431] Guyon de Bellevue fue más tarde canónigo de Agen y durante mucho tiempo capellán de las Hijas de María. Él nos ha dejado este relato.

[432] 4 de diciembre de 1829. *Carta 490, Lettres, t. II, p. 385.*

[433] 12 de abril de 1830. *Carta 518, Lettres, t. II, p. 468.* Las alarmas databan de 1826. En esta época, el comunicante del P. Chaminade en París, O'Lombel, cristiano ferviente y emprendedor, propuso al P. de Lachapelle la erección de una iglesia dedicada al Sagrado Corazón en el lugar en que fue asesinado el duque de Berry. La suscripción para conseguir los fondos habría sido opuesta a la de los liberales para el general Foy. El P. de Lachapelle se asustó del proyecto y disuadió a O'Lombel (Carta de O'Lombel al P. Chaminade, 20 de enero de 1826. *AGMAR 27.1.550*).

[434] A Clouzet, 3 de septiembre de 1830. *Entresacado de la carta 539, Lettres, t. II, p. 504.*

Pero yo creo que los problemas de estos tiempos son mucho más graves de lo que parecen. Todavía es casi imposible calcular sus consecuencias. Lo que me ha parecido claro hasta hoy es seguir de la misma manera que en el pasado, hacer que hablen de nosotros lo menos posible, ponernos en evidencia también lo menos posible. ¡Dios sea bendito por todo! ¡Paciencia y sumisión a las terribles disposiciones de la justicia divina!». Viendo la revolución a la luz de la fe, decía[435]: «Es evidentemente un castigo de Dios sobre Francia; todos somos culpables, merecemos ser castigados».

En Burdeos, la calma no duró mucho. La ciudad *del 12 de marzo* tenía demasiados elementos legitimistas para que la revolución gozase pacíficamente de su conquista. Los liberales vigilaban de cerca a los que habían señalado como jefes de la reacción. El P. Chaminade figuraba entre ellos: se sabía que sus principales relaciones eran con el mundo legitimista, y no podía ser de otro modo puesto que era ahí donde se encontraban entonces los hombres religiosos. Se le reprochaba no sólo sus relaciones de Burdeos, sino también la amistad de personajes políticos conocidos, el conde Marcellus[436], el duque de Montmerency, el conde de Noailles, los dos Berryer, padre e hijo[437], monseñor de Forbin-Janson[438], el señor de Portets[439], cuyo curso en la Escuela de derecho acababa de ser suspendido, todos ellos partidarios decididos del rey Carlos X. Además, el solo hecho de ser director de una congregación habría bastado para suscitar sospechas, en un tiempo en que el nombre de congregación tenía el poder de unir a todos los enemigos del antiguo orden de cosas por el odio común que les inspiraba.

En estas condiciones, podía esperarse todo. El P. Chaminade se mantenía a la expectativa un poco desconcertado. Escribía al P. Lalanne el 30 de enero de 1831[a]: «¡Estamos en medio de un mundo tan nuevo! Estoy en Francia casi como en tierra extraña. Ya no sé qué decir y qué hacer. Por mi parte, yo espero que los acontecimientos me lleguen más que ir yo delante de ellos. No tengo otra política que la de recurrir todos los días a la santísima Virgen». Era la mejor forma de asegurarse, como poco tiempo después tendría una nueva prueba de ello.

De acuerdo con los legitimistas de París, los de Burdeos preparaban una manifestación para el 14 de febrero, aniversario del asesinato del duque de Berry. Las pasiones estaban muy excitadas por una incautación de escarapelas blancas, realizada el 11 en casa del joyero Milhac, de la calle Porte-Dijeaux. La ceremonia debía tener lugar en la iglesia Saint-Michel, donde en 1814 había ondeado la primera bandera blanca y donde se reunía una cofradía llamada de los Montuzets, señalada como un foco de carlismo. Fue anulada. Pero la víspera, que era un domingo, una masa agitada entró en la iglesia al final de vísperas y, cuando los chantres entonaron el *Domine, salvum fac regem* acostumbrado, voces amenazantes añadieron, gritando, *Philippum.* Se produjo un tumulto en la iglesia y, como consecuencia, al día siguiente, un paseo popular por la ciudad y una caza de las insignias del régimen caído, es decir de las flores de lis que decoraban los edificios públicos.

Pronto se tuvo noticia de los desórdenes ocurridos en París ese mismo día 14 de febrero, el saqueo del arzobispado y el pillaje de las iglesias. Se concluyó que había habido un complot carlista, y de ellos resultó una nueva manifestación menos inofensiva que la primera, porque las iglesias no fueron respetadas: la capilla de los Montuzets, en la iglesia Saint-Michel, fue completamente saqueada[440]. Una operación policial tuvo lugar entre los carlistas relevantes, de los que los periódicos de la época[441] señalaron a «los señores de Gombaud, Taffard de Saint-Germain, Estebenet y Chaminade».

---

[435] A L. Rothéa, 18 de septiembre de 1830. *Carta 544, Lettres, t. II, p. 511.*

[436] Una carta que le escribió el P. Chaminade en 1830 muestra una cierta intimidad. *Cfr. Lettres, t. II, p. 443.*

[437] Conocemos su relación con los Berryer por una carta dirigida a Clouzet, 27 de marzo de 1831. *Error en el destinatario y en la fecha: se trata de la carta 575, dirigida al P. Lalanne, el 20 de enero de 1831, Lettres, t. II, p. 584.*

[438] Se sabe que monseñor de Forbin-Janson no pudo volver a su ciudad episcopal de Nancy, por los violentos prejuicios que había contra él.

[439] El señor de Portets, distinguido jurisconsulto, era el padre de una religiosa Hija de María y hacía numerosos servicios a los dos institutos. *No era el padre, sino el hermano. Cfr. Stefanelli, Joseph, "Las compañeras de Adela", SPM, Madrid 1999, p. 255.*

[a] *Error en la fecha, se trata de la carta 575, citada más arriba en la nota 7, mismo tomo y página.*

[440] Cf. Justin Dupuy, *Vie de M. Dubourg, curé de Saint-Michel.* se ha atribuido erróneamente el incidente del *Domine salvum fac regem* a la jornada del 14. Nuestras indicaciones relativas a estos hechos están sacadas de fuentes muy seguras.

[441] *Indicateur* del 19 de febrero de 1831.

Era conocer mal al P. Chaminade confundirlo con hombres políticos como Gombaud y Taffard de Saint-Germain, que efectivamente habían preparado en otro tiempo la vuelta de los Borbones. Poco más o menos por esta época escribía a un ardiente legitimista, esforzándose por separarle de las preocupaciones demasiado humanas de la política[442]: «Tengo por principio que no se debe hacer nada contra un gobierno establecido. Aplicando este principio, he atravesado todas las revoluciones, ocupándome de mi ministerio y de servir al prójimo». Algunos días después empleaba el mismo lenguaje ante el juez de instrucción: «Para mí es un principio de religión y de conciencia someterme al poder establecido y no cooperar en nada que tienda a derribarlo. Si yo hubiera sabido que existía un complot como este del que usted me habla, lo habría censurado».

No se impresionó demasiado por las molestias que tuvo que sufrir. Se puede ver en el tono del relato que él mismo hace pocos días después[443]: «Como consecuencia de los graves movimientos que han tenido lugar en París y que yo ignoraba entonces, tuve una visita muy imponente. En el interior todo se desarrolló con normalidad. En el exterior, unas trescientas o cuatrocientas personas del populacho ocuparon todo el día la calle Lalande. No ha habido ninguna consecuencia más que la de tener que reparar los cristales del nº 3[444], rotos a pedradas y a palos, porque, según me han dicho, un vecino servicial ha proporcionado una escalera y palos; la visita interior no duró más que tres horas y media».

He aquí el detalle de esta operación de la justicia en su domicilio. Era el 18 de febrero, hacia las diez de la mañana. Un sustituto del procurador, llamado Limoges, se presentó acompañado de la fuerza armada y, tras haber hecho colocar centinelas en todas las salidas, entró en la iglesia de la Madeleine, donde el P. Chaminade, sentado en el confesionario, oía a las directoras de la Misericordia[445]. El sustituto enseñó su mandato, que era de hacer una indagación en la casa. Sin mostrar el menor signo de extrañeza, el P. Chaminade invitó a sus visitantes a seguirle. Dice el informe oficial: «Él nos condujo a su habitación situada en la parte de delante de la casa. Nos ha entregado las llaves de sus armarios y escritorios, y nosotros hemos procedido a una visita exacta y escrupulosa de todos los documentos, papeles y cartas que se encontraban en ellos; no hemos visto nada relacionado con el objeto de nuestra visita porque esos escritos se refieren a intereses particulares del señor Chaminade y de la Compañía de la que es Superior. Hemos encontrado además cuatro pequeños medallones que llevan la efigie de la Virgen María y como leyenda: *María ha sido concebida sin pecado original.* Hemos precintado estos cuatro medallones y el señor Chaminade ha firmado al dorso como de costumbre».

Esos cuatro pequeños cartones eran todo lo que la policía pudo encontrar de sospechoso en casa del P. Chaminade. Otros semejantes se encontraron en casa de Estebenet, como se hubieran encontrado en casa de todas las personas religiosas de la ciudad, porque se había tomado la costumbre en Burdeos, sobre todo desde que hizo estragos el cólera, de llevar consigo estos pequeños medallones que pronto fueron reemplazados por la medalla milagrosa. Pero la policía, sospechando que se trataba de una señal de reunión, los incautaba enseguida. El acta de la indagación hecha en casa del P. Chaminade no dice la escena a que dio lugar esta incautación. Pero, desde el día siguiente, todo Burdeos se divertía con ello. Ante los cartones sospechosos, el sustituto había exclamado triunfante: «Aquí está las señales de reunión!». El P. Chaminade le invitó a sentarse y le explicó: «Escúcheme, le voy a explicar lo que significan estos cartones. Usted no ignora que al comienzo del mundo Adán y Eva fueron colocados en el paraíso terrestre en un estado de felicidad». Y, continuando con su lentitud e insistencia acostumbradas, se puso a explicarle el dogma del pecado original y el privilegio único del que María había sido objeto. Estupefacto, el sustituto terminó por exclamar: «¡Pero, señor, vaya al grano!». El P. Chaminade le respondió: «Si usted me interrumpe, será mucho más largo». Desarmado por esta réplica, el sustituto, al que, además de explicaciones, le dijo que los cartones incriminados se encontraban allí desde hacía dos meses y, por consiguiente, no podían tener ninguna relación con un complot reciente, se declaró suficientemente instruido y se fue.

---

[442] Al caballero de Rubelles, 2 de marzo de 1831. *Carta 582, Lettres, t. II, p. 595.* Adolphe de Rubelles era un ardiente polemista que, a pesar de los consejos paternales del P. Chaminade, se quedó en la política y dirigió el *Journal du Bourbonnais* y la *Gazette d'Auvergne.* Metido en prisión por el gobierno de Luis-Felipe, acababa de salir cuando murió en un accidente de coche, en el mes de octubre de 1843.

[443] Al P. Lalanne, 2 de marzo de 1831. *Carta 581, Lettres, t. II, pp. 593-594.*

[444] El nº 8 actual. Era la casa del noviciado eclesiástico. *Evidentemente con la apertura de Cours Pasteur en 1902, la situación de las calles es sensiblemente diferente hoy.*

[445] Este dato nos ha dejado una de ellas, señorita Séraphin, muerta hace pocos años. *Para todo este relato del registro de la Madeleine y de las declaraciones ante el juez, ver el artículo del P. Henri Lebon "A Bordeaux, en février 1831..." de l'Apôtre de Marie, 15 de febrero de 1931, t. XXII, pp. 327-332.*

La visita exterior estuvo a punto de ser más peligrosa: con barras de hierro, el populacho intentó levantar la puerta de la iglesia y la del nº 3. No lo consiguió y se resignó a privarse del pillaje de la casa. Dispersado por la policía, se acordó de que había otros *enchaminados*[446] en la calle Tondu y se dirigió allí sin demora. Asaltó a pedradas la casa de Saint-Laurent y hasta hubo un disparo. Felizmente, pasó un destacamento de la tropa y dispersó a la multitud. Los novicios pasaron un gran susto[447].

La situación era crítica. Los sacerdotes ya no podían aparecer con sotana, y el P. Chaminade tuvo que vestir de nuevo el vestido civil como en tiempos de la gran Revolución[448]. El futuro aparecía amenazador: los disturbios que se producían en toda Francia exigían medidas de prudencia. El P. Chaminade, en interés de sus obras, optó por abandonar momentáneamente Burdeos. Se quedó todavía algunos días para ser testigo en el asunto de Estebenet y del P. Rigagnon, que habían sido detenidos y tuvieron que liberarlos por falta de cargos contra ellos. El 10 de marzo de 1831 tomó el camino de Agen, con la idea de que esta ausencia no duraría más unas semanas. Duró cinco años enteros.

Al dejar Burdeos, el P. Chaminade no se había formado todavía un parecer definitivo sobre los hechos de julio y sus consecuencias. Al menos no compartía las perspectivas optimistas del P. Lalanne cuyo discurso de reparto de premios, pronunciado en Saint-Remy en agosto de 1830, causó sensación. Preludiando la campaña que iba a iniciar el *Avenir,* el P. Lalanne pretendía aliar la libertad y la religión, lo que en ese tiempo parecía una paradoja. Le escribía el P. Chaminade[449]: «Creo que usted ha redactado ese discurso con intenciones muy puras: ha creído encontrar el medio de relacionar las ideas del día y la necesidad de las virtudes religiosas. Pero ¿cómo lo conseguirá? ¡Está usted muy lejos de entender por libertad lo que entienden los jefes del liberalismo! ¡La igualdad y la libertad, tal como usted las entiende, no serían ese poderoso alimento que hace girar todas las cabezas!». Y cuando el P. Lalanne, contemplando la Revolución con la misma mirada que La Mennais y Lacordaire, llegaba a soñar para la Compañía de María una alianza con las ideas del día, permitiéndole cumplir un papel activo en la reconstrucción de la sociedad nueva salida del cataclismo, el P. Chaminade sonreía por el entusiasmo un poco juvenil de su discípulo y le escribía[450]: «La empresa es audaz; es digna de un alma fuerte dedicada al bien de la religión y de la justicia. La propuesta que usted me hace no me extraña, conociendo su carácter. Es posible que sea intempestiva y que usted mismo la considere así antes de que llegue el final de año». «Usted dice que de este caos puede salir un mundo nuevo. Sin duda, el Todopoderoso puede sacar un mundo nuevo de este caos: ¿no ha formado el cristianismo en el seno de la idolatría? Pero no es así como hizo el mundo físico sacándolo del caos precedentemente creado por él. El deseo ardiente de mi alma es que, como usted sabe, es que la Compañía de María esté llamada a colaborar a esa feliz regeneración, pero *omnia tempus habent*»[451].

En lugar de lanzarse ciegamente en el movimiento, el P. Chaminade, que tenía la responsabilidad de tantas obras y tantas personas, dejó a los mismos acontecimientos el tiempo de desvelar su verdadero alcance. Era la decisión más sabia. Aconsejó en todas partes el mantenimiento del *statu quo,* mientras las circunstancias los permitieran. Escribía al P. Lalanne[452]: «Es de suponer que cuanto más andemos, más aumentarán las dificultades. ¡Dios sea bendito! Hagamos todo lo que podamos para servir al bien y hacerlo servir; tratemos de no hacer imprudencias y mantengámonos tranquilos. Creo que, en general, debemos remover muy poco, no hacer más que los cambios indispensables y limitarnos a sostener lo que existe y de la

---

[446] La expresión *enchaminadés* se conserva en el relato dejado por Canette. *AGMAR 17.4.218, p. 2.*

[447] Notas manuscritas de Justin Dumontet, *AGMAR 17.4.299, p. 5*, entonces novicio y testigo de la escena. En el pequeño seminario de la calle Lalande, los novicios estaban ausentes cuando fue invadida la calle. Estaban en clase en el colegio real. Cuando salieron de clase, al encontrar la calle ocupada, se refugiaron en el colegio Sainte-Marie de la calle Mirail.

[448] Parece incluso, si hay que creer a la señorita Seraphin de la Misericordia, que vistió a veces de guardia nacional.

[449] 22 de diciembre de 1830. *Carta 570, Lettres, t. II, p. 575.*

[450] 3 de junio de 1831. *Entresacado de la carta 593, Lettres, t. III, p. 34.*

[451] He aquí cómo juzgaba al *Avenir,* cuya doctrina seducía al P. Lalanne: «Fue una gran prudencia por parte del rey de Cerdeña prohibir la entrada del *Avenir* en sus Estados. No quiero decir que no haya nada bueno en el *Avenir,* pero es un débil teólogo con altas pretensiones. Al principio tuvo su fama. Algunos eclesiásticos, aunque en pequeño número, que por lo demás tienen cierto mérito, al principio estaban locos con él. He encontrado a algunos de ellos que no han podido sostener media hora de discusión un poco seria». Añadía, a propósito de otros periódicos católicos de la época: «Aunque la *Quotidienne* y la *Gazette de France* tenían opiniones más maduras y más razonadas, hay que saber tomar y dejar. Conozco poco el *Correspondant;* me parece que usted le caracteriza con una sola frase: es un joven literato que hace profesión de ser cristiano» (5 de julio de 1831, al P. Lalanne. *Carta 594, Lettres, pp. 39-40*).

[452] 30 de abril de 1831. *Carta 588, Lettres, t. III, p. 20.*

misma manera que antes de la revolución. En alguna parte se habla del tiempo de la paciencia de los santos. No sé si es en el que estamos, pero ¿qué se arriesga tomándolo como tal?»

Esas mismas recomendaciones vuelven en la mayor parte de sus cartas de esta época. Así, el 5 de julio[b] insiste ante el P. Lalanne, a quien su espíritu un poco aventurero podía llevar a exageraciones: «No movamos ninguna cuestión hasta que la Providencia haya afirmado el terreno sobre el que andamos. Debe Vd. darse cuenta de su movilidad. Ningún cambio, ninguna innovación, nada que atraiga la atención sobre nosotros: ese es mi sistema desde hace once meses. Tengo la satisfacción de que en general todos nuestros establecimientos de hombres y mujeres lo han adoptado. Que cada uno en silencio se ejercite en la piedad».

Por sí misma ya la revolución obstaculizaba nuestras obras. ¿Era prudente añadir otros obstáculos por imprudencias o medidas intempestivas? Las congregaciones, al menos las de hombres, se vieron obligadas a eclipsarse en Burdeos y en las otras ciudades. Fue una ocasión más para el fundador de admirar la acción de la Providencia respecto a sus obras. Efectivamente, si ella había permitido que sus hijos se entregasen principalmente a la obra de las congregaciones, se hubiesen visto obligados a desaparecer, al menos temporalmente, con las congregaciones a las que estaba ligada su existencia. Habrían sufrido la suerte de los Misioneros de Francia que el nuevo gobierno dispersó despiadadamente[453]. Gracias a sus obras de educación, el Instituto de María vivía, aunque en una situación de sufrimiento fácil de comprender.

En el mes de octubre de 1830, el fundador había considerado prudente suprimir momentáneamente el noviciado de las Hijas de María en Burdeos y enviar a las novicias a Agen. Después de los sucesos de febrero de 1831, dispersó también los noviciados de Saint-Laurent y de Madeleine. Era una medida dolorosa pero que juzgaba indispensable. Por lo demás, ¿podía esperar vocaciones mientras durasen los disturbios? ¿Podía intentar fundaciones nuevas en un tiempo en que el odio a la religión estaba a la orden del día? Un ejemplo era lo sucedió en Belfort: envió una comunidad de religiosos en septiembre de 1830, pero el tumulto les asustó tanto que huyeron a Saint-Remy.

Se contentaba con conservar intactas las obras existentes. Varias fueron amenazadas, pero ninguna fue alcanzada. La de Saint-Remy, puesta en peligro por los agitadores de los municipios de alrededor, se vio protegida por la firmeza de Amédée Thierry, que de profesor de la facultad de Besançon había pasado a ser prefecto del Haute-Saône. En todas partes se sintió la hostilidad de la universidad o más bien del gobierno que se servía de ella para golpear a los que no compartían sus ideas.

Las disposiciones del gobierno se hicieron visibles en el célebre proceso de la escuela libre y en otro proceso, que tuvo también gran repercusión, en el que, bajo el pretexto de recobrar los derechos universitarios, el Estado atacaba a los restos de la enseñanza secundaria libre[454]. Hizo más: atacó también a la enseñanza primaria de los Hermanos, suprimiendo por ordenanza del 18 de abril de 1831 el privilegio de que gozaban los religiosos de recibir su diploma de director con la simple presentación de su carta de obediencia. En adelante el examen público era obligatorio para todos. La intención que había dictado esta exigencia era, más que la exigencia misma, vejatoria para aquellos a quienes iba dirigida. El P. Chaminade recomendó a sus hijos plegarse a todo, recordándoles que «la vasija de tierra no debe chocar nunca contra la vasija de hierro»[455].

El fin religioso que se proponían las escuelas normales del P. Chaminade no escapaba a los liberales. Por eso, se esforzaron activamente en hacerlas caer. La malevolencia de las autoridades se manifestó en mil enredos y el número de alumnos disminuyó. Ante esta actitud de poder, el P. Chaminade mandó a sus hijos que no hicieran el juego a los enemigos de la religión abandonando su puesto. Les decía: «Es mucho que podamos sostenernos; no estamos todavía al final, ni mucho menos».

Se atacó a sus escuelas por su lado vulnerable: se suprimieron los subsidios sin los cuales no podían mantenerse. El 11 de noviembre de 1831, el prefecto del Jura informó al consejo general que sin duda «los profesores de Courtefontaine eran de una vida ejemplar y estaban sometidos, así como el internado, a reglas muy severas; que había salido de este establecimiento una decena de maestros de escuela; que no había recibido la menor queja sobre los Hermanos que están al frente del establecimiento y que no se podía negar que prestaban servicios a la instrucción en el departamento; pero que esta escuela, por su modo de enseñanza

---

[b] *Carta 594, t. III, p. 38.*

[453] Se formaron de nuevo más tarde con el nombre de Sacerdotes de la Misericordia.

[454] Cf. carta del P. Chaminade al P. Lalanne, 15 de abril de 1831. *Carta 586, Lettres, t. III, pp. 15-17.*

[455] Carta del 25 de marzo de 1831 al P. Lalanne. *Carta 584, Lettres, t. III, p. 12.*

y por su régimen interior, no estaba en armonía con las instituciones». En consecuencia, pidió y obtuvo la supresión del crédito que tenía asignado. Se prefirió no tener una escuela normal que tener una cristiana. La escuela normal de Saint-Remy vivió un poco más de tiempo, hasta la ley del 23 de junio de 1833, que obligó a cada departamento a proveerse de una escuela normal oficial[456].

El exilio al que se había visto obligado a condenarse, la desaceleración de todas las obras y la supresión de algunas eran pruebas muy sensibles, pero no fueron las únicas ni las más crueles que sufrió el fundador. Estas eran pasajeras y desaparecerían el día en que el horizonte político se serenase. Había otras más profundas que tocaban el corazón mismo del Instituto, amenazando su vitalidad. Desde hacía tiempo, el P. Chaminade las preveía y las temía. En una carta fechada el 26 de agosto de 1821, uno de sus primeros hijos, Bernard Laugeay, le hablaba así: «Padre, recuerdo lo que usted me dijo: que se habían visto pocas órdenes religiosas establecerse con tanta rapidez como la nuestra, a pesar de todas las dificultades que se le han opuesto, que el bien que se hacía por ella era notable, que por consiguiente el demonio, que ve estos progresos, temblaría de rabia y que debíamos esperarnos sufrir de su parte los más duros asaltos, que no dejaría de transformarse alguna vez en ángel de luz y de usar sus astucias de las que tan pocos desconfían y tantos se dejan engañar». El P. Chaminade sabía que la prueba, que es la piedra de toque de las obras de Dios, no ha faltado a ninguna de ellas, y menos todavía a la Iglesia, la primera de las obras de Dios. Así pues, esperaba con confianza y serenidad. A pesar de ello, cuando llegó el momento no dejó de sufrir, y podía escribir en 1829[457]: «Las penas que tengo me seguirán hasta la tumba». Tenía toda la razón.

Desde hacía muchos años, la situación financiera del Instituto de María era mala y los acontecimientos políticos no contribuían a mejorarla. La conducta del P. Chaminade en esta materia estaba dirigida sin duda por su prudencia habitual, pero también y sobre todo por el principio de una absoluta confianza en la Providencia. Cuando un gasto le parecía sólo un cálculo humano o, con mayor razón, una tendencia al lujo o al bienestar, se oponía a él de manera radical. Cuando, al contrario, le parecía querido por Dios, hacía callar todas sus aprensiones, confiando a la Providencia la obtención de los medios para conseguir sus fines. Nunca fue defraudado, nunca le faltó la ayuda en el momento preciso que necesitaba. Se han visto ejemplos de ello a lo largo de este relato[458] y su correspondencia está llena de ellos. He aquí uno tomado al azar. Dice a David Monier[459]: « Dios quiere probar a veces nuestra confianza en él. Para el último billete de mil francos, que recibí el 28 de febrero último, no supe el medio hasta la víspera. El 27, los mil francos me llegaron sólo hora y media antes de la presentación. Dios no ha obrado de la misma manera para los tres mil francos que necesitaba el 5 de mayo: acaba de enviármelos por una persona a la que yo creía más deber dar que pedir». La Providencia le había ayudado tanto que, en opinión de algunas personas superficiales, pasaba por gozar «de una fortuna colosal»[460], precisamente él que no sabía la víspera cómo viviría y haría vivir a sus obras al día siguiente.

Con este sistema en que la prudencia humana estaba siempre despierta, pero siempre subordinada a la prudencia sobrenatural, su caja estaba siempre vacía e incluso dejaba acumularse atrasos a veces considerables. Aquellos de sus colaboradores que veían las cosas desde un punto de vista más humano, le hacían sus advertencias. Él se sometía con humildad, pero íntimamente persuadido de que su manera de obrar era conforme a la voluntad de Dios y, viéndola siempre justificada por la Providencia en los momentos críticos, no se enmendaba y seguía adelante con la admirable imprevisión de san Vicente de Paúl y la mayor parte de los santos. Si eso sucediese en una naturaleza espontánea como la del P. Lalanne, el P. Dupuch o el P. Dasvin, no nos sorprendería. Pero en un hombre de orden como el síndico de Mussidan, en un hombre reflexivo, sensato, moderado y prudente, como lo era el P. Chaminade en todo lo que emprendía, el hecho sería inexplicable si no hubiera razones de orden sobrenatural que lo justificasen.

---

[456] La escuela normal de Vesoul se abrió en 1834. En el Jura, la escuela normal no pudo abrirse hasta noviembre de 1835, en Salins, y fue disuelta en 1849, por considerarla un foco de socialismo. Se le sustituyó con escuelas de prácticas. Entre ellas, la escuela de Courtefontaine, dirigida siempre por la Compañía de María, satisfizo tanto a las autoridades que suprimieron las otras. En 1852, la escuela de Courtefontaine fue elevada al rango de escuela normal. En 1855, fue trasladada a Lons-le-Saulnier, siempre bajo la dirección de los Hermanos de María, que se retiraron de ella por propia voluntad en 1862. Estos datos están sacados de un informe del director de la Escuela normal de Lons-le-Saulnier para la Exposición retrospectiva de la enseñanza primaria en la Exposición universal de 1900.

[457] Al P. Lalanne, 30 de diciembre de 1829. *Carta 495, Lettres, t. II, p. 399.*

[458] Véase más arriba, al final del capítulo 24.

[459] 16 de abril de 1824. *Error en el año: se trata de la carta 193, de 16 de abril de 1822, Lettres, t. I, p. 330.*

[460] Carta de un negociante llamado Bessins a monseñor de Cheverus, 24 de julio de 1829. (Archivos del arzobispado)

A propósito de los gastos de Saint-Remy, hablaba así a David Monier[461]: «Usted me censura por tener tantos préstamos y, desde hace tiempo, gastar con una mano lo que entra por la otra. Pudiera ser que haya excedido en esto, aunque hasta el presente los motivos hayan sido más fuertes de lo que parecen para los establecimientos posteriores», como Saint-Remy. Con ocasión de la compra del hotel Razac y de los gastos de acondicionamiento que trajo, es al P. Caillet a quien da cuenta de su conducta[462]: «Querido hijo, parece usted afectado por las deudas que contraemos todos los días para multiplicar nuestros establecimientos o mantener y extender los antiguos. Rece, y rece con insistencia para que las desgracias que usted me señala no lleguen, para que yo no me adelante nunca al orden de la Providencia en las obras que creemos que están en sus planes. Yo pensaba esta mañana en esta vía extraordinaria que seguimos, y estaba como asustado y desconcertado, cuando me vino el pensamiento de que Dios obraba así para que aumente nuestra confianza en él y para que vivamos en total dependencia de su gracia; este pensamiento me ha consolado un poco y me ha fortificado». Un poco más tarde, hacía la confesión siguiente al P. Caillet[463]: «No tenemos ningún establecimiento de hombres o mujeres que no tenga alguna deuda. Todas estas deudas me asustarían si, cada vez que pido un préstamo, no hubiese creído que no estaba saliendo del orden de la Providencia respecto a nosotros». Varios directores habían agravado esta situación con gastos poco útiles, sin autorización regular. Estas últimas brechas abiertas en el haber material de su Compañía le preocupaban mucho más que las primeras, porque veía en ellas un mal moral, una desobediencia o una falta a la pobreza de la que temía el castigo de parte de Dios.

En todo caso, en los últimos años de la Restauración, según el P. Lalanne[464], «el internado de Burdeos era el único establecimiento cuyos trabajos eran lucrativos. Primero tuvo que soportar pesadas cargas para los gastos de primer establecimiento y para los intereses de los préstamos. Pagó todo mientras no tuvo más que satisfacer sus propias necesidades. Pero cuando empezó a tirar de él por todas partes, para el noviciado de Saint-Laurent, para las escuelas de Agen y para la casa del Director, se vio desprovisto. Auguste Perrière, que dejaba en el colegio todos sus ingresos y el producto de sus bienes, sacaba también del colegio todos los fondos necesarios para el mantenimiento de sus bienes, y estos gastos llegaron a superar algunos años los ingresos. Auguste Perrière decía a menudo al P. Chaminade: Tenemos que pagar y la caja está vacía. El P. Chaminade refunfuñaba, y había que acudir a recursos extremos que empeoraban el mal».

El P. Chaminade no era insensible a esta situación y estaba muy preocupado. En 1827 escribía a Clouzet[465]: «Si sucede algún contratiempo ¿no tendré que reprocharme al menos no haber tomado todos los medios? Y el menor contratiempo de este tipo puede hacer como en los castillos de naipes: la primera que cae hace caer a todas las demás». Clouzet vino en su ayuda y albergó la esperanza de liberar a la Compañía al cabo de algunos años.

No era más que una esperanza. Al comienzo de 1829, el fundador escribía a Clouzet[466]: «Aquí parece que el apuro va en aumento. Usted sabe lo difícil que está la pensión. Tengo que mantener por lo menos al doble de personas. El pan ha subido en más de un cuarto y yo no recibo casi nada. Sin embargo, no me inquieto». Pero la situación era muy alarmante. Decía el P. Chaminade[467]: «Las cosas han llegado a tal punto que no pueden acabar más que por un providencia especial y casi milagrosa. Yo espero con confianza, y, mientras espero, hago lo que depende de mí para sostener todo, para no tentar al Señor».

Tras la revolución de julio, el mal se fue agravando de día en día. Escribía a Clouzet[468]: «Es difícil hacerse una idea de la dificultad de mi posición: No digo esto para quejarme: hablo de ello muy poco, adoro los secretos designios de la Providencia». Esta indigencia y la imposibilidad de crear recursos en estos tiempos turbados fueron uno de los principales motivos que le decidieron a sacrificar momentáneamente su noviciado. Llegó hasta poner en venta su propiedad de Saint-Laurent, con la idea de reconstituir el noviciado en el Norte, pero, al no encontrar comprador, se contentó con un alquiler. Consiguió algún dinero con la venta

---

[461] 30 de septiembre de 1823. *Carta 252, Lettres, t. I, p. 461.*
[462] 16 de junio de 1824. *Carta 299, Lettres, t. I, p. 588.*
[463] 2 de agosto de 1825. *Carta 367, Lettres, t. II, p. 114.*
[464] *Not. historique,* p. 20. *La Gerbe-3, pp. 26-27.*
[465] 10 de junio de 1827. *Error en la fecha: se trata de la carta 426, de 10 de enero de 1827, Lettres, t. II, p. 256.*
[466] 19 de enero de 1829 *Carta 470, Lettres, t. II, p.344.*.
[467] 4 de enero de 1830. *Carta 496, Lettres, t. II, pp. 406-407.*
[468] 12 de febrero de 1831. *Carta 578, Lettres, t. II, p. 590.*

de pequeños inmuebles que no eran indispensables para las obras. Finalmente, recomendó más que nunca la más estricta economía en todo, salvo en materia de limosnas y de ayuda al prójimo[469].

Desgraciadamente no fue siempre escuchado, y varios directores se permitieron gastos considerables que nada justificaba en esos momentos. En ellos pensaba el fundador cuando decía[470]: «Si no estamos ahogados es por la misericordia de Dios, pero las enojosas consecuencias de las imprudencias y desobediencias serán incalculables». Esta triste situación se ve reflejada en la pluma de Louis Rothéa, que escribe al P. Chaminade[471]: «Veo con pena, querido Padre, que usted está como obligado a mendigar su pan entre sus queridos hijos. Eso no debería ser».

Pero no es de esto de lo que el P. Chaminade se habría permitido quejarse nunca. Sus miradas se dirigían siempre hacia esta Providencia que había sido tan buena con él en toda ocasión. De ella esperaba no sólo el pan de cada día para él y sus hijos, sino también el cese de la prueba y la extinción de las deudas. Escribe a David Monier[472]: «Usted me dirá: ¿dónde está el dinero para obrar así? Respondo que todo está primero en los tesoros de la Providencia, en la cual tengo confianza. El Señor tendrá piedad de nosotros. Yo puedo ser culpable, y creo serlo, de no haber obrado con más energía, pero me someto a todos los rigores de su justicia. A pesar de todas mis miserias, tiene para mí la misericordia de inspirarme el deseo de serle siempre fiel».

Otra cruz pesaba sobre las espaldas del fundador, y tanto más pesadamente cuanto que se trataba de los intereses espirituales de su Compañía. Hacía alusión a ello en este pasaje de una de sus cartas al P. Lalanne[473]: «La revolución es la criba del Señor, y, efectivamente, algunos de nuestros sujetos han volado al mundo como paja, y todavía todo no es puro».

Se anunciaban defecciones en diversos puntos. No hubiesen extrañado al P. Chaminade si se tratase de almas vulgares, atraídas a la vida religiosa por no sé qué espejismo de una existencia apacible y fácil, que se apresuran en huir a la primera alerta que amenaza su muelle quietud. Pero algunas de estas almas vacilantes eran rectas y sinceras. Sus intenciones al principio habían sido muy puras, y sin embargo se doblegaban: cansadas del presente, inquietas por el futuro, chocaban con el peligroso escollo del desaliento. A medida que se fueron alejando del punto de partida, sintieron debilitarse en ellas los impulsos de la primera generosidad. Se alejaron del encanto de ideal que les entusiasmaba en otro tiempo, y se encontraban hoy enfrentados a la áspera realidad, preguntándose si el día siguiente sería todavía más duro que el presente. En sus sueños de juventud, habían olvidado que la Providencia no exige más que la «la simple colaboración y no el éxito». No decían con su padre[474]: «Toda gloria a Dios, toda pena y confusión a nosotros, miserables colaboradores», o bien[475]: «Debemos sentirnos compensados por el honor que Dios nos hace empleándonos y por los medios que nos da de testimoniarle nuestro amor y nuestra fidelidad».

Las cargas enormes que pesaban sobre la Compañía eran para estos religiosos una primera causa de desánimo, y cuando llegó la revolución de julio, con vagas amenazas de disolución, su fe en Aquel por el que habían abandonado todo se mostró preocupada y vacilante.

La modestia de las obras de la Compañía, su desarrollo demasiado lento y demasiado oscuro a su juicio, era para ellos otro escollo, Los felices auspicios con los que se anunció su apostolado habían inflado sus esperanzas y habían abierto a sus ojos horizontes inmensos. Nada de lo que ellos habían soñado se había realizado todavía. En lugar de conquistas brillantes, principios humildes y débiles, obras sin brillo; y en estas obras, lagunas muy reales. Las casas de formación, tan bien organizadas durante los primeros años, habían sufrido pronto la falta de un personal directivo suficiente; a veces no habían salido, según expresión de Louis Rothéa[476], más que «quimeras de religiosos. A menudo esas casas de formación habían desanimado a almas

---

[469] En Saint-Remy, por ejemplo, animaba a Clouzet a dar trabajo a los obreros pobres de los alrededores que la carestía reducía a una situación desesperada. (14 de enero de 1831. *Carta 572, Lettres, t. II, p. 582*)

[470] A Clouzet, 4 de enero de 1830. *Carta 496, Lettres, t. II, p. 406.*

[471] 12 de mayo de 1831. *Es el 12 de marzo de 1831. AGMAR 27.1.622.*

[472] 7 de enero de 1833. *Carta 658, Lettres, t. III, p. 217.*

[473] 5 de julio de 1831. *Carta 594, Lettres, t. III, p. 38.*

[474] El P. Chaminade a Clouzet, 20 de marzo de 1827. *Carta 431, Lettres, t. II, p. 270.*

[475] Al mismo, 3 de febrero de 1830. *Carta 501, Lettres, t. II, p. 415.*

[476] Al P. Chaminade, 24 de mayo de 1839. *AGMAR 28.1.468.*

llenas de buena voluntad, pero que, extrañadas de no encontrar todavía más que una Compañía en formación, iban a los jesuitas u otros, buscando instituciones más asentadas[477].

La misma administración de la Compañía les parecía defectuosa, y las apariencias eran favorables a sus quejas. En 1824, hijos sumisos hacían notar respetuosamente al fundador[478]: «Todo reposa sobre la cabeza de un solo hombre, y este hombre, por muy capaz que sea, se ve abrumado con mil asuntos, que van en aumento, agotado por los trabajos, frenado por los años. Es verdad que este hombre ha sido escogido por Dios para fundar el Instituto, pero también Moisés había sido escogido, y Dios le hizo ver que necesitaba ayudas y consejos». A eso el P. Chaminade respondía con su dulzura habitual[479]: «Háganme, queridos hijos, todas las observaciones que crean útiles, denme sin miedo su parecer y su consejo. Por sus votos son ustedes los hijos mayores del Instituto. La obediencia no les pide más que no seguir con su idea cuando ya se ha tomado una determinación».

En el caso presente, era difícil para el P. Chaminade obrar de distinta manera y encontrar ayudas entre sus discípulos. ¿En quién hacer descansar el gobierno de una Compañía recién formada? ¿En jóvenes como Auguste Perrière y Lalanne? ¿En David Monier, cuya imaginación había creado en Saint-Remy problemas que habían estado a punto de llevar a la Compañía a la ruina? Durante sus ausencias prolongadas en el Norte, se dio cuenta con claridad que si había gobernado solo, era por una imperiosa necesidad: Efectivamente, en estos momentos el consejo gobernaba en su lugar, y de todas partes no recibía más que quejas y muestras de descontento[480].

Y sin embargo, el fundador era impotente para llegar a toda su tarea. Su lentitud natural, sus dudas ante decisiones de gran importancia, la dificultad de hacer frente con personal insuficiente a obras que iban creciendo, aumentaban todavía sus dificultades y le obligaban a cubrir muy imperfectamente las necesidades, poniéndose por lo demás en manos de la Providencia. Entonces, si se consideraban las cosas sólo desde un punto de vista humano, se estaba tentado de repetir la ocurrencia de David Monier[481]: «El P. Chaminade ha hecho su Compañía como Dios el mundo; ha dicho a éste: Sé cocinero, y ha sido cocinero; a aquél: Sé profesor, y ha sido profesor. Sólo que la palabra del fundador no era siempre tan eficaz como la del Creador». El P. Chaminade respondía[482]: «¿Está viciado el gobierno del Instituto? Respondo que no está viciado en sus principios. Estoy obligado a comprobarlo en su acción: estoy tan convencido de mi torpeza que no me extrañaré nunca de que se censuren mis actos». Aunque hubiese sido el hombre más hábil del mundo y hubiese dispuesto de todos los medios de acción necesarios, se habría doblegado bajo el peso de los asuntos que tenía que llevar. Se veía en la imposibilidad de tener al día sus registros, incluso con la ayuda de sus secretarios, y de guardar «ese verdadero orden de administración» que no dejaba de recomendar a sus hijos[483].

La última y principal queja de los descontentos eran las Contituciones o lo que ellos llamaban las nuevas Constituciones. Se recordará que al principio el P. Chaminade no dio a la Compañía Constituciones especiales. Algunas páginas redactadas en 1818 por David Monier y aprobadas solamente en parte por monseñor d'Aviau y por el fundador mismo, no podían ser consideradas como tales. El P. Chaminade pensaba sabiamente que los principios constitutivos contenidos en las reglas de las Hijas de María bastarían a la nueva Compañía hasta que le fuese trazado claramente su camino por la Providencia.

Poco a poco ese camino se desprendió de sus sombras y se dibujó bastante claramente a los ojos del fundador como para que, en 1824, pudiese creer que había llegado el momento de ocuparse de la redacción de las Constituciones[484]. Tras la aprobación de los estatutos civiles, el trabajo era urgente: no fue diferido más que por la urgencia mayor de sus visitas al Norte. Durante el viaje de 1827, a su paso por París, el nuncio, monseñor Lambruschini, le urgió vivamente a someter a la santa Sede las Constituciones de los dos institutos religiosos asegurándole una acogida muy favorable[485], y se puso a la obra, y al final de su trabajo, durante el

---

[477] Ese fue el caso de Goudelin, de un sacerdote de Périgueux, y de otros.

[478] Carta de Auguste Perrière y del P. Lalanne al P. Chaminade, 1 de agosto de 1824. *AGMAR 26.5.426.*

[479] 3 de agosto de 1824. *Error en la fecha: entresacado de la carta 306, de 12 de agosto de 1824, Lettres, t. I, p. 607.*

[480] Una prueba de ello se encuentra sobre todo en una carta del P. Chaminade a Clouzet (7 de marzo de 1827. *Carta 430, Lettres, t. II, pp. 264-267*), demasiado larga para reproducirla aquí.

[481] Lalanne, *Not. historique,* p. 19. *La Gerbe-3, p. 26.*

[482] A Clouzet, 7 de marzo de 1827. *Carta 430, Lettres, t. II, p. 266.*

[483] Carta a la Madre de Trenquelléon, 3 de agosto de 1823. *Carta 244, Lettres, t. I, p. 440.*

[484] Al P. Caillet, 29 de junio de 1824. *Carta 301, Lettres, t. I, pp. 592-597.*

[485] Estos mismos augurios de buena acogida y estos ofrecimientos formales del nuncio, monseñor Lambruschini, le fueron reiterados por escrito, como el P. Chaminade dijo al P. Lalanne en una carta del 24

verano de 1829, se instaló junto a Lalanne en Gray. De aquí escribía a la Madre San Vicente[486]: «Estoy como en retiro en Gray, donde no me ocupo casi más que de las Constituciones y de los reglamentos, tanto de las Hijas de María como de la Compañía de María. Habrá aumento, un poco de cambio y espero que mucho perfeccionamiento».

Efectivamente, el trabajo presentaba un conjunto bien coordinado, reflexionando sobre el estado actual de la Compañía y de sus obras, pero manteniendo los principios fundamentales sobre los que la Compañía había sido establecida. Sin duda, estas Constituciones diferían del esbozo de 1818. Los estatutos eran una primera causa de ello, puesto que ellos habían impuesto una forma de sociedad civil que no había sido prevista ni querida. Una segunda causa era el desarrollo natural de la Compañía: había sido preciso crear un gobierno que no se planteaba en 1818. Este gobierno era como el de las Hijas de María y no presentaba ninguna innovación propiamente dicha. Se especificaban las obras y, como al principio, no se excluía ninguna de las que entraban en el campo del celo apostólico, pero se insistía en las que habían sido admitidas hasta ese día. Finalmente se regulaban muchos detalles de la vida común, imprecisos hasta entonces.

El P. Chaminade, en su calidad de fundador, hubiese sido dueño de promulgar e imponer pura y simplemente las Constituciones que acababa de terminar. Pero, inspirado por su moderación y prudencia acostumbradas, prefirió someter su trabajo al examen de los principales miembros de la Compañía. Para los espíritus agriados, de los que ya hemos hablado, esto fue un pretexto para amargas recriminaciones. Según ellos, se debían haber mantenido rigurosamente lo que ellos llamaban las Constituciones primitivas y se debía conservar esa organización embrionaria, que, sin embargo, no podía ser para el Instituto más que una causa de debilidad y discordia. A su juicio, no se debería avanzar más por la vía de la enseñanza primaria, no prevista al principio. Ponían en discusión todos los detalles de los reglamentos, hasta los más insignificantes, como la sustitución de la corbata blanca por la corbata negra para los laicos, mostrando así lo atinada que era una observación que hacía el P. Chaminade[487]: «Todo lo que es exterior es en general lo más difícil de fijar, y es también lo que más afecta».

En lugar de alegrarse de ver a la Compañía constituirse y afirmarse, estos espíritus tristes parecían apenados por ello, como si tuviesen miedo de que la sacudida entrevista en su imaginación se retrasase. En realidad dudaban de la obra. Según ellos no era viable, y todo lo que tendía a consolidarla era mal acogido por ellos porque parecía contradecir su prejuicio.

Así pues, rechazaron en bloque la nueva redacción de las Constituciones, y uno de ellos llegó a permitirse interrumpir y contradecir un día al fundador en una conferencia que daba, en Saint-Laurent, a los novicios y a los religiosos de distintas comunidades de Burdeos. El P. Chaminade conservó su calma habitual y no dejó sospechar con una sola palabra ni con un solo gesto que le afectase tan inconcebible olvido del respeto que le era debido.

Consciente de la repercusión de este asunto, temiendo la agitación y el malestar que podía resultar para las comunidades, el P. Chaminade decidió dejar para tiempos mejores la promulgación de las Constituciones. Prohibió incluso hablar más de ello[488]. Según decía él[489], «las Constituciones nos servirán nunca más que a los que tengan el espíritu verdaderamente religioso o tengan al menos la buena voluntad de imbuirse de él. Los que no buscan imbuirse cada vez más del espíritu de pobreza, de castidad, de obediencia, de celo por la salvación de las almas, y de devoción a la santísima Virgen, encontrarán siempre motivos para razonar sobre los artículos de la organización y del gobierno, primero porque siempre entra lo arbitrario en la aplicación de los principìos y luego porque el amor propio puede verse herido».

El fundador estaba afligido. Temblaba, no por su obra que estaba bajo la custodia de Aquella que se la había inspirado, sino por el alma de sus hijos, llamados al honor de los combates, y cansados antes de la hora de la victoria. Su tristeza era todavía más profunda por el hecho de que sus dos principales contradictores eran obreros de primera hora, dos de sus asistentes, hijos particularmente queridos, Auguste Perrière y Jean-Baptiste Collineau.

---

de diciembre de 1835. *Carta 811, Lettres, t. III, p. 549.*

[486] 13 de junio de 1829. *Carta 474, Lettres, t. II, p. 353.*

[487] Al P. Lalanne, 22 de noviembre de 1830. *Carta 563, Lettres, t. II, p. 546.*

[488] A finales del año 1831.

[489] A Clouzet, 6 de noviembre de 1830. *Entresacado de la carta 557, Lettres, t. II, pp. 535-536.*

Los dos, cosa extraña y digna de ser señalada, conservaban por la persona del P. Chaminade todo el afecto y la veneración de antes, pero no tenían confianza en la estabilidad de su obra. Oscilaban entre el deseo de separar de ella su destino personal y el temor de romper unos compromisos sagrados, contraídos con tanta sinceridad.

Auguste Perrière estaba más abatido que decidido a una ruptura. Sus quejas sobre el abandono del plan primitivo, sobre la adopción de las escuelas primarias en detrimento de las escuelas medias de las que él era el defensor[490], eran sobre todo el resultado de los problemas financieros de su casa de la calle Mirail y también de una costumbre inveterada de independencia en el colegio Sainte-Marie. En 1829 había rehusado abandonar este puesto para tomar, en Saint-Remy, la dirección de la escuela normal. El P. Collineau rechazaba toda enseñanza, cualquiera que fuese: él se creía llamado sobre todo a la predicación y se consideraba obstaculizado en su camino. Ya sus funciones de director del colegio de Villeneuve habían sufrido de su ministerio fuera, y se había hecho relevar de su cargo por el P. Chaminade en 1827. Desde su vuelta a Burdeos, se acomodaba mal a las sujeciones de la vida religiosa, y el P. Chaminade decía de él al comienzo del año 1830[491]: «El P. Collineau vive en la casa desde hace dos o tres meses; hace un poco de bien pero sin estar fijo en nada. Predica mucho. Desde su vuelta de Villeneuve, siempre ha querido ser más libre. No está en la Compañía más que como amigo, y no renueva sus votos en el retiro».

Con los dos, el P. Chaminade usaba una gran dulzura y atenciones infinitas, esperando llevarles a sus disposiciones primitivas. Decía de Auguste Perrière[492]: «Su corazón está todavía con nosotros, y podremos todavía traerlo hacia Dios». Pero mientras los veía indecisos, su ansiedad persistía, y recibía con agradecimiento las manifestaciones de fidelidad de los demás hijos. Escribía al P. Lalanne[493]: «Estoy edificado, querido hijo, de su afecto, y una gota de consuelo ha entrado en el fondo de mi alma». Esta incertidumbre sobre las disposiciones de sus hijos insumisos duraba todavía en el momento en que el fundador salió para Agen. Estaba sólo al principio de sus aflicciones.

Capítulo 33: Agravamiento de las pruebas (1831-1833)

En Agen, el P. Chaminade se instaló en medio de sus hijos, en el antiguo convento del Refugio, donde había fundado en otro tiempo las Hijas de María. Allí, en el extremo del edificio, ocupaba una pequeña habitación, junto a la cual se había convertido el fondo del pasillo en una capilla minúscula. Tenía gran necesidad de verse reconfortado con la presencia permanente de su Dios para soportar las pruebas que iban a caer sobre él durante los dos años siguientes. Presentía la amargura al abandonar Burdeos y pedía, en toda ocasión, las oraciones de las personas que le eran queridas: «Ruegue por mí, querido hijo[494], que el Señor se digne concederme las luces y el valor que necesito para cumplir bien mi tarea en estos tiempos difíciles, y que, después de haber predicado a los demás, no sea yo reprobado». Había llegado el momento para él en que, siguiendo las palabras de la *Imitación de Cristo,* las cruces se hacen más pesadas a medida que se penetra más en la vida espiritual[495].Va a sumergirse en el crisol del sufrimiento. En expresión de san Pablo, será dado en espectáculo a los ángeles y a los hombres y su alma se manifestará en toda su generosidad como oro probado por la violencia del fuego.

De los tres motivos de inquietud que acompañaban al fundador en Agen: la revolución, la mala situación financiera de su fundación y el malestar de algunos espíritus, éste era el más grave y, como una enfermedad epidémica, amenazaba con propagarse. Síntomas enojosos se manifestaban ya en Saint-Remy.

El P. Lalanne era tan mal administrador de lo temporal como buen educador. No le asustaba ningún gasto si servía para su sistema. Dominique Clouzet, que era su ecónomo, no le secundaba más que en proporción a sus recursos, parapetándose en las instrucciones dadas en términos tan formales por el fundador al día siguiente de la revolución. De ahí un conflicto cuyos golpes tenían que alcanzar también al P. Chaminade. El descontento del P. Lalanne se tradujo, a partir de diciembre de 1830, en cartas agridulces dirigidas a su superior. Pero, como el verdadero terreno del combate le parecía desfavorable, pasó a aquel en

---

[490] Entendía por escuelas medias lo que, en nuestros días, se ha llamado enseñanza secundaria especial, luego enseñanza moderna.

[491] Al P. Lalanne, 12 de abril de 1830. *Carta 518, Lettres, t. II, pp. 467-468.*

[492] Al P. Lalanne, 3 de marzo de 1830. *Carta 505, Lettres, t. II, p. 436.*

[493] *Ibídem.*

[494] Al P. Lalanne, 22 de noviembre de 1830. *Carta 563, Lettres, t. II, p. 552.*

[495] *Imitación de Cristo*, I.II, capítulo XII,7.

el que ya luchaban Auguste Perrière y Collineau: se puso a despotricar con ellos contra las nuevas Constituciones.

Pero ¿qué podía tener para criticar él, que había colaborado en Gray en su redacción y que incluso les había dado su última forma? De naturaleza ardiente e impaciente, se quejó de la centralización de los poderes, de las restricciones sufridas por la autoridad de los directores particulares. Estos, según él, debían gozar de una independencia casi total, al menos en materia de finanzas.

En otras circunstancias, este alegato *pro domo* hubiese hecho sonreír al P. Chaminade. Pero ¿qué sucedería si el P. Lalanne se juntaba contra él con sus dos asistentes? Se comprende la tristeza reflejada en estas líneas dirigidas al propio P. Lalanne[496]: «Mi corazón está consternado, querido hijo, por todas estas circunstancias. No son los asuntos de la Revolución los que más pena me causan. Sin embargo, puedo decirle que no hay en mi corazón ni hiel ni amargura, y que le deseo con toda sinceridad un feliz año y la abundancia de las bendiciones del cielo». «Pido a Dios de todo corazón que le ilumine a usted y que no permita que use mal los talentos que le ha dado, a ejemplo del P. La Mennais»[497].

Una débil esperanza le fue sugerida durante las primeras semanas de su estancia en Agen por algo que decía el P. Lalanne[498]: «Tengo el espíritu fatigado y el corazón triste»: él veía en eso, con razón, el pesar de un alma que, en el fondo, le estaba sinceramente unida. Desgraciadamente las causas de irritación seguían subsistiendo y llevaban incesantemente las veleidades de insumisión y murmuración.

El P. Chaminade amaba al P. Lalanne como un hijo de predilección y no era insensible a su conducta. Trató primero de que entrase en razón, pero no siguió mucho tiempo discutiendo con él. Sabía que en Lalanne la cabeza seguía fácilmente al corazón, y se esforzó en llevarle por la dulzura a una apreciación más sana de las cosas. Le decía[499]: «Le compadezco con toda mi alma, querido hijo, viéndole tan descontento y despechado. Pero hace usted bien en decirme que sufre. Hay un pequeño alivio en desfogar las amarguras que embargan al corazón, y no conozco a nadie a quien usted pueda hacerlo prudentemente más que a mí. ¡Cómo me gustaría darle la paz del alma! ¡Cómo me gustaría al menos poder suavizar sus penas! Pero sólo Dios tiene ese poder; yo ya no soy para usted ni tan siquiera instrumento de sus consuelos, puesto que son mis procedimientos mismos los que le irritan». Le ponía en guardia contra las engañosas exigencias de la imaginación diciendo[500]: «Usted se figura que las cosas no van bien en su antiguo plan, porque ha concebido otro. Y ordinariamente estimamos y amamos nuestras concepciones como un hijo único, y no puede haber nada mejor, nada más razonable, nada más sabio y ordenado que este hijo único de nuestras concepciones; entonces vemos numerosos abusos, entonces todo resulta intolerable».

Sobre todo llamaba a su conciencia y le hablaba el lenguaje de la fe[501]: «Si usted está realmente decidido a trabajar en su santificación y, para conseguirla, hacer todos los sacrificios que Dios le pida, nada en el mundo me costaría para ayudarle a ser todo de Jesucristo y a vivir su espíritu el resto de sus días. Todo el tiempo que viva en usted y de usted tendrá que temer lo que decía un profeta a los judíos a la vuelta de la cautividad de Babilonia: "Habéis echado abundantes semillas, y vuestras cosechas están arruinadas"».

Su paciencia no se desanimaba con ningún fracaso, y no dejaba de recomendar a Clouzet una gran caridad, siempre manteniendo los principios que no se podían sacrificar sin caer en la locura o en la prevaricación: «Debemos creer que el P. Lalanne busca sólo el bien. Esperemos que sus pretensiones no sean más que ilusiones pasajeras. Sólo que es fastidioso que estas nubes se levanten en un tiempo en que deberíamos mantenernos tranquilos y unidos. Pero Dios lo permite. Ese pensamiento debe hacernos adorar humildemente las disposiciones de su providencia, aunque contraríen nuestra naturaleza y nuestras ideas»[502]. Y un poco más tarde, repetía esa misma idea en respuesta a noticias menos malas[503]: «Me satisface, querido hijo, que tenga explicaciones amistosas con el P. Lalanne: él tiene rectitud, y usted también la tiene; él quiere sinceramente el bien y usted también: ¡cómo no iban a entenderse! En cuanto a mí, espero que el corazón de uno y otro me hará esa justicia de no querer más lo que está bien, lo que corresponde al orden y lo que es más conveniente. Por lo demás, es un deber imperioso para mí, y el afecto que tengo por uno y por otro no debe hacerme doblegar. Experimento una gran pena cuando tengo que contradecir a alguno de mis hijos, sobre todo de los mayores».

Su pena no hizo más que aumentar de día en día. La imaginación del P. Lalanne, ante las dificultades crecientes, se exaltaba hasta el punto de inspirarle dudas respecto a la autoridad del P. Chaminade sobre él. Fundaba esas dudas en el singular pretexto de que la Compañía no estaba explícitamente aprobada, como

---

[496] 1 de enero de 1831. *Entresacado de la carta 571, Lettres, t. II, p. 580.*

[497] 9 de febrero de 1831. *Carta 577, Lettres, t. II, pp.588-589.*

[498] 30 de abril de 1831. *No hay ninguna carta de Lalanne a Chaminade con esa fecha. Ha sido imposible encontrar esa cita.*

[499] 7 de agosto de 1831. *Carta 599, Lettres, t. III, pp. 51-51.*

[500] 4 de octubre de 1831. *Carta 605, Lettres, t. III, p. 79.*

[501] 22 de septiembre de 1831. *Entresacado de la carta 600, Lettres, t. III, pp. 67-68.*

[502] A Clouzet, 19 de julio de 1831. *Carta 597, Lettres, t. III, p. 45.*

[503] A Clouzet, 5 de diciembre de 1831. *Entresacado de la carta 611, Lettres, t. III, pp. 98-99.*

asociación religiosa, más que por monseñor d'Aviau y, por tanto, sólo en la diócesis de Burdeos. A lo que el P. Chaminade se contentaba con responder[504]: «Usted parece dudar de mi autoridad paternal; pero entonces, querido hijo, ¿cuál es la suya en Saint-Remy, porque no he podido darle lo que no tenía?».

Siguiendo su extraño razonamiento, el P. Lalanne, embebido en sus ideas, y viendo al P. Chaminade como un obstáculo insuperable en su camino, formaba un proyecto de una temeridad extrema. Mientras Auguste y Collineau se inclinaban simplemente por retirarse de una Compañía que ya no les convenía, el P. Lalanne pretendía ser fiel a la Compañía, pero rehaciéndola a su modo, es decir apartando, sintiéndolo mucho, el obstáculo que no había podido superar. Dejó traslucir esta amenaza en una de sus cartas. Pero no quebrantó ni la longanimidad ni la firmeza del P. Chaminade. Decía al P. Lalanne[505]: «Sobre la terrible amenaza con que termina su carta no haré más reflexión que decirle que espero de la gracia de Dios que todas las amenazas posibles no me hagan nunca me hagan desviarme de lo que considero mi deber». El Lalanne no siguió un proyecto que no encontraba eco alrededor de él, pero continuaba con su hostilidad frente al Superior, que decía de él[506]: «El P. Lalanne está muy irritado; no discuto con él porque sería inútil, ya he discutido demasiado el último año».

Eran los primeros meses del año 1832. El P. Chaminade se levantaba de una de esas enfermedades que a menudo le probaban durante el invierno. Mientras en Saint-Remy el horizonte se ensombrecía cada día más, se formaban tormentas en todas partes y se acumulaban en la cabeza del fundador.

En Agen, en la casa que él habitaba, tenía ante sus ojos el espectáculo de una infidelidad lamentable. También ahí fermentaban algunas cabezas. Los maestros de escuela especial[507], inflados con sus éxitos y su pequeño saber, mostraban un aire de suficiencia que era de mal augurio: eran rebuscados en su porte, despreciaban a sus cohermanos de las clases gratuitas, descuidaban sus ejercicios de piedad, y, sordos a los avisos de sus padre, se ausentaban incluso de sus conferencias con los más fútiles pretextos. No teniendo sujetos disponibles para reemplazar a estos indignos, el fundador se limitó a tener paciencia y gemir en silencio.

En esta misma época, supo que en Burdeos todo estaba consumado: Auguste Perrière y Jean-Baptiste Collineau rompían los lazos que les unían a la Compañía, y Auguste, que estaba todavía al frente del colegio Sainte-Marie de la calle Mirail, pedía con insistencia ser relevado de sus funciones y liberado de las deudas que pesaban sobre él. Las circunstancias de esta defección no eran menos dolorosas que la defección misma: el arzobispo de Burdeos no opuso ningún obstáculo, no hizo ninguna objeción y se prestó de buen grado a anular los votos de los dos religiosos. Les asistió con sus consejos y, como para afirmar su benevolencia para con ellos, nombró al P. Collineau canónigo honorario, colocándole así en el mismo rango que su Superior; le hizo incluso subir al púlpito de la catedral al día siguiente de su salida de la Compañía.

Las intenciones del arzobispo eran rectas, ¿y quién podría dudarlo tratándose de monseñor de Cheverus[508]? Llegó de Montauban a Burdeos con fama de santo y seguía justificándola. Con razón o sin ella, se le atribuía menos simpatía por los religiosos que por el clero secular[509]. Ciertamente mostró muy poco aprecio de la Compañía de María. Es verdad que apenas la conocía, y eso en un momento desfavorable. El P. Chaminade, casi siempre ausente de Burdeos desde la muerte de monseñor d'Aviau, era para él un extraño. Al no oír más que las quejas de Auguste Perrière y el P. Collineau, podía creer que la Compañía era una obra abortada, y que el interés general autorizaba, exigía quizás su disolución, aunque sin resplandor ni escándalo. Sus consejeros más escuchados, y entre ellos el superior del Seminario mayor, el P. Hamon, compartían esta opinión[510]. Los actos del prelado respondían a la convicción que se había formado: de ahí su facilidad para desligar a Auguste y Collineau de sus compromisos. De ahí también su respuesta al P. Chaminade cuando, en la primavera de 1832, es decir en el momento en que se consumaba la separación de los dos asistentes, el fundador le presentó un joven religioso, Jean-Baptiste Fontaine, rogándole que le confiriese las sagradas órdenes. Monseñor de Cheverus objetó que la Compañía a la que el joven clérigo pertenecía era muy inestable, y manifestó grandes dudas[511].

---

[504] 26 de marzo de 1832. *Carta 617, Lettres, t. III, p. 123.*

[505] *Ibídem*

[506] Al P. Chevaux, 26 de marzo de 1832. *Error en el destinatario: es a M. Clouzet. Carta 618, Lettres, t. III, p. 126.*

[507] La escuela especial tenía alrededor de 100 alumnos, y se daba la enseñanza primaria superior. Las clases gratuitas tenían 400 alumnos.

[508] Jean-Louis-Anne-Madeleine Lefebvre de Cheverus (1768-1836), nació en Mayenne, fue obispo de Boston en Estados Unidos, después de Montauban (1823) y arzobispo de Burdeos (1826). Fue promovido al cardenalato en el año de su muerte, 1836. Su *Vida* fue escrita por Hamon (París, 1867).

[509] Se alegaba sobre todo su actitud frente a las ordenanzas de junio de 1828, actitud que apenaba a monseñor Jacoupy (carta del 12 de junio de 1828, en los archivos del arzobispado de Agen). Hamon explica esta actitud en su *Vida* del cardenal, p. 249.

[510] Esto se deduce de una conversación de monseñor Donnet con el P. Caillet, que es relatada por el P. Caillet en su carta del 13 de julio de 1838 al P. Chaminade. *AGMAR 27.5.254.*

[511] El joven en cuestión era de la diócesis de Beauvais. Llegó a ser uno de los miembros más distinguidos

Abandonado por el arzobispo de Burdeos, el P. Chaminade ¿podía al menos contar con la benevolencia del obispado de Agen? Dios permitió que también este apoyo le fallase y que precisamente encontrase por este lado las contradicciones más sensibles.

Desde su llegada a esta ciudad, el P. Chaminade observaba idas insólitas al convento de las Hijas de María. Mientras que la Madre de Trenquelléon se había mostrado ávida de los consejos del fundador, la nueva Superiora se sentía celosa de tanta ingerencia por su parte. Empezó por exigir una liquidación de cuentas y una separación total de las finanzas del Instituto y de la Compañía. Su petición era legítima, y esta separación no podía ser evitada porque la situación financiera de los conventos de mujeres estaba bajo el control de los obispos. El P. Chaminade consintió sin hacer ninguna observación. Así pues, las cuentas fueron hechas y liquidadas el 3 de octubre de 1831[a].

No era más que una escaramuza antes de la batalla, los preliminares de una separación más completa. En realidad, los golpes no partían del convento. Era un vicario, el P. Chambret[512], quien, sin duda con loables intenciones, empujaba a las hermanas a sustraerse de la dirección del P. Chaminade para ponerse bajo la jurisdicción directa y única del obispo. Encontró un auxiliar en el confesor de las religiosas, el P. Serres[b], hecho un tanto extraño teniendo en cuenta que el P. Serres hubiera entrado en la Compañía pocos años antes si no fuese porque le retuvo el obispo en su diócesis. Mons. Jacoupy, anciano y cansado, en 1825 había presentado su dimisión al Soberano Pontífice, y, aunque continuaba gobernando su diócesis por obediencia, cada vez era más fiel a su costumbre de dejar actuar a sus vicarios generales y no intervenir más que en los casos graves y urgentes. Es probable que al principio ignorase todo lo que se tramaba en relación con el convento de las Hijas de María.

La tormenta estalló en febrero de 1832. Hubo un desacuerdo de detalle entre el P. Chaminade y la Superiora, y ésta, a espaldas del fundador, pidió consejo en el obispado. Extrañado, el P. Chaminade le hizo unas advertencias paternales que tuvieron como consecuencia una viva intervención del P. Chambret. Desde el origen del Instituto, el fundador tenía costumbre de entrar libremente en el convento y de dar sus conferencias en la sala de los ejercicios. Para él era lo más natural y nadie se lo había criticado nunca ni ninguna autoridad había hecho al P. Chaminade la menor observación a este respecto. De repente, el P. Chambret se mostró escandalizado, y, en nombre del obispo, le intimó la prohibición de entrar en lo sucesivo en el convento sin autorización escrita del Ordinario y sin ser acompañado por algún sacerdote. Era lanzar un primer ataque a la autoridad del fundador sobre el convento.

«Si el P. Chaminade no domina su amor propio, debe estar muy apenado», dijo monseñor Cheverus al conocer el golpe[513]. Dominó tanto su amor propio que, durante quince días, guardó un humilde silencio. Escribió entonces a monseñor Jacoupy, no para quejarse, sino para pedirle que designase un sacerdote con el que se pudiese explicar, antes de decidir lo que exigían de él sus deberes de fundador respecto a una obra que se iba a desnaturalizar.

Mientras él escribía estas líneas, se presentaba un árbitro en nombre de la Madre San Vicente. Este árbitro no era otro que el P. Collineau, escogido por la Superiora, porque siendo director del colegio de Villeneuve, había hecho muchos servicios a las Hijas de María y había sido encargado de su dirección durante los viajes del fundador en el Norte. ¡Singular arbitraje, se podría decir, el de un hijo separado entre otros hijos insumisos y su padre común! Pero el P. Chaminade acogió a Collineau con su bondad habitual, aceptó su mediación y le rogó que se informase de lo que el obispo exigía de él. La respuesta recibida puso en evidencia el fondo del debate. Se le pidió[514] «que expusiese por escrito su doctrina sobre la jurisdicción del Superior general de la Compañía de María» en relación con el Instituto de las Hijas de María. Mientras se esperaba su

---

de la Compañía, y fue nombrado Asistente del Superior general en 1845. En 1832, sus exámenes de ordenación fueron tan brillantes que el Superior del seminario declaró que era digno de formar parte del cuerpo de profesores.

[a] *Error en la fecha. El final del conflicto con las Hijas de María tuvo lugar el 31 de diciembre de 1832, según lo cuenta el mismo P. Chaminade en la carta 659, de 11 de enero de 1833 al P. Caillet. Cfr. Lettres, t. III, pp. 219-220. Véase más adelante la nota 32.*

[512] Etienne Chambret, nacido en Marmande en 1788, dirigió a los primeros misioneros diocesanos fundados para la diócesis de Agen, y, después de su dispersión en 1830, fue nombrado vicario general por Mons. Jacoupy. En 1836, el obispo se separó de él porque, según se dice, su administración no era del gusto de todo el mundo. Nombrado párroco de Penne, pronto fue llamado a Notre-Dame de Agen y murió el 13 de julio de 1856 (Notas del P. Durengues).

[b] *Ortografía incorrecta: es el P. Serre, citado muchas veces en las cartas de Adela de Batz de Trenquelléon.*

[513] Carta del P. Collineau a Trincaud, 8 de marzo de 1832.

[514] Carta del P. Collineau al P. Chaminade, 6 de marzo de 1832. *Día equivocado, es del 1 de marzo de 1832, AGMAR 27.1.626.* Al final de su carta, el P. Collineau decía: «Al terminar esta carta, siento la necesidad de decirle que no se ha albergado en el espíritu de nadie la menor sospecha sobre la pureza de intención que le anima a usted».

respuesta, se le autorizaba a entrar, como en el pasado, en la sala de administración y en la sala de conferencias.

El P. Collineau, que consiguió ese primer resultado, tuvo en este asunto una actitud muy correcta. Esa actitud le era dictada tanto por la lealtad de su carácter como por su afecto duradero por el P. Chaminade y su buen conocimiento de la obra. Dio al obispado una opinión personal formalmente opuesta a las pretensiones del P. Chambert y la resumió, inmediatamente después de irse de Agen, en una larga carta al colega de Chambert, el vicario general Trincaud[515]. He aquí los pasajes esenciales[516]: «Permítame volver a nuestro asunto. Todo lo que he podido decir, pensar y oír, desde que le dejé en Agen, sobre las cuestiones que nos ocupan, me ha confirmado en mi sentimiento: Que un obispo que quisiera sustituir con su acción inmediata a la administración y a la dirección general de la Compañía sobre una comunidad (de Hijas de María) establecida en su diócesis, cambia esencialmente el espíritu de la comunidad, anula los votos emitidos.- Usted me dirá que las Constituciones no hablan de Superior general.- Pero si el Instituto de las Hijas de María ha comenzado con un Superior general, si ha recibido siempre su dirección, si tiene todos sus reglamentos y Constituciones de aquel mismo cuyos derechos de Superior general quiere ahora poner en duda, porque por prudencia no los ha puesto (lo que hubiera sido fácil hacerlo): el Instituto tiene un Superior general y veo que la querella suscitada al P. Chaminade no tiene fundamento. Sin duda, el Superior general recibe su jurisdicción especial para cada comunidad del Ordinario del lugar; sin duda, el Ordinario debe velar para que no se introduzcan, por la falta que sea, abusos contrarios a las santas reglas de la Iglesia. Pero rechazar para siempre y sin remisión la acción de todo Superior general para hacer que la comunidad pase a estar bajo la dirección especial del Ordinario, creo que es tocar lo esencial de un Instituto religioso y, por tanto, anular los antiguos votos para hacer un Instituto religioso nuevo. Y eso es evidentemente lo que se quería, mi querido P. Trincaud. Así lo ha reconocido formalmente el P. Serres, y me parece que es por él que ideas semejantes, pero mal entendidas, han entrado en la cabeza de estas buenas mujeres».

Ellas fueron tan adelante, que provocaron un nuevo estallido cuando parecía que todo estaba a punto de calmarse. En una conferencia que dio el P. Chaminade el domingo siguiente sobre la obediencia, no gustaron algunas alusiones a la autoridad del Superior general. Enseguida se vio denunciado en el obispado por «la turbación que creaba en los corazones». Al día siguiente, 13 de marzo, cuando se encontraba en la sala de la administración, para arreglar la salida de una religiosa, le entregaron una carta del obispado que contenía una nueva prohibición de entrar en el convento. Se retiró sin decir palabra.

La humillación llegaba a su cima. Abandonado de sus hijos e hijas, combatido por la autoridad eclesiástica, ¿iba a sufrir, como otros fundadores, un último ultraje, el de verse excluido de su propia fundación? Desprovisto de todo apoyo y consuelo, abrumado por el peso de las pruebas, no se debilitó y conservó su alma en la paz y la serenidad. En vano buscaríamos en su correspondencia el eco de una queja o la huella de un desfallecimiento. En sus relaciones con todos los que no eran actores del drama, no dejó ni tan siquiera sospechar las amarguras que había bebido. Los Hermanos que vivían alrededor de él ignoraban todo. No percibieron ni en su rostro ni en sus palabras ningún signo de la angustia que llenaba su alma[517]. Por muy afligido que estuviese, su confianza en Dios seguía siendo inquebrantable. Cuanto más le humillaban los hombres, más se humillaba a sí mismo, ofreciéndose como víctima de expiación por sus propias faltas y por las de sus hijos: ensangrentaba sus espaldas envejecidas con golpes de disciplina, hasta salpicar de sangre las cortinas de su alcoba[518]. A los que le compadecían, él respondía con sencillez[519]: «Dios lo permite, nosotros debemos callar», o bien[520]: «Como yo no quiero más que lo que Dios quiere, mi sumisión a las disposiciones de su providencia me deja una gran paz». Además, ¿podía considerar fortuita la coincidencia de tantas pruebas en el mismo momento? ¿No podía esperar de Aquel que las acumulaba en su cabeza el alivio y la liberación a la hora marcada por su sabiduría?

No tuvo que arrepentirse de este abandono filial en las manos del Padre celeste. Poco a poco vio serenarse un cielo cuya oscuridad le envolvía por todas partes y dispersarse una detrás de otra las nubes amontonadas sobre su cabeza. La última tormenta fue la primera en disiparse. Monseñor Jacoupy, que hasta

---

[515] Gabriel Trincaud de la Tour, nacido en Lauzun (Lot-et-Garonne) el 12 de noviembre de 1790, comenzó sus estudios clericales en el seminario de Burdeos, y los siguió en su diócesis natal. Ordenado sacerdote en 1814, fue siempre empleado en la administración de la diócesis, primero como secretario y después como vicario general a partir de 1820. Murió el 17 de abril de 1853, estimado tanto por su capacidad como por su bondad y su humildad. Fue siempre el amigo sincero del P. Chaminade y sus obras.

[516] 8 de marzo de 1832. La carta está fechada en la Rochelle, a donde el P. Collineau había ido a predicar. El original se encuentra en los archivos del obispado de Agen. *Se puede ver un extracto de esta carta en Lettres, t. III, pp. 111-112, nota 3.*

[517] Testimonio de Justin Dumontet, que estaba entonces al servicio personal del P. Chaminade.

[518] Testimonio del mismo religioso, Justin Dumontet: afirma también que las camisetas de franela del venerado fundador estaban cubiertas de grandes manchas de sangre. *AGMAR 17.4.300, p. 14.*

[519] Al P. Chevaux, 29 de marzo de 1832. *Carta 619, Lettres, t. III, p. 128.*

[520] Al P. Lalanne, 29 de mayo de 1832. *Día equivocado: es la carta 625, de 21 de mayo de 1832, Lettres, t. III, p. 151.*

entonces se había abandonado en el P. Chambret para todo este asunto, se dio cuenta de que su vicario general le había comprometido en una falsa vía. Iluminado por el P. Trincaud, tomó en sus manos el asunto y, como para darse a sí mismo un argumento a favor del P. Chaminade, pidió a este último que respondiese a ocho cuestiones que, en suma, le preguntaban sobre el puesto que él asignaba a la autoridad del obispo en el gobierno de su Instituto.

No fue problema para el P. Chaminade. Adivinó la intención benévola de monseñor Jacoupy, fiel a su antigua amistad, y le escribió, haciendo alusión a los hechos que habían motivado su segunda prohibición[521]: «Monseñor, he explicado al P. Trincaud los dos temas que han afligido a su buen corazón, y siento mucho que sea por mi causa. El P. Trincaud habrá expuesto a Su Ilustrísima que el domingo último yo me encontraba en el deber de lanzar alguna alarma a la comunidad. No he tratado ningún punto de discusión. Esto ha sido tan positivo que algunas han interpretado la ruptura de los lazos que les unían como los efectos que podía tener la revolución». Juntó a esta carta su respuesta a las ocho cuestiones: el espíritu que le inspiró se encierra en las dos frases siguientes, respondiendo a las cuestiones dos y ocho. A propósito de la segunda cuestión, decía: «No, yo no tengo ningún título eclesiástico del que pueda emanar mi jurisdicción sobre el Instituto: no podría ser propia e independiente de la del obispo que es su causa y su fuente». Y en la respuesta a la octava cuestión repetía: «¡Oh, no! No pienso que las religiosas puedan sustraerse de la autoridad de los obispos, sin poner en peligro su salvación, ni que, si ellas lo hiciesen, yo tendría entonces derechos personales para dirigirlas, confesarlas, etc.».

El prelado agradeció al P. Chaminade sus respuestas y se declaró plenamente satisfecho, pero, para convencer mejor al P. Chambret, pidió al fundador que añadiese algunas aclaraciones, que obtuvo inmediatamente. No destacaremos más que un solo pasaje, en el que fácilmente se puede reconocer el espíritu de su autor: «Yo creo que si mis poderes no tuviesen en su origen esta fuente divina (la autoridad episcopal), la obediencia de las Hijas de María ya no tendría la *fe*[522] como fundamento, y los motivos de su obediencia no tendrían nada de religioso. Yo condeno cualquier otra doctrina».

Los más exigentes perdían todo pretexto para pleitear. Monseñor Jacoupy devolvió inmediatamente al fundador todos sus poderes, y se contentó con recomendarle, para no dar lugar a la crítica, que tomase algunas precauciones cuando entraba en el monasterio, pidiéndole que dijera expresamente a las religiosas la autoridad que tenía el obispo sobre ellas e imponiendo a la Superiora la obligación de no consultar al obispo a espaldas del director espiritual. Era confirmar pura y simplemente el estado de cosas anterior.

Por el lado de Burdeos, el P. Chaminade no podía esperar una solución tan rápida y feliz. Al menos tuvo la satisfacción de saber que monseñor de Cheverus se había decidido a admitir a la ordenación a Jean-Baptiste Fontaine. Lo agradeció al arzobispo y aprovechó esta ocasión para tratar de disipar algunas de sus prevenciones respecto a la Compañía. Le decía[523]: «La Compañía de María, ¿está en situación de caer porque se han retirado sus principales miembros? Por mucha estima que tenga del P. Collineau y de Auguste Perrière, no me atrevería a decidir si hay que mirarlos como principales miembros desde el punto de vista religioso, haciendo abstracción de sus talentos y de las funciones que tenían que cumplir. Sea cual sea la influencia que han podido tener en la Compañía, yo tengo razones para creer que esta brecha no socavará la Compañía ni la arrastrará. Su ejemplo podrá dañar momentáneamente a algunos menos fervientes. Los más regulares, considerando la Compañía de María como obra de Dios, no se verán en absoluto afectados por esta retirada con respecto la estabilidad de la obra. Les creo además a los dos lo bastante discretos como para no tratar de perjudicar a sus antiguos cohermanos».

Efectivamente, el ejemplo de la deserción de los dos asistentes no tuvo, en la Compañía, la repercusión que se podía temer. En el Norte, se sabía poco de lo que sucedía en Burdeos y en Agen, y la mayor parte de los que recibían algún eco se apresuraban a buscar en su padre las explicaciones capaces de aclararles y fortalecerles. El P. Chaminade respondía a uno de ellos[524]: «No ha querido usted entrar en esas discusiones. Se ha atenido siempre a lo que está desde el principio y está regulado, y ha obrado usted bien. En las instituciones religiosas particulares sucede en pequeño lo que sucede en la Iglesia en general: ¡cuántas turbaciones, herejías y cismas en la Iglesia de Jesucristo! En la confusión que resulta de ello, ¡qué excelente medio tenemos de preservarnos de todo error uniéndonos a la Sede apostólica, al centro primitivo, la columna de la verdad!»

El P. Lalanne rindió el último las armas en Saint-Remy. Hasta la mitad del verano mantuvo frente al fundador sus sentimientos de desconfianza y oposición. Empezó a abrir los ojos cuando el P. Chaminade, por amor a la paz, consintió no en permitir lo que no podía autorizar, la independencia del director en materia de finanzas, pero sí en separar totalmente la administración del internado de secundaria y la del resto de la obra. Esta concesión tranquilizó al P. Lalanne y le permitió juzgar más sanamente a los hombres y las cosas. Sus

---

[521] El borrador de esta carta no está fechado. Es de alrededor del 15 de marzo de 1832. *Carta 616, Lettres, t. III, p. 118; las citas siguientes son de las páginas 119 y 122.*

[522] El subrayado es del propio P. Chaminade. *Carta 621, Lettres, t. III, p. 135.*

[523] Carta a monseñor de Cheverus, 21 de mayo de 1832. *Día ligeramente equivocado: carta 624, de 20 de mayo de 1832, Lettres, t. III, p. 145.*

[524] Al P. Chevaux, 25 de junio de 1832. *Carta 162, Lettres, t. III, pp. 162-163.*

sentimientos profundamente religiosos y su gran afecto al P. Chaminade volvieron a mandar en él. Sintió lo odioso de su conducta, experimentó un fuerte remordimiento y volvió a su padre con las disposiciones y el lenguaje del hijo pródigo. En una admirable carta del 17 de noviembre de 1832[c], reconoció sus errores con una conmovedora humildad, pidió «perdón, mil veces perdón» y añadió: «No quiero más que una cosa en el mundo, el cumplimiento de la voluntad de Dios, y, en el orden de la Providencia, la voluntad de Dios se me debe manifestar por medio de usted».

Ya antes el P. Chaminade le había abierto los brazos diciéndole[525]: «Bendigo al Señor de que la religión haya podido más en usted. Había entrado por un mal camino; espero que la gracia consumará su obra. No crea que le atribuyo ninguna mala intención; no crea que mi confianza en usted ha disminuido. Sé distinguir bien la persona de sus ideas y de la obstinación en sostenerlas».

Su alegría era todavía más viva porque la vuelta del P. Lalanne tenía su repercusión en Agen. El P. Chaminade se lo hizo saber en estos términos[526]: «Las falsas ideas que la Madre Superiora de las Hijas de María se había formado desde su instalación se han disipado completamente. A pesar de mis muchas ocupaciones, le ayudo a reparar los daños considerables que los tormentos de su cabeza habían causado a su Instituto. Aunque todo parecía arreglado exteriormente desde el verano último, sobre todo con el obispado, quedaba todavía una mala semilla en la cabeza de la Superiora y, como consecuencia, en algunas Madres que pensaban como ella. La vuelta de usted a la subordinación y la carta que usted escribió a la Superiora del convento de Arbois han terminado abriéndole los ojos». Al P. Caillet le contaba[527] el episodio final del conflicto: «El pasado 31 de diciembre, en presencia de las Madres del consejo, hemos hecho una hoguera con nuestros escritos respectivos sobre este asunto. No hemos guardado más que el acta final. Antes de la ceremonia, la Superiora, con las Madres del consejo, me pidieron perdón; mientras ardían los papeles, la Superiora quiso decir con sus Madres el *Miserere.* Terminamos con la acción e gracias, *Ave maris stella.* Desde entonces, no nos ocupamos más que de reparaciones y renovaciones de orden y de fervor en los cinco conventos».

La Madre San Vicente había aprendido, en estos momentos penosos, a conocer mejor al P. Chaminade, su virtud y sus luces de lo alto. En adelante se unió a él con una confianza muy grande en contraste con lo que le había combatido, y, diez años más tarde, traducía así la profunda veneración que le inspiraba[528]: «Reconozco en estos consejos el espíritu de nuestro Buen Padre. Es un bálsamo para mi alma. No dudo de que Dios me pedirá cuenta de la gracia que me ha hecho, dándome este guía para dirigirme en el espíritu de fe»,

Los dos institutos estaban salvados. Pero, una vez reafirmadas las bases del edificio, quedaba ocuparse de las amplias brechas abiertas por la sacudida. Escribía el fundador[529]: «¿Se recuperará la Compañía de los horrorosos golpes que ha recibido? Yo lo espero de la misericordia de Dios, pero la llaga estará sangrante durante mucho tiempo». Los tímidos se asustaban de ello. El P. Chaminade les tranquilizaba con palabras de fe[530]: «¡Parece que todo viene a la vez! Nuestro Señor parece que interviene extraordinariamente para ponernos en orden: nos castiga, pero para purificarnos. Hay que servirle de veras, querido hijo, y servirle no a nuestra manera sino como él quiere ser servido. Si golpea, no es desde luego para perdernos, y yo creo que la santísima Virgen, a la que pertenecemos tan especialmente, no lo permitirá». Más que nunca, recomendaba la unión, recordando a sus hijos las palabras de Nuestro Señor: *Necesse est ut veniant scandala.* Y añadía[531]: «Querido hijo, si permanecemos muy unidos por la dirección del espíritu de Jesucristo, bajo los auspicios de María, seremos muy fuertes; el infierno unido no podrá contra nosotros: *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et ipsa conteret caput tuum;* no se extrañe de las dificultades».

La dificultad más urgente para arreglar en este momento era la situación de Auguste Perrière en Burdeos. Por amistad con el P. Chaminade, Auguste, desligado ya de sus votos, aceptó empezar provisionalmente el año al frente del internado, pero las deudas le preocupaban mucho con razón. Escribía el P. Chaminade a Saint-Remy[532]: «Auguste pide auxilio como un hombre que se está ahogando. Acabo de decir la misa. He puesto todo en las manos de san José, dotado de una prudencia sobrenatural tan alta».

Auguste Perrière no veía más que un solo hombre capaz de levantar y hacer prosperar el internado, el P. Lalanne. Pero este último ¿podía dejar Saint-Remy en medio de sus experiencias pedagógicas? Sin embargo, aceptó la propuesta que se le hizo, dando así a su Superior una muestra de su adhesión. Dejaría en Saint-Remy algunos buenos profesores, que estaban al corriente de su método. Esta noticia dio al P.

---

[c] *AGMAR 27.1.635.*

[525] 29 de octubre de 1832. *Carta 646, Lettres, t. III, p. 192.*

[526] 23 de enero de 1833. *Carta 661, Lettres, t. III, p. 226.*

[527] 11 de enero de 1833. *Carta 659, Lettres, t. III, p. 220.*

[528] Al P. Chevaux, 15 de abril de 1845. *AGMAR 7.5.369.*

[529] A Lalanne, 12 de septiembre de 1832. *Es del 11 de septiembre de 1832. Carta 642, Lettres, t. III, p. 185.*

[530] Al P. Lalanne, 18 de febrero de 1833. *Carta 665, Lettres, t. III, p. 245.*

[531] Al P. Chevaux, 14 de diciembre de 1832. *Carta 555, Lettres, t. III, p. 209.*

[532] Al P. Lalanne, 19 de marzo de 1833. *Entresacado de la carta 674, Lettres, t. III, p. 267.*

Chaminade nueva esperanza. Escribía a Clouzet[533]: «Me parece sentir de antemano la situación de paz y de calma en que vamos a entrar cuando se haya conjurado esta última tormenta. La augusta María habrá puesto en manos de su santo Esposo la conclusión de todos nuestros asuntos». Efectivamente, en Pascua de ese año 1833, el P. Lalanne vino la primera vez a Burdeos para preparar el cambio. En otoño tomó la dirección del colegio, manteniendo junto a él a Auguste como ecónomo.

La liquidación de las deudas era un punto muy delicado. Primero había que determinar la situación de Auguste Perrière que, hasta ese día, había metido en una misma caja sus rentas personales y los ingresos de la Compañía, y había contraído, a su propio nombre, préstamos para la Compañía. Auguste Perrière, inquieto por su futuro, pedía retirar no solamente sus aportaciones, lo que era conforme a los estatutos, sino también hacer valer en cierta medida su trabajo en la Compañía, pretensión que era contraria a la vez a los estatutos y al espíritu de la vida religiosa.

El P. Chaminade vacilaba entre el deseo de satisfacer ampliamente a todas las exigencias de Auguste Perrière y el deber de salvaguardar los intereses de la Compañía. Decía a David Monier[534]: «Miro este asunto más como asunto de Dios que nuestro. Toda mi ambición es no disgustar a nuestro gran Maestro». Personalmente inclinado a aceptar todo para acabar con el tema, dudaba sin embargo en aumentar así las cargas ya demasiado pesadas de la Compañía y también en hacer un acto que quizá sobrepasaba su poder. Monseñor de Cheverus, consultado por Auguste, se pronunció una vez más a favor de este último. El P. Chaminade creyó entonces poder ceder y dio la noticia a Auguste Perrière en estas líneas que muestran su mansedumbre y magnanimidad habituales[535]: «Experimento una gran satisfacción viendo que no habrá ya entre nosotros ninguna disputa y que podremos seguir viviendo en buena amistad. Usted sabe los profundos que son estos sentimientos en mi alma». Así trataba él a sus hijos infieles. Se podrá adivinar con esto la ternura que tenía para con los que no le abandonaban. Hasta el final conservó con Auguste relaciones muy estrechas y le encomendó encargos de confianza. Por su parte, Auguste Perrière seguía llamando a la Compañía de María *nuestra* Compañía[536]. Con el P. Collineau[537] tuvo menos intimidad, pero el afecto recíproco subsistió siempre. Fue el P. Collineau quien reivindicó el consuelo de dar el sacramento de la extrema Unción al maestro que nunca dejó de venerar.

Al mismo tiempo que se arreglaba con Auguste Perrière, el P. Chaminade desplegaba toda su energía para salir del atolladero de deudas en que se debatía desde hacía tiempo. Mandó en todas partes la más estricta economía , encargó a Dominique Clouzet de toda la liquidación, y le escribió lo siguiente[538]: «Hagamos grandes esfuerzos, desde luego con prudencia, pero efectivamente. El Señor nos ayudará: es el tiempo de redoblar el coraje para llegar al puerto que nos es presentado. Si el P. Lalanne hace remontar al colegio Sainte-Marie y si resulta la liquidación comenzada, la Compañía de María se va a consolidar y sobre todo se va a librar de esa carcoma que constituye tan gran obstáculo para su desarrollo... Hay que poner en ello el interés que se pone en evitar el golpe de muerte».

Llamando a la generosidad de todos sus hijos, no temió ponerles al corriente de lo que había pasado, y hablarles a corazón abierto en una carta circular fechada el 3 de diciembre de 1833, la primera de las que en adelante dirigirá de tiempo en tiempo a toda la Compañía[d]: «¡Hace tanto tiempo, queridos hijos, que vuestro anciano Padre hubiera querido romper el silencio! ¡Cuántas penas ha tenido que soportar! La salida de dos de los principales jefes de la Compañía ha afligido vivamente su corazón paternal, no por el temor de que la Compañía estuviese en peligro por su deserción, sino por el tierno afecto que tenía por ellos. ¡Eran tan antiguos! Collineau y Auguste eran miembros primitivos de la Compañía, ¡y habían renovado tantos años sus santos compromisos!... Durante todo el tiempo que ha durado la tormenta, me he creído en el deber de extender el velo de la caridad y de la amistad sobre todo lo que pasaba, y soportar solo el peso de mi aflicción. Pero hay un tiempo para callar y un tiempo para hablar». Y anunciaba a continuación el nombramiento de Caillet y Mémain para las funciones de jefe de celo y de trabajo, que habían quedado vacantes con la marcha de Collineau y Auguste.

---

[533] 23 de marzo de 1833. *Carta 676, Lettres, t. III, p. 270.*

[534] 7 de enero de 1833. *Carta 658, Lettres, t. III, p. 218.*

[535] 5 de noviembre de 1833. *Carta 709, Lettres, t. III, p. 338.* El acuerdo es del 18 de noviembre.

[536] Auguste Perrière dirigió hasta su muerte el internado de la calle Labirat, llevado antes por Estebenet. Murió en Burdeos el 15 de agosto de 1874, rodeado de la estima general. La mañana de su muerte, cuando nada hacía prever un desenlace tan rápido, había dicho a las personas que le rodeaban: «Es la fiesta de la santísima Virgen; me gustaría que ella me llamase hoy; es una gracia que le he pedido». Algunas horas después fue escuchado.

[537] El P. Collineau primero tuvo intención de dejar la diócesis y aceptar el ofrecimiento de su amigo el P. Gignoux, vicario de la diócesis de Beauvais. Al final decidió quedarse en Burdeos y recibió de monseñor Cheverus una de las mejores parroquias de la ciudad, la de Saint-Louis, en julio de 1835. Mantuvo su gusto por la predicación. Hizo varios viajes a Italia y España, y murió en Beirut durante una peregrinación a Tierra santa, el 28 de agosto de 1852.

[538] 24 de mayo de 1833. *Cita no textual de la carta 688, Lettres, t. III, p. 294.*

[d] *Carta 716, Lettres, t. III, p. 356.*

Algunos días después, completaba su charla paternal invitando a sus hijos a tomar los medios aptos para consolidar la Compañía, a redoblar el fervor, el celo y la generosidad al servicio de María. En un lenguaje impregnado de un conmovedor abandono, les decía[e]: «Sólo vosotros podéis consolarme y hacerme feliz al menos en la tierra. La Compañía de María es realmente y en opinión de todos una obra de Dios. Colocada especialmente bajo el augusto patrocinio de su santa Madre, no puede ser destruida más que por vuestras manos, y vuestras manos unidas».

El efecto de estos escritos en los religiosos fue considerable. Cuenta el propio P. Chaminade[539]: «Unos han tratado de consolarme de la pena que debía tener por la deserción de estos dos principales miembros y me han hecho nuevas manifestaciones de adhesión y de fidelidad a la Compañía. Otros han concluido que no deben fiarse de sus buenos sentimientos y deben vigilar siempre sobre ellos mismos. En general, a todos les ha gustado que les advirtiese del bien y del mal que había en la Compañía y de las precauciones que había que tomar para recobrar su fervor».

Por su parte, no descuidó nada de lo que podía contribuir a asegurar la estabilidad de la obra. El caso de Auguste Perrière le había alertado sobre la urgencia de publicar los estatutos. Sin demora, sometió las Constituciones a un nuevo examen para publicarlas lo más pronto posible. En el otoño de 1834, estaba lista la primera parte, que trataba del fin de la Compañía, de sus medios y de las virtudes exigidas a sus miembros. Era la que más importaba para la justa interpretación de los estatutos, y la promulgó sin esperar más, el 2 de octubre de 1834, acompañándola con algunas palabras sencillas y conmovedoras, dictadas por su corazón de padre[540]. Decía entre otras cosas a sus hijos: «No pienso más que en vosotros; no me ocupo más que de vosotros; mis fuerzas y mi vida se consumen por vosotros. Durante mi peregrinación en esta tierra de exilio, trabajaré en haceros felices en el tiempo y en la eternidad».

El envío de esta primera parte de las Constituciones no estaba ya fechado en Agen. El fundador acababa de emprender un nuevo y último viaje al Norte. Había consagrado cuatro años a sus obras del Midi y dos veces, en 1832 y en 1833, había reunido en Agen a las distintas comunidades. Les dejaba en una situación satisfactoria. Los retiros que les había dado con ocasión de las reuniones anuales le habían aportado mucho consuelo, como lo testimonia su correspondencia. Burdeos se levantaba gracias a la hábil dirección del P. Lalanne. Agen se había purificado y liberado de los malos religiosos de la escuela especial que tanto habían contristado a su padre y de los que ninguno, por un permiso de la Providencia, perseveró en su vocación. Había llegado el momento de que el fundador rodease con cuidados semejantes a sus hijos del Norte[541].

Capítulo 34: Última visita general de las obras

Al comienzo del año 1834, el P. Chaminade escribía a uno de sus hijos[542]: «Aunque mi salud se sostiene, no debo hacerme ilusiones de que mi carrera vaya todavía a durar mucho. Pronto cumpliré setenta y tres años. Me parece que no ambiciono vivir mucho tiempo, aunque tendría necesidad para reparar el pasado tan pobre. Aunque usted sea joven y se encuentre fuerte y vigoroso, no desaproveche la vida. Manténgase siempre dispuesto a partir. Que cuando llegue a mi edad, si llega, no tenga el pesar que yo experimento por no haber servido mejor a Dios».

Decía además[543]: «Debo más que nadie pensar en la muerte y prepararme a ella». A los que le invitaban a cambiar el lugar de su residencia para tener menos preocupaciones que las que tenía en Agen, respondía simplemente[544]: «Le agradezco la apremiante invitación que usted me hace para ir a vivir a Saint-Remy. Los hermanos Rothéa me han insistido para que vaya a la hermosa casa de Ebermunster[545]. Algunos de mis amigos, de alta categoría, desearían que me estableciese en París. El hecho es tendré siempre la casa de Burdeos como casa central, hasta que Dios se digne hacerme conocer su voluntad a este respecto. En cuanto a mis gustos personales, encuentro pocos en mí, por no decir que ninguno. Las más bellas y cómodas habitaciones de la tierra me parecen todas ellas verdaderos lugares de exilio».

---

[e] *Carta 720, Lettres, t. III, p. 365.*

[539] A Clouzet, 31 de diciembre de 1833. *Carta 719, Lettres, t. III, p. 362.*

[540] La circular es del 8 de septiembre, pero el envío de las Constituciones está fechado el 2 de octubre, fiesta de los santos Ángeles custodios y aniversario de la fundación de la Compañía. *Cfr. Lettres, t. III, pp.452-457.*

[541] En los archivos del obispado de Agen, gracias a la amabilidad del canónigo Maurin, hemos podido encontrar una parte de los documentos que nos han servido para redactar el presente capítulo. Nuestras indagaciones se han abreviado por la amabilidad del P. Dubos, a quien expresamos nuestro agradecimiento.

[542] Al P. Léon Meyer, 20 de enero de 1834. *Carta 742, Lettres, t. III, p. 375.*

[543] A Clouzet, 26 de octubre de 1835. *Carta 804, Lettres, t. III, p. 540.*

[544] A Clouzet, 31 de diciembre de 1833. *Carta 719, Lettres, t. III, p. 363.*

[545] Situada en Alsacia. Véase más adelante, en este mismo capítulo.

La perspectiva de un fin quizá próximo provocaba en él un vivo deseo de dar a sus obras todas las garantías de perfección y estabilidad que estaban en su poder. Decía a Clouzet al final del año 1833[546]: «Tengo la intención de trabajar constantemente en consolidar y regularizar la Compañía de María, en purificar todo lo posible a cada uno de sus miembros». Y algunos días después, terminaba así la circular que dirigía a sus hijos con motivo del año nuevo[547]: «Queridos hijos, no quiero vivir más que para vosotros... Ya sé que al consagraros mi vida, no os consagro ya mucho tiempo; estoy ya viejo, más de los que algunos de vosotros piensan. Pero ¿no es esa una razón, queridos hijos, para darme prisa en perfeccionar e incluso extender la obra de Dios, la Compañía e María? ¡Qué no podríamos hacer nosotros bajo los auspicios de nuestra augusta Madre y Patrona! ¡A qué grado de virtud podríamos llegar!».

Para conseguir su fin, se había propuesto emplear dos medios tan eficaces e indispensables el uno como el otro: una visita general de todos los establecimientos y la redacción definitiva de las Constituciones y de los reglamentos. Le hemos visto ocuparse de la parte de esta última tarea que le parecía más apremiante. Cuando acabó, se dispuso a hacer la visita, sin dejarse detener por la consideración de las fatigas inseparables de semejante viaje, sobre todo a su edad.

Se puso en camino hacia el Norte por la fiesta de la Natividad de la santísima Virgen (8 de septiembre de 1834), acompañado de su secretario, Charles Bonnefoi. En su itinerario pasó por el centro de Francia y su primera parada fue en Noailles (Corrèze), donde habló con el conde Alexis de sus antiguos proyectos, trastocados por la Revolución de 1830. A falta de una escuela normal, el P. Chaminade había abierto en Noailles una simple escuela primaria, posible nexo para obras más importantes. Por desgracia, el conde, que no desesperaba del futuro y que consagraba a la beneficencia todo el tiempo libre que le había dejado la Revolución de julio, fue llevado prematuramente por la muerte al año siguiente, el 14 de marzo de 1835, y con él se desvanecieron todos sus proyectos.

El P. Chaminade continuó su viaje por Lyon, continuamente retenido por sus propios asuntos y también por las consultas que le hacían en diversos lugares[548]. En Besançon encontró todavía vivo el recuerdo de un prelado que no había hecho más que pasar por la sede arzobispal de esta ciudad. La pérdida de monseñor Dubourg era causa de duelo personal para el fundador. Bordelés de nacimiento, el antiguo obispo misionero de Nueva Orleans «le había manifestado en varias ocasiones estima e interés»[549]. Cuando pasaba por Burdeos, honraba con su presencia las sesiones de la Congregación[550] y, a su vuelta a Francia, habiendo sido elevado a la sede episcopal de Montauban, había protegido las dos obras de la Compañía de María que se habían creado en su diócesis, las de Moissac y Lauzerte. En Besançon también se mostró benévolo con el Instituto de María. Lo tomó bajo su protección especial y, en su carta de toma posesión, se creyó en la obligación de rendir homenaje público al celo del P. Bardenet y a la dedicación «de los dignos hijos de María»[551]. Murió dos meses después (diciembre de 1833). El P. Chaminade, al pasar por Besançon, encontró todavía la sede vacante. El nuevo arzobispo, monseñor Mathieu, se disponía a hacer su entrada en la ciudad[552] y se iba a mostrar tan favorable al Instituto de María como su predecesor.

De Besançon el P. Chaminade se dirigió a Saint-Remy, y de allí sucesivamente a las diferentes obras de la Compañía de María y del Instituto de Hijas de María. Su estancia en el Norte duró algo más de año y medio, de septiembre de 1834 a mayo de 1836. Pasó en Alsacia la primavera-verano del año 1835 y distribuyó el resto del tiempo entre las diversas comunidades del Franco Condado.

El asunto más urgente era el de dotar a estas provincias de buenas casas de formación. Saint-Remy nunca había dejado de tener un noviciado. Pero, en 1828, el P. Lalanne había tomado la lamentable medida de mezclar a los postulantes con los alumnos, comprometiendo la vocación de los primeros sin asegurar a los segundos ventajas apreciables. Pronto se volvió a la situación anterior, pero tras la Revolución de julio el noviciado no funcionó de una manera regular. Con ello sufrió la formación de los jóvenes religiosos y, por poco que se prolongase esta situación, traería consecuencias fatales para la Compañía. Decía más tarde el P. Chaminade a Clouzet[553]: «Usted sabe que la causa de los males que tenemos que lamentar en la Compañía de María está en el poco cuidado que se ha puesto en formar a los sujetos... Pero ¿no conviene que empecemos por concentrar nuestras fuerzas en los noviciados. si queremos sostenernos y seguir adelante, y no es mejor que sufra una obra en particular antes que los viveros destinados a abastecer todas las casas?». Había que rehacer estos viveros en el Norte y aprovechar, para su organización, de la experiencia adquirida en Burdeos y Saint-Remy.

---

[546] A Clouzet, 31 de diciembre de 1833. *Carta 719, Lettres, t. III.*

[547] 4 de enero de 1834. *Entresacado de la carta 720, Lettres, t. III, p. 367.*

[548] Cf. su correspondencia del mes de septiembre de 1834.

[549] Carta del P. Chaminade al P. Chevaux, 14 de marzo de 1833. *Carta 672, Lettres, t. III, cfr. pp. 263-264.*

[550] Véase más arriba, capítulo 16.

[551] Carta pastoral del 6 de octubre de 1833.

[552] El 25 de noviembre de 1834. Volveremos a hablar más adelante de monseñor Mathieu.

[553] 1 de octubre de 1839. *Error en el día: entresacado de la carta 1179, de 18 de octubre de 1839, Lettres, t. V, p. 113.*

El principio de la admisión de los niños antes de la edad requerida para el noviciado estaba avalado por los resultados obtenidos en Saint-Laurent: con ello ganaban tanto la formación profesional como la formación religiosa. Escribía el fundador[554]: «La Compañía necesita noviciados; necesita también casas de estudios. Siempre hemos creído deber educar, a imitación de las órdenes religiosas más antiguas y más santas, a algunos niños de fe para el estado religioso, según la voluntad y la fortuna de sus padres, y también según los medios que nosotros nos podamos procurar. Hemos llamado siempre a estos niños *pequeños postulantes».* Este principio fue admitido en la reconstitución de los noviciados del Norte, a pesar de las ideas contrarias del P. Lalanne. Se había comprobado también que en el noviciado «los estudios perjudicaban a la piedad»[555]. Y concluía el P. Chaminade: «En esta situación, hemos creído deber establecer que los dos años de noviciado estén divididos en dos partes: una primera parte de noviciado riguroso, en que los jóvenes no se ocuparían más que de la instrucción y prácticas religiosas; cuando se les viese sólidamente constituidos en las virtudes de su estado, se les emplearía según sus talentos, o se les haría estudiar el resto del noviciado».

¿Era mejor crear varios noviciados en el Norte o reunir en la misma casa a todos los aspirantes a la vida religiosa? En principio, el fundador no era partidario de multiplicar los noviciados, y daba dos razones para ello: la primera era el peligro que corre el espíritu en un Instituto cuando las personas que hay que formar se encuentran dispersas aquí y allá. Por eso, se oponía a la erección de un noviciado regular en Acey para las Hijas de María, juzgando que bastaba con el de Agen, teniendo en cuanta el número de novicias. Ponía como ejemplo a la Hijas de la Caridad o de San Vicente de Paúl, «que tienen todas un noviciado común, cualquiera que sea la distancia existente del lugar del noviciado a sus mil obras»[556]. La segunda razón era la dificultad encontrar buenos maestros de novicios. Porque, decía[557], «es un gran tesoro para una Orden religiosa tener uno o dos buenos maestros de novicios. Una Orden degenera pronto y cae en la relajación cuando no puede encontrar personas aptas para esta tarea».

A pesar de estas consideraciones de orden general, el fundador consintió en crear dos noviciados, uno para Alsacia y otro para el Franco Condado, en primer lugar, porque podía contar con un número de sujetos suficiente de novicios para las dos casas, y, en segundo lugar, porque el uso de las dos lenguas en Alsacia creaba necesidades especiales.

A las obras de Alsacia, que eran florecientes a pesar de los acontecimientos políticos, se acababan de agregar otras tres nuevas: las de Soutz, Kaysersberg y Ebermunster. Esta última fue elegida como casa de formación. Se puede decir que estaba predestinada. Antigua abadía de benedictinos, Ebermunster tenía su historia y había sido para Alsacia, durante muchos siglos, un centro de influencia religiosa y civilizadora[558]. La Revolución encontró allí una comunidad regular[559]. La dispersó y respetó su magnífico claustro y su iglesia casi nueva, que dominaba toda la comarca desde sus tres campanarios de cúpulas orientales. Se conservaron los altares, el órgano y las reliquias; sólo las pinturas de las bóvedas fueron encaladas. Todo, menos la iglesia, que se había convertido en iglesia parroquial, y algunas dependencias, estaba en venta en 1830 por la irrisoria suma de treinta mil francos. A pesar de su vivo deseo de comprarlo y repoblar este desierto, el P. Chaminade se veía obligado a renunciar: ¿cómo iba a poder contraer prudentemente nuevos compromisos en el apuro en que se encontraba? La familia Rothéa no pudo resignarse a este sacrificio: compró el monasterio con su propio dinero y lo donó al P. Chaminade. Éste no lo hizo ocupar hasta 1833 dejando abrir un internado. Cuando el fundador recorrió estos amplios claustros y estas magníficas galerías, les asignó su verdadero destino, y escribió a su llegada[560]: «Espero que encontraremos aquí elementos para crear un buen noviciado para Alsacia».

No se equivocaba. Comprobaba la presencia de señales de éxito que le parecían de buen augurio. Escribía[561]: «Si llegamos a ser fuertes en Alsacia es porque hay unión y docilidad». Pronto reconoció también la verdad de lo que los hermanos Rothéa no dejaban de repetirle. Decía Louis[562]: «Yo he creído siempre y sigo creyendo que la divina misericordia tiene planes y proyectos muy especiales para esta provincia de Alsacia».

Se envió a todos los alumnos del internado a Saint-Hippolyte y se dedicó Ebermunster al destino exclusivo de casa de formación. Desde ese momento, esta obra creció rápidamente. Se desarrolló sobre todo a partir del día en que fue confiado a la hábil dirección de un religioso de temple antiguo, François Girardet. El

---

[554] Al P. Lalanne, 22 de noviembre de 1830. *Carta 563, Lettres, t. II, p. 546.*

[555] La misma carta, *p. 547*.

[556] Proyecto de carta al P. Bardenet, julio de 1837.

[557] Al P. Lalanne, 22 de noviembre de 1830. *Carta 563, Lettres, t. II, p. 548.*

[558] Se atribuye su fundación al rey Dagoberto. Su nombre de *Aprimonasterium* (monasterio del jabalí) recordaría un accidente de caza en que murió el hijo de ese rey. Una serie ininterrumpida de setenta abades se había sucedido en este monasterio hasta la gran Revolución.

[559] Tenía todavía veintiún religiosos y cinco novicios. El abad era dom Exubert Hirn.

[560] A Clouzet, 17 de mayo de 1835. *Carta 774, Lettres, t. III, p. 482.*

[561] Al P. Léon Meyer, 20 de abril de 1835. *Error en la fecha: carta 794, de 20 de agosto de 1835, Lettres, t. III, P. 523.*

[562] 23 de febrero de 1838. *AGMAR 27.5.184.*

recuerdo de este hombre de Dios, que formó varias generaciones de religiosos, es para la Compañía de María inseparable del de Ebermunster[563].

En el Franco Condado, el noviciado fue erigido a la sombra de otro monasterio, el de Courtefontaine. Bajo la dirección del P. Léon Meyer, la Compañía de María hizo revivir allí el fervor de los antiguos monjes, aunque en condiciones materiales muy diferentes. Las vocaciones se anunciaban numerosas, pero los recursos eran escasos, el local reducido y pobre. Los comienzos fueron difíciles, a pesar de la inagotable generosidad de la donante del convento, señorita Coudre. El P. Chaminade se esforzaba en sostener los ánimos con palabras de fe. Ya había dicho en parecidas circunstancias[564]: «Nunca una institución tan delicada como el noviciado se hará todo a la vez. Dios ha querido consolarnos presentándonos la gran obra de la creación. Primero no vemos más que un caos. Después sucesivamente vemos que el caos se va desenredando según el admirable plan que Dios se había formado». Al P. Léon Meyer le escribía[565]: «Ánimo, querido hijo; las penas, las tribulaciones, las contradicciones en las obras del Señor son de buen augurio».

Efectivamente, las dificultades se allanaron poco a poco. Al cabo de dos años, el P. Chaminade se felicitaba en estos términos de los resultados obtenidos[566]: «Los dos noviciados de Courtefontaine y de Ebersmunster son mi consuelo y mi esperanza. En los dos hay un gran fervor». Las primicias del primero fueron destinadas a Saint-Claude, ciudad episcopal de monseñor de Chamon, donde hacía tiempo que el prelado llamaba a los Hermanos para la dirección de las escuelas[567]. Ebersmunster, respondiendo a la llamada de monseñor de Jerphanion, envió su primera colonia al otro lado de los Vosgos, a Saint-Dié, en Lorena. No era más que un principio, como veremos más tarde.

Saint-Remy perdía a la vez su escuela normal y su noviciado. Esta disminución pedía una compensación, sobre todo teniendo en cuenta que esta magnífica propiedad ofrecía en adelante recursos bastante considerables, gracias a la paciente e inteligente dirección de Dominique Clouzet. Al fundador le pareció llegada la hora de poner en marcha simultáneamente dos proyectos acariciados desde hacía tiempo. El primero era el que había determinado la aceptación de Saint-Remy. Recordemos que los misioneros diocesanos se proponían hacer un lugar de retiro para los hombres y los jóvenes que, tocados por la gracia de la misión, pensasen en alejarse del mundo para vivir de una vida de oración y de humilde trabajo. Sólo la ausencia de recursos había impedido la realización de esta idea. Había un segundo proyecto, que venía también desde el origen, consistente en hacer de Saint-Remy un centro de formación agrícola y profesional, tanto para los religiosos destinados a las escuelas de artes y oficios y a las escuelas conjuntas como para los jóvenes de la región.

Sobre este último plan, el P. Chaminade decía lo siguiente en 1833[568]: «La Compañía ha abrazado las artes y los oficios desde su origen; es verdad que esta parte ha sufrido quizás más que las otras a causa de las dificultades, de los gastos y de la falta de un jefe para dirigir este trabajo».

Al irse allanando poco a poco estos obstáculos, Clouzet se veía con posibilidades para montar sucesivamente las diversas instalaciones. En Saint-Laurent seguían subsistiendo los talleres, a pesar de la dispersión del noviciado y tenían un jefe hábil en la persona de Jean Seguin. El P. Chaminade consintió, en 1835, en hacerle venir a Saint-Remy con sus obreros. Hizo incluso transportar un aparato de cerrajería[a] que había costado doce mil francos y prestaba grandes servicios[569].

¿Cuál sería la nueva organización, encaminada a la vez a procurar la santificación de las almas y a formar jefes para las escuelas de artes y oficios? ¿A qué género de vida, a qué reglamentos se verían sujetos los religiosos empleados en esta obra? Este fue el problema que el P. Chaminade se esforzó en resolver durante su estancia en Saint-Remy. Estaba unido a otro problema más general, el de la coexistencia de los Hermanos obreros con los que entonces en la Compañía de María se llamaban *letrados*[b].

---

[563] Este santo religioso dirigió la obra de Ebermunster de 1844 a 1868. En esta fecha fue secretario general de la Compañía de María, y murió el 25 de enero de 1892, rodeado de la veneración de todos sus cohermanos. Era originario de las montañas del Jura.

[564] Al P. Lalanne, 22 de noviembre de 1830. *Carta 563, Lettres, t. II, pp.548-549.*

[565] 20 de agosto de 1835. *Carta 794, Lettres, t. III, p. 523.*

[566] Al P. Bardenet, 15 de enero de 1837. *Carta 926, Lettres, t. IV, p. 95*

[567] Otra obra había sido fundada, en 1833, en la diócesis de Saint-Claude, en Salins.

[568] Al P. Chevaux, 14 de enero de 1833. *Carta 660, Lettres, t. III, p. 221.*

[a] *En tiempos del P. Chaminade se llamaba "cerrajero" al trabajador del hierro, que tenía además nociones de mecánica. En realidad "el aparato de cerrajería" era un invento muy ingenioso, realizado en Saint-Lauren por Jean Seguin, una especie de malacate de varias toneladas de peso, para usos agrícolas.*

[569] El P. Chaminade a Clouzet, 9 de diciembre de 1830. *Carta inexistente. Del famoso malacate, sin embargo, se habla en muchas cartas de los tomos II y III: Cartas 576; 583; 590; 591; 623; 702; 793.*

[b] *El francés "lettrés" equivale en español a persona "con letras", es decir con estudios para poder ejercer la docencia.*

El P. Chaminade tenía en gran estima las vocaciones al trabajo manual. Decía[570]: «La vocación en general al estado religioso es una gracia de predilección; pero el orden de la Providencia que determina a un sujeto para los trabajos manuales es un favor de predilección, tanto porque aleja más del mundo como porque facilita más la unión con Dios a la que aspiran todos los buenos religiosos»[571]. Pero, en su estancia en Saint-Remy, reconocía que no había establecido todavía la formación más apropiada para esta vocación en la Compañía de María, y que «Dios no se había dignado darle a conocer sus últimas intenciones sobre este tercer cuerpo de la Compañía de María, el de los religiosos obreros»[572]. Sin embargo, se inclinaba por agruparlos entre ellos y a separarlos en la medida de lo posible de los demás religiosos. Escribía a Clouzet[573]: «No creo, querido hijo, que consigáis nunca formar verdaderos religiosos en los obreros sin reunirlos en comunidad regular y un poco aislada». Y persistiendo en estas ideas después de algunos meses de ensayo, decía: «Veo siempre de la misma manera», e impulsaba cada vez más a Clouzet por esta vía.

Dos años más tarde, era muy afirmativo a este respecto y no albergaba ninguna duda. Dice[574]: «Usted sabe que tres clases de personas constituyen el conjunto de la Compañía de María: la clase de los sacerdotes, la clase de los laicos enseñantes, y la clase de los agricultores y otros obreros. Los obreros no deben ser diseminados en las diversas obras, mezclados con las otras clases de religiosos, sino que deben formar comunidades distintas y separadas de toda otra comunidad de la Compañía, que se encontraría en la misma obra... Este tipo de comunidades se parecerá a las primeras comunidades de benedictinos, y se acercará a las de los trapenses, con modificaciones que favorezcan el mantenimiento del fervor, aunque moderando algunas penitencias que, evidentemente, abreviarían la vida y quitarían las fuerzas necesarias para hacer los trabajos. Los que hubieran hecho profesión en estas comunidades no podrían pedir pasar a las otras clases de la Compañía de María; pero si el Superior general creyese delante de Dios que debe tomar a alguno para cumplir otras funciones en las otras clases, ellos tendrían que obedecer»[575].

Se intentó el ensayo en Saint-Remy y dio resultados satisfactorios. A falta de un local acondicionado para este destino, se había pasado un año tanteando. El P. Chaminade se quejaba en estos términos[576]: «Estoy particularmente afectado por la comunidad de obreros, tal como se la he hecho ver varias veces. No ha llegado todavía el tiempo de su existencia, ¿o quizá no debe existir más que después de mi muerte? Adoremos los planes de Dios en todo, sin querer precipitar nada». Pero él no desesperaba y no perdía ocasión para urgir a Clouzet a realizar «esta hermosa comunidad de obreros que me parece que es tan fuerte en los planes de Dios y en el plan primitivo de la Compañía de María»[577]: Y añadía: «Siento cada vez más cómo esta comunidad respondería a nuestros primeros planes, cómo edificaría la Iglesia en el desgraciado siglo en que vivimos. No hay casi ninguna duda de que esta tercera rama debe extenderse y llegar a ser una ayuda poderosa para sostener a las otras dos ramas, como, a su vez, las dos primeras sostendrían esta tercera».

Clouzet puso mucho empeño en realizar la idea del fundador cuando la fusión de los internados primario y secundario y su traslado a los edificios del castillo dejaron disponibles los locales de uno de ellos. Le decía el P. Chaminade al comienzo de 1838[578]: «Su buena voluntad, querido hijo, me llena de consuelo.

---

[570] Al P. Chevaux, 14 de enero de 1833. *En esa carta no está esa cita. Ha sido imposible encontrarla.*

[571] El P. Chaminade se mostró un día severo con un religioso que parecía no estimar los trabajos manuales: «Parece que no sabe que, en la Compañía, no hay condición vil, y que el sujeto dedicado al servicio de sus hermanos es, a mis ojos y a los ojos de la fe, tanto como el que está en la enseñanza. Temo, por lo que se me ha dicho, que en algunas casas no se valore el trabajo de los sirvientes. Es para enrojecer que miembros de una misma Compañía, a quienes se les reconoce en el exterior como tales, sean tratados en el interior como criados. Llamo, querido hijo, toda su atención sobre este enorme abuso. Si se desliza entre nosotros, si impera, estemos seguros de que la bendición de Dios se nos retirará. ¿Con qué ojos vería [Jesús] a religiosos que desprecian a los hermanos que les sirven y que se consideran rebajados de categoría porque pertenecen al mismo cuerpo que ellos? ¿Y la augusta María se vería honrada con tal orgullo? ... Esforcémonos pues en destruir de entre nosotros ese espíritu, si es que existe» (A Clouzet, 18 de octubre de 1839. *Entresacado de la carta 1179, Lettres, t. V, pp. 114-115. Cita más o menos textual*).

[572] A Clouzet, 26 de diciembre de 1836. *Carta 920, Lettres, t. IV, p. 81.*

[573] 30 de julio de 1836. *Carta 851, Lettres, t. III, p. 636.*

[574] A Friedblatt, 29 de diciembre de 1838. *Entresacado de la carta 1107, Lettres, t. IV, pp.436-438. Ver también la nota (2) de la p. 436.*

[575] Esta restricción es explicada en los términos siguientes en el artículo 373 de las Constituciones de 1839: «El Superior general, según las necesidades de la Compañía, podrá tomar de las comunidades de obreros, los individuos que crea más aptos para el desempeño de otras funciones, sea para la enseñanza, sea para el servicio de otras comunidades; también puede echar mano de ellos para la enseñanza de la agricultura, de la horticultura y de artes y oficios... Con todo, estos religiosos no sólo están prestos a obedecer a las órdenes del Superior general, sino que no deben nunca pedir su cambio».

[576] Al P. Chevaux, 31 de octubre de 1837. *Carta 1006, Lettres, t. IV, p. 248.*

[577] A Clouzet, 23 de diciembre de 1837. *Carta 1016, Lettres, t. IV, p. 261.*

[578] 3 de febrero de 1838. *Carta 1028, Lettres, t. IV, p. 280.* Pensaba también hacer de Saint-Remy un lugar de retiro para los Hermanos de edad: «Habrá una comunidad distinta para todos los ancianos o enfermos

No dudo de la prosperidad de la tercera clase o rama de la Compañía». Todo fue a mejor. No faltaron las vocaciones y Clouzet pudo formar sucesivamente hasta diez talleres, y constituir por fin la comunidad tan deseada por el fundador. Cuando hizo sus pruebas, el P. Chaminade le dio, en noviembre de 1838, su reglamento especial. Sacamos de una carta del fundador a Clouzet el siguiente párrafo en que se define el espíritu de esta regla[579]: «La comunidad de los obreros está sometida al plan general de la Compañía, y especialmente a sus reglamentos generales; la diferencia está en que ella puede entrar mejor en el espíritu de la regla de San Benito, que la Compañía entera quiere seguir. Los religiosos obreros pueden cumplir mejor la penitencia impuesta a Adán y a su posteridad: comeréis el pan con el sudor de la frente. Pueden vivir en un mayor recogimiento, en un mayor silencio[580], en una pobreza mayor, en una mayor unión y caridad fraternales. Su vida es casi enteramente solitaria. Deben encontrar en su trabajo el medio para cubrir todas sus necesidades de la vida e incluso para hacer limosna».

El fervor de estos buenos Hermanos respondió a las expectativas de su padre, que recibía de ellos noticias edificantes como ésta[581]: «Nuestra comunidad de obreros va muy bien, hay incluso un buen número de ellos que quisieran ir demasiado lejos en la mortificación. En general no se bebe casi vino; se come un tercio de pan menos que el año pasado; hay quienes no comen nada de carne y otros que han ayunado en Adviento, pero yo no se lo permito más que a aquellos que pueden hacerlo sin peligro. Hay quienes se levantan por la noche para hacer una visita al Santísimo Sacramento. El P. Chevaux ya se lo había permitido; yo he creído deber continuar el permiso, a condición de que no estén más de un cuarto de hora y que esto no perjudique a los ejercicios de regla». Un poco inquieto y temeroso de que hubiese alguna coacción en esta generosidad, el P. Chaminade manifestó su inquietud a Clouzet, que le tranquilizó así[582]: «Sin duda me he explicado mal en el asunto de la mortificación en la comunidad de los obreros. Esta mortificación es completamente voluntaria. Yo hago servir como de ordinario y el pan está siempre a discreción».

La «pequeña Trapa», como le llamaba a veces Clouzet, procuró al fundador muchos consuelos. La puso bajo el patrocinio de san José y la rodeó de cuidados especiales. Sobre todo, dedicaba su atención y solicitud a los jefes de talleres, porque, según decía él[583], si cumplen con su deber, «mantendrán a la comunidad en un gran fervor; se formarán incluso santos, cuyo ejemplo tendrá una repercusión muy beneficiosa».

Esta nueva creación no iba a tardar en extenderse. El P. Bardenet, siempre en busca de progresos para el Instituto de María en el Franco Condado, le había conseguido otra propiedad agrícola, antiguo priorato de canónigos regulares, como Courtefontaine, pero situado en el departamento de la Haute-Saône, en el pueblo de Marast, cerca de Villersexel[584]. Se abrió un internado, pero cuando «la tercera rama» de la Compañía estuvo organizada, se constituyó también una comunidad agrícola. A pesar del incendio que, en 1838, destruyó una parte de los edificios, la obra prosperó e incluso pudo albergar a los sacerdotes españoles que, en esta época, se refugiaron en el Franco Condado, tras la derrota de los carlistas. El P. Chaminade estaba contento de prestarles este servicio. Escribía a este respecto a Clouzet[585]: «Usted se prestará a todo, querido hijo, con la mayor generosidad del mundo: es muy justo que devolvamos a un clero desdichado la hospitalidad que nos dispensó con tanta generosidad». Saint-Remy y Courtefontaine les alojaron también durante algún tiempo.

La organización de los Hermanos obreros se completó con la creación de un noviciado especialmente destinado a su formación y confiado a un hombre de Dios, el P. Chevaux[586], cuya gran modestia y austeridad mayor todavía concordaban bien con esta importante función. Originario del mismo pueblo de Jouhe, al pie del monte Roland, que en 1823 había enviado los dos primeros postulantes a Saint-Remy, el joven Chevaux se presentó pidiendo el favor de ser admitido para barrer la casa. Al cabo de algunos

---

de la Compañía, en la que la regla será mitigada y donde todos tendrán las ayudas necesarias. Estoy viendo este asunto en este momento» (A Clouzet, 20 de noviembre de 1837. *Error en el destinatario: es al P. Chevaux. Carta 1010, Lettres, t. IV, pp. 255-256*).

[579] A Clouzet, 14 de noviembre de 1838. *Carta 1088, Lettres, t. IV, pp. 399-400.*

[580] «La clase de los obreros no tiene recreo propiamente dicho después de las comidas; sus obras respectivas son un recreo suficiente. A veces pueden tener más necesidad de descanso que de recreo: por ejemplo, cuando hace mucho calor o cuando los trabajos exigen adelantar la hora de levantarse» (Art. 377 de las Constituciones de 1839).

[581] Clouzet al P. Chaminade, 23 de diciembre de 1838. *AGMAR 27.6.353.*

[582] 1 de febrero de 1839. *AGMAR 28.1.384.*

[583] A Clouzet, 12 de febrero de 1839. *Carta 1117, Lettres, t. IV, p. 452.*

[584] El antiguo priorato de Marast sirvió durante algún tiempo de seminario menor a la diócesis de Besançon, y después fue dejado por Luxeuil. Entonces lo compró el P. Bardenet.

[585] 1 de septiembre de 1840. *Carta 1217, Lettres, t. V, p. 204.* En Burdeos mismo, el P. Chaminade se esforzaba en serles útil. Durante tiempo la ciudad estuvo llena de sacerdotes españoles que decían las misas de horas tardías, como los franceses habían hecho en España. El arzobispo de Zaragoza, monseñor Bernardo Caballero, refugiado también en Burdeos, murió allí en diciembre de 1843.

[586] Jean Chevaux nació el 4 de septiembre de 1796 y entró en Saint-Remy el 9 de octubre de 1825.

meses se pudo percibir que había recibido una formación completa y que incluso había acabado su teología en el Seminario de Besançon. La obediencia le llevó al sacerdocio. Se empapó más que nadie del espíritu del fundador, que por su parte le manifestó una marcada predilección y le condujo por las sendas de la perfección. Una salud muy delicada exigía cuidados que repugnaban al espíritu de mortificación del joven sacerdote. El P. Chaminade le obligó a moderar su austeridad y le dirigió estas notables palabras: «No cuide su salud por usted, sino porque Dios se lo ordena en su extrema bondad, o más bien, en su extrema misericordia: *adhuc longa via restat tibi».* Efectivamente, este cuerpo agotado sostuvo una larga carrera, llena de trabajos continuos. El P. Chevaux fue el tercer Superior general y murió el 27 de diciembre de 1875, cuando iba camino de cumplir los ochenta años.

El noviciado de los Hermanos obreros, establecido junto a la comunidad de San José en Saint-Remy, edificaba a toda la casa. Según el P. Chaminade, era una «verdadera pequeña Tebaida»[587]. Rivalizaba en fervor con los dos noviciados de Courtefontaine y Ebersmunster, destinados a los religiosos enseñantes, y con el la Madeleine en Burdeos, donde seguían formándose, aunque en pequeño número, los eclesiásticos de la Compañía[588].

Antes de abandonar estas regiones, el P. Chaminade puso en orden los asuntos temporales en los que estaba implicado, porque tenía el presentimiento de que este viaje sería el último. Al dirigirse a Acey para abrazar al P. Bardenet, dice explícitamente que ésta sería «la última vez»[589]. La propiedad de Saint-Remy había sido adquirida en su nombre, y la hizo poner a nombre de dos de sus hijos. Interesó también a sus hijos del Norte en la situación financiera inquietante del Midi. El «agujero» no se llenaba, a pesar de una amortización anual de doce a quince mil francos que se debía a las sabias medidas económicas tomadas por Clouzet. El P. Lalanne en Burdeos no era el hombre adecuado para conjurar el peligro. Abandonado a su suerte, gastaba sin medida, y lo que entraba por un lado salía por otro. Esta situación llegó a ser todavía más crítica después de una operación excelente en sí misma pero realizada con poca prudencia. Queremos hablar del traslado del colegio Sainte-Marie de Burdeos a Layrac.

En el hotel Razac, el P. Lalanne se encontraba con poco espacio. Su reputación y su habilidad habían poblado su casa más de lo que podía contener. Deseaba un local más grande. Pero deseaba todavía más salir de Burdeos, porque estaba convencido de que, a pesar de sus gestiones, no conseguiría nunca del ministro para su colegio el privilegio de «pleno ejercicio», mientras estuviese en una ciudad dotada de colegio real. En el campo, se podía esperar ese favor y, al mismo tiempo, retomar los planes de educación ensayados en Saint-Remy.

En la primavera de 1835, el señor Dardy, aquel antiguo amigo de la Compañía que había trabajado para la fundación de la escuela de Agen en 1820, propuso al P. Chaminade la compra, en condiciones muy asequibles, de la antigua abadía de Layrac, en los alrededores de Agen. Decía[590]: «En manos del P. Lalanne, Layrac se convertirá en otra Sorèze»[591].

El P. Chaminade, que estaba entonces en Alsacia, comprendió las ventajas del traslado, pero, desconfiando del P. Lalanne y no queriendo tomar una decisión a esa distancia, dejó el asunto en manos de su consejo reunido en Burdeos, ordenándole, en caso de aceptación, no hacer más gastos de reparación que los «estrictamente indispensables». No fue escuchado. El P. Lalanne se entusiasmó con la idea, precipitó la compra e hizo transformaciones superfluas[592]. Al P. Chaminade, que le pedía cuentas, le respondió con una desenvoltura increíble[593]: «Dénos su bendición a nosotros y a nuestros pasos. En la situación actual de las cosas, estamos obligados a ir un poco por nosotros mismos. Pero esté tranquilo, tenemos uso de razón, y Dios, que ve la rectitud y la pureza de nuestros corazones, no nos negará su asistencia».

Se comprende que este lenguaje no podía tranquilizar al prudente fundador. Impuso al P. Lalanne un ecónomo con instrucciones rigurosas. Pero este religioso, Mémain, no era un hombre que pudiese parar a este director de concepciones grandiosas. Y menos todavía cuando el éxito, que había seguido al P. Lalanne en Layrac, le embriagaba y le hacía sordo a todas las observaciones sugeridas por la prudencia. Layrac adquirió en poco tiempo la fama que había tenido Saint-Remy. La educación se daba según los mismos principios, aunque con más lujo, y las mejores familias del país se apresuraron a colocar allí a sus hijos. Pero la caja permanecía vacía: el P. Lalanne no sabía retener nada. Sin embargo, no le faltaron las advertencias y amonestaciones paternales. Él las acogía con ocurrencias como ésta[594]: «Una vez lanzado, las circunstancias

---

[587] La expresión es referida por el P. Rothéa al P. Chevaux, 1 de enero de 1839.

[588] En 1865, una animadversión de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares ordenó a los Superiores de la Compañía de María establecer noviciados comunes a las tres ramas que componen la Compañía.

[589] Carta de Perrodin, 14 de abril de 1836.

[590] Abril de 1835. *AGMAR 27.2.11.*

[591] Sorèze era célebre mucho antes de que el P. Lacordaire tomase su dirección. En el P. Cocarne, *Vie du P. Lacordaire,* II, p. 244 y ss., se puede encontrar una reseña histórica de este centro.

[592] Reconocía a Clouzet que «hacía las reparaciones a lo grande», 31 de julio de 1835.

[593] 31 de julio de 1835. *AGMAR 27.2.23*

[594] 12 de agosto de 1835. *AGMAR 27.2.24.*

no me han permitido pararme. El tiempo es un anciano, y sin embrago a menudo va demasiado rápido: hay otros que van demasiado lentamente».

Estas impertinencias no agotaron la mansedumbre y, menos todavía, la sabia firmeza del fundador. Redobló sus advertencias, y cuando, al comienzo del año 1836, se dio cuenta de que el P. Lalanne se encontraba en la imposibilidad de saldar lo atrasado de Burdeos, exigió imperiosamente la rendición de cuentas. Se debía a sí mismo y debía a la Compañía hablar claro, para cubrir su propia responsabilidad y la de la Compañía. Le escribió desde Saint-Remy[595]: «Desde hace ya varios años, tanto aquí como en Burdeos, salvo el corto intervalo de su arrepentimiento, usted cuestionaba siempre la dependencia que debía tener respecto al Superior general el Superior de una obra particular. Usted tiene planes para cuya ejecución le perece necesaria la independencia: ¡pero eso es contrario al espíritu religioso, no sólo de la Compañía de María sino de todas las órdenes religiosas! ¿Es al precio del escándalo como piensa usted realizar los grandes planes que ha concebido?».

Efectivamente, el P. Lalanne, exaltado por el éxito e irritado por el obstáculo que continuamente le interceptaba, pensaba nada menos que en intentar de nuevo el cisma que ya ideó en Saint-Remy. Se jactaba «de recoger todas las ruinas de la Compañía si ella se hundiese»[596]. Sin turbarse por estas amenazas, el P. Chaminade se contentó con hacer alusión a ello en estas palabras de una de sus cartas[597]: «Aunque usted me llame todavía Padre suyo, parece decir que es la última vez. David conservó siempre los sentimientos de ternura paternal para con Absalón, aunque éste estuviese en guerra abierta contra él y le hubiese obligado a bajar de su trono para detenerlo».

Tras algunas oscilaciones hacia el lado de la revuelta, el P. Lalanne tomó la decisión que le dictaban tanto su fe viva como su profundo afecto al P. Chaminade: cedió, rindió cuentas, y, para hacer olvidar su falta, multiplicó las muestras de ternura hacia su buen Padre y le rogó que viniera lo antes posible a Layrac. Le escribía el 24 de marzo de 1836[c]: «Venga y, cuando usted esté aquí, será mi vigilante y mi guía. Al tomar posesión de su obra más bonita, recibirá la entera y definitiva sumisión del que desde hace mucho tiempo usted no llama hijo suyo más que con amargura. Días apacibles y serenos y algunos momentos de reposo antes del sueño le serán reservados bajo el mismo cielo (del Midi) que vio la inocencia y la piedad de sus primeros días. Venga y no tarde más, la estación es favorable, su apartamento va a estar acabado; todos sus amigos le invitan; que yo pueda pronto echarme en sus brazos y manifestarle el afecto y la rectitud de mi corazón».

Esa era también la intención del P. Chaminade. Las cuentas que el P. Lalanne le había presentado no eran tranquilizadoras. En cuanto terminó los asuntos que le retenían en el Norte, volvió a tomar el camino de Agen por Lyon y Toulouse.

El 22 de mayo bajó a las Hijas de María y sin demora avisó al P. Lalanne de su intención a ir a Layrac, pero a condición de que antes el P. Lalanne le diese una muestra de su buena voluntad suscribiendo una nota en que se regulaban los derechos y relaciones recíprocas del director y el ecónomo de la casa. El P. Lalanne dudó un día, después acudió a Agen, se echó a los pies de su padre, y le aseguró su completa obediencia y su sumisión sin reservas. El P. Chaminade le levantó y le acompañó a Layrac.

Al sondear la llaga, la encontró más profunda de lo que temía. ¿Cómo hacer frente a una nueva deuda de cien mil francos, que se añadía a la de Burdeos que era de una cantidad por lo menos igual? Viendo el terrible apuro del P. Chaminade, el P. Lalanne expuso una solución que estaba dictada a la vez por su generosidad y por su amor a la independencia. Propuso tomar sobre sus propias espaldas la responsabilidad de la obra. Sería su asunto personal y no de la Compañía. Cargas e ingresos corresponderían al P. Lalanne hasta el día en que, decía él, pudiese devolver a la Compañía la casa en un estado floreciente.

El P. Chaminade aceptó esta solución, porque no veía otra mejor: preservaba a la Compañía de una ruina segura e inminente. Además tenía la esperanza de que el P. Lalanne, haciéndose más sensato y prudente por la responsabilidad personal que iba a asumir, ganaría con esta experiencia. (Julio 1836)

Arreglado este asunto, el P. Chaminade se puso a trabajar en la última creación destinada a completar el conjunto de sus obras. Queremos hablar de la Tercera Orden de las Hijas de María. El relato de esta fundación será el objeto del capítulo siguiente.

---

[595] 20 de enero de 1836. *Carta 818, Lettres, t. III, pp.563-564.*

[596] Cf. carta del P. Chaminade al P. Lalanne, 6 de febrero de 1836. *Carta 820, Lettres, t. III, p. 575.*

[597] 6 de febrero de 1836. *Ibidem, p. 576*

[c] *En una carta del 25 de marzo de 1836, AGMAR 27.2.78, Lalanne habla de la venida de Chaminade a Layrac, pero no está esa cita. Recorriendo las otras cartas de Lalanne en este período no se encuentra.*

Capítulo 35: La Tercera Orden de las Hijas de María (1836)

El P. Chaminade había esperado veinte años para cumplir su misión de fundador. Esperó otros veinte para acabarla. Siempre lo hemos conocido como enemigo de esa precipitación, de ese apresuramiento irreflexivo que san Agustín compara «a una sirviente peligrosa, siempre con prisas, siempre inclinada a adelantarse a la voluntad de su señora»[598]. En su último viaje al Norte acababa de organizar lo que él llamaba la tercera rama de la Compañía de María, es decir las comunidades de Hermanos obreros. Quedaba ahora por dotar al Instituto de las Hijas de María con un complemento cuya utilidad había sido reconocida desde los comienzos de la fundación.

Efectivamente, el Instituto presentaba una laguna. La clausura y sus exigencias prohibían a las Hijas de María el apostolado del campo. Pero entonces restringir su acción a las grandes ciudades era aminorar el fin que se habían propuesto y quitarles una parte de la influencia que tenían derecho a pretender por su misión. El P. Chaminade y la Madre de Trenquelléon estaban de acuerdo en este punto, y los dos acechaban en cierta manera la hora de la Providencia para llenar esta laguna con los medios que les fuesen sugeridos de lo alto. La fundadora era tan ardiente en esos deseos que ella misma, como se podrá recordar, primero se había dedicado a este apostolado en el campo y había pensado en un principio consagrar a él su vida.

Una Tercera Orden secular se había fundado en Agen y en Tonneins en 1817 y 1820. Las personas que la componían, aun permaneciendo en el mundo, perseguían el fin común del Instituto, el apostolado, y solicitaban, según el tiempo de que disponían, «encargos de misión» para los que recibían verdaderas cartas de obediencia[599].Esta Tercera Orden ¿no sería el instrumento llamado a suplir al Instituto en las campiñas? La Madre de Trenquelléon se inclinaba a creerlo. Escribía a Tonneins el 12 de octubre de 1821[600]: «Me gustaría que el P. Larribeau se encargara de la dirección de las Hermanas de la Tercera Orden; serviría para el bien de la obra. Si está bien dirigida, ¡cuánto bien puede hacer la Tercera Orden! ¡Deseo tanto que esta pequeña semilla produzca un árbol frondoso que pueda extender su sombra en los campos! La creo destinada a realizar la obra del Instituto en las queridas aldeas. La tercera Orden es una rama del Instituto. Y el Instituto debe ir tras las huellas del divino Salvador que iba por ciudades y campos. Díselo a nuestra querida hija Dosithée»[601].

No se podía expresar mejor, y el P. Chaminade compartía completamente los puntos de vista de su colaboradora. Pero se daba cuenta de las grandes dificultades de la empresa. La Tercera Orden secular, tal como estaba constituida, podría sin duda encargarse de alguna obra en la campiña, y de hecho se encargaba. Pero ¿cómo dar a estas obras regularidad y estabilidad? Sólo se podrían esperar resultados duraderos de personas desprendidas de sus ocupaciones temporales y sometidas a una regla uniforme, en otros términos de una Tercera Orden regular agrupada en comunidades. Esa era la convicción del P. Chaminade. Aquí estaba también el punto delicado y, en principio, el fundador no tenía a este respecto ninguna idea establecida. Entreveía dificultades de ejecución que, más que nunca, le inclinaban a esperar pacientemente las luces de lo alto. Estas dudas e incertidumbres se manifiestan en una de sus cartas a la fundadora, donde se expresa de la manera siguiente[602]: «La Tercera Orden ¿podría proporcionar personas para llevar las escuelas en estos lugares pequeños? Yo así lo creo y hace varios años que lo deseo. Pero hay que tomar muchas precauciones y, a pesar de mi buena voluntad, no puedo ocuparme todavía de ello. Al pasar por Marmande, un párroco vino a ofrecerme un local, jardines, algunos ingresos y una persona apta para una obra así en su parroquia. Le he dado esperanzas, pero no he hecho nada todavía. Veremos, cuando sea tiempo, de qué manera podemos formar estas obras. Es más difícil de lo que parece a primera vista, cuando se quiere que las cosas vayan bien. Hay diez clases de Hijas de la Providencia que se ocupan de esta clase de obras. Siempre degeneran. Las que ha refundado el P. Mertian en Alsacia y para Alsacia parece que son las únicas que van pasablemente bien».

Precisamente en esta época se planteaba la fusión de las Hijas de la Providencia del P. Mertian con las Hijas de María. ¿Podría ser esta fusión la solución del problema? Extendiendo el campo de acción de las Hijas de la Providencia más allá de su provincia de origen, ¿se podría encargarles de cumplir, en el espíritu del Instituto de María, la parte de la misión de las Hijas de María a la que su clausura les impedía llegar? Las

---

[598] Periculosa pedisequa praeire conatur. *Confes.,* X, c. XXXI. *Esta cita está mal transcrita y mal traída. La cita completa es así: "Cum salus sit causa edendi ac bibendi, adiungit se tamquam pedisequa periculosa iucunditas, et plerumque praeire conatur, ut eius causa fiat, quod salutis causa me facere vel dico vel volo". San Agustín dice que se come y se bebe por necesidad de la salud y, por eso, se les ha añadido un goce peligroso que lo acompaña; y muchas veces el goce se adelanta de tal modo que se convierte en el motivo de lo que digo o quiero hacer por necesidad de la salud. Está claro que no habla de la "precipitación" sino del goce peligroso que acompaña al comer o al beber.*

[599] Era el caso de la señora Belloc que iba a erigir congregaciones, y que contribuía en el mismo Burdeos a los retiros de las Damas.

[600] A la Madre Teresa. *Entresacado de la carta 458.4-5, ABT, v. II, p. 244.*

[601] Especialmente encargada de la Tercera Orden.

[602] 24 de septiembre de 1822. *Entresacado de la carta 211, Lettres, t. I, p. 365.*

Hijas de María conservarían la dirección general y el cuidado de la formación, y las Hijas de la Providencia recibirían de ellas su impulso, serían como la prolongación de su propia acción y en cierta manera una de sus ramas. Dice el P. Chaminade al P. Mertian explicando su plan[603]: «Vea delante de Dios si, sin cambiar nada de las Constituciones de unas y otras, no podría haber una alianza y dependencia reales. Las Hijas de María, por ejemplo, educarían, formarían, gobernarían, retirarían y enviarían a las Hermanas de la Providencia, de acuerdo siempre con la Superiora y el Visitador». Así se conseguiría el fin de ambas.

No duró mucho tiempo este proyecto de fusión. Por una parte, los fundadores estaban en desacuerdo sobre puntos esenciales, en particular sobre la cuestión del envío de una Hermana sola o de dos a localidades pequeñas. El P. Chaminade no lo aceptaba para ellas como tampoco lo aceptaba para los Hermanos. Por otra parte, el P. Mertian quería conservar para las Hermanas de la Providencia su misión regional y no extenderla fuera de Alsacia. Se abandonó el asunto, sin que el P. Chaminade renunciase sin embargo a la idea de fundar, si el cielo le daba la orden y los medios, una Tercera Orden concebida según el plan que había expuesto al P. Mertian. Sus intenciones persistentes sobre este punto nos son reveladas por algunas líneas de la correspondencia de Adela de Trenquelléon a finales del año 1822. Escribe a Tonneins[604]: «¿Cómo va la Tercera Orden? El P. Mouran nos dijo que el Buen Padre tiene grandes miras sobre esta sección del Instituto. Cultivemos bien esta viña preciosa. Formémosla en una firme virtud, edificada sobre el cimiento de una verdadera humildad y de una entera obediencia».

En 1825, uno de esos sacerdotes abnegados que intentaban crear comunidades de Hermanos y de Hermanas para las zonas rurales pidió la ayuda del P. Chaminade y recibió de él la siguiente respuesta en lo que concierne a las Hermanas[605]: «Sus obras de chicas en las campiñas me agradarían mucho si estuviesen mejor constituidas, si tuviesen fundamentos más profundos, si estuviesen unidas a otras obras capaces de sostenerlas. Ayer, por ejemplo, yo adopté una creada en Montfort, diócesis de Auch; pero la adopté sólo a condición de que se formase una comunidad de la Tercera Orden regular del Instituto de María, que estaría siempre subordinada a sus superiores y dependería de la Hijas de María. Sin estas precauciones de sabiduría, usted corre el riesgo de no hacer nada sólido».

Así pues, perseveraba en su proyecto e incluso daba por descontada su realización próxima. Desgraciadamente la fundación preparada en Montfort por las señoritas Silhères, hijas de un abogado de esa ciudad, encontró diversos obstáculos. Es verdad que las directoras entraron en el Instituto, pero su obra quedó en suspenso durante los años 1826 y 1827 y terminó abortando. Hasta el final la Madre de Trenquelléon había esperado ver con sus ojos el cumplimiento de uno de sus deseos más queridos. Esa satisfacción le fue negada, último sacrificio añadido a tantos otros y cuyo premio iba a recoger sin duda esta Tercera Orden que ella había deseado tan vivamente.

Sin dejarse desalentar por los fracasos anteriores, el P. Chaminade mantenía siempre su mirada puesta en esta diócesis de Auch, de donde le venía la esperanza. Como si quisiese adelantar el momento en que daría a la memoria de su colaboradora esta prueba de fidelidad a su misión común, pocos meses después de la muerte de la Madre Trenquelléon escribía a la que la reemplazaba[606]: «Si usted encuentra algunas personas que le parecen buenas, podría inscribirlas con sus notas particulares. Se vería si pueden formar parte de la Tercera Orden regular de las Hijas de María». Le llegaron nuevas propuestas y desembocaron, en junio de 1830, en la aceptación de una primera fundación en el pueblo de Barran de esta misma diócesis de Auch. Todo iba a concluirse con ocasión de la visita que se proponía hacer al «país alto»[607]. No contaba con los acontecimientos políticos. Su viaje tuvo lugar, pero a finales de julio tuvo conocimiento en Agen de la revolución que acababa de derrocar el trono de Carlos X y se creyó obligado a volver inmediatamente a Burdeos. La fundación de la Tercera Orden era obstaculizada una vez más.

El P. Chaminade no era un hombre que se desanimase. El tiempo sido siempre uno de sus más poderosos auxiliares en la ejecución de los planes de Dios. Efectivamente, seis años después de su último fracaso, el fundador veía su larga perseverancia coronada por el éxito y sus presentimientos justificados: se creaba la Tercera Orden en esta diócesis de Auch hacia la que se habían vuelto siempre su deseo y su pensamiento.

El P. Chaminade estaba en relación con varios sacerdotes de Auch, pero estaba particularmente unido a uno de los directores del Seminario mayor, el P. Chevallier[608]. Sacerdote de mérito excepcional, el P. Chevallier era el hombre de todas las buenas obras. Misionero infatigable, apóstol de la devoción al Via

---

[603] 17 de diciembre de 1821. *Carta 184, Lettres, t. I, p. 313*

[604] A la Madre Dosithée, 12 de diciembre de 1822. *Carta 478.4, ABT, v. II, p. 273.*

[605] Al P. Perrey del Franco Condado, 5 de enero de 1825. *Carta 319, Lettres, t. I, pp. 631-632.*

[606] A la Madre San Vicente, 27 de mayo de 1828. *Carta 460, Lettres, t. II, p. 327.*

[607] «Podría tratar el asunto en Agen con la Superiora general, y preparar las Constituciones y reglamentos para nuestras religiosas de Barran». Al P. Barrère, párroco de Barran, 25 de junio de 1830. *Carta 529, Lettres, t. II, p. 488.*

[608] Louis-Antoine Chevallier, nacido el 12 de septiembre de 1800 en Avensac, sacerdote en 1823, fue sucesivamente profesor de filosofía, luego de teología en el Seminario mayor, canónigo, vicario general y superior del Seminario mayor a partir de 1840. Murió en 1875.

Crucis, después de la Propagación de la fe, contribuyó a la introducción de la Congregación en la ciudad y en el Seminario mayor, de acuerdo con su cohermano, el P. Larrieu. Amigo personal del P. Chaminade, desde que este último frecuentaba la ciudad de Auch, estrechó sus lazos con él por la Congregación y le tenía en muy alta estima.

Entre las diversas comunidades cuya dirección fue confiada al P. Chevallier, había una que trabajaba en lo que se llamaba Casa de Socorro, que era la casa de dementes del departamento. En realidad, las piadosas mujeres que se entregaban a este sacrificado servicio no formaban propiamente una comunidad, puesto que no tenían ni regla, ni hábito, ni votos, ni nada que les uniera unas a otras, salvo su dedicación a una obra común. Pero sentían la necesidad de estrechar sus lazos y apremiaban al P. Chevallier a que les redactase unas reglas. El P. Chevallier no quiso, y, acordándose de las intenciones del P. Chaminade respecto a la creación de una Tercera Orden de las Hijas de María, propuso a sus hijas de la Casa del Socorro como primeros elementos de la nueva fundación. El cardenal d'Isoard, arzobispo de Auch, aprobó sin reservas los actos del P. Chevallier y autorizó de antemano al P. Chaminade a proceder, según su buen juicio, como creyese más conveniente.

El fundador no se apresuró a aceptar este proyecto, pero presentía que llegaba al término de su empresa y, con esa idea y para visitar Layrac, volvió al Midi en la primavera de 1836. A finales de junio, tras una primera entrevista con el P. Lalanne, se trasladó a Auch para hablar tanto con el cardenal d'Isoard y con el P. Chevallier como con las propias interesadas. En los primeros encontró ánimos y en las segundas una buena voluntad sin reservas: no tenían más que un deseo, llegar a ser Hijas de María y ya el P. Chevallier les había inculcado el espíritu del Instituto. El P. Chaminade comprobó que incluso las postulantes constituían un número lo suficientemente grande como para permitirle enviar pronto a algunas de ellas a la obra de los campos.

Fue a Agen para hacer las últimas gestiones con la Superiora de las Hijas de María, después volvió a Auch, donde la resolución de los asuntos se retrasó algunos días por la terrible catástrofe del 24 de agosto de 1836. Un ciclón se abatió sobre la región y el Gers, desmesuradamente hinchado por lluvias torrenciales, salió de su lecho y arrasó la parte baja de la ciudad y las campiñas de alrededor. Escribía el P. Chaminade[609]: «Este desastre fue horrible, espantoso. Yo no he sufrido nada personalmente. Las pérdidas y los estragos suman más de dos millones para la ciudad y para los alrededores. No hablo de muertos y ahogados. Las pérdidas de la Casa departamental del Socorro, dirigida hoy por las Hijas de María, han sido estimadas en 30.000 francos. La casa del noviciado, que les pertenece en propiedad, sólo ha perdido todas sus cosechas de la huerta, que eran considerables».

El 1 de septiembre fue firmada por el cardenal y el fundador el acta de afiliación que colocaba la fundación «bajo la administración general de las Hijas de María y bajo la jurisdicción y protección de Su Eminencia el cardenal d'Isoard y de los arzobispos de Auch, sus sucesores»[a]. Enseguida el P. Chaminade le dio reglamentos adecuados a su fin. En cuanto al gobierno de la nueva rama de las Hijas de María, le fue confiada a una religiosa de la gran Orden, la Madre Leocadia, entonces superiora de la casa de Acey. Se abrió inmediatamente un noviciado en un inmueble comprado por el P. Chevallier, frente a la Casa del Socorro, y acudieron numerosas postulantes.

Cuando volvió a Burdeos, el P. Chaminade siguió velando con cuidado extremo por su nueva fundación. Estaba al corriente de todo lo que pasaba, asegurándose por correspondencia, y mejor todavía por una visita anual, de que a las postulantes se les inculcaba el verdadero espíritu del Instituto de María. En 1837 tuvo la alegría de recibir los votos de las primeras religiosas y de ver que numerosos párrocos de Gers le dirigían peticiones de escuelas.

Pero a pesar del estado floreciente del noviciado, que pronto tuvo que agrandarse, porque había poco espacio para el número de novicias, no se apresuraba en satisfacer las peticiones que le venían de todas partes. Escribía a Clouzet hablando de la Tercera Orden de Auch[610]: «No quiero que salga nadie que no haya sido suficientemente formada». Era una medida sensata, conforme a todos sus principios, que quizás no había sido muy aplicada en sus otras fundaciones. En ésta se aplicó rigurosamente. Durante los tres primeros años, el P. Chaminade no aceptó más que una sola fundación fuera de la Casa del Socorro. Era la de Barran, prometida desde 1830 y realizada por fin en 1837.

Pero a partir de 1839, las fundaciones se sucedieron rápidamente: las de Pavie, Cazaubon y Fleurance en 1839, las de Montréal y Aux en 1840, etc.. Cada año se fundaron una o varias hasta la muerte del fundador. No tardaron en pasar los límites de la diócesis de Auch: en 1849, la tercera Orden se implantó en la diócesis de Agen, en Bon-Encontre. En 1840, había estado a punto de establecerse en Córcega, pero al final la fundación correspondió a las Hijas de María de Agen.

---

[609] A Clouzet, 11 de octubre de 1836. *Entresacado de la carta 880, Lettres, t. IV, p. 27.*

[a] *Carta 866, Lettres, t. III, p. 652.*

[610] 23 de octubre de 1837. *Error en el mes: carta 1016, de 23 de diciembre de 1837, Lettres, t. IV, p. 261.*

El obispo de Ajaccio, monseñor Casanelli d'Istria[611], era un antiguo vicario general de Auch y protector de la Orden naciente. Había presidido la primera toma de hábito, y en esta ocasión había hecho prometer al fundador que enviaría Hijas de María a Córcega. Encargado desde hacía pocos años de su diócesis de origen, había constatado allí unas necesidades espirituales muy urgentes. El clero era en todas partes insuficiente y de una cultura más que rudimentaria. La ignorancia del pueblo de la campiña era lamentable y, a pesar de una fe muy viva, la religión no consistía más que en prácticas exteriores. Queriendo remediar este estado de cosas, el nuevo obispo se apresuró a traer religiosos y religiosas a su diócesis. A monseñor de Mazenod le pidió los oblatos de María, del P. Chaminade quiso conseguir las Hijas de María. Habían pasado dos años desde la primera toma de hábito y ninguna religiosa de Auch aparecía en Córcega. El obispo se quejó amablemente al P. Chaminade y le recordó sus derechos que pensaba que no debía abandonar[612]. El fundador le preparó para el verano de 1840 una comunidad sacada de la Tercera Orden, pero puso al frente una superiora tomada de las Hijas de María de Agen. Pensaba que la fundación de Auch era demasiado reciente para confiarle a ella sola una misión tan lejana y tan difícil. El P. Chevallier acompañó a las religiosas y las instaló en su primer convento, el de L'Ile-Rousse, donde fueron acogidas con manifestaciones extraordinarias de simpatía. Respondieron tan bien a su reputación que monseñor Casanelli urgió al P. Chaminade a que le enviase nuevas colonias.

Efectivamente, antes del final de ese mismo año 1840, el fundador hizo salir una segunda guiada por el buen Hermano Bidon. Como la primera, estaba compuesta por religiosas de la Tercera Orden, encabezadas por una superiora de Agen. La residencia asignada fue Olmeto. El P. Chaminade se proponía abrir en este nuevo convento una casa de formación de donde la Tercera Orden se extendería por toda la isla. Pero encontró un obstáculo en las disposiciones de las dos superioras, que suspiraban por la clausura y pedían establecerla en sus conventos respectivos. Era modificar las intenciones del fundador, que pensaba que, en un país como Córcega, la Tercera Orden, capaz de entrar en contacto más directo con el pueblo, prestaría mejores servicios que conventos de clausura. Se opuso a la transformación, en lo que dependía de él, pero dejó que fuese el obispo de Ajaccio el árbitro de la situación[613]. El prelado creyó deber acoger la petición de las dos superioras, y las fundaciones de Córcega se unieron a la gran Orden. El centro de la diócesis, Ajaccio, tuvo también pronto su convento de Hijas de María y a estas religiosas llamó el gobierno para una obra muy querida al fundador, la dirección de la escuela normal. El P. Chaminade ya había hecho los mayores esfuerzos por establecer en Acey una escuela normal femenina. Igualmente se instituyó en Ajaccio un noviciado y llegó a ser lo suficientemente próspero como para permitir a continuación nuevas fundaciones.

El P. Chaminade no ocultaba su interés especial por su querida Tercera Orden. La rodeaba del afecto que se testimonia al último hijo, y agradecía a María que hubiese aceptado este fruto tardío de su celo. Escribía a la superiora[614]: «¡Qué buena es María para con sus hijos! Parece estar solícita por ellos, aunque habite el lugar de paz inalterable». El fundador se alegraba de lo que esta buena y tierna Madre le había permitido realizar antes de su muerte, «esa extensión dada a las obras exteriores de las Hijas de María», que procuró grandes consuelos a sus últimos años.

En la organización de la tercera Orden procedió como en las demás obras. Al principio, no había nada determinado y, aparte de los reglamentos indispensables adecuados a la situación especial de las nuevas religiosas, para todo el resto el punto de referencia eran las Constituciones de las Hijas de María. Cuando en 1839, estableció el texto de las Constituciones de las Hijas de María, insertó, como veremos en el capítulo siguiente, un párrafo relativo a la Tercera Orden. No le dio por el momento otras reglas.

Así definía en 1840 el espíritu y el fin de su nueva fundación, cuando se planteó introducirla en el Franco Condado[615]: «Estas Hermanas son realmente religiosas e Hijas de María; la diferencia está en que, como las *conversas* de las Hijas de María, no hacen voto de clausura, aunque están obligadas a todas las reglas de reserva de las religiosas claustradas, en el ejercicio de sus obras. ¿Cuáles son estas obras? Obras primero de maestras y obras de cuidado de enfermos a domicilio; reciben habitualmente lecciones de un médico así como de un farmacéutico: hay quienes, no estando llamadas a ser maestras, se destinan más especialmente al cuidado de los enfermos. En los lugares de población numerosa, se trata de poner alguna capaz de mantener, los domingos y fiestas, reuniones de jóvenes de su sexo. Las religiosas de la tercera Orden no son nuca menos de tres, en cualquier ligar que sea. Se encargan del cuidado de los hospitales».

El gobierno de la Tercera Orden pertenecía a la Superiora de Auch, pero bajo la total dependencia de la Superiora general de Agen. Este estrecho lazo que unía a la rama no claustrada con la claustrada estaba destinada a preservarla de los peligros inherentes a una vida totalmente exterior y, al mismo tiempo,

---

[611] Xavier-Toussaint-Raphaël Casanelli d'Istria nació en Córcega el 24 de octubre de 1794. Se fijó en él en Roma monseñor d'Isoard, entonces auditor de la Rota. Volvió a Francia con este prelado, llegó a ser su vicario general en Auch y fue presentado por él para la sede de Ajaccio (1833). Durante su largo pontificado, renovó la faz de su diócesis y murió el 2 de octubre de 1869.

[612] Cartas del 25 de septiembre de 1839 *AGMAR 28.2.564* y del 27 de marzo de 1840 *AGMAR 28.3.794*.

[613] Carta del 7 de diciembre de 1840 a monseñor Casanelli d'Istria. *Carta 1232, Lettres, t. V, pp. 232-238.*

[614] A la Madre Leocadia, 26 de octubre de 1836. *Carta 885, Lettres, t. IV, p. 32.*

[615] A Perrodin, 26 de junio de 1840. *Carta 1209, Lettres, t. IV, pp. 190-191.*

asegurarle una formación religiosa suficiente. Sin esta garantía, el P. Chaminade no se hubiera prestado nunca a una fundación de este tipo: sus cartas y sus conversaciones con el P. Mertian nos muestran claramente su pensamiento en este punto. Había hablado también de ello con el cardenal d'Isoard, y había sido perfectamente comprendido por el prelado.

No compartió los temores de la Madre San Vicente, cuando el arzobispo de Auch procedió a examinar a las novicias. Garantizó la identidad de sus propios puntos de vista y los del cardenal y tranquilizó en estos términos a la Superiora general de Agen[616]: «El Instituto de las Hijas de María es de los institutos gobernados inmediatamente por Superiores regulares. Forma una Congregación general sometida inmediatamente a una Superiora general que gobierna asistida por un consejo, y mediatamente a un Superior espiritual delegado de la santa Sede y de los obispos de las diócesis en las que hay casas del Instituto. Eso es el Instituto en la Iglesia de Dios, por pequeño e indigno que sea. Esté segura de que el señor arzobispo, que conoce mejor que yo los santos cánones de la Iglesia, no ha querido paralizar la administración general en su diócesis. Protector nato de la Tercera Orden y primer defensor de la observancia de nuestras santas reglas, Su Ilustrísima quiere contribuir, en lo que de él depende, a la prosperidad de las Hijas de María. Yo sé que este es el deseo más ardiente de su corazón, como he podido convencerme durante su estancia en Burdeos. Así pues, Su Ilustrísima quiere examinar las vocaciones religiosas en el Instituto por interés hacia las Hijas de María. Además, el P. de Belloc, vicario general, en su calidad de Superior local, participa en el examen de las vocaciones, y preside el consejo que decide. Pero él está ahí como delegado de Su Ilustrísima y mío, y así, tal como quiere el santo concilio de Trento, las comunidades inmediatamente gobernadas por superiores regulares no se sustraen a la jurisdicción y protectorado de los obispos».

Cuando, durante estos primeros años, sobrevenía alguna dificultad, la presencia del fundador aportaba una pronta solución. A pesar de su edad, hasta 1842 se trasladaba cada año a Auch, para fortalecer las mentes y los corazones en el conocimiento y el amor a la vocación, resolver los casos difíciles y perfeccionar los reglamentos existentes.

Se suspiraba por él y no se quería arreglar sin él ningún punto de cierta importancia. He aquí en qué términos el P. Chevallier le urgía en 1838 a apresurar su viaje[617]: «Mi bueno y venerable Padre, permítame que le exprese en pocas palabras toda la ansiedad e inquietud con que se le espera en Auch. Todo está en una especie de sufrimiento, y el bien que se hace es aguardando el que se espera hacer pronto». Enumeraba los asuntos que había que arreglar, y después añadía: «Le suplicamos todos de rodillas, mi bueno y muy querido Padre, que tenga la bondad de venir tan pronto como le sea posible. Todo está pidiendo aquí su presencia. Los PP. Belloc y Barrère, los dos vicarios de la diócesis, le esperan también vivamente». Efectivamente, ese año el P. Chaminade se detuvo mucho en Auch. Volvió incluso dos veces para mandar a Roma por mediación del P. Chevallier las Constituciones de los dos institutos, como pronto tendremos ocasión de explicar.

Incluso cuando ya no le fue posible viajar a Auch, continuó ocupándose al detalle de lo que ocurría allí y testimonió a sus hijas un interés que no se debilitó nunca. Hasta el final de su vida la Tercera Orden, cuyos progresos eran más sensibles que los de la misma gran Orden, fue así el objeto de su solicitud especial. Sin embargo, a su muerte no lo había dado todavía reglas constitutivas completas.

La fundación de la Tercera Orden fue el último episodio de la visita general realizada por el fundador de 1834 a 1836. Una circunstancia dolorosa le llevó de Auch no a Agen, sino a Burdeos[b], antes incluso de arreglar todos los detalles de la nueva fundación.

Desde hacía tiempo se le urgía a volver a Burdeos. David Monier, que vivía en el retiro, suspiraba por su vuelta, y el P. Caillet le escribía en el mes de julio de 1836[618]: «Le esperamos con una santa impaciencia, que sin duda nos es permitida, tras cinco o seis meses de dolorosa espera. Así pues: *fiat, fiat!*». Pero había un motivo más poderoso para dejar apenas esbozada la obra tan interesante de la Tercera Orden.

Marie-Thérèse de Lamourous se acercaba a su fin. Enferma desde hacía muchos años, se sentía en este mes de julio más enferma que de costumbre, y se encomendaba por medio del P. Caillet, su confesor, «a las fervientes oraciones del Buen Padre». Al principio de agosto aumentó la inquietud respecto a la enferma. Decía el P. Caillet al P. Chaminade[619]: «Esta carta es sobre todo para decirle cómo se encuentra Marie-Thérèse de Lamourous, cuya enfermedad se agrava poco a poco y hace temer un fatal desenlace. El mal progresivo data de la muerte por el fuego del señor arzobispo, que le ha impresionado mucho[620]. Tiene fiebre por momentos; a menudo se agita por el temor de la muerte y de los juicios del Señor, y, aunque se llegue a tranquilizarla, no es por mucho tiempo. Sufre mucho en todo su cuerpo; el dolor le arranca a veces gritos. No

---

[616] A la Madre San Vicente, 1 de diciembre de 1836. *Error en la fecha: carta 1262, de 10 de diciembre de 1841, Lettres, t. V, pp. 321-322.*

[617] Carta del 21 de junio de 1838.

[b] *Antes de volver a Burdeos, el P. Chaminade pasó primero por Agen, cfr. Lettres, t. III, p. 653. En Tonneins, firmó la obediencia a M. Gaussens el 13 de septiembre de 1836.*

[618] 18 de julio de 1836. *AGMAR 27.2.110.*

[619] 8 de agosto de 1836. *AGMAR 27.2.121.*

[620] Monseñor de Cheverus había muerto el 19 de julio de 1836.

se ha creído, sin embargo, que el peligro fuese tan próximo como para administrarle los últimos sacramentos». Si los asuntos de Auch no hubiesen sido tan apremiantes, el P. Chaminade habría volado a Burdeos para asistir y sostener a la moribunda con palabras de fe. El mes de agosto pasó sin que se agravase el peligro, pero en septiembre las fuerzas corporales e intelectuales disminuyeron progresivamente. Escribía el P. Caillet[621]: «En sus buenos momentos siempre se acuerda de usted; ella le presenta sus más humildes respetos y se encomienda a sus fervientes oraciones. Aunque a ella le agradaría lo indecible verle, prefiere privarse de ello y saber que está en un lugar de mayor tranquilidad». Conmovedora delicadeza en una moribunda. Dos días después, las noticias eran desesperadas[622]: «El señor Papetan[c] (el doctor) me ha dicho formalmente que ya no se recuperaría. Entonces me he apresurado a administrarle el santo Viático u la Extrema Unción, que ha recibido con todo su conocimiento, con gran devoción y sin asustarse demasiado. La señorita Laure, su sobrina, desea vivamente que tenga el consuelo de volverle a ver a usted antes de su muerte».

El P. Chaminade no lo dudó: dejó allí sus asuntos de Auch y tomó la diligencia para Burdeos. Marie-Thérèse de Lamourous parecía esperarlo para entregar su alma a su Creador. Expiró asistida por su Buen Padre el miércoles 14 de septiembre, día de la Exaltación de la santa Cruz[d]. Sus funerales fueron un triunfo, y, un mes después, el vicario Barrès celebraba sus virtudes en una oración fúnebre que era un verdadero panegírico.

Así pues, sólo el P. Chaminade sobrevivía a sus colaboradoras, Madre de Trenquelléon y Marie-Thérèse de Lamourous. Estas muertes sucesivas le invitaban a apresurar la realización de su obra. Esa era su idea cuando volvió a Burdeos. Presidió la elección de una nueva Superiora de la Misericordia e instaló a la elegida, Laure de Labordère, sobrina de la fundadora, designada antes por ella para sucederle[623]. Después se preocupó de dar los últimos toques a cada una de sus fundaciones para dejarlas, si era sorprendido por la muerte, en un estado de prosperidad tranquilizadora para el futuro. Esa será la tarea de los años que siguen.

Capítulo 36: Las Constituciones y el Decreto de alabanza (1837-1839)

El origen y el desarrollo progresivo de las reglas constitutivas de la Compañía de María nos son conocidos por los capítulos anteriores. Hemos visto al fundador exponer a sus primeros discípulos, en las conversaciones de 1817, el carácter, el fin y las obras esenciales de la nueva Compañía, presentarles, al año siguiente, con el nombre de *Instituto,* un primer ensayo de Constituciones y adoptarlas provisionalmente. Quería evitar fijar prematuramente puntos que sólo el tiempo y la experiencia debían consagrar. Le hemos visto a continuación, en 1829, trabajar en una redacción completa de las Constituciones, aplazar su promulgación por razones de orden interior, y, por fin, en 1834 publicar una parte.

El P. Chaminade había distribuido el conjunto de las Constituciones en dos libros, el primero de ellos consagrado a las obligaciones individuales de los miembros de la Compañía, y el segundo a las leyes constitutivas de todo el conjunto. En 1834 publicó el primer libro, que, para él, era el más importante, ya que determinaba el espíritu de la fundación, su fin y sus medios.

El primer artículo definía el fin de la Compañía en estos términos: «La pequeña Compañía que ofrece sus débiles servicios a Dios y a la Iglesia bajo los auspicios de la augusta María, se propone dos objetivos principales: 1º elevar a cada uno de sus miembros, con la gracia de Dios, a la perfección cristiana; 2º trabajar en el mundo en la salvación de las almas, sosteniendo y propagando, con los medios adaptados a las necesidades y al espíritu del siglo, las enseñanzas del evangelio, las virtudes del cristianismo y las prácticas de la Iglesia católica».

Como medios para conseguir el primero de estos objetivos, la santificación individual, la Compañía de María ofrecía a sus miembros, lo mismo que todos los demás institutos religiosos, la práctica de los consejos evangélicos y, así como la mayor parte de ellos, la vida común. El fundador explicaba primero con claridad el sentido que la Compañía quería dar a los cinco votos de pobreza, castidad, obediencia, estabilidad[624] y enseñanza de la fe y de las costumbres cristianas. Después se extendía sobre la vida común,

---

[621] Al P. Chaminade, 3 de septiembre de 1836. *AGMAR 27.2.126.*

[622] 5 de septiembre. *AGMAR 27.2.127.*

[c] *Corregir la ortografía: los documentos oficiales escriben Papetaud.*

[d] *Lettres, t. III, p. 654, nota (2) recoge la tradición de la Misericordia, confirmando que el P. Chaminade asistió a Marie-Thérèse de Lamourous en su muerte, aunque otros historiadores lo pongan en duda o lo nieguen.*

[623] 6 de febrero de 1837.

[624] «Por el voto de estabilidad se entiende constituirse de una manera permanente e irrevocable en el estado de servidor de María. Es propiamente una dedicación a la santísima Virgen con el piadoso propósito de propagar su conocimiento y perpetuar su amor y su culto, en la medida de lo posible, por sí mismo y por

prescribiendo que fuese lo más completa posible. En este punto, como en todos los demás, se contentaba con codificar lo que se había practicado desde el origen. No exigía privaciones extraordinarias de sueño ni de comida, pero las exigencias de la vida común, una interpretación severa del voto de pobreza y algunas mortificaciones pesadas a causa de las obras de celo[625] daban al conjunto de la regla un sello de austeridad. Por lo demás, era prudente y moderada, y todos los prelados que la examinaron la apreciaron así. Mostrando a los religiosos un ideal de perfección muy elevado, llevaba a toda persona de buena voluntad por caminos a la vez fáciles y seguros. El espíritu de fe era la base: recomendado en toda ocasión y bajo todas las formas, debía formar las almas en las virtudes evangélicas cuyo cuadro coronaba esta primera parte de las Constituciones.

El P. Chaminade dio prueba de tal competencia en esta materia que estas reglas de ascetismo y de vida común apenas fueron retocadas después, aunque las Constituciones de la Compañía de María hayan sido objeto de varias revisiones antes de su aprobación definitiva. Se contentaron con mitigar algunas prescripciones incompatibles con las fatigas de la educación y de eliminar algunas reglas demasiado minuciosas que estaban mejor en el Costumbrero que en las Constituciones.

En cuanto a las obras que proporcionaban a la Compañía el medio para conseguir su segundo fin, la santificación de las almas, el P. Chaminade seguía fiel a la idea por la que había sostenido tantas luchas con diferentes fundadores e incluso con varios de sus discípulos[626]. Se negaba a restringirse a tal o cual categoría de obras estrictamente delimitada. Al contrario, afirmaba claramente que «la Compañía de María no excluye ninguna clase de obras: adopta todos los medios que la divina Providencia le da para conseguir los fines que se propone. *Quodcumque dixerit facite:* esa es su máxima. La sigue como si la orden que dio María a los servidores de Caná fuese dirigida por la augusta Virgen a cada uno de sus miembros: "Haced lo que él os diga"» (art. 6). Sin embargo, precisaba su pensamiento diciendo que quería dedicar a sus hijos sobre todo a «la educación», entendiendo con este nombre «todos los medios con los cuales se puede insinuar la religión en la mente y en el corazón de los hombres y elevarlos así, desde la tierna infancia hasta la edad más avanzada, a la profesión ferviente y fiel de un verdadero cristianismo» (art. 251). Y como «hay dos maneras de salvar a los hombres, preservándolos del contagio del mal y curándolos si han sufrido sus ataques, de esas dos maneras la Compañía adoptará preferentemente la más segura y la más fácil, se propondrá sobre todo preservar». Afirmaba así una predilección por los más jóvenes y quería que a ejemplo del divino Maestro sus religiosos dedicasen un amor especial a los pobres. Declaraba, sin embargo, que la Compañía no quería excluir de su solicitud a las personas de más edad ni a las que pertenecían a una condición social más elevada. El fin a primera vista ilimitado recibía así algunas restricciones que orientaban las obras en un sentido más que en otro.

Una vez publicado este primer libro de las Constituciones, el P. Chaminade, antes de continuar su tarea, decidió ir cerca de sus hijos, explicarles de viva voz estas reglas fundamentales e inculcarles su espíritu. La reconstitución de los noviciados, donde debía perpetuarse la verdadera tradición religiosa del Instituto, le parecía indispensable y urgente. A los que tenían prisa por conocer el gobierno y la organización de la Compañía, respondía[627] que deseaba antes ver «a los miembros de la Compañía imbuirse del espíritu de su estado y que sería una desgracia la consolidación de una sociedad antirreligiosa». Les invitaba a no dar una importancia capital a estas reglas de gobierno, porque, según decía[628], «nuestra fuerza real debe estar en las disposiciones interiores. No digo con esto que no haga falta dar a la plaza una circunvalación reglamentaria y unos puntos orgánicos sabiamente establecidos; pero esos puntos orgánicos, aunque fuesen como torres que pareciesen inexpugnables, no serían nada si el interior de la plaza no va bien».

Otra razón que le llevaba a evitar toda precipitación era que consideraba este trabajo muy difícil, como confesaba al P. Lalanne en 1829[629]: «Aunque sea fundador de un Instituto religioso, yo me considero siempre un pequeño novicio en el arte de hacer reglamentos y Constituciones. No encuentro nada tan difícil como hacer buenas leyes, sobre todo cuando hay que llegar a tantas clases de personas y mantenerlas toda la vida». Quería aprovechar todo lo posible de las enseñanzas del tiempo. San Vicente de Paúl había esperado hasta los últimos años de su vida para determinar la organización de los sacerdotes de la Misión y de las Hijas de la Caridad, contando con la experiencia más que con las propias luces para dar reglas cuya forma iba a ser nueva en la Iglesia. El P. Chaminade. que no innovaba menos, se dirigía siguiendo los mismos principios:

---

otros, en toda circunstancia de la vida» (Art. 19).

[625] Un día de ayuno por semana, la cena siempre parca, la cuaresma sin dulcificaciones, etc.

[626] Un día el señor Estebenet, que llegó a ser padre Estebenet, expresaba su lamento de que el P. Chaminade no se ajustase a la idea de Auguste Perrière, que era la de no abrazar más las *escuelas medias,* y añadía que se habría juntado a él pero «que no tenía una vocación enciclopédica». Quizás se le podría haber hecho notar que la vocación que él abrazó [jesuita] no era menos extensa. El P. Caillet mismo se quejaba de ver a su Padre entregarse a tantas obras diferentes. Decía (al P. Chaminade, 5 de septiembre de 1836 *[AGMAR 27.2.127]*) que tenía miedo de «que el fin de la Compañía fuese demasiado extenso, demasiado universal y un poco vago».

[627] A la comunidad de Colmar, 1 de mayo de 1838. *Carta 1045, Lettres, t. IV, p. 312.*

[628] Al P. Lalanne, 10 de enero de 1832. *Carta 613, Lettres, t. III, p. 105.*

[629] 30 de diciembre de 1829. *Carta 495, Lettres, p. 399.*

deliberadamente había descuidado, en los orígenes, el fijar los detalles de la organización y del gobierno. Había dejado a su obra constituirse como ella misma, a través de las fases sucesivas que debían llevarle a su forma definitiva y duradera.

Sin embargo, en sus viajes, había comprobado una cierta inquietud en sus hijos que, viendo su edad avanzada, tenían miedo de perderlo antes de que terminase la tarea. Estos temores habían sido uno de los motivos que le habían decidido a publicar en 1834 la primera parte de las Constituciones, como él mismo decía en la carta de envío[a]: «Vuestros jefes, queridos hijos, temían que si la muerte me quitase de este mundo antes de esta redacción, se pudiera levantar alguna tempestad en la Compañía. Por eso he creído deber ocuparme de ello. Cada día le consagro, como a mi preparación a la muerte, todo el tiempo que puedo robar a mis ocupaciones».

Lo que era verdad en 1834, lo era todavía más en 1837, y los religiosos, habituados a no ocultar a su Buen Padre ninguno de sus pensamientos, le rogaban que acabase cuanto antes su trabajo. Le decían por ejemplo con el P. Rothéa[630]: «Según las ideas que he sacado de usted, la Compañía de María debe ser una Orden verdaderamente religiosa, debe extenderse por todo el universo, debe abrazar toda clase de buenas obras, debe ser toda para todos». Ahora bien ¿cómo será eso si el fundador no establece nada cuando está vivo y si todo está expuesto a ir a la deriva al día siguiente de su desaparición? porque «si por desgracia la muerte le sorprende, querido buen Padre (quod absit!), ¿qué sería de nosotros? Cada uno interpretaría los reglamentos y el espíritu de la Compañía a su manera y la ruina sería inevitable».

El mismo lenguaje tenía su hermano Louis Rothéa[631]: «Permítame, querido buen Padre, que le haga esta observación de que deje todo bien establecido cuando está vivo, porque, como muchos otros, temo que después de su muerte haya desunión y quizá ruptura entre los miembros de la Compañía». El fundador recibía con bondad estas observaciones de sus hijos, aunque las razones alegadas no le parecían del todo convincentes: sabía que la obra que él dirigía no era suya y no sentía esas inquietudes que hubiesen sido una falta de fe y de confianza en la Providencia. Respondía simplemente[632]: «Le agradezco, querido hijo, que me haga ver mi muerte como próxima. San Pablo era incomparablemente más necesario a la Iglesia naciente que lo que yo pueda serlo para la Compañía de María, y sin embargo, consideraba la muerte como una ganancia. Dios no necesita de nadie para realizar sus obras, cuando son según su corazón. Eso no quiere decir que no debamos prestar todo nuestro corazón y todas nuestras fuerzas, todo el tiempo de nuestra vida, pero sin inquietud». Estas últimas palabras reflejaban todo su pensamiento: no rehusaba agradar a sus hijos, pero esperaba su luz de lo alto más que de las consideraciones puramente humanas. Por lo demás, en el momento en que escribía estas líneas, estaba decidido a no diferir más la publicación que se le pedía, porque se había producido un hecho que le parecía exigir un pronto fortalecimiento de su fundación. Era un nuevo y más grave atentado del P. Lalanne contra su autoridad.

Desde el mes de abril de 1837, el P. Lalanne, separado de la Compañía de María en lo concerniente al mantenimiento de la obra de Layrac, estaba en pugna con su Superior por unas sumas que esta casa debía a la Compañía. A finales de julio, el P. Chaminade, que mantenía sus reivindicaciones por deber de conciencia y para salvar intereses que no eran los suyos, creyó sin embargo, por amor a la paz, que debía desistir de su reclamación y dirigió al P. Lalanne por medio del fiel Bidon una carta muy paternal cuyas primeras líneas eran estas[633]: «Hace ya muchos días, querido hijo, no sé cuántos, que en presencia del Santísimo Sacramento, reflexionando sobre el carácter de dulzura de Nuestro Señor, me vino de repente la idea de no continuar la pequeña memoria que le envié y lo he decidido, independientemente de su respuesta. El pasaje que me decidió fue éste: *Arundinem quassatam non confringet et linum fumigans non exstinguet, donec ejiciat ad victoriam judicium* (Mt 12,20). Lo dejo todo a su conciencia».

Pero precisamente pocos días antes de recibir esta carta, el P. Lalanne había decidido dar un golpe de audacia que meditaba desde hacía tiempo. Pretextando el retraso del P. Chaminade en la constitución definitiva de la Compañía, creyéndose con derechos a la dirección iguales que los del fundador, puesto que había sido su primero y principal instrumento, había decidido apelar contra el fundador ante la Compañía y someter a esta última no sólo el asunto de Layrac, sino la situación general de la Congregación. Pensaba aprovechar esta ocasión para hacer prevalecer sus ideas en materia de organización, resuelto, si era preciso, a apartar al P. Chaminade del gobierno. Dirigió entonces a todos los directores dos circulares seguidas. La segunda de ellas les hacía las siguientes preguntas[634]: «1º ¿Piensa usted que, tanto por el asunto que me concierne como por la situación general de la Compañía, hay motivo para convocar un Capítulo general? 2º ¿Responderá usted a la invitación que se le hará regularmente y con todas las condiciones que darán seguridad a su conciencia, en el caso que el Superior se oponga a esta convocatoria?».

---

[a] *Carta 759, Lettres, t. III, p. 454.*

[630] 23 de enero de 1838. *AGMAR 27.5.172. Es una cita entresacada de esa carta*

[631] 19 de agosto de 1837. *AGMAR 27.3.463. También es una cita entresacada.*

[632] Al P. Léon Meyer, 13 de marzo de 1838. *Carta 1035, Lettres, t. IV, pp.294-295.*

[633] 28 de julio de 1837. *Entresacado de la carta 981, Lettres, t. IV, pp.209-210.*

[634] 17 de agosto de 1837. *Cfr. Lettres, t. IV, p. 218.*

En toda la Compañía hubo un grito de reprobación. El P. Lalanne había golpeado en falso. Había creído que bastaría con aparecer para arrastrar a todos en su seguimiento, pero su prestigio se había debilitado mucho desde que entró en conflicto con su Superior. Una circular del P. Chaminade, fechada el 26 de agosto, le dio el último golpe e hizo desaparecer las últimas dudas. Era enérgica y se oponía a la convocatoria de un Capítulo general, provocado sin mandato e inoportuno en esas circunstancias. De todas partes afluyeron cartas de sumisión filial, que aseguraban al fundador una inviolable fidelidad. Se podían resumir todas en la del P. Rothéa[635]: «Participamos mucho, mi buen Padre, en las penas que le deben causar algunos de sus hijos infieles. Pero esperamos que volverán de su profundo extravío como el hijo pródigo y que, a pesar de todas las sacudidas que experimenta la Compañía de María, ella se consolidará y se desarrollará más que nunca».

No se equivocaba el P. Rothéa: la Compañía ganó doblemente con esta sacudida. Por una parte, sintió la urgente necesidad de hacerse aprobar en Roma y, por otra, se vio liberada de algunas personas que habían perdido el espíritu de su estado. Entre ellas se encontraba Mémain, el antiguo ecónomo del P. Lalanne, que pretendía administrar a su antojo las escuelas de Agen. El P. Chaminade le dejó alejarse antes que sufrir unas exigencias contrarias al espíritu religioso. Las escuelas de Agen se perdieron de golpe: era un gran mal, menor sin embargo que la presencia en la Compañía de estos elementos de discordia.

En cuanto al P. Lalanne, de acuerdo con las previsiones de los que le conocían, iba a volver una vez más, como hijo pródigo, a su padre. Tenía una veneración demasiado profunda por el P. Chaminade, una conciencia demasiado recta, aunque a menudo cegada por su deseo de gobernarse a sí mismo, como para dejarse llevar a una ruptura sin remedio. Presentó su dimisión como jefe general de instrucción, y, presa de un profundo desaliento, deslizó un «Adiós para siempre» en su carta al P. Chaminade. Éste le dio esta admirable respuesta[636]: «Usted va a hacer un poco de retiro y, si el espíritu del Señor se digna iluminarle, usted verá claramente que no son la verdad y la razón las que le han llevado a todos esos estallidos. No acepto, hijo mío, su *adiós,* y menos todavía el *adiós para siempre en la tierra:* usted será siempre mi hijo, aunque se oponga a mí, porque yo tendré siempre para con usted un verdadero amor paternal. No habrá separación absoluta más que en la eternidad si no marchamos los dos por la vía estrecha en la que hemos tenido la dicha de entrar».

El «adiós» del P. Lalanne no podía ser largo. Empujado por el deseo de reconciliarse con su Padre, acudió a Burdeos y pidió al nuevo arzobispo, monseñor Donnet, que hiciese de mediador. El P. Chaminade se mostró paternal con él, pero no creyó oportuno concederle todo lo que pedía, en particular la readmisión de Layrac entre las casas cuya carga asumía la Compañía. Lo primero que quería del P. Lalanne era la conversión del corazón, pero tenía aún dudas muy fundadas no sobre la sinceridad de sus sentimientos pero sí sobre su eficacia. Sólo se tranquilizó cuando recibió una carta fechada el 17 de marzo de 1838 que enmendaba muchos errores. Escribía el P. Lalanne[b]: «Llego de Agen, donde el P. Mouran, nuestro amigo común, ha tenido la bondad de oírme en confesión. En primer lugar había que pedir perdón a Dios. Después vengo a usted, pero... es mejor decir como se lee hoy en el evangelio: *Jam non sum dignus vocari filius tuus...* Me pongo de rodillas y yo también pido perdón. Estoy a sus órdenes. Humillado y confundido por mis extravíos y mis debilidades, no sé lo que será de mí, porque merezco todos los rigores de la justicia de Dios; pero con tal que salve mi alma, el resto importa poco. Creo que esto le llegará el día de su fiesta. No lo he hecho expresamente. Si no valgo lo suficiente para que el testimonio de mi respeto pueda serle agradable, permítame ofrecerle el de mi arrepentimiento».

Mantuvo su palabra y reparó por todos los medios posibles el mal que había hecho con más ligereza que mala voluntad. Se retractó con una carta pública dirigida a sus hermanos y, más tarde, el 14 de agosto, se creyó también en el deber de escribir en estos términos a monseñor Donnet: «Es un deber de justicia que cumplo rehabilitando ante Su Ilustrísima la reputación de prudencia y destreza del sabio anciano que mis quejas han podido dañar. Debo reconocer que hay mucho de culpa mía en los reproches que se han hecho a la administración del P. Chaminade. Si yo hubiese sido más fiel a la obediencia religiosa en toda su extensión, otros habrían sido también más obedientes y más humildes, y el Superior habría encontrado menos obstáculos para llevar la obra a sus fines con más facilidad y prontitud».

El P. Chaminade era así justificado por el mismo que más le había calumniado, y Dios, que había permitido que sufriese tanto por sus discípulos más queridos, le daba esta alegría de conservarle al menos este colaborador de primera hora, cuya carrera iba a ser todavía larga y fecunda. Decía el P. Chaminade entonces: «¡Ah!, hijo mío, ¡qué bien habríamos hecho juntos si hubiéramos podido entendernos!».

Toda la vida posterior del P. Lalanne fue una noble protesta contra extravíos irreflexivos y pasajeros. Ocupado en obras diversas, empleado sobre todo en una pesada tarea, la de levantar de sus ruinas el colegio Stanislas, sirvió hasta el final a esta Compañía de María de la que dijo[637]: «Ella es el arca que he construido para salvarme con otros en los últimos tiempos. He nacido con ella. Mi existencia en el sentido espiritual y religioso está unida a la suya: ¡separarme de ella es morir!». Fue fiel sobre todo a la memoria de aquel de

---

[635] 17 de agosto de 1837. *En esa fecha, no hay ninguna carta del P. Rothéa al P. Chaminade. Recorriendo las cartas de ese período, ha sido imposible encontrar esa cita.*

[636] 22 de septiembre de 1837. *Carta 997, Lettres, t. IV, pp. 232-233.*

[b] *AGMAR 27.5.192.*

[637] Al P. Caillet, 10 de abril de 1838. *Error en el año, es de 1837. AGMAR 25.1.37.*

quien hablaba con una ternura emocionada y una veneración profunda, lamentando los errores que había cometido con él. Dice uno de sus biógrafos[638]: «Le gustaba señalar a los demás los escollos que no siempre había evitado y le oímos a menudo hablar deplorando algunas opiniones de las que se había retractado y algunos actos que no cesaba de lamentar. Y ¿quién, por poco que haya vivido, no percibe en su alma la magulladura que ha dejado el contacto con las cosas humanas? ¡Dichosos aquellos de entre nosotros que saben reconocer sus debilidades y que aman la verdad hasta preferirla a los prejuicios más enraizados o a un sistema largo tiempo acariciado!»[639].

El P. Chaminade sintió que había llegado el momento de acabar las Constituciones y presentar la Compañía a la aprobación de la santa Sede. No encontraba ningún obstáculo fuera ni dentro. La situación política había mejorado. La paz reinaba en el Instituto: la calma y la confianza habían crecido por el feliz desenlace de las últimas agitaciones y por la conversión del había sido su autor principal. Así pues, el P. Chaminade podía publicar, sin temer ninguna oposición, el segundo libro de las Constituciones que trataba de la organización y del gobierno de la Compañía.

La redacción del capítulo de la organización era evidentemente una tarea delicada: aquí tenían que determinarse las relaciones recíprocas de los diversos elementos constitutivos de la Compañía, sacerdotes, laicos enseñantes y obreros. Al principio, el fundador había cuidado de no fijar nada en este punto. En 1818 había descartado una concepción muy teórica de David Monier, pero sin reemplazarla por otra. Poco a poco sus ideas se fueron precisando. Sobre la cuestión capital de las relaciones de sacerdotes y laicos, estaban maduras en 1829. Sólo la organización de los religiosos obreros presentaba todavía incertidumbres que, como hemos visto, se resolvieron al día siguiente de su último viaje al Norte.

En su trabajo definitivo, como en el de 1829, rechazaba de nuevo las distinciones imaginadas por David Monier entre el colegio de los sacerdotes y el de los laicos, así como las diferencias que Auguste Perrière había pensado establecer entre los laicos de una cultura superior y los de la enseñanza primaria. El fundador dice: «No hay entre los laicos enseñantes más distinción que la de su destino» (art. 362). Los religiosos empleados en trabajos manuales fueron admitidos con participación en todos los derechos sociales de los demás miembros de la Compañía, aunque el fundador formulase para ellos en las Constituciones recomendaciones especiales y les asignase reglamentos adecuados a su género de vida en sus comunidades separadas.

Al proclamar la unión íntima de todos los elementos constitutivos de la Compañía, el P. Chaminade no dejaba de admitir la distinción de las atribuciones requeridas por el carácter mismo de los elementos fusionados. Los sacerdotes debían ser «la sal y la luz» de la Compañía (art. 361). El Superior general, los jefes generales de celo y de instrucción, los maestros de novicios, los provinciales y los superiores de las grandes obras debían ser escogidos entre ellos (art. 359). En estas últimas casas, debían cumplir además las funciones de jefes de celo y de profesores «según sus talentos» (art. 348). En todas partes debían atender a las congregaciones y, si eran llamados, a los retiros y las misiones.

Entre las obras entonces existentes en la Compañía, las escuelas primarias públicas estaban reservadas exclusivamente a los laicos (art. 361). Pero la educación en todas sus formas y la enseñanza en todos sus grados eran de su competencia sin que, en este punto, las Constituciones estableciesen ninguna distinción entre ellos y los sacerdotes (art. 362).

Sobre ninguno de esos puntos, el P. Chaminade decía nada nuevo. Formulaba lo que ya existía de hecho. Habría podido publicar sin ningún inconveniente estos capítulos de la organización en 1834, pero había preferido unirlos a los del gobierno, con los que presentaba cierta conexión. La coexistencia de los diversos elementos en la Compañía no le había creado ningún problema. El acuerdo había sido espontáneo en todas partes, cimentado en los lazos de una caridad recíproca, y cuando, al principio, alguno se escandalizaba

---

[638] El autor de la *Notice historique* sobre el colegio Stanislas, p. 329. *En la biblioteca de los archivos, hay dos ejemplares de este libro: AGMAR 1961.18 y AGMAR 1961.101.*

[639] El P. Lalanne permaneció en Layrac hasta 1845. El estado de sus finanzas no le permitió mantenerse más tiempo. Siempre unido a la Compañía de María por los votos de religión, pidió no volver a ella efectivamente hasta que se hubiese liberado de sus deudas. Con este fin fue a París, donde pronto compartió con el P. Leboucher la dirección de dos colegios, una en Ternes y la otra en la calle Bonaparte. En 1852 decidió a la Compañía de María a comprar este último. Monseñor Sibour se fijó en él y le puso al frente de la sección eclesiástica de l'Ecole des Carmes. Era profesor aquí cuando la Compañía de María aceptó la carga del colegio Stanislas, y los superiores le confiaron la misión de restaurar este centro (enero de 1855). Su éxito fue completo: la restauración del colegio Stanislas es la obra capital de su vida. Trabajó en él quince años, al cabo de los cuales tuvo que dejar una carga demasiado pesada para sus espaldas envejecidas. Sobre su paso por el colegio Stanislas se pueden encontrar reseñas en la *Notice historique* del colegio que hemos citado y en la *Vie* de su sucesor, el P. Lagarde (Lecoffre, 1887). En los últimos años de su vejez, el P. Lalanne dirigió primero una casa de educación en Cannes. Después se dedicó a visitar, en calidad de inspector, los colegios de enseñanza secundaria de la Compañía de María. Murió durante una de estas visitas en Besançon, el 27 de mayo de 1879, y fue enterrado en medio de sus hermanos en Courtefontaine (Jura). *En realidad, según la ficha personal, Lalanne murió el 23 de mayo de 1879.*

de ver a un sacerdote, el P. Rothéa, subordinado a un superior laico, el P. Chaminade hizo comprender que, en las obras de este tipo, el superior no debía ser necesariamente un sacerdote y que bastaba en este caso que los sacerdotes no dependiesen del superior para su conducta personal[640]. En cuanto a las recriminaciones de Collineau y Auguste, no eran más que las sutilezas de hombres necesitados de algún pretexto para alejarse. Por lo demás, el fundador no parece haber manifestado nunca ninguna inquietud sobre la participación simultánea de los diversos elementos en la Compañía. Desde el origen, le vemos hablar con total confianza[641]: «La Compañía de María, aunque compuesta de personas todas las condiciones y de todos los talentos, de sacerdotes y de laicos, se mantendrá sólidamente si observa rigurosamente el orden que le es prescrito». Tenía razón: lo que para muchos era una quimera irrealizable él lo realizó, aunque los reglamentos orgánicos trazados por él fuesen juzgados más tarde insuficientes y tuviesen necesidad de un complemento de claridad y precisión. Esos retoques, aconsejados por la experiencia, no fueron más que perfeccionamientos que no alteraron en nada los principios constitutivos y, al contrario, garantizaron su mantenimiento y duración.

Lo que, desde el punto de vista humano, tranquilizaba al P. Chaminade para el futuro de su fundación era el modo de gobierno que quería establecer. Le parecía indispensable un gobierno fuertemente centralizado, único capaz de mantener la unión entre los diversos elementos, procurando la participación de todos en la obra común. Sobre este punto estuvo lejos de encontrar unanimidad en sus hijos. Varios directores, con el P. Lalanne a la cabeza, se asustaron de un poder central fuertemente constituido. Querían para los directores de las obras cierta independencia, sobre todo en materia de finanzas y de personal. Subordinando el bien común al bien particular, aspiraban a una autonomía más o menos completa, a semejanza de los priores de los monasterios en las antiguas órdenes religiosas.

El P. Chaminade había combatido siempre esta pretensión con máxima energía. Señalando un día a Clouzet las disposiciones en que hay que encontrarse para preservarse de toda ilusión en esta materia, indicaba al mismo tiempo los principios que guiaban al propio fundador[642]: «Los que no buscan imbuirse cada vez más del espíritu de su estado, siempre encontrarán algo que discutir sobre los artículos de la organización y del gobierno, primero porque siempre entra lo arbitrario en la aplicación de los principios, y después porque el amor propio se puede sentir herido. En lo que respecta a la organización y el gobierno, yo he querido siempre acercarme lo más posible a la organización y gobierno de la iglesia católica. Cuanto más nos alejemos de ese plan, menos solidez y estabilidad habrá».

Había notado que la tendencia de la Iglesia, conforme a las necesidades de la época moderna, era centralizar los poderes. Todas las órdenes religiosas recientes habían sentido esta necesidad, y las órdenes antiguas dedicadas a la vida activa no encontraban otro medio más eficaz para tomar un nuevo vigor que el de estrechar los lazos que unían a sus diversos monasterios. Lo que era una exigencia general de los nuevos tiempos y una consecuencia necesaria de la multiplicidad y rapidez creciente de las comunicaciones, para la Compañía de María era una necesidad imperiosa a causa de su composición heterogénea. Para ella era cuestión de vida o muerte. Un gobierno poco centralizado hubiese llevado en breve plazo al desmembramiento de sus elementos y por lo tanto a la ruina.

En sus cartas, el P. Chaminade expuso a menudo sus ideas sobre este tema. He aquí por ejemplo lo que escribía a Courtefontaine en la época de la redacción definitiva de las Constituciones[643]: «Nosotros tenemos todos el mismo fin, el mismo propósito, el de trabajar con todas nuestras fuerzas en el sostenimiento y en la propagación de la fe, cada uno en el puesto que le es asignado. Para ello, necesitamos permanecer siempre unidos. La divergencia de las ideas y de los sentimientos puede matar a la Compañía, y por eso no hace falta más que un primer jefe en la Compañía, como no hay más que uno en la Iglesia católica. Todos los jefes subalternos, cualquiera que sea el puesto que ocupan, deben someter siempre sus ideas y sus sentimientos a este primer jefe».

Se mantenía firme en este principio, por otra razón además que exponía un poco más tarde al P. Léon Meyer, entonces maestro de novicios en Ebersmunster[644]: «Mi querido hijo, mi muy querido hijo, evite en lo posible lo arbitrario en toda su conducta. Lo arbitrario, aunque fuese más sabio que las mismas reglas, produciría siempre muy malos efectos y sería nocivo para la Compañía». En las órdenes religiosas antiguas (que el P. Meyer invocaba en apoyo de su tesis) «¡cuántos abusos de diferentes clases se introdujeron por la negligencia de los jefes de comunidad, que a veces eran buenos, pero débiles y dejándose arrastrar por sus subordinados! Cuando Dios enviaba reformadores, ¡la de penas que tuvieron que sufrir! La mayor parte del tiempo ¿no han tenido que transigir con mitigaciones y, después incluso de estas mitigaciones, no se ha recaído en nuevos abusos? Podría, querido hijo, escribir gruesos libros con lo que le digo. Cuando he querido

---

[640] Al P. Rothéa, 5 de julio de 1825. *Carta 355, Lettres, t. II, p. 77.*

[641] A Louis Rothéa, 25 de enero de 1822. *Esta carta existe (Carta 188, Lettres, t. I, pp. 321-323), pero la cita aducida no está en ella.*

[642] 6 de noviembre de 1830. *Carta 557, Lettres, t. II, pp.355-356.*

[643] Carta no fechada, pero con la escritura del secretario de esta época (1838-39). *Carta 1087, Lettres, t. IV, pp. 394-395.*

[644] 8 de febrero de 1844. *Carta 1293, Lettres, t. V, pp. 396-397.*

trabajar en las Constituciones tanto del Instituto de las Hijas de María como de la Compañía de María ¿no he tenido el deber de examinar y sondear las causas del relajamiento?».

En virtud de estos principios, el P. Chaminade dio al Superior general poderes muy amplios: «El Superior general es el jefe, el alma y el vínculo de toda la Compañía; forman parte de ella sólo los que están unidos a él y los que viven bajo su obediencia» (art. 396). «Nombra a todos los jefes y superiores particulares, salvo los Asistentes», nombrados como él mismo por el Capítulo general. «Admite definitivamente, recibe los compromisos, firma todos los actos que se hacen en nombre de la Compañía y decide la exclusión; coloca, desplaza, envía y llama a los religiosos en cualquier tiempo y lugar que sea» (art. 397). «Sin embargo, en los casos de ventas, de adquisición de inmuebles, de asuntos graves con el Gobierno o la santa Sede, de la publicación de sus propios escritos y de la exclusión de personas ya admitidas, el Superior general no actúa sin el parecer de su consejo; si el consejo es de parecer contrario al suyo, no puede actuar» (art. 398). Con este último artículo, el P. Chaminade ponía a esta autoridad absoluta la moderación exigida por la prudencia. Por lo demás, él hubiera asignado al Superior general funciones de por vida si, cuando redactó los estatutos civiles, el gobierno no hubiese exigido que el Superior no fuese nombrado más que para diez años. Admitiendo esta modificación a sus ideas, el fundador aportó un paliativo declarando al Superior general reelegible.

A esta concepción del poder central, el P. Chaminade unía el principio de la distinción de los tres oficios de celo, instrucción y trabajo. Reunidos en la persona del Superior general, estos oficios se dividían entre sus Asistentes, de manera que se asegurase el buen funcionamiento de todos los servicios, manteniendo la unidad de impulso y de dirección. Encontramos el pensamiento del fundador explicado en una carta al P. Chevaux y aplicado al gobierno particular de la comunidad de Saint-Remy, porque las administraciones locales debían calcarse del gobierno central. Le decía[645]: «Usted puede ver, querido hijo, que el gobierno de la casa todo debe hacerse realmente *per modum unius,* como usted dice, que el Superior es realmente el centro de todos los movimientos, aunque en la esfera de su autoridad se encuentran jefes, centros también de algunos movimientos particulares. ¿No sucede lo mismo en el universo, la obra de la divinidad? ¿No tienen los planetas sus planetas particulares? Dios ha establecido leyes generales que sostienen admirablemente este gran orden del universo. Yo confío en que si se observan primero las leyes generales del estado religioso y del cristianismo, esta clase de gobierno cuando sea bien entendido nos llevará a un gran orden. No quiero decir que el gobierno no pueda ser organizado de modo diferente, pero es el que nuestras antiguas Constituciones han introducido en la Compañía y es sensato conservarlo, bien entendido que puede sufrir, sin alteraciones, todas las modificaciones que exige la naturaleza de las obras».

Admitido este principio, todo el gobierno se dedujo de él. Algunas partes de este capítulo, aquellas que el fundador no pudo basar en la experiencia, eran menos perfectas, como la composición del Capítulo general, al que eran convocados todos los jefes de las casas. Después hubo que renunciar a este sistema que hacía imposible la reunión frecuente de los Capítulos y también su eficacia.

El P. Chaminade se proponía someter a la aprobación de Roma no sólo la Compañía de María sino también el Instituto de las Hijas de María. Así pues, revisó también las Constituciones de las Hijas de María. Completas desde 1916, habrían podido ser presentadas antes en la santa Sede, pero el fundador no tenía prisa para hacerlo, como nos lo hace ver él mismo en su correspondencia[646]: «Cuando vivía monseñor d'Aviau, encontré una ocasión favorable para que la santa Sede aprobase las Constituciones de las Hijas de María; consulté a Su Ilustrísima (porque mientras él vivió no hice nada importante para el Instituto sin consultarle); Monseñor me respondió amigablemente que haría por su parte todo lo necesario, pero que me aconsejaba no pedir todavía la aprobación porque, en el desarrollo del Instituto, sería posible que yo tuviese que cambiar o añadir algún artículo. El señor obispo de Agen, cuando ha sabido el consejo del arzobispo de Burdeos, lo ha aprobado claramente».

El P. Chaminade tuvo que felicitarse por este retraso, en primer lugar porque la forma de las Constituciones de 1816 era muy defectuosa. Redactadas por David Monier eran de un estilo pesado y embarullado. En segundo lugar, porque la experiencia le había indicado importantes mejoras.

La principal le había sido sugerida por el desacuerdo ocurrido en 1832 entre el obispado de Agen y él. El fundador daba mucha importancia a la unión de las dos ramas del Instituto de María. No las quería separadas como no lo habían sido las dos ramas de la Congregación de Burdeos. Quería que una misma cabeza dirigiese las dirigiese y les permitiese hacer un bien análogo en los dos sexos, bajo los auspicios de la Virgen Inmaculada. Pensaba que su unión tenía que ser tan estrecha como la de los Paúles y las Hijas de la Caridad, la de los Misioneros de María del Beato Grignon de Monfort y las Hijas de la Sabiduría, y más recientemente la de los Padres de los Sagrados Corazones o Padres de Picpus y las religiosas del mismo nombre, fundados por el P. Coudrin. Los sucesos de 1832 le enseñaron que, para asegurar esa unión, había que expresar en las Constituciones lo que, por espíritu de moderación, había creído que se podía sobreentender simplemente. Lo hizo con la libertad que le daba el hecho de que, por una parte, las Hijas de

---

[645] 23 de noviembre de 1831. *Carta 609, Lettres, t. III, pp. 91-92.*

[646] Al P. Lalanne, 24 de diciembre de 1835. *Carta 811, Lettres, t. III, pp. 548-549.*

María se lo pedían ardientemente y, por otra, él estaba por encima de toda sospecha de ambición. A su edad, no podía ya esperar una larga carrera, y su próxima dimisión iba a precipitar el final de su influencia personal.

Así pues, incluyó en las Constituciones un párrafo nuevo que trataba del «gobierno del Instituto por su Superior espiritual», donde se decía (art. 407): «Un Superior espiritual está encargado de mantener en todas partes la unidad de espíritu y de acción en el gobierno. Delegado habitual de los obispos que han deseado comunidades en sus diócesis respectivas, su delegación así como las Constituciones del Instituto serán sometidas a la aprobación del Soberano Pontífice». «El Superior espiritual del Instituto de las Hijas de María es el Superior de la Compañía de María: los dos institutos tienen el mismo fundador, el mismo espíritu y se proponen los mismos fines» (art. 415).

Las atribuciones respectivas de este Superior espiritual y de la Superiora general estaban cuidadosamente determinadas. La Superiora tenía en su Instituto todos los poderes de los que gozaba el Superior general en la Compañía de María. Pero este último, «como Superior espiritual delegado de la Iglesia, debía ejercer especialmente su autoridad sobre las órdenes de la Superiora general y las del Capítulo general» (art. 417). «Los nombramientos de las superioras particulares, las operaciones importantes en lo material, las nuevas fundaciones, los añadidos o las modificaciones en los reglamentos particulares, son sometidos al Superior espiritual y no son efectivos más que después del consentimiento dado por él» (art. 418). No se puede ocultar que este control sería enojoso para la Superiora, si se ejercía con rigor[647].

Otra modificación fundamental aportada a las Constituciones de 1816 era la introducción en las reglas de una innovación que se remontaba a los mismos orígenes del Instituto. Al no bastarse las Madres en la esforzada tarea de la educación, el P. Chaminade les había adjuntado, con el nombre de *Asistentas* y con derechos casi iguales a los suyos, algunas religiosas de condición menos elevada. Esta clase de Asistentas se colocó en las Constituciones entre las Madres y las Conversas, y participó en la obra de la educación.

Finalmente, una tercera diferencia entre la antigua y la nueva redacción era el añadido de un capítulo relativo a la Tercera Orden recientemente fundada en Auch. En lugar de darle reglas especiales, el fundador se contentó con declarar que las Constituciones de las Hijas de María debían serle aplicadas en todo lo que le era aplicable. Dicen las Constituciones: «La rama vigorosa llevada a Auch depende siempre de su primer tronco, formando con él un único y mismo Instituto de las Hijas de María» (art. 336). «Las hermanas conversas que la componen, verdaderas religiosas de las Hijas de María, en el fondo no difieren nada de las que se han extendido hasta hoy en los diversos conventos. Se someten totalmente a las Constituciones y a la Administración general del Instituto» (art. 337). «El convento central de Auch gobierna inmediatamente a todos los que salen de él; sin embargo, somete todas sus relaciones con ellos a la Administración general del Instituto de las Hijas de María de Agen» (art. 338). «La Superiora de la casa central está siempre, tanto para su persona como para sus actos de gobierno, bajo la dependencia de la Administración general del Instituto» (art. 335). En una palabra, el P. Chaminade subordinaba la Tercera Orden a las Hijas de María de la misma manera poco más o menos que vinculaba a las propias Hijas de María con el Superior general de la Compañía de María. Y de esta jerarquía, de esta colaboración de elementos diversos que se completan unos a otros, pensaba constituir un todo armoniosamente combinado, tendiendo a un único y mismo fin, en un único y mismo espíritu.

Una vez terminado su trabajo, el P. Chaminade lo sometió a los obispos de las diócesis en que tenía casas. De todos recibió aprobaciones muy explícitas y los que hicieron un estudio profundo, como el arzobispo de Besançon, monseñor Mathieu, y el obispo de Ajaccio, monseñor Casanelli d'Istria, reconocieron en ese trabajo «el espíritu de Dios». El cardenal d'Isoard, arzobispo de Auch, empleó términos especialmente halagadores para el fundador y su obra. Hizo de las Constituciones de la Compañía de María este elogio: «Las Constituciones del Instituto de las Hijas de María tienen el mérito inapreciable de llegar, para tratarlos eficazmente, a todas las clases de la sociedad, al sacerdote para regenerarlo en el espíritu principal de su divina misión, al hombre de mundo para asociarlo al apostolado empleándolo en la abnegada tarea de la educación, y al obrero para espiritualizar su trabajo y llevarle a la felicidad eterna».

Desde la fundación de la tercera Orden, el cardenal d'Isoard multiplicaba las muestras de su benevolencia hacia el P. Chaminade y se ofrecía al fundador para presentar en Roma las Constituciones de sus dos institutos y pedir su aprobación. Auditor de la Rota durante más de veinte años, el prelado gozaba en Roma de todas las facilidades para llevar una negociación de este tipo[648].

---

[647] He aquí cómo, en la práctica, definía el fundador a la Madre San Vicente esta colaboración de las dos cabezas en el gobierno de las Hijas de María: «Usted y yo nos vamos a entender. Los superiores y otras personas le dirigirán sus peticiones (para las fundaciones, etc.); usted me las someterá y yo le diré lo que debe hacer. Cuando se trate de cosas graves, es preciso que marchemos juntos como dos corceles que llevan el coche: si uno va hacia la derecha y el otro hacia la izquierda, todo irá mal» (3 de febrero de 1838).

[648] Joachim-Jean-Xavier d'Isoard nació en Aix en 1766, en una antigua familia del Dauphiné. Hizo sus estudios en el Seminario menor de Aix, donde conoció al futuro cardenal Fesch, que influyó para que fuese nombrado auditor de la Rota en 1803. Se mostró muy firme en la defensa de los derechos del Papa contra las pretensiones imperiales. Mantenido en su puesto por el gobierno de la Restauración, tuvo mucha parte en la

El P. Chaminade aceptó el ofrecimiento en julio de 1838, en uno de sus viajes a Auch. Arregló con el cardenal todas las gestiones que había que hacer, y acordó que el P. Chevallier, representante del fundador en la Tercera Orden y vicario general de monseñor d'Isoard, iría a Roma para introducir el asunto.

El P. Chaminade pidió oraciones especiales a los dos institutos[649], redactó dos súplicas en favor de ambos y añadió un resumen de los motivos que le habían decidido a fundarlos. Resumía toda su carrera apostólica en términos notables de precisión y modestia[650]. Confió todos sus documentos, así como las aprobaciones episcopales[651], al P. Chevallier, «el peregrino de María»[652]. Se encomendó al cardenal Lambruschini, secretario de Estado de Su Santidad Gregorio XVI, que antes, como nuncio, le había ofrecido varias veces sus servicios. Finalmente puso en manos de la Providencia el resultado de la negociación.

En Roma se acogió bien al mensajero y al mensaje. El asunto entró en enero de 1839 y se resolvió a finales del mes de marzo. La respuesta fue dada en un decreto único fechado el 27 de abril de 1839, y anunciado en estos términos al P. Chaminade por el cardenal Giustiniani[653]: «Le envío, con esta carta, el

---

conclusión del Concordato de 1817. Pío VII le tenía en particular estima y lo nombró como uno de sus ejecutores testamentarios. Retenido hasta 1825 en el umbral del estado clerical por una excesiva delicadeza de conciencia, aceptó por fin ser ordenado sacerdote. Fue elevado a la dignidad cardenalicia en 1827, y en 1829, cuando volvió a Francia, a la sede arzobispal de Auch. Después rehusó dos veces el arzobispado de Aix y, en 1836, el de Burdeos. Pero, tras la muerte de su antiguo amigo, el cardenal Fesch, creyó deber aceptar el de Lyon. No tuvo tiempo de tomar posesión porque murió el 7 de octubre de 1839, en París, a donde había ido para recibir sus bulas.

[649] Circular del 30 de agosto de 1838. *Es del 29 de agosto de 1838. Carta 1069, Lettres, t. IV, pp. 355-356.*

[650] He aquí algunos extractos de esta larga carta dirigida a Su Santidad el Papa Gregorio XVI:

«Santísimo Padre, si me hubiera sido permitido venir en persona a postrarme humildemente a los pies de Su Santidad, le hubiera revelado los sentimientos más íntimos de mi corazón. Le hubiera dicho, con una sencillez del todo filial, cuán grande es, desde hace mucho, mi dolor al ver los increíbles esfuerzos que hacen la impiedad, el racionalismo moderno y el protestantismo, conjurados para arruinar el hermoso edificio de la revelación. Para poner un dique fuerte al torrente del mal, el cielo me inspiró a comienzos de este siglo solicitar de la santa Sede el nombramiento de Misionero apostólico, con el fin de reavivar o de volver a encender en todas partes la llama divina de la fe, presentando por todos lados, ente el mundo asombrado, grandes cantidades de cristianos católicos de toda edad, sexo y condición que, reunidos en asociaciones especiales, practicasen sin vanidad y sin respeto humano nuestra santa religión, con toda la pureza de sus dogmas y de su moral. Imbuido de esta idea, y urgido, además, por dignos prelados, deposité mi alma entera en una humilde súplica a los pies de nuestro Santo Padre el Papa Pío VII, quien se dignó escuchar favorablemente mi petición y me concedió las más amplias facultades por un decreto del 20 de marzo de 1801. Desde entonces, Santísimo Padre, se han ido formando en varias ciudades de Francia fervorosas Congregaciones, unas de varones y otras de mujeres, y se ha hecho mucho bien. Pero este medio no bastaba... He creído ante Dios, Santísimo Padre, que era necesario fundar dos nuevas órdenes, una de mujeres y otra de hombres, que probaran al mundo con sus buenos ejemplos que el cristianismo no es una institución envejecida, y que el evangelio puede practicarse todavía hoy como hace mil ochocientos años, y que disputasen a la propaganda, escondida so color de mil y un pretextos, el terreno de las escuelas, abriendo clases de todos los grados y de todas las materias...

«Las Constituciones de la Compañía de María, Santísimo Padre, y las del Instituto de la Hijas de María desarrollan los fines, los medios, la organización de las personas y el gobierno de las dos órdenes, según el espíritu de san Benito, adaptado lo mejor posible a las inmensas necesidades del siglo actual. Estas dos órdenes han tomado como nombre distintivo el de la augusta María. ¡Ojalá la den a conocer, la hagan alabar y amar por toda la tierra! Porque estoy íntimamente convencido de que Nuestro Señor ha reservado a su santa Madre la gloria de ser particularmente la que sostenga la Iglesia en estos últimos tiempos.

«No considere, Santísimo Padre, la indignidad personal del que osa robar preciosos momentos del tiempo de Su Santidad para balbucir a sus pies unas cuantas palabras acerca de unas obras de las que no es más que un vil instrumento; considere, Santísimo Padre, el santo nombre de María, bajo cuya protección me presento ante su trono, porque Ella es toda mi gloria, toda mi fuerza» *Carta 1076, Lettres, t. IV, pp. 373-376.*

[651] Las del cardenal de Auch, de los arzobispos de Burdeos y Besançon, de los obispos de Ajaccio, Agen, Saint-Claude, Saint-Dié, Lausanne y Ginebra, Estrasburgo y Montauban.

[652] Carta al cardenal d'Isoard, septiembre de 1838. *Carta 1077, Lettres, t. IV, p.377. No está nada claro que fuera el P. Chevallier el que llevara a Roma la documentación. El mismo P. Chevallier, el 29 de noviembre de 1838 (AGMAR 27.6.337) dice que Audinet va a llevar a Roma todo el dossier y aconseja al P. Chaminade que lo haga llegar al canónigo Valentini, a quien va a anunciar la llegada de Audinet. Por su parte, el canónigo Valentini, el 24 de enero de 1839 (AGMAR 28.1.375) acusa la recepción de todo el dossier, que lo ha traído un negociante de Burdeos, a quien no ha tenido el placer de ver. Finalmente, Jean Troffer habla en una carta al P. Chaminade el 20 de abril de 1838 (AGMAR 27.5.207) de rumores en Burdeos sobre un viaje del P. Chaminade a Roma.*

[653] *Cfr. Lettres, t. V, p. 37.* El cardenal Giustiniani sustituía en la Prefectura de la Congregación de obispos

decreto de alabanza que nuestro Santísimo Padre ha querido pronunciar en favor de las dos Congregaciones que usted ha fundado. Debe reconocer, tanto con respecto a usted como respecto a sus discípulos, la benevolencia de Su Santidad que, en su alegría, ha bendecido al Dueño de la mies por haberle inspirado el proyecto de reunir en la viña del Señor a nuevos y abnegados obreros de toda clase, cuyos cuidados vigilantes y solícitos harán crecer en todas partes los frutos fecundos de la moral y las virtudes. Sin embargo, si observa que, por algunas razones, no se ha decretado todavía la aprobación especial de las Constituciones que usted ha presentado, no sospeche que tenga usted nada malo que temer respecto a las mismas Congregaciones, que, al contrario, como usted verá, han gustado mucho y han sido tratadas con merecidas alabanzas».

El decreto comenzaba, como era costumbre, con la exposición de la petición, y después seguía así: «Su Santidad ha acogido todo con benevolencia y ha transmitido las súplicas a la Sagrada Congregación encargada de los obispos y regulares, que ha hecho examinar y analizar la petición con sumo cuidado y atención a varios cardenales de esta Congregación[654]; y, después de escuchar la relación que hizo el subsecretario en la audiencia del 12 de abril de 1839, Su Santidad ha decidido en su benevolencia que los dos institutos eran dignos de toda recomendación, por lo que se declara en este decreto alabarlos y aceptarlos plenamente. En consecuencia, Su Santidad ha querido que se inculcase a sus diversos miembros el espíritu de la obra eminentemente piadosa, para que avancen cada día con alegría y ardor, bajo los auspicios de María, en la carrera que han emprendido, seguros de ser así útiles a la Iglesia»[c]. Al decreto acompañaban favores espirituales, indulgencias y poderes «como prueba de singular benevolencia por parte del Pontífice».

El P. Chaminade no pudo contener su alegría al recibir este precioso documento. Lo besó con efusión y respeto y se apresuró a comunicar a sus hijos la feliz noticia. Les decía[655]: «He recibido este precioso decreto; lo he leído y releído con el respeto y agradecimiento filial debidos a todo lo que emana de la santa Sede, y mi corazón está confuso y mi alma embelesada. Veréis, en primer lugar, que nuestro Santo Padre une en el mismo decreto a las órdenes con las mismas alabanzas, para enseñarnos para siempre que nuestras dos órdenes marchando juntas hacia el mismo fin, en dos líneas paralelas, por vías respectivamente apropiadas a cada sexo, deben estar unidas, aunque distintas, y rivalizar en celo, caridad y esfuerzos para procurar la gloria de Dios y de su santa Madre[656]. Veréis también, con expresiones enérgicas, cuánto hemos complacido al corazón de Su Santidad, y cómo, en la efusión de su alegría y de su ternura paternal, el Santo Padre nos bendice, nos alaba y nos anima a la perseverancia».

Estas últimas líneas pudieron ser especialmente comprobadas cuando, con fecha del 21 de agosto, Gregorio XVI quiso responder con una carta de gran benevolencia a los agradecimientos que le habían enviado. Decía entre otras cosas[d]: «Queremos responderle para animarle a usted y a sus queridos hijos e hijas a trabajar con un celo infatigable en las obras de piedad y caridad que proyectan, y también a orar con todo el fervor de su ternura filial por nuestra debilidad abrumada en estos días malos bajo el peso formidable del Soberano Pontificado».

Sin duda, no había obtenido de Roma todo lo que hubiera deseado, pero sentía que en vida no podía esperar más. Había solicitado lo que él llamaba la *institución canónica* de sus dos institutos, es decir una aprobación definitiva de la obra y de sus Constituciones[657]. Se le hizo saber que Roma empezaba a proceder según reglas nuevas, que imponía plazos sucesivos, como diferentes etapas a superar, antes de admitir a la nueva Orden en la Iglesia y sobre todo antes de dar a sus Constituciones el visto bueno solemne de la autoridad suprema. El P. Chaminade se puso en manos de la Providencia, tan buena para él y para los suyos hasta ese día, y habló en estos términos del futuro a sus hijos[658]: «La aprobación con la que Su Santidad ha querido honrar a nuestras dos órdenes no corona todavía completamente el objetivo de nuestros deseos, pero es la prenda segura y la más fuerte garantía posible de lo que esperamos de la benevolencia pontifical. Un obispo, uno de nuestros poderosos protectores ante la santa Sede, al leer la carta de Roma en la que Su Eminencia el cardenal Giustiniani le anunciaba el primer decreto a nuestro favor, exclamó en medio de su consejo: "Esta es la beatificación; pronto seguirá la canonización". Nuestra intención es esperar con confianza filial el momento de la santa Sede»[659].

---

y regulares al cardenal Sala, que murió poco después. Como nuncio en Madrid, el cardenal Giustiniani se había visto obligado a refugiarse en Burdeos cuando los disturbios de 1823. Estuvo allí varios meses y no es imposible que hubiese conocido al fundador.

[654] Especialmente el cardenal Polidori.

[c] *Texto del Decreto en Lettres, t. V, pp. 36-37.*

[655] Circular del 22 de julio de 1839. *Entresacado de la carta 1153, t. V, p. 44.* Por un retraso de correos, el texto del decreto, expedido el 30 de abril, no llegó a Burdeos hasta el mes de julio siguiente.

[656] Efectivamente, Roma admitía entonces muy explícitamente la unión de los dos institutos bajo un mismo Superior general. El decreto habla incluso de los *sucesores* del P. Chaminade en esta doble carga.

[d] *Cfr. Lettres, t. V, p. 95.*

[657] Él esperaba que los votos fuesen *solemnes,* ignorando que la Iglesia ya no los admite en los institutos modernos.

[658] Circular del 22 de julio de 1839. *Carta 1153, Lettres, t. V, p. 45.*

[659] Antes del final de este año 1839, nuevos favores de Roma, poderes e indulgencias daban a los dos

Así pues, se podían publicar las Constituciones completas. El P. Chaminade las hizo escribir para cada uno de los dos institutos y, cuando el trabajo estuvo listo, las envió a todas las casas el 5 de septiembre de 1839. Las acompañó con una corta circular que reflejaba su alma serenada por los horizontes de paz que le había abierto la aprobación pontifical. Decía[e]: «¿Os diré, queridos hijos, el pensamiento de alegría y esperanza que hace vibrar en este momento mi corazón? Me parece que acogeréis con placer estas Constituciones, como la prenda de mi ternura, como el tesoro de mis secretos para vuestra felicidad y como el testamento de un padre que os quiere con toda su alma. Sí, queridos hijos, las acogeréis con amor, y mientras vuestros jefes juren ante el altar hacer lo posible por su exacta observancia, según el deber de su cargo, todos tomaréis la resolución de ser fieles a ellas hasta la muerte. Mi edad avanzada me dice que me quedan pocos días de vida entre vosotros, queridos hijos. Os conjuro a que hagáis que yo os vea a todos rivalizar en celo y esfuerzos por poner en práctica las Constituciones que os presento en el nombre de Dios. Debéis este consuelo a mi vejez, pero lo debéis sobre todo a la santa Sede y a la augusta María».

Nobles y conmovedores acentos que eran como el *Nunc dimittis* del venerable anciano. Efectivamente, llegaba al término no de su carrera aquí abajo, sino de su responsabilidad en la misión divina que le había sido confiada.

Nota previa a los dos últimos capítulos

Esta biografía del P. Chaminade, escrita por el P. Simler, fue decisiva para poder introducir la causa de beatificación y canonización. Hasta su dimisión en 1841, la heroicidad de sus virtudes era evidente. Los problemas surgían precisamente a partir de ese momento. Paradójicamente, los dos últimos capítulos de esta biografía ejercieron una funesta influencia en el desarrollo de la causa[a].

Ya al principio de esta edición española advertí que el P. Simler se vio torturado por un terrible dilema: ¿cómo relatar estos últimos años y salvar la reputación de los dos asistentes del fundador, los padres Caillet y Chevaux? El P. Simler estaba muy preocupado porque quería salvaguardar a los dos que le habían precedido en el cargo de Superior General. Había que reconciliar dos posturas diametralmente opuestas.

A este respecto, es muy clarificador lo que cuenta el P. E. Bernard de su relación con el P. Simler, justamente cuando estaba redactando estos capítulos de su biografía[b]*. Un día el P. Simler le dijo: "No podía decidirme a condenar a la Administración General. Creo haber encontrado la verdadera solución. Sin faltar a la memoria del P. Chaminade y sin manchar el honor de sus sucesores. Creo que todo se puede explicar". Entonces le expuso lo que iba a hacer en el libro. Algunos días después, el P. Bernard le preguntó al P. Klobb con cierta vehemencia y repulsa: "¿Y qué? ¿Nos van a presentar, al terminar la biografía, un fundador lleno de vanos escrúpulos, paralizado en su actividad y disminuido en su inteligencia?". El P. Klobb le reconoció paladinamente: "Era un sacrificio necesario. No podíamos arrojar por la borda al P. Caillet y a sus Asistentes. Teníamos que resolver un problema delicado." Y terminó diciéndole: "No podíamos abandonar esta explicación de los hechos; era esencial salvaguardar la autoridad de los Superiores que sucedieron al P. Chaminade en el gobierno de la Compañía". Algunos años más tarde, al final de una de las sesiones del XIII Capítulo General, el P. Klobb le reconoció al P. E. Bernard: "Hemos seguido un camino equivocado. Hay que escribir de nuevo la última parte de la biografía del P. Chaminade. Tenemos documentos que no dejan lugar a dudas. El P. Chaminade tenía razón en sus revindicaciones. Hay que volver a escribir la historia de sus últimos años". El P. Simler ya había muerto aquél año y el P. Klobb tampoco pudo realizar este proyecto.*

Por eso, el P. Vincent Vasey afirma taxativamente: "Los últimos capítulos de la obra del P. Simler no pueden considerarse como una exposición histórica válida".[c]

---

institutos nuevas muestras de la benevolencia pontifical. Por ejemplo, el título de *misionero apostólico* para todos los Superiores generales de la Compañía, la facultad a los sacerdotes de la Compañía de erigir via crucis, etc.. El secretario de Estado, cardenal Lambruschini, que había sido el canal de estos favores, los anunciaba al P. Chaminade y le decía: «Usted ve así, Padre, que tomo siempre el mismo interés por su digna persona y sus piadosas obras, y espero que no me olvidará en sus santas oraciones. Yo pondré siempre el mismo interés en complacerle en todo lo que dependa de mí» (12 de diciembre de 1839).

[e] *Entresacado de la carta 1167, Lettres, t. V, p. 89.*

[a] *DA, p. 15*

[b] *"Positio super virtutibus..." AGMAR 1852.26, pp. 424-426.*

[c] *DA, p. 11.*

Los PP. Lebon, Subiger, Scherrer, etc. siguieron intentando proceder con la causa introducida. Hubo incluso un intento de modificar los dos últimos capítulos y reimprimir el libro y hasta se pidió un presupuesto para ello a l'Imprimerie Saint-Paul de Bar-le-Duc, el 4 de febrero de 1927[d]. Pero en la causa del P. Chaminade siempre se volvía al mismo obstáculo: Había que realizar un estudio histórico de los últimos años del P. Chaminade. En resumen, la causa se había introducido mal y la única manera de salvarla era empezar de nuevo, mandándola a la sección histórica.

Para un estudioso imparcial, la documentación que había en tiempos del P. Simler y la descubierta después prueba:

- *Que nada permite afirmar que la mente del P. Chaminade estuviera debilitada en los últimos años de su vida. Al contrario, leyendo sus cartas, los finos análisis que realiza, la delicadeza de conciencia que muestra, los esfuerzos increíbles de memoria que hace para reconstruir los hechos, cuando se le niega el acceso a sus propios archivos, se llega a la conclusión que estaba en la plena posesión de sus facultades mentales, aunque se viera afligido de un deterioro progresivo corporal, con disminución de su vista y de su capacidad de movilidad. Esto lo corroboran además las sentencias arbitrales de Ravez y Dulorié, tan favorables al P. Chaminade.*
- *Que fue víctima de odiosas intrigas, cuyo instigador fue el P. Roussel. El P. Simler omite totalmente los graves escándalos de la perversa conducta del P. Roussel que fueron clave para comprender la postura que tomó el P. Chaminade.*
- *Que el P. Caillet tenía una estrechez de miras, estaba celoso de su autoridad, y no llegó a comprender la grandeza moral del fundador.*

Gracias, sobre todo, al tenaz trabajo del P. Vincent Vasey, con la "Inquisitio Historica", se pudo afirmar la heroicidad de las virtudes del P. Chaminade en los últimos años de su vida. Éstos fueron una desgarradora prueba, permitida por la Providencia para purificar y santificar al fundador. Ahí tenemos la verdadera clave del conflicto con sus Asistentes. La causa pudo así llegar a un feliz término, que culminó en la beatificación solemne.

Cuando se trató de la publicación de esta obra en español, se decidió dejar el texto original del P. Simler intacto, pero insertar las necesarias notas aclaratorias o suplementarias para restablecer la objetividad histórica indispensable. Es lo que intento hacer.

Eduardo Benlloch, SM

Capítulo 37: La dimisión (1841)

A medida que se acercaba la hora de la constitución definitiva de la Compañía, el fundador manifestaba una mayor confianza en el futuro de su obra. Menos que nunca eran capaces de abatirle y desanimarle las dificultades y contrariedades. Un incendio destruyó casi todos los edificios de la casa recientemente fundada en Marast y causó pérdidas considerables. El P. Chaminade hablaba de este accidente con el acento de la fe y del abandono filial. Decía[660]: «Dios se digna sembrar nuestros trabajos con penas y tribulaciones: ¡bendito sea su santo Nombre! A pesar de la rabia de los demonios contra la Compañía de María, ésta no deja de hacer progresos hacia una verdadera reforma y, por tanto, no deja de consolidarse. ¡Vamos contra viento y marea, querido hijo! Miremos siempre con confianza a nuestra estrella protectora y llegaremos a buen puerto».

Pocos meses después se tocaba puerto efectivamente y aunque la era de las pruebas no estuviese cerrada, la fundación poseía en la aprobación de la santa Sede y en el texto de sus Constituciones un ancla de salvación que aseguraba su estabilidad. Todos los corazones estaban esperanzados, y el fundador decía[661]: «En medio de muchas fatigas y trabajos, experimento grandes consuelos: los asuntos espirituales y temporales de la Compañía de María tienden rápidamente a una mejora». Y agradecía «al Señor y a su augusta Madre que conducen invisiblemente los asuntos de la Compañía»[662].

Efectivamente una bendición manifiesta del cielo planeaba sobre las obras. Las peticiones de obras eran tan numerosas que el único problema era el de elegir. Una de sus mayores penas era sentirse impotente

---

[d] *Ese presupuesto se encuentra pegado a uno de los ejemplares anotados de esta biografía que está en la sala de consulta de los AGMAR.*

[660] Al P. Léon Meyer, 25 de noviembre de 1838. *Carta 1094, Lettres, t. IV, p. 413.*

[661] A Perrodin, 8 de agosto de 1839. *Carta 1159, Lettres, t. V, p. 58.*

[662] 25 de julio de 1840. *Carta 1214, Lettres, t. V, p. 198.*

para obrar todo el bien que parecía esperarse de él. Escribía a monseñor Jacoupy el 3 de septiembre de 1837[a]: «Desde hace más de dos años hay pocas semanas en que no sienta el dolor de tener que rechazar esas obras por falta de personal». Pero luchando generosamente contra sus propios deseos, dice él mismo que «no consentía en ninguna nueva fundación sin motivos muy graves en sí mismos y en relación con la Compañía», temiendo debilitarla con una extensión demasiado rápida. Este temor tenía más fundamento mientras los noviciados no fueran regularmente reorganizados.

Pero cuando vio los noviciados de Courtefontaine y de Ebersmusnter poblarse con numerosas vocaciones[663], se mostró más dispuesto e imprimió a la Compañía, a partir de 1838, un movimiento progresivo, que al mismo tiempo se esforzó en regular y moderar. Se impuso la ley de no desparramar sus obras al azar sino extenderse poco a poco en regiones conocidas, y mantener así las comunidades siempre agrupadas, unidas unas a otras y apoyándose mutuamente en la observancia regular. En el Midi, no podía pensar en crecimientos notables mientras no se abriese de nuevo el noviciado de Saint-Laurent. Si aceptó en 1837 la interesante fundación de Clairac, fue con el fin de reemplazar a la de Agen, perdida por la defección de Mémain.

Creada después de una misión, la nueva escuela de Clairac estaba destinada a sustituir a una escuela mutua en que los niños católicos estaban mezclados con los niños protestantes, que eran numerosos en el país, y la religión no se enseñaba ni a unos ni a otros. Esta fundación tuvo que superar obstáculos antes incluso de nacer. Pero el P. Chaminade triunfó gracias a su moderación y su prudencia. Dio a sus religiosos la orden de no descartar de su escuela a los niños protestantes, explicando en estos términos al principal bienhechor de la obra, el señor de Moncroc, los principios que quería aplicar[664]: «Nunca fuera de las clases los niños originariamente católicos deben decir nada contra los niños protestantes, y viceversa. No deben percibir ni comprender que haya distinción. Si la escuela es llevada así, seguro que no habrá inconvenientes, y sí muchas ventajas. Evitemos todo lo que podría indicar lo que se llama espíritu de partido. Seamos católicos con firmeza y hasta el derramamiento de la última gota de sangre, pero seamos siempre modestos, moderados, es decir verdaderamente caritativos para con todos y de una amabilidad sin ninguna raíz de amargura, según la expresión de san Pablo[665]». Fue comprendido, y el director de la escuela, Jean-Baptiste Bidon, que fue en otro tiempo tonelero y se había formado poco a poco y había adquirido, gracias a su inteligencia y a su docilidad, una cultura suficiente, dio en Clairac el testimonio de tanta prudencia y virtud que su escuela tuvo un éxito completo incluso entre los protestantes, y contribuyó a reanimar la fe en un país en que estaba a punto de extinguirse[666]. En 1839, el P. Chaminade aceptó otra fundación en Castelsarrasin, a petición del antiguo alcalde de la ciudad, el diputado de Saget, hermano del primer presidente de Burdeos. No se extendió más por el Midi esperando la reconstitución, que parecía próxima, del noviciado de Burdeos.

En Alsacia y en el Franco Condado los progresos eran más sensibles y no pasó ningún año que no estuviese señalado por la apertura de una o varias casas. En la segunda de estas provincias el progreso se acentuó más. El arzobispo que había sucedido a monseñor Dubourg en la sede de Besançon era monseñor Mathieu, una de las grandes figuras del episcopado de su siglo. Desde su llegada había testimoniado a la Compañía de María una benevolencia particular y a su fundador una total confianza[667]. Animó a uno de sus canónigos, el P. Denizot, a traer la Compañía a su ciudad episcopal para dar la enseñanza secundaria si la universidad lo permitía. El internado se abrió en 1838 y no tardó en desarrollarse bajo la dirección de un hombre de fe y de energía, verdadero discípulo del fundador, el P. Fidon. Algunas otras obras menos

---

[a] *Carta 989, Lettres, t. IV, p. 221.*

[663] Entre las vocaciones de Courtefontaine conviene señalar la de un joven sacerdote, ayudante del P. Bardenet en la abadía de Acey, que desde hacía varios años solicitaba de monseñor de Chamon la autorización para entrar en la Compañía de María. Era el P. Jules-César Perrodin, que el propio fundador tomó el cuidado de formar en el espíritu de su vocación y que después, durante muchos años, dirigió las obras de la Madeleine en Burdeos. Murió el 26 de agosto de 1900, a los 94 años de edad.

[664] 29 de noviembre de 1837. *Carta 1014, Lettres, t. IV, p. 259.*

[665] Hebr 12,15.

[666] Lo dice el P. Lestrade, *(AGMAR 17.4.207, pp. 6ss.)* que murió siendo párroco de Saint-Pierre-de-Mons (Gironda) y era originario de Clairac (Lot-et-Garonne). Esta escuela subsiste todavía hoy. Bidon la dirigió hasta 1841, después volvió a Burdeos junto a su Buen Padre. Murió el 24 de febrero de 1854, con la reputación de un santo.

[667] Jacques-Marie-Adrien-Césaire Mathieu nació en París en 1796, dirigió la Congregación después de las ordenanzas de 1828 y hasta la revolución de julio. Obispo de Langres en 1832, fue trasladado al año siguiente a la sede arzobispal de Besançon y gobernó su diócesis con gran talento. Fue promovido al cardenalato en 1850. En el Concilio Vaticano estuvo entre los contrarios a la oportunidad de la declaración de la infalibilidad pontificia, pero se adhirió enseguida a la proclamación del dogma en términos formales y muy edificantes. Murió el 9 de julio de 1875. Prestó muy importantes servicios a la Compañía de María como Visitador apostólico en 1867. Cf. su *Vie,* por monseñor Besson, obispo de Nimes, 2 volúmenes, París, Bary et Retaux, 1882.

importantes se fundaron en el Franco Condado y de aquí salió el primer enjambre que, en 1839, franqueó las fronteras de Francia.

Ya en los últimos años de la Restauración habían solicitado al fundador extender la acción de la Compañía fuera de Francia e incluso a surcar los mares. El P. Chaminade había tenido la prudencia de no aceptar las peticiones. ¿Debía oponer las mismas negativas a las nuevas y apremiantes llamadas que le venían en 1840 de Baviera y de Estados Unidos? Esta vez todavía dudó en alejar tanto a sus hijos de su cuna. Pero prestó oídos más favorables a las propuestas que recibía de Suiza. La proximidad del Franco Condado le tranquilizaba, y las vocaciones que desde el origen le había proporcionado Suiza le llevaban a no rehusar a este país un servicio para el que había adquirido derechos. Concedió una primera colonia de religiosos al cantón católico de Friburgo. No faltaron las dificultades en la creación de la escuela: fue combatida encarnizadamente por los protestantes radicales de Berna. Pero consiguió el voto favorable del Consejo de Estado, al que había sido planteada la cuestión. El P. Chaminade hizo notar, con gran consuelo, que este primer éxito de la primera casa fundada en el extranjero coincidía con la aprobación de la Compañía en Roma: «*Ibi digitus Dei est»,* decía con razón[668]. Pronto se creó una segunda escuela en Lausanne, en pleno país protestante: no eran más que los primeros pasos de la Compañía en Suiza.

A estos progresos de la Compañía de María correspondían los de las Hijas de María en Córcega y de la Tercera Orden en la diócesis de Auch, de forma que apenas un año después del decreto de alabanza, el fundador era testigo de un impulso general comunicado a su obra, presagio de un futuro tranquilizador.

En la misma fecha las fundaciones antiguas prosperaban en todas partes, a excepción de las escuelas normales que, a pesar de los reiterados esfuerzos. el P. Chaminade no había conseguido resucitar por falta de recursos. Pero esta obra no estaba definitivamente condenada porque, pocos años después, la Compañía de María y las Hijas de María iban a ser encargadas simultáneamente de escuelas normales, en Lons-le Saulnier, en Sion en el Valais, y en Ajaccio. En cuanto a las otras obras abrazadas antes de la revolución de julio, incluso las más comprometidas, como las Congregaciones de Burdeos, volvían a tomar un vigor nuevo.

En Burdeos era donde la acción del P. Chaminade y sus hijos había sufrido el retroceso más acentuado. Tras la dispersión de la Congregación y de los noviciados, tras el traslado del colegio Sainte-Marie a Layrac, la Compañía de María no estaba ya representada en la ciudad más que por el ministerio individual del P. Caillet y de algunos sacerdotes de la Madeleine. Este eclipse momentáneo fue nocivo para ella pues se había creado una corriente de opinión en la línea de la indiferencia e incluso del descrédito. La ausencia prolongada del fundador hacía olvidar sus méritos pasados y, como se ignoraba el éxito de sus fundaciones lejanas y se juzgaba su Compañía sólo por los débiles restos que estaban a la vista, se consideraba la obra como abortada. Era el sentimiento de monseñor de Cheverus y de una parte del clero.

Esa situación mejoró poco a poco. El abnegado P. Caillet en 1834 formó de nuevo la Congregación con el nombre menos peligroso de Cofradía de la Inmaculada Concepción. Los jóvenes y después las jóvenes volvieron a reunirse. Los Padres de familia les imitaron enseguida. Se restablecieron los retiros de hombres y de mujeres, y en 1834 el P. Caillet constataba que los de los hombres «superaban todas las esperanzas»[669]. Monseñor de Cheverus les animaba, mantenía para la Madeleine todos sus privilegios a pesar de nuevas quejas de la junta de fábrica de Sainte-Eulalie, y, aunque en sus elogios callaba el nombre de la Compañía de María, el P. Chaminade le estaba agradecido por su simpatía para con la obra, aceptando de buena gana para él y los suyos el olvido o la crítica de que eran objeto.

Cuando volvió a Burdeos en 1836, comprendió que, a pesar del despertar de la Congregación, se le seguía desaprobando y reprochando la poca repercusión que tenían sus obras. Se decía: «Vea los otros institutos religiosos que tienen menos años de existencia y que sin embargo se han extendido y están en una situación próspera. Vea entre otros a los Maristas de Lyon: están en varios departamentos y crean obras lejanas, etc.»[670]. El P. Chaminade no respondió nada y, sabiendo que se esforzaba por traer a los Padres Maristas a la ciudad para suplir la ausencia del colegio Sainte-Marie, en un ejemplo raro de humildad, escribió espontáneamente al nuevo arzobispo, monseñor Donnet, y puso a su disposición el hotel de la calle Mirail, acompañando este ofrecimiento con estas humildes palabras[671]: «Estoy verdaderamente contento con la idea de que la Compañía de María de Lyon realice el bien que yo no he podido hacer».

---

[668] A Perrodin, 8 de agosto de 1839. *Carta 1159, Lettres, t. V, p. 58.*

[669] Al P. Chaminade, 10 de diciembre de 1834. *AGMAR 27.2.7.*

[670] Estas opiniones están sacadas de una conversación de monseñor Donnet con el P. Caillet, relatada en una carta de este último al P. Chaminade, 13 de julio de 1838. *AGMAR 27.5.254.*

[671] A monseñor Donnet, 14 de agosto de 1838. *Carta 1064, Lettres, t. IV, p. 343*. Los Padres Maristas no aceptaron más que el santuario de Verdelais.

Por lo demás, el nuevo arzobispo no compartía las prevenciones de su predecesor[672]. Conocía de antes al P. Chaminade y sus obras. Venía de Nancy y le habían informado de los esfuerzos hechos para intentar llevar la Compañía de María a Sion-Vaudémont[673]. Había admirado la sabiduría del fundador en sus negociaciones con los hermanos Baillard, sucesores de dom Fréchard, y había sabido de boca de monseñor de Forbin-Janson los méritos personales del P. Chaminade y el juicio favorable que despertaban sus obras del Franco Condado y Alsacia. Aunque fuertemente trabajado al comienzo de su episcopado por la opinión contraria al fundador, resistió, rodeó de benevolencia al P. Chaminade y los suyos, y, lejos de temer su extensión, animó al fundador a abrir de nuevo lo más pronto posible su noviciado de Saint-Laurent para propagar la Compañía por el Midi. Su deseo fue pronto satisfecho, como tendremos ocasión de ver.

Mientras esperaba, el P. Chaminade dio a la Congregación un impulso nuevo. A pesar del peso de la edad y de los trabajos, estimuló con su presencia los consejos y las reuniones organizadas de nuevo según el modelo de las de la Restauración. El éxito no se hizo esperar y, sin igualar la prosperidad del período anterior, supuso para la Congregación una renovación de la que dan testimonio sus registros y los recuerdos de este tiempo. Se restablecieron las costumbres de antes y mientras un joven sacerdote de la Compañía de María, el P. Roussel, excitaba el fervor con la creación de un *comité de celo y perseverancia,* algunos antiguos, entre los que se encontraban Antoine Faye, Téchoueyre y otros, empleaban sin reservas a su servicio toda su actividad.

Así pues, los años 1839 y 1840, tan fecundos para todas las obras del P. Chaminade, lo fueron también para la Congregación de Burdeos, madre de todas las demás. No solamente se produjo en su seno un reflorecimiento, sino que además aparecieron dos obras que se añadieron a la lista de las que la Congregación había contribuido a dotar a la ciudad de Burdeos. Efectivamente, como dice una Memoria oficial de 1840[674], gracias sobre todo a la Congregación se implantaron en Burdeos la obra de San Francisco de Régis para la rehabilitación de los matrimonios[675] y las conferencias de San Vicente de Paúl[676]. La primera reunión general de la obra de San Francisco de Régis fue convocada en el arzobispado el 25 de enero de 1839, y el 8 de diciembre de ese mismo año la conferencia de San Vicente de Paúl de la parroquia Saint-Paul celebró su primera fiesta.

Aunque no podemos comprobar por las listas, más incompletas todavía en este período que en los anteriores, qué fundadores de las dos obras pertenecían a la Congregación, tenemos la certeza de que las personas clave de una y otra eran congregantes. Así están Vézia, primer tesorero de las conferencias; los hermanos Roux, Laclaverie, etc.. Está sobre todo Antoine Faye, cuyo nombre está ligado a las dos fundaciones. Secretario de la primera conferencia de San Vicente de Paúl, la de la parroquia Saint-Paul, no tardó en ser presidente, y cumplió las mismas funciones en la obra de San Francisco Régis. Hasta el final de su vida, se consagró a las dos obras y se identificó, por así decirlo, con ellas, sobre todo con la segunda, de la que fue el alma durante más de treinta años.

Consolado con los éxitos exteriores con los que Dios favorecía en todas partes sus trabajos antiguos y recientes, el fundador estaba deseos de consolidar más todavía, si era posible, las bases profundas sobre las que reposaban sus dos institutos. Regularizó primero la administración general reemplazando a Mémain como jefe de trabajo por Clouzet, que ya realizaba sus funciones; dejó todavía vacante el puesto de jefe de instrucción del que se había retirado Lalanne, quizá con la idea de hacerlo de nuevo más tarde; reunió con más frecuencia a su consejo y se esforzó en darle regularidad en la medida que lo permitía el alejamiento de

---

[672] Ferdinand-François-Auguste Donnet nació el 16 de noviembre de 1795 en Bourg-Argental (Loira), se distinguió en las misiones de la diócesis de Tours, fue llamado de nuevo a Lyon, su diócesis de origen, y nombrado párroco de Villefranche (1827). Coadjutor de monseñor de Forbin-Janson en Nancy (1835), llegó a ser arzobispo de Burdeos el 30 de noviembre de 1836. Su carrera fue una de las más llenas del episcopado de su tiempo por el gran número de obras caritativas y artísticas a las que vinculó su nombre. Fue nombrado cardenal en 1852 y murió en 1882. *Primero, monseñor Donnet se mostró favorable al P. Chaminade, como lo vemos en estos momentos; pero después, en el conflicto del fundador con sus Asistentes, tomó partido radicalmente en su contra y a favor del P. Caillet; hay que decir que monseñor Donnet nunca se dio plena cuenta del objeto de este litigio. Posteriormente, y después de la muerte del P. Chaminade, se interesó más en mejorar su información y no dudó en reconocer públicamente su error y rendir homenaje a las grandes virtudes y a la acción misionera del P. Chaminade. Cfr. Lettres, t. IV, p. 196, nota (1).*

[673] Véase más arriba, capítulo 32.

[674] Esta Memoria, firmada por el P. Chaminade y fechada el 14 de diciembre de 1840, dice que «las obras de San Vicente de Paúl y de San Francisco Régis salen de la Madeleine y le deben sus principales miembros». Esta Memoria se escribió con motivo de nuevos ataques de la junta de fábrica de Sainte-Eulalie. El P. Chaminade se ofrecía a hacer concesiones por amor a la paz e invitaba a monseñor Donnet a aceptarlas si lo juzgaba útil: «Yo firmaré para no ver prolongarse una guerra que desola a todas las almas piadosas. Pronto se van a cumplir los cuarenta años que la junta de fábrica de Sainte-Eulalie nos hace la guerra: es tiempo de deponer las armas para no volver a tomarlas más» *Cfr. Lettres, t. V, pp.249-250 y t. VIII, pp. 913-916.*

[675] Fundada en 1825 en París por Gossin, y aprobada en 1828 por la autoridad eclesiástica.

[676] Fundadas en 1833 por varios jóvenes de París, de los cuales el más conocido es Ozanam.

Clouzet; se aplicó con un nuevo ardor en mejorar el estado financiero; y finalmente dio instrucciones detalladas a los noviciados.

Todas las noticias que el fundador recibía de sus dos institutos le hacían ver que el mejor espíritu animaba a ambos y que reinaba una observancia exacta de las reglas y una concordia que era más querida por el fundador que todos los demás bienes. Le escribía el P. Rothéa[677]: «Oh, nuestro bueno y tierno Padre, ¡qué satisfacción ver que la unión reina entre todos sus hijos: *O quam bonum et quam jucundum!*». Y el P. Chaminade les animaba con acentos que recuerdan la voz del discípulo amado llamando a conservar y cimentar esa unión. Dice a los religiosos y religiosas de los dos institutos en una respuesta común a sus felicitaciones de Año Nuevo[678]: «Miembros de una sola familia, todos debéis amaros como hermanos y hermanas, no teniendo más que un corazón y un alma. La unión hace la fuerza. Esta verdad, comprendida por los antiguos, no tiene su plena realización más que en el seno del cristianismo, porque es en Jesucristo donde se encuentra nuestra fuerza y nuestra vida. Sí, mis queridos hijos, en Jesús y su santa Madre la unión hace la fuerza. Así pues, estad unidos a vuestro anciano padre, amadle como él os ama y esforzaos por entrar en sus miras, que son las de la gloria de María y vuestra felicidad. Creced todos en la fe y en el espíritu de vuestra divina misión. Ese es, mis queridos hijos, el deseo más ardiente de mi corazón. Por lo demás, sabéis que no vivo más que para vosotros. Para vosotros he gastado mi persona y mi vida, feliz si pudiese aseguraros con mi sangre la felicidad de los elegidos».

Había presentado a los dos institutos sus Constituciones como «el testamento de un padre a sus hijos muy queridos». Se puso la tarea de perfeccionar este legado asegurando la correcta interpretación de las reglas al mismo tiempo que el fortalecimiento del verdadero espíritu religioso. Con este fin publicó sucesivamente cuatro circulares magistrales que trataban de los votos emitidos en el Instituto, los de pobreza, castidad, obediencia, estabilidad y enseñanza de la fe y de las costumbres cristianas.

La circular relativa a la pobreza[679] estaba empapada de la impresión profunda producida en el fundador por la desaparición de las órdenes antiguas. Pedía encarecidamente a sus hijos que no dejasen que entrase en ellos la riqueza y el bienestar, fuente de todas las decadencias. Temía toda mitigación en este punto como un debilitamiento del sentido religioso y como un peligro para la misma existencia del Instituto. Sus dos circulares sobre la obediencia y la abnegación que exige[680], y sobre la castidad y el combate a que obliga, no son menos enérgicas ni menos doctrinales. La interpretación del voto de estabilidad y del voto de enseñanza, propios del Instituto de María, apareció en forma de carta a los predicadores de retiros anuales[681]. Importaba a sus hijos más todavía que la de los otros votos, que son comunes con todas las órdenes religiosas. El anciano infundía en esta carta el soplo de un alma siempre joven, la convicción profunda de una vida totalmente dedicada al servicio de María, y sus acentos se elevaban a grandes alturas cuando describía el papel reservado al servidor de María. Destaquemos algunos fragmentos de esta notable carta:

«Sabéis muy bien, mis queridos hijos, que en el gran conjunto de familias religiosas, tenemos un aire de familia que nos distingue fundamentalmente de las demás. Describamos este carácter distintivo y precisemos lo mejor posible lo que es de la *letra* y lo que es del *espíritu*.

«Todas las épocas de la Iglesia están marcadas por los combates y los triunfos gloriosos de la augusta María. Desde que el Señor estableció la enemistad entre Ella y la serpiente, María ha vencido constantemente al mundo y al infierno. La Iglesia nos dice que todas las herejías han tenido que inclinar su frente ante la Santísima Virgen, y poco a poco Ella las ha reducido al silencio de la nada. Pues bien, la gran herejía reinante en nuestros días es la indiferencia religiosa, que va sumiendo las almas en el embotamiento que produce el egoísmo y en el marasmo de las pasiones. El pozo del abismo vomita oleadas inmensas de humo negro y pestilente que amenaza con envolver a toda la tierra en una noche tenebrosa, vacía de todo bien y llena de todo mal, impenetrable, por así decirlo, a los rayos vivificadores del sol de justicia. En el seno de la cristiandad, la antorcha divina de la fe palidece y se apaga, la virtud retrocede al hacerse cada día más escasa y los vicios se desatan con un furor espantoso. Se diría que ya estamos viviendo el momento predicho de una defección general y de una apostasía prácticamente universal.

«Sin embargo, esta descripción desgraciadamente fiel de nuestra época no nos desalienta. El poder de María no ha disminuido. Creemos firmemente que Ella vencerá esta herejía, como todas las demás, porque Ella es, hoy como siempre, la Mujer por excelencia, la Mujer prometida para aplastar la cabeza de la serpiente. Jesucristo, al llamarla siempre con ese gran nombre de Mujer, nos enseña que Ella es la esperanza, la alegría, la vida de la Iglesia y el terror del infierno. A Ella, pues, está reservada en nuestros días una gran victoria, a Ella corresponde la gloria de salvar la fe del naufragio de que está amenazada entre nosotros.

---

[677] 25 de diciembre de 1839. *AGMAR 28.2.681.*

[678] 12 de enero de 1840. *Ligero error en el día: es la carta 1187, de 11 de enero de 1840, Lettres, t. V, pp. 136-137.*

[679] 20 de marzo de 1840. *Publicada en español: "Circulares del Buen Padre Chaminade", Ediciones SM, Madrid 1962, pp. 86-92.*

[680] 12 de mayo de 1840. *Ibidem, pp. 93-107.*

[681] 24 de agosto de 1839. *Publicada en español: "El espíritu que nos dio el ser", Ediciones SM, Madrid 1999, pp. 60-71.*

Nosotros hemos comprendido este designio del cielo, queridos Hermanos, y nos hemos apresurado a ofrecer a María nuestros débiles servicios para trabajar a sus órdenes y combatir a su lado. Nos hemos alistado bajo su bandera, como soldados y ministros suyos, y nos hemos comprometido por un voto especial, el de estabilidad, a secundarla con todas nuestras fuerzas, hasta el final de nuestra vida, en su noble lucha contra el infierno. Hemos tomado el nombre y el estandarte de María, dispuestos a volar donde Ella nos llame, para extender su culto y, por él, el reino de Dios en las almas.

«Este es, queridos Hermanos, el carácter distintivo y el aire de familia de nuestras dos órdenes: somos de una forma especial los auxiliares y los instrumentos de la Santísima Virgen en la obra de la reforma de las costumbres, del mantenimiento y crecimiento de la fe y, por consiguiente, de la santificación del prójimo. Depositarios de las iniciativas que su caridad casi infinita sabe crear, hacemos profesión de servirla fielmente hasta el final de nuestra vida y de cumplir con prontitud cuanto Ella nos diga, felices de poder emplear en su servicio una vida y una fuerza que le son debidas. Y hasta tal punto creemos que esto es lo mejor para nosotros, que nos prohibimos formalmente, por nuestro voto, el derecho de escoger y abrazar otra regla».

Más adelante, en esta misma instrucción, el P. Chaminade hablaba del voto de enseñanza que hacían sus hijos, y lo explicaba así: «Es admirable la conducta de la divina Providencia en la fundación de las órdenes religiosas. Su espíritu, adecuado siempre a las diversas necesidades de los tiempos, se resume en las palabras del Salvador: *Mandavit unicuique de proximo suo,* Dios ha encargado a cada uno un cometido para con su prójimo. Unos han tenido como misión propia dar al mundo el espectáculo maravilloso de la renuncia absoluta y de la mortificación cristiana. Los primeros se formaron en los desiertos de la Tebaida, y desde allí, como de su cuna, se extendieron por el mundo entero, y conocéis todos los héroes de la pobreza y de la penitencia que ofrecieron a la admiración de los ángeles y de los hombres. Más tarde vinieron otras órdenes que multiplicaron en el campo del Padre de familia obreros de todo tipo, llamados a arrancar la cizaña sembrada por el enemigo y a continuar también, cada uno en distinta medida, la obra de la abnegación y de la cruz.

«De estas numerosas Congregaciones, surgidas en todos los siglos y en todos los ambientes, unas están llamadas a un fin particular y otras a otro. Pues bien, nosotros, los últimos de todos, que nos consideramos llamados por María misma a secundarla con todas nuestras fuerzas en su lucha contra la gran herejía de esta época, hemos tomado como divisa, como lo hemos señalado en nuestras Constituciones, las palabras de la santísima Virgen a los servidores de Caná: *Haced lo que él os diga.* Convencidos de que nuestra misión propia, a pesar de nuestra debilidad, es la de practicar para con el prójimo todas las obras de celo y de misericordia, empleamos todos los medios posibles para preservarlo o curarlo del mal, bajo el título general de enseñanza de las costumbres cristianas, y con este espíritu hacemos de ello el objeto de un voto especial.

«Así pues, el voto de enseñanza que hacemos, aunque coincida con el que se hace en otras órdenes, en la Compañía y en el Instituto es más amplio que en las demás. Para responder a las palabras de María: *Haced lo que el os diga,* este voto llega a todas las clases, sexos y edades, pero sobre todo a la juventud y a los pobres. Esto es lo que nos distingue realmente de todas las instituciones que emiten el mismo voto» y nos constituye en «misioneros de María».

Estas cuatro circulares fueron en cierto modo los últimos ecos de la voz del fundador. Él lo presentía cuando dirigía a sus hijos este emocionado adiós: «Acoged, queridos hijos, con sumisión filial los débiles acentos de una voz que se apaga, la voz de vuestro buen Padre. Escuchad sus lecciones como el testamento de su ternura para con vosotros».

Sin duda, él no creía que su tarea hubiese acabado. En 1839 escribía en una de sus cartas[682]: «¡Si usted supiera la inmensidad de trabajos de todas clases que nuestras obras me dan! Trabajo continuamente y, sin embargo, tengo la certeza de que no habré acabado cuando me sorprenda la muerte». Y en 1840, en la última de sus cuatro grandes circulares[683], decía: «El tiempo corre deprisa, mis años pasan con rapidez y me queda todavía mucho que hacer por vuestra felicidad». Quería sobre todo redactar un Manual de dirección y visitar todavía una vez todas sus casas. Pero la Providencia dispuso de otro modo. Ella marcó aquí el término de la actividad exterior del fundador. Lo que «le quedaba por hacer por la felicidad de sus hijos» no era lo que él preveía, ni nada de lo que la sabiduría humana podía presentir.

Iba a cumplir ochenta años y los llevaba con alegría. En Courtefontaine, en 1835, bromeaba sobre su edad y, rechazando una manta caliente que le habían puesto en la cama, decía: «Guardemos esto para cuando seamos viejos». A uno de sus hijos, que le hablaba de una anciano tío sacerdote que él había dejado y que tenía setenta y dos años, replicaba sonriente: «¡Oh, es joven todavía!». Efectivamente, a pesar de los frecuentes ataques de un catarro obstinado, el cuerpo estaba sano, y en el mes de mayo de 1837, cuando una

---

[682] A la Superiora del Buen Pastor de Rouen, señora Anjorran, el 21 de junio de 1839. *Error en el día: entresacado de la carta 1143, de 11 de junio de 1839, Lettres, t. V, p. 24.*

[683] La circular sobre la castidad, 8 de junio de 1840. *Publicada en español: "Circulares del Buen Padre Chaminade", Ediciones SM, Madrid 1962, pp. 108-134.*

epidemia de gripe asoló la ciudad de Burdeos y aumentó notablemente la mortalidad, el Buen Padre fue el único de los habitantes de la Madeleine que no la sufrió.

Sin embargo, si su constitución conservaba todo su vigor, sus órganos se iban debilitando gradualmente: la vista y el oído habían bajado, la memoria se había hecho más ingrata[b], el trabajo más fatigado y lento. La carga que cada día aumentaba de los asuntos que tenía que llevar empezaba a pesar sobre sus espaldas, que seguían llevando todo el peso ellas solas.

Efectivamente, habituado desde su adolescencia a dirigir casi solo obras complejas y múltiples, sentía menos, a la tarde de su vida, la necesidad de compartir con otros su responsabilidad. Aunque lo hubiese querido, la cosa no habría sido fácil. Urgido por todas partes a aceptar fundaciones nuevas, estaba siempre necesitado de personas. El P. Caillet, el único de sus asistentes que estaba cerca de él, estaba absorbido por las obras de la Madeleine y de la Miséricorde. Clouzet no aparecía por Burdeos más en raras ocasiones porque estaba muy ocupado con Saint-Remy y las casas cercanas. Así pues el P. Chaminade estaba solo para ocuparse de la administración.

Pero, si no pensaba en rodearse de ayudas, la idea de retirarse se había presentado más de una vez en su mente. Darse un sucesor, crear una administración regular que despachase los asuntos, retirarse al recogimiento de la soledad y contemplar su obra desde arriba para dirigirla con más unidad y sabiduría: ese era el sueño que acariciaba desde hacía varios años y del que había hablado a sus íntimos en 1835.

Esta comunicación había producido algún espanto: la obra parecía todavía poco asentada, y se buscaban en vano alredededor de él brazos capaces de recoger una sucesión tan pesada. Le suplicaron que aplazase la realización de sus planes a días mejores, hasta que la Compañía y el Instituto fuesen aprobados por Roma. Así se expresaba el P. Caillet en una carta del 8 de noviembre de 1835[c]: «Me apena, querido Buen Padre, cada vez que me dice que quiere dimitir del generalato; yo consideraría esta dimisión presentada y aceptada como una maldición que golpearía a la Compañía de María en su cuna por decirlo así, y como un fatídico pronóstico de su ruina próxima. Efectivamente, si el fundador de un Instituto no tiene gracias de estado para comenzar, continuar la obra y guiarla hasta el fin de su vida, ¿quién las tendrá?».

El fundador se había rendido ante manifestaciones como ésta. Había comprendido que mientras la Compañía no encontrase su equilibrio definitivo, las Constituciones no fuesen acabadas y aceptadas y Roma no sancionase sus fundaciones con un acto solemne, él no podía desertar de su puesto. Los sucesos de 1837 le había mostrado lo indispensable que era su presencia.

Pero en 1840 todos los obstáculos estaban allanados: las Constituciones estaban publicadas y eran observadas, Roma las había alabado y acababa de dedicar a la Compañía y al Instituto elogios muy halagadores, la paz y la concordia reinaban dentro, y fuera el progreso de las obras superaba todas las esperanzas. Pero en este momento en que todo parecía concurrir a facilitar al fundador la ejecución de su idea, se presentó un hecho imprevisto que parecía invitarle a volverse atrás.

Fue una cuestión de finanzas en apariencia de las menos importantes. Al favorecer la salida de Auguste Perrière, monseñor de Cheverus le había liberado de las obligaciones pecuniarias que hubiera podido contraer de cara a la Compañía y especialmente del pago de deudas personales anteriores a su entrada en comunidad, que la Compañía había pagado por él. El P. Chaminade tuvo que inclinarse ante la decisión de una autoridad superior y firmó un acuerdo oneroso para las finanzas ya tan endeudadas de la Compañía, y además poco conforme con los estatutos civiles. Todo hubiese terminado aquí si la situación se hubiese podido liquidarse inmediatamente. Pero las pesadas cargas en que estaba comprometido el nombre de Auguste Perrière no podían aligerarse más que progresivamente. El P. Lalanne, al trasladar a Layrac el colegio Sainte-Marie, había asumido las cargas que se referían directamente al colegio. No las había pagado todas, cuando en 1840, encontrándose en situación desesperada, tuvo que suspender los pagos. Los interesados se dirigieron a Auguste, que los remitió al P. Chaminade.

La Compañía no estaba mejor que el P. Lalanne en materia de finanzas. Esta circunstancia llevó al entorno del P. Chaminade a fijarse en el acuerdo de 1833. Cuando Caillet, Clouzot y otros conocieron los términos exactos, hicieron notar al Buen Padre que después de todo Auguste Perrière podía terminar de pagar lo que quedaba de deudas a su nombre, puesto que en 1833 se le había concedido mucho más de lo que los estatutos le otorgaban legalmente. Además este contrato era un acto personal del P. Chaminade: El consejo nunca había sido llamado a ratificarlo y su misma validez era dudosa.

Se consultó al eminente jurisconsulto Ravez, amigo del P. Chaminade desde hacía más de treinta años. Después de un examen somero del asunto, el señor Ravez concluyó que el contrato de 1833 estaba caduco y aconsejó a la Compañía que reivindicase su rectificación de Auguste Perrière. Pero añadió que se imponía como condición previa la dimisión del P. Chaminade como Superior general: habiendo firmado el contrato de 1833, no puede alzarse contra su propia firma, y la reivindicación tiene que venir de una autoridad diferente, que puede ser el consejo, que no tiene ninguna parte en el contrato, o su sucesor. Así se planteó, de la manera más inesperada, la cuestión del retiro del fundador.

---

[b] *La vista y el oído habían bajado; pero la memoria seguía siendo buena. Cfr. "Nota previa" a estos dos últimos capítulos*

[c] *AGMAR 27.2.34.*

Los Asistentes no veían esta eventualidad como en 1835[d]. Sin desearla, admitían la idea. Les parecía que la Compañía tenía ya una vitalidad suficiente como para no estar expuesta a peligros serios por la dimisión del P. Chaminade. Y una vez que la promulgación de las Constituciones y la aprobación romana garantizaban su futuro, pedía, según ellos, una dirección más firme, más continua y más activa. No se les ocultaba que la administración actual presentaba muchas lagunas. El gobierno, siguiendo las Constituciones, estaba fuertemente centralizado, y el centro flaqueaba a menudo porque no llegaba a todo. La conocida lentitud del Buen Padre se acentuaba cada día y creaba un obstáculo creciente a la resolución normal de los asuntos. El progreso de las obras se podía ver obstaculizado y la Compañía podía estar en una situación molesta de sufrimiento en el momento en todo favorecía su desarrollo. Esas fueron las reflexiones que determinaron a los Asistentes, una vez repuestos de su extrañeza, a examinar la cuestión más de cerca y a sondear sobre el tema al propio fundador.

La primera reacción del P. Chaminade fue de sorpresa. La idea de retirarse de los asuntos no le era extraña y pensaba en ella más que nunca, pero la propuesta realizada en esas circunstancias le desconcertaba un poco. Hubiese preferido retirarse en otras circunstancias, porque, además del inconveniente que veía en dejar la dirección de los asuntos precisamente cuando surgían nuevas dificultades, se sentía rebajado prestándose a una combinación, que sin duda era legal, pero por lo menos tardía. Personalmente no hubiese sido partidario de volver sobre un contrato ya antiguo y hubiese preferido mantener sus compromisos.

Sin embargo, como temía que había sobrepasado sus poderes, no tuvo más que un instante de duda, y de buen grado sometió su juicio al de sus consejeros, mostrándose dispuesto a aceptar su parecer. Por lo demás, retirarse hoy o mañana poco le importaba: sentía la gran necesidad que tenía la Compañía de un Método de dirección y se consideraba dichoso de encontrar en el retiro el tiempo para trabajar en él. En cuanto a la molesta situación que le crearía quizás su litigio con Auguste Perrière, le importaba poco. Tenía el mérito de la obediencia y su humildad bastaba para colocarle por encima de los antagonismos de amor propio que podían resultar para él de este asunto.

Completó su consejo confiriendo el título de jefe de instrucción al joven P. Roussel, que ya cumplía estas funciones desde hacía dos años. Convocó a Burdeos a Clouzet y el mismo día de su llegada, el 7 de enero de 1841, tuvo un primer consejo donde fue debatida la importante cuestión. El P. Chaminade declaró que, si se atenía sólo a lo que él mismo pensaba, no se volvería atrás en los compromisos tomados respecto a Auguste Perrière, que por lo demás veía la utilidad de su retiro y que se sometía a la decisión del consejo. Éste se pronunció por unanimidad a favor de la dimisión. ¿Obró sabiamente? ¿O más bien la sabiduría que le guió era una sabiduría corta de miras? El resultado nos llevaría a creerlo. En todo caso, sus intenciones eran sin duda puras y rectas, creía no seguir más que las luces de la conciencia y obedecer sólo a los intereses de la Compañía a la que representaba.

El P. Chaminade[e] no formuló ninguna objeción a la decisión de sus hijos, y uno de ellos podía escribir pocos días después[684]: «El Buen Padre ha estado admirable en esta circunstancia como en muchas otras». Fijó para el día siguiente la entrega oficial de su dimisión, y efectivamente al día siguiente, el 8 de enero de 1841, tuvo lugar el consejo decisivo. «¿Mi dimisión debe ser pura y simple?», preguntó el fundador. «Pura y simple», se le respondió. Tenía que ser así para permitir a los Asistentes volver atrás de sus actos. Enseguida escribió de su puño y letra una dimisión pura y simple, la firmó y la entregó a sus consejeros con esa clama y esa serenidad que no le abandonaban.

Anunció él mismo este gran acontecimiento a sus hijos[685], pero sin pronunciar la palabra dimisión, porque se había acordado silenciar en la medida de lo posible el litigio con Auguste Perrière. Se quería

---

[d] *La interpretación de las actitudes de los Asistentes no es del todo objetiva. Se han omitido las graves faltas cometidas por Roussel en Saint-Hyppolyte (cfr. IH, p. 50) y su papel de instigador contra el P. Chaminade. Tampoco se alude a sus tejemanejes en todo el asunto de la dimisión del P. Chaminade (cfr. DA, pp. 17-28). Y no se hace referencia a otras razones que ocultaron los Asistentes al P. Chaminade para hacerle dimitir (cfr. IH, p. 114)*

[e] *Este párrafo simplifica enormemente y tergiversa lo ocurrido. Omite totalmente la diferencia entre:*

- *Dimisión canónica, según el artículo 482 de las Constituciones, realizada oralmente por el P. Chaminade el 7 de enero de 1841, con la reserva expresa de nombrar a su sucesor*
- *Dimisión civil, según los estatutos civiles (que no podía contener la reserva de nombrar a su sucesor, porque no figuraba en los estatutos) escrita y firmada por el P. Chaminade, el día 8 de enero de 1841, por necesidad exclusiva del proceso con Auguste Perrière.*

Además no alude para nada a todo el asunto de las actas de estas sesiones, que es clave para comprender el conflicto posterior del p. Chaminade con sus Asistentes. Cfr. IH, pp. 113-140; DA, pp. 17-28; Lettres, t. V, pp. 256-259.

[684] Clouzet a Chevaux, 21 de enero de 1841. *En AGMAR 7.1.194 hay una carta de Clouzet a Chevaux en esa fecha, donde se habla de la dimisión del P. Chaminade; pero la frase citada por el P. Simler no se encuentra en ella.*

[685] Circular del 9 de enero de 1841. *Error en el día; carta 1240, de 7 de enero de 1841, Lettres, t. V, pp. 260-266.*

también preparar la opinión en la Compañía y cuidar la transición. Los religiosos estaban tan habituados a tratar directamente con el Buen Padre, profesaban por él tan gran veneración, que no le hubiera sido posible borrarse de golpe. Aseguró a sus hijos que, aunque descargaba totalmente en sus Asistentes el cuidado de dirigir la Compañía, seguía dispuesto a prodigarles los consejos de su larga experiencia. Recordaba el pasaje de la sagrada Escritura en que se dice que los apóstoles se crearon colaboradores para descargar sobre ellos los trabajos ordinarios del ministerio, y dedicarse ellos con más libertad a la oración. Con los obispos no necesitaba estas precauciones y les informó sin rodeos de su dimisión.

Después del consejo del 8 de enero, no hubo preocupación por arreglar el futuro. Se pensaba que había que acabar con el asunto que había dado la ocasión. El *statu quo* no era insatisfactorio para los Asistentes: por una parte, les dejaba la suficiente iniciativa para asegurar el buen funcionamiento de los mecanismos administrativos, y, por otra, salvaguardaba el respeto debido al fundador y les garantizaba su apoyo en los casos difíciles. De ese modo todas las exigencias estaban satisfechas.

Quizás las Constituciones se acomodaban menos bien a esta situación, porque prescribían, en caso de dimisión pura y simple, convocar «cuanto antes» el Capítulo general para la elección del nuevo Superior. Es verdad que añadían que esa convocatoria se debía hacer «en cuanto las circunstancias lo permitiesen», y se pensaba que las circunstancias no lo permitían antes del final de las dificultades pendientes. Nadie sospechaba que esas dificultades podrían prolongarse y los más pesimistas no se hubieran atrevido a admitir que iban a durar tres años enteros.

Capítulo 38: Los últimos años, la enfermedad y la muerte (1841-1850)

Cuando el P. Chaminade se retiró voluntariamente[a] de la dirección de la Compañía estaba en los ochenta años. Su vida había sido plena como vida humana. Atento y dócil a los impulsos de lo alto, había puesto la mano en todos los planes providenciales de los que él debía ser el instrumento, y sus trabajos habían sido aceptados, a juzgar por las contradicciones que los habían acompañado, así como por sus éxitos y por la aprobación oficial de la autoridad suprema. Tenía derecho a un legítimo descanso.

Sin embargo, incluso a su edad, incluso después de tantas fatigas, no era el descanso lo que ambicionaba. No lo esperaba en esta tierra y, si Dios prolongaba su vida, estaba dispuesto a consagrarla hasta el último soplo no sólo a su propia santificación, sino también a la felicidad de sus hijos. Les decía[686]: «Llevaré con sumisión, e incluso con gusto, mi exilio sobre la tierra si puedo ser útil todavía». Y efectivamente los nueve años que le separan del término de su existencia serán años fecundos, los tres primeros por la prolongación de una actividad infatigable, los seis últimos por un martirio moral[b] más meritorio y más eficaz que toda agitación humana.

Al día siguiente de su dimisión, el fundador, desde la sombra de su retiro[c], podía asistir a los progresos realizados en sus obras y cooperar en la medida en que le permitían sus fuerzas y su nueva situación. Con su modestia y su sencillez habituales, puso un cuidado escrupuloso en borrarse completamente ante sus Asistentes y en dejarles efectivamente el ejercicio y la responsabilidad del poder. Sin embargo, comprendiendo que su cooperación era más que un servicio prestado a sus Asistentes, una necesidad en relación a la Compañía tan poco acostumbrada a estar sin él, les secundó con todo el interés que le dictaba su amor paternal y les invitó a disponer de él como quisieran. Oficialmente desaparecía de todo, pero en realidad no se hacía nada sin él: asistía a los principales consejos, mantenía correspondencia como en el pasado con los miembros más influyentes de la Compañía, y sus Asistentes le encargaban ordinariamente de las negociaciones delicadas. Él se prestaba a todo, contento de la oscuridad a la que se había relegado así como del bien que continuaba operando.

Sus fuerzas se sostenían e incluso, según Clouzet[687], «iba mejor que en 1834 y estaba por lo menos tan ligero». Este estado satisfactorio de su salud le inspiró la idea de emprender, ese mismo año, una nueva visita general de la Compañía, del Instituto y de la Tercera Orden, con el fin de promover en todas partes el

---

[a] *Afirmación un tanto exagerada, que sería necesario matizar mucho más. Los Asistentes prácticamente provocaron la dimisión. Conviene leer el estudio tan documentado sobre la dimisión que realiza IH, pp. 109-142.*

[686] A la comunidad de Courtefontaine, 23 de enero de 1838. *Carta 1024, Lettres, t. IV, p. 272.*

[b] *El P. Simler está preparando su presentación de un P. Chaminade torturado por ideas obsesivas y escrúpulos, debidos a su debilitamiento senil, intentando salvar así al fundador y a sus Asistentes.*

[c] *Tampoco estuvo en la sombra de un retiro; basta seguir leyendo las páginas sucesivas para ver cómo se contradice. El P. Chaminade siguió actuando en el interior de la S. M. y con las autoridades de fuera prácticamente como Superior General.*

[687] A Chevaux, 5 de junio de 1841. *AGMAR 7.1.216.*

fervor y tener, antes de morir, el consuelo de ver a sus hijos e hijas cada vez más fieles al espíritu de su santa vocación. Pensaba detenerse mucho tiempo en Saint-Remy, quizá incluso fijar allí su residencia.

Estos planes no se realizaron ni en 1841 ni en 1842: por motivos diversos sólo pudo hacer su gira habitual a lo que él llamaba el «país alto». Su presencia era allí necesaria por el desarrollo rápido de la Tercera Orden, y, a propósito de estas últimas apariciones en Auch, recuerdos contemporáneos nos lo presentan en sotanilla de viaje, llevando ágilmente sus ochenta años, abrumado de asuntos como en los mejores tiempos de su vida activa, inspirando a todos un sentimiento de veneración no sólo por su porte majestuoso, sino también por la belleza de su rostro en el que la edad y la virtud habían puesto una impronta de serena dignidad y atractiva bondad.

Estas iban a ser sus últimas ausencias de Burdeos[688]. Sin embargo, no renunciaba a su proyecto primitivo y, a finales de 1843, escribía todavía en estos términos al P. Léon Meyer, superior de la casa de Ebersmusnter: «Estoy en disposición de hacer una visita general a todas las casas de la Compañía; quizá abarque también algunas de las principales casas del Instituto y de la tercera Orden de las Hijas de María. Lo habría hecho el año pasado si no hubiera sido por algunos asuntos que me parecieron necesitar mi presencia en Burdeos, y tengo motivos para creer que esta retraso estaba en los planes de Dios. La Compañía parece echas raíces cada vez más profundas, a pesar de las sacudidas que experimenta. Navegamos en un mar borrascoso, pero evitaremos todos los escollos si tenemos siempre la vista puesta en la estrella que nos dirige: *Respice stellam, voca Mariam».*

Entre los asuntos que le retenían junto a su consejo, los más importantes eran las nuevas fundaciones. Éstas se multiplicaban de día en día. Al final del año 1841, el arriendo de Saint-Laurent acababa de expirar y enseguida se reconstituyó el noviciado, como lo pedía expresamente el arzobispo, monseñor Donnet. Fue la señal de toda una serie de fundaciones en el Midi, de las que la más importante, la de Réalmont en la diócesis de Albi, fue negociada directamente por el P. Chaminade.

Desde hacía varios años se había pedido introducir la Compañía de María en esta diócesis. El vicario general de monseñor de Gualy era el antiguo rector de Besançon, el P. Calmels, que tanto había apoyado las escuelas normales de Saint-Remy y Courtefontaine. Pidió al P. Chaminade, en 1837, que abriese una parecida en la diócesis de Albi, a pesar de la existencia de la escuela oficial del gobierno. El P. Chaminade no pudo responder a esta invitación, y entonces monseñor de Gualy se dirigió a los Hermanos del P. La Mennais y consiguió un grupo de estos religiosos para la casa que había ofrecido al P. Chaminade en Réalmont. Pero este Instituto religioso estaba autorizado por el gobierno sólo para los departamentos de la antigua Bretaña, por lo que los religiosos tuvieron que retirarse. Entonces su Superior, Deshayes, por una parte, y el nuevo arzobispo de Albi, monseñor de Jerphanion[689], por otra, pidieron al P. Chaminade que se encargase de la obra de Réalmont. Cuando era todavía obispo de Saint-Dié, monseñor de Jerphanion se había mostrado admirador sincero del fundador y de sus obras y había llamado a la Compañía de María a su diócesis[690].

No se pudo sustraer a estas peticiones apremiantes y, a finales del año 1843, se tomó posesión de la casa de Réalmont donde había un gran número de jóvenes deseosos de abrazar la vida religiosa. Había una casa de formación ya montada que, casi inmediatamente, proporcionó algunos novicios a Santa Ana[d]. El P. Chaminade hubiera querido crear la escuela normal proyectada: apreciaba tanto esta clase de obras que por esta misma fecha trataba con monseñor Donnet de la creación de una escuela normal en la misma ciudad de Burdeos. Los acontecimientos no le permitieron realizar su plan más que en parte, consiguiendo para la escuela de Réalmont el título de escuela de prácticas. Esta fundación prosperó mucho y llegó a ser para la Compañía de María un vivero y un centro de desarrollo en estas regiones.

El P. Chaminade se interesaba también por las fundaciones que se multiplicaban en Alsacia, Franco Condado y Suiza. Incluso mantenía correspondencia principalmente con el Norte. Pero sus cartas estaban cada vez más exentas de las preocupación de los quehaceres y tendían a ser sobre todo direcciones espirituales llenas de unción y de piedad. Dejaba a su pluma ir libremente según las inspiraciones de su corazón y multiplicaba las exhortaciones a una vida verdadera y profundamente religiosa, a la unión cada vez más completa con Nuestro Señor, a una confianza absoluta en María. Era como un eco del trabajo de santificación que se realizaba en su propia alma.

---

[688] Su último viaje se sitúa en el mes de mayo de 1842. *La cita de este párrafo es de la carta 1281, Lettres, t. V, p. 370. Basta leer esta carta para confirmar que el P. Chaminade no estaba en la sombra ni en su retiro.*

[689] Jean-Joseph-Marie-Eugène de Jerphanion nació en Puy el 8 de marzo de 1796 y recibió tarde las órdenes sagradas. Fue nombrado obispo de Saint-Dié en 1835 y arzobispo de Albi en 1843. Tenía todas las cualidades de un prelado del siglo XVIII sin sus defectos. Su dignidad, su piedad y su amabilidad dejaron un profundo recuerdo en su diócesis. Murió el 20 de noviembre de 1864.

[690] Su vicario de Albi, P. Vergne, escribía de él al P. Chevaux el 8 de enero de 1845: «Yo creo que nadie venera más que él al P. Chaminade, que tiene el mérito y la gloria de haber dado a la sociedad presente el tipo de obreros que le son más necesarios». *AGMAR 7.4.453.*

[d] *El P. Simler menciona a Santa Ana, antes de haber hablado de su fundación, cosa que hará después.*

Esta preocupación por desarrollar en sus hijos el verdadero espíritu de su estado le llevó a prestar una atención especial a las diversas casas de formación. Apenas un mes después de dimisión inspiró, sin firmarla, una circular destinada a las tres casas centrales de Saint-Remy, Courtefontaine y Ebersmunster para regular la admisión de los postulantes. Les daba reglas muy sabias, las mismas que, pocos años después, el decreto *Romani Pontifices* iba a indicar a la atención de todas las Congregaciones religiosas.

Cuando, al final de ese mismo año 1841, abrió de nuevo el noviciado de Saint-Laurent, lo rodeó de toda clase de cuidados. Puso allí a religiosos que pudiesen servir de modelos a los novicios: Pierre-Joseph Michaud, de primeras austero, pero de un corazón de oro, cuya capacidad no perjudicaba en nada a la modestia y al arte de hacerse amar; Jean-Baptiste Bidon, de quien dice un novicio de este tiempo[691]: «hombre de una humildad profunda, de humor siempre igual, pronto a la obediencia a pesar de sus sesenta y cinco años[692], cuya vida era una oración continua, porque se decía de él que no interrumpía nunca su coloquio con Dios»; Bernard Laugeay, el primer director de Agen, que pasaba noches enteras ante el santísimo Sacramento.

Pero lo mejor de todo era que los novicios tenían al propio P. Chaminade. El primer superior de la casa, el P. Chauvin, murió al cabo de unas pocas semanas, y el P. Roussel, que ocupó su puesto, no tenía tiempo para cumplir sus obligaciones[e]. Entonces el P. Chaminade se ofreció a hacer de maestro de novicios con sus hijos. No disimuló la alegría que experimentaba consagrando a su joven rebaño las últimas energías de su alma y preparando todavía al final de su carrera apóstoles de la Virgen María. Al principio estaba con ellos sólo el domingo y aparecía a veces durante la semana. Se sentía cada vez mejor en esta mansión de paz y edificación, y dividió su tiempo entre Saint-Laurent y Burdeos, dando a Saint-Laurent la mejor parte. Al final, no iba a la Madeleine más que el miércoles y jueves para asistir al consejo.

Dos veces por semana reunía a los novicios alrededor de él en su pequeña habitación y hablaba con ellos de cosas de piedad. Sus conferencias dejaban en estas almas jóvenes huellas imborrables. Su punto de partida era siempre la fe o la devoción a María y siempre *se redondeaban,* según su expresión, en torno al *Credo* o al *Magnificat,* como en torno a un centro de donde emanaban todos los rayos de su enseñanza. Repetía a menudo las mismas ideas, pero la convicción de su acento y la piedad de sus aspiraciones producían una impresión profunda, inolvidable. aumentada por el espectáculo de la mortificación que se desprendía de toda su compostura. Nos dice otro novicio[693]: «Durante las conferencias, con las manos sobre la mesa, los ojos fijos en un crucifijo que había pertenecido a su hermano Recoleto, los pies inmóviles parecía una estatua. Si había moscas que reposaban en su cabeza o en su rostro, no hacía ningún esfuerzo por ahuyentarlas y se dejaba picar y arañar el rostro».

También fuera de estas reuniones, su rostro inspiraba una veneración profunda, como lo atestigua otro de los novicios de este tiempo[694]: «En su físico tenía un aspecto imponente; era de talla alta; largos cabellos blancos enmarcaban su hermoso rostro; tenía el andar grave y el aire muy afable; era uno de los ancianos más majestuosos que yo he visto». Su bondad le ganaba todos los corazones, y a pesar del ascendiente de la edad y de la virtud, a pesar de la lentitud de sus movimientos, no alejaba a estas naturalezas ardientes, que, al contrario, se sentían atraídas hacia él con un irresistible atractivo. Aprovechaba para formarles dulcemente en las más altas virtudes, enseñándoles con preferencia las abnegación y la mortificación, como si hubiese hecho de ellas la última palabra de la perfección religiosa[695].

Seguía la vida común, aunque comía separadamente, a causa de su lentitud, pero de la cocina común que era más que frugal. Llevaba vestidos pobres y gastados. Tenía una celda «muy pobre, pero muy limpia[696]; una pequeña cama, algunas sillas de paja, un viejo sillón, un escritorio que había sufrido muchas tormentas. dos o tres imágenes de piedad y un crucifijo con la benditera»: ese era el inventario completo de su mobiliario.

Esta pobreza no era la excepción en Saint-Laurent, y en este punto el noviciado de 1841 reproducía fielmente el de 1821. La buena voluntad era la misma y, cosa notable, encontramos en la pluma de los novicios del segundo período las mismas ideas, casi las mismas expresiones que en los novicios de los

---

[691] Lestrade. Notas manuscritas. *AGMAR 17.4.310.*

[692] Cuando los primeros religiosos salieron para América en 1849, un Superior preguntó en broma a Bidon si estaba dispuesto a acompañarles. El anciano, creyendo recibir una orden, se puso enseguida a hacer los preparativos para la marcha, sin formular ninguna objeción.

[e] *Ésa no fue la verdadera razón de que dejara el noviciado. El P. Chaminade no quería dejar el noviciado en manos de Roussel.*

[693] Eugène Canette. Notas manuscritas. *AGMAR 17.4.205.*

[694] Lestrade. *AGMAR 17.4.208.*

[695] Notas de Canette. *AGMAR 17.4.205.* Iniciaba también a los novicios en el ejercicio de apostolado, enviándoles a enseñar el catecismo al hospital.

[696] Compartía a este respecto el sentimiento de san Bernardo, que decía: «Lo que yo amo es la pobreza, no la suciedad».

primeros años. Dice uno de ellos[697]: «Carecíamos de muchas cosas, pero , viejos y jóvenes, éramos ricos en humor alegre y en buena voluntad». Y resumía así sus impresiones de entonces: «Finalmente la vida transcurría en Saint-Laurent apacible y santamente, ninguno ponía mala cara a la regla y nadie llegaba tarde por la mañana a la capilla ni a ninguno de los ejercicios del día; se comulgaba a menudo... y, aunque las faltas eran poco numerosas, la culpa del viernes estaba más cargada que el capítulo mensual, ¡con tanto cuidado se observaba cada uno a sí mismo!, de modo que la preocupación de los superiores era dirigirnos con una bondad indulgente, por miedo a que el escrúpulo se apoderase de nuestra conciencia». Así era Saint-Laurent formado de manos del Buen Padre: hacía revivir las dulces emociones de los primeros días de la Compañía de María.

En 1843 este pequeño paraíso terrestre fue trasplantado a una propiedad mejor provista de lo necesario. Estaba situada más cerca de Burdeos, en el camino de Saint-Genès, y se llamaba Santa Ana, por una capilla de ese nombre que se encontraba allí antiguamente. Unas alamedas de tilos y arbustos hacían la estancia muy agradable, y los edificios parecían lujosos en comparación con la pobre casa de Saint-Laurent que se dejaba. Se reservó al fundador una de las mejores habitaciones de la planta baja. Puso dificultad para ocuparla, no encontrándola pobre a su gusto, y al final la aceptó cuando se le mostró que las otras tenían su destino.

Se improvisó una capilla, que fue adornada por un religioso dotado de talento para la pintura. El P. Chaminade obtuvo del cardenal Lambruschini una reliquia de san Urbano. Se preparó bajo el altar un relicario digno y los primeros días de septiembre de 1843, probablemente el día del santo Nombre de María, fiesta patronal de la Compañía, se hizo el traslado de la reliquia con gran solemnidad. La presidió el propio arzobispo, monseñor Donnet, asistido por dos prelados totalmente adictos al P. Chaminade que se encontraban de paso en Burdeos: monseñor Gignoux, obispo de Beauvais, y monseñor de Forbin-Janson, obispo de Nancy[698]. El primero era uno de sus discípulos más queridos. El segundo era su amigo desde hacía tiempo; se esforzó por traer la Compañía a su diócesis y, fatigado de sus largas correrías apostólicas, habló incluso de retirarse en su seno[699]. Pero al año siguiente acabaría su fecunda carrera.

Esta fiesta una de las últimas a las que el P. Chaminade pudo asistir con la serenidad de una satisfacción sin reservas. Algunos meses después, un velo de dolor se extendía sobre él y sobre sus hijos para envolverlos hasta su muerte. A uno de ellos había escrito[700]: «Comprenda que está en el orden de la Providencia que el fundador y los cofundadores de las grandes obras de Dios tengan mucho que sufrir y que sus sudores, sus piadosos gemidos ante Dios, son como el rocío que hace germinar las semillas que echan: *euntes ibant et flebant*».

Ya había comprobado a menudo durante su larga carrera esta ley de la Providencia. A la tarde de su fecunda vida, iba a reproducir esta dolorosa experiencia y, en seis años de indecibles sufrimientos, sellar la misión a la que Dios le había llamado y perfeccionar al mismo tiempo su propia santificación.

Varios servidores de Dios cuya vida se prolongó más allá del término de su actividad conocieron estas penas y estas humillaciones supremas: san Juan de la Cruz, san José de Calasanz, san Alfonso Mª de Ligorio son ejemplos llamativos. Entre los contemporáneos del P. Chaminade, dos de aquellos con los que su vida apostólica tuvo más conexión y semejanza, fueron sometidos por Dios en el ocaso de su existencia a una prueba del mismo tipo. El P. Delpuits, el fundador de la Congregación de París, vio sus últimos días ensombrecidos no sólo con la supresión de su Congregación por orden de Napoleón, sino también con una disminución de sus facultades. Dice uno de sus biógrafos[701]: «Su cabeza se debilitó, y se deterioró sucesivamente».

El P. Rauzan, con el que tan íntimamente estaba ligado el P. Chaminade, sufría en este momento la misma suerte. Su biógrafo[702] se expresa así. Después de citar el texto de la Vulgata: «Los días del hombre se extienden hasta setenta años y ochenta en los más robustos; más allá no hay más que pena y dolor»[703], continúa: «Dios permite a menudo en sus servidores que deja mucho tiempo en la tierra que la llama inmortal de la fe siga brillando con todo su resplandor, mientras que la llama de la inteligencia se debilita a medida que

---

[697] Lestrade. *AGMAR.4.310, p. 34 y pp. 36-37.*

[698] Charles de Forbin-Janson (1785-1844), uno de los auxiliares más entusiastas del P. Rauzan, rehusó la coadjutoría de Burdeos que le ofreció monseñor d'Aviau y fue elevado, a su pesar, a la sede de Nancy en 1823. Su actividad en favor de las misiones y su adhesión a la Restauración le expusieron a la malevolencia de los vencedores de julio. No se le permitió volver a su diócesis después de 1830. Fue suplido sucesivamente por dos coadjutores, monseñor Donnet que, en 1835, fue elevado a la sede de Burdeos, y monseñor Menjaud. Monseñor de Forbin-Janson aprovechó su tiempo libre para continuar sus giras de misión por Europa y América y para crear la hermosa obra de la Santa Infancia, de la que fue el verdadero fundador. Cf. su *Vie,* por Philpin de Rivière. Poitiers, Oudin.

[699] Carta del P. Léon Meyer al P. Chaminade, 30 de mayo de 1838. *AGMAR 27.5.225.*

[700] Al P. Léon Meyer, 2 de noviembre de 1840. *Carta 1225, Lettres, t. V, p. 220.*

[701] *Ami de la religion,* t. V, p. 192. Murió el 15 de diciembre de 1811, a los 77 años de edad.

[702] El P. Delaporte, edición de 1892, p. 328.

[703] Salmo 89. El texto hebreo correspondiente no tiene ese sentido.

los órganos se fatigan y el cuerpo se desploma. Es lo que sucedió al P. Rauzan. En los últimos años de su vida, se hizo menos apto para llevar los asuntos y, como ocurre de ordinario en estas circunstancias, a medida que menos podía tratarlos, más desconfiado se volvía respecto de sus consejeros y más celoso de su autoridad»[f]. Estas líneas se aplican en parte al P. Chaminade, y no es una de las menores singularidades del paralelismo llamativo que el azar de las circunstancias ha establecido entre estas dos existencias tan semejantes[704].

Efectivamente, el P. Chaminade llegaba a ese momento en que, como el P. Rauzan, empezaba a sobrevivir a sí mismo. Lento por naturaleza, lo era todavía más por la edad. Ya en 1825 sus hijos sufrían por la larga duración de las reuniones, cuando su impaciencia deseaba soluciones rápidas y decisivas. En 1843, esta lentitud sobrepasaba los límites: tardaba una hora entera en celebrar el santo Sacrificio. Su vista se debilitaba gradualmente y sus cartas reflejan la dificultad que tenía para dirigir su pluma. Pronto no podrá más que firmar. Su oído se hacía también más duro.

Finalmente, y este era el síntoma más inquietante, se veía presa de preocupaciones de conciencia, de escrúpulos que le agitaban fuertemente y le hacían ver obligaciones acuciantes donde sólo había deberes ligeros, a menudo incluso dudosos. Estos síntomas se remontaban a varios años, pero nadie les daba importancia: eran débiles y pasajeros y se desvanecían de ordinario en una oración ante el santísimo Sacramento.

Esta enfermedad[g], que era efecto de la edad, debía naturalmente agravarse cada vez más, y es lo que sucedió. A partir de 1844, se impuso tan fuertemente al venerable anciano que ya no le dejó más que en raros intervalos de descanso. Fue para él la causa de angustias morales continuas, mil veces más dolorosas que los sufrimientos físicos. Y mientras él subió así lentamente la cuesta del Calvario, cuya cumbre conseguiría sólo al cabo de largos años, arrastró con él a la Compañía entera y sobre todo a sus Asistentes, testigos y víctimas de sus inquietudes[h].

Ninguna prueba más temible podía ser reservada al padre y a los hijos. Nunca tampoco la fe del fundador apareció tan viva y tan inquebrantable. Teniendo contra él las decisiones de los hombres que le rodeaban, trabado de mil maneras, acuciado, suplicado para que cediese, no teniendo nada que ganar y pudiendo perder todo si seguía resistiéndose, resistió, y resistió hasta el final porque estaba persuadido de que su conciencia le exigía eso. Se manifestaba dispuesto a todo, «dispuesto a subir al cadalso», según su expresión sacada del recuerdo del Terror, con tal de satisfacer «a los gritos de su conciencia». Poco importa que su conciencia estuviese falseada por el debilitamiento de los órganos, poco importa que se hubiese forjado obligaciones quiméricas. Se creía obligado a escuchar su voz, y su docilidad a ella, por encima de todo y a costa de todos los sacrificios, era heroica y coronaba dignamente una vida de fe y fidelidad a las menores prescripciones de la ley de Dios. Cuando le fallaba todo recurso humano, buscaba la fuerza y la resignación donde la había encontrado toda su vida, al pie del crucifijo. Decía después de lanzar un grito de dolor[705]: «Es verdad que teniendo a la vista y poniéndome al pie del crucifijo, encuentro mucha fuerza y en esta fuerza un poco de consuelo». Esto duró seis años, y no exageramos llamando a esta agonía un martirio del alma, más doloroso que muchos martirios del cuerpo.

Esta enfermedad del P. Chaminade, porque era una verdadera enfermedad, empezó al día siguiente de la decisión arbitral de Ravez en el asunto de Auguste Perrière, causa determinante de la dimisión del fundador. El señor Ravez, escogido como árbitro por las dos partes, volviéndose atrás, después de un maduro examen, de su primera opinión, dio la razón a Auguste[i]. Y, efectivamente, desde el punto vista puramente

---

[f] *Con estas referencias el P. Simler está preparando su clave forzada y falsa de interpretación de los sucesos de los últimos años del P. Chaminade. Esa crisis interna de preocupaciones y deterioro senil, calificada de enfermedad, no existió. Es una pura clave interpretativa. Cfr. mi nota previa a los dos últimos capítulos.*

[704] Consagrados los dos a la vida apostólica, aunque por vías diferentes, los dos terminaron fundando una Orden de hombres y una Orden de mujeres, así como una casa para las chicas arrepentidas. Las órdenes fundadas por el P. Rauzan son las de los Sacerdotes de la Misericordia y las Damas de Santa Clotilde. Su casa de chicas arrepentidas es el Buen Pastor de la calle d'Enfer. Murió el 5 de septiembre de 1847, poco más o menos a la misma edad que el P. Chaminade.

[g] *La falsa teoría de una enfermedad psicológica se remonta a los mismos Asistentes para poder oponerse con todas sus fuerzas al P. Chaminade.*

[h] *¡Todo lo contrario! El P. Chaminade fue testigo y víctima de las maquinaciones e intrigas de sus Asistentes. Se ve clara la intención del P. Simler de salvar a los Asistentes.*

[705] Al P. Caillet, 13 de junio de 1845. *Carta 1375, Lettres, t. VI, p. 354. Esta cita está sacada de su contexto. Convendría leer esta carta entera, para darse cuenta de la clarividencia del fundador y de las preocupaciones muy serias y bien reales que tenía.*

[i] *La sentencia arbitral de Ravez rehabilitó completamente al P. Chaminade y condenó a los Asistentes, que quedaron aterrados. Cfr. IH, pp. 143-144; también p. 396. Esto no lo cuenta el P. Simler. Por lo tanto, todo lo que dice sobre la inquietud y la idea que invadió el espíritu del P. Chaminade es inexacto.*

jurídico en el que él se situaba, no podía decidir de otro modo. Los Asistentes vieron que se habían equivocado lanzándose en este asunto. Por lo demás, no tenía más consecuencia que dejar a cargo de la Compañía lo que habría debido pagar si el debate no hubiera tenido lugar.

Pero entonces apareció en el P. Chaminade una inquietud semejante a ciertas preocupaciones de los años anteriores de las que encontramos huellas en su correspondencia, pero que habían durado poco. Esta vez la duda era sobre su dimisión. El error cometido por sus Asistentes le parecía manifiesto. Él se acordaba de la vacilación que había tenido para seguirles por esta vía, y acabó preguntándose si había hecho bien en dimitir. Poco a poco esta duda e ancló en su espíritu y se convirtió en una certeza para él: no debió, no pudo dimitir, abandonando así a los hijos que le habían sido confiados por la Providencia. Su conciencia le decía que no debía entregarlos a otras manos o no entregarlos más que en el momento oportuno. Debía volver a tomar al menos momentáneamente el gobierno de su Compañía y seguir ejerciendo sus deberes y sus derechos imprescriptibles de fundador.

Esta idea invadió su espíritu hasta el punto que ya no fue susceptible de una discusión seria. Sin embargo los Asistentes, creyendo llegado el momento de regularizar la situación de la Administración general, sin conocer exactamente los pensamientos del fundador, le propusieron convocar un Capítulo general. Él se negó[j]. Sus Asistentes se vieron en una cruel perplejidad. Su amor filial les llevaba a ceder a los deseos de su Buen Padre y devolverle toda la autoridad de antes. Pero ni el arbitraje que había tenido lugar por la cuestión financiera, y que suponía una dimisión completa del fundador, ni el estado de sus sentidos, de su vista y de su oído, ni su lentitud ni finalmente la obsesión de que era víctima su espíritu, se lo permitía, porque ellos eran los responsables de la Compañía cuya dirección les había sido confiada. En vano propusieron toda clase de combinaciones para satisfacer al Buen Padre, salvaguardando siempre la responsabilidad de ellos. La verdadera razón de las reivindicaciones del fundador se les escapaba, o más bien, si se daban cuenta de ella[706], alejaban la idea como injuriosa para un venerable anciano cuya sabiduría y juicio, junto con su santidad, estaban acostumbrados a respetar profundamente. Todos sus intentos fracasaron y pidieron a monseñor Donnet una dirección en esta penosa coyuntura.

El arzobispo se puso en relación con sus colegas de Besançon y de Albi, de quienes conocía su afecto hacia la Compañía de María. Los tres acordaron llevar el asunto a Roma. Cuando hablase la autoridad suprema, el P. Chaminade no pondría dificultad para aceptar la solución, cualquiera que fuese, y los religiosos se tranquilizarían (octubre 1844).

En efecto, algunos religiosos estaban al corriente del conflicto. El mismo Buen Padre, que creía obrar por orden de su conciencia, no hacía ningún misterio del desacuerdo que existía entre él y sus Asistentes. De ahí una agitación, un malestar que, por poco que se prolongase, podía ser un germen de división y de muerte. Pero Roma tiene su ritmo lento y pasaron ocho largos meses antes de que se pronunciase. Ocho meses de terribles angustias para todos los que tenían interés por la obra, para los obispos y sobre todo para los Asistentes que, colocados entre el afecto que profesaban a su Padre y los deberes de su cargo, no sabían cómo unirlos. La prueba llegó a ser tan penosa[k] que quisieron presentar su dimisión en manos de los obispos. Pero el remedio era peor que la enfermedad, y los obispos la rechazaron. Se vieron obligados a apurar hasta las heces este cáliz de amargura. Decía más tarde el P. Caillet: «Yo experimentaba por la persona de nuestro Buen Padre tal afecto que, recorriendo en mi mente todas las penas a las que yo podría ser sometido, no veía ninguno más cruel que la de encontrarme en desacuerdo con él». Era ésta la prueba que le estaba reservada y en toda su intensidad, porque todo lo que él sufría lo sufría por el cuerpo entero. No podía evitar el llorar y suplicaba al cielo que pusiese fin a este tormento.

El P. Chaminade no estaba menos afligido que él, y la idea de ver a su Compañía expuesta una vez más «a la criba de Satán»[707] le llenaba de dolor. Pero su confianza en María no se había quebrado y,

---

[j] *Todo este asunto está contado con enorme parcialidad y omitiendo los escándalos terribles de la conducta depravada del P. Roussel en el noviciado de Santa Ana, que fueron una de las causas de la oposición del P. Chaminade a la convocatoria de un Capítulo General. Cfr. DA, pp. 43-44.*

[706] Escribe el P. Caillet al P. Léon Meyer el 31 de agosto de 1844 *(Entresacado de AGMAR 7.2.262)*: «Desde febrero la conducta del Buen Padre con sus Asistentes es para mí un misterio...». No puedo explicarlo «más que diciendo que a su edad la memoria le sirve mal y le equivoca a menudo, y su mente debilitada con el cuerpo deja escapar la mayor parte de las ideas para no retener más que algunas a las que se agarra con mayor fuerza por el hecho de que las otras son olvidadas». *El P. Caillet no dice nada de las verdaderas razones que causaban el conflicto entre los Asistentes y el P. Chaminade.* Dice el P. Lalanne: «Sus extraños razonamientos, las distinciones sutiles en las que el P. Chaminade se pierde, las suposiciones que hace gratuitamente, muestran a quien examine este asunto con imparcialidad, una mente debilitada y agobiada con una idea fija» *(Notice historique,* p. 73). *La Gerbe-3, p. 66.*

[k] *No es verdad que los Asistentes quisieron presentar su dimisión. A Roussel se la exigió el P. Chaminade por su conducta escandalosa; finalmente no la presentó. A Clouzet se la pidió su Arzobispo, el cardenal Matthieu.*

[707] Al P. Léon Meyer, 9 de septiembre de 1845. *Carta 1384, Lettres, t. VI, p. 402, cita no textual.* «El espíritu de Satán transformado en espíritu de luz ha obtenido de Dios grandes permisiones: *Inimicitias ponam*

penetrando en el sentido profundo de estas pruebas, decía: «Adoro los planes de Dios, y confío en que esta gran perturbación servirá para purificarme y purificar a la Compañía: servirá para hacerla más apta para cumplir los planes de Dios en su institución»[708]. Su confianza se fortalecía incluso a medida que la tempestad se hacía más terrible. Decía entonces[709]: «No crea, querido hijo, que estoy inquieto, solo en medio de las tormentas. La Compañía de María es, sin duda, la obra de Dios para la gloria de María. Sin apoyo humano, esta obra se sostendrá después que haya sido purificada por la tribulación».

Mientras esperaba, encontraba su consuelo en el cuidado de las queridas almas del noviciado. El P. Roussel se retiró a Réalmont en julio de 1844[l], y el P. Chaminade se instaló en Santa Ana en medio de sus hijos. Su edad y sus enfermedades no le permitían bastarse para su tarea e hizo venir a Burdeos al P. Chevaux, sacerdote de gran mérito y, según uno de los novicios, «hombre angélico, cuya virtud superaba todavía su fama».

Se llegó así a finales de julio de 1845, momento en que la curia de Roma se declaró suficientemente informada. En circunstancias análogas, había sido interrogada por los hijos del P. Rauzan y les había aconsejado que mantuviesen la autoridad del anciano y tuviesen paciencia. Pero el P. Rauzan no había presentado su dimisión y sus obras relativamente poco extendidas y poco complejas podían soportar algunos años de languidez en su administración. No sucedía lo mismo con la Compañía de María, que ya contaba con doscientos cincuenta religiosos y treinta y cinco casas y cuyo fundador había realmente dimitido. La diversidad de las situaciones provocó una actitud diferente por parte de la Sagrada Congregación. Ésta respondió que no había lugar a dudas y que debía ser convocado el Capítulo general para la elección de un nuevo Superior[m].

Como era de suponer, el Buen Padre se sometió sin dudar a la voluntad de la santa Sede. Dijo enseguida[710]: «Acepto este decreto de la sagrada y tan venerable Congregación, con la misma sumisión que recibiría una orden del mismo Jesucristo». Desgraciadamente, bajo el dominio de una idea que deformaba todo lo que tocaba de cerca o de lejos, atribuyó al decreto un sentido que nadie veía. Para él, este documento significaba que el Capítulo debía ser convocado en el caso que el P. Chaminade hubiese dimitido de todos sus derechos, porque, decía él, «¿cómo admitir que el Santo Padre creyese que yo habría abandonado a mis hijos, como hubiera podido hacerlo un padre desnaturalizado?». En esta frase se reconoce el carácter de su preocupación.

Los arzobispos de Burdeos, Besançon y Albi no pensaron así e invitaron al Consejo a hacer caso omiso, y el Capítulo fue convocado para principios de octubre en Saint-Remy, lugar próximo para la mayoría de las casas. Con el corazón apretado, pero diciendo todos como uno de ellos[711]: *Roma locuta est,* los directores fueron fieles a la cita, y después de dos días de oraciones y de ayuno, confiaron el poder al P. Caillet, el 8 de octubre de 1845, y le dieron como Asistentes a Chevaux, Fontaine y Clouzet. Conocemos ya al primero, cuya piedad y caridad eran una prenda de paz. El P. Fontaine era el eclesiástico, cuya ordenación al subdiaconado había suscitado tantas objeciones por parte de monseñor de Cheverus en 1832; dirigía desde hacía varios años el internado de Saint-Remy y no iba a tardar en conquistar la estima del episcopado y de toda la Compañía. En cuanto a Clouzet, su mantenimiento en los asuntos temporales era indispensable: su competencia era muy necesaria en un tiempo en que el estado de las finanzas de la Compañía constituía para ella un peligro permanente[712].

¿Se olvidaba al P. Chaminade? De ninguna manera. Durante los cinco días que duró la reunión de los capitulares, el pensamiento de éstos iba sin cesar al querido ausente, de quien tanto hubieran querido satisfacer hasta los menores deseos. Hicieron al nuevo Consejo recomendaciones apremiantes respecto a su

---

inter te et mulierem». (Al mismo, 20 de septiembre de 1844, *Carta 1329, de 19 septiembre de 1844, Lettres, t. VI, p. 132*)

[708] Al P. Chevaux, 7 de agosto de 1845 *(Carta 1378, Lettres, t. VI, pp 365-366)*, y en general todas sus cartas de esta época.

[709] A Meyer, 9 de septiembre de 1845. *Carta 1384, Lettres, t. VI, p. 402.*

[l] *El P. Roussel huyó de Burdeos el 28 de junio de 1844, principalmente por dos motivos: no podía soportar la presencia del P. Chaminade que suponía un reproche continuo de su conducta inmoral en Santa Ana y porque la revelación de sus desórdenes era para él una amenaza cada vez más peligrosa en Burdeos. Desde Réalmont, podía luchar contra el P. Chaminade a sus anchas. Cfr. DA, p. 53. El Consejo estaba dividido y separado en la distancia, en contra de toda Regla. Cfr. IH, p. 397. El P. Chaminade tuvo que ir a Santa Ana a procurar salvar a los novicios de los destrozos causados por el P. Roussel.*

[m] *El decreto romano sólo tiene en cuenta la información totalmente unilateral y parcial que se envió, toda en contra del P. Chaminade. Aun así es condicional y no tan absoluta como parece dar a entender el P. Simler. Cfr. IH, pp. 302-304; también, p. 402-403.*

[710] A monseñor Donnet, 21 de agosto de 1845. *Carta 1381, Lettres, t. VI, p. 374.*

[711] El P. Rothéa. Su hermano Louis había muerto en 1844. El P. Charles Rothéa vivió hasta 1868.

[712] El P. Fontaine y Dominique Clouzet murieron con pocos meses de intervalo en el año 1861, el primero el 3 de junio y el segundo el 27 de febrero.

Buen Padre. Recomendaciones innecesarias, porque el Consejo estaba tan penetrado como ellos de amor u respeto por él. No quisieron separarse sin firmar un largo y conmovedor mensaje en que le expresaban sus sentimientos de gratitud y de afecto filial. Decían: «La augusta María, que oye nuestros deseos y el grito de nuestra piedad filial, pagará la mayor parte de nuestra deuda. Esperamos que su mano derramará sobre usted el bálsamo que suaviza el dolor y lleva al alma la dicha y la paz».

Estas palabras de consuelo llevaron un momento de calma a esta alma dolorida. Pero las reclamaciones de una inexorable conciencia se hicieron oír de nuevo. Él hubiese querido que no se hubieran hecho las elecciones. En vano el nuevo Consejo, de vuelta en Burdeos, le rodeó de su afecto, en vano monseñor Donnet vino en persona a sentarse a su lado y tranquilizarle, en vano la voz de la Sagrada Congregación se hizo oír por segunda vez para ratificar lo que se había hecho en Saint-Remy. El mal era de orden físico y no de orden moral, y los razonamientos eran impotentes.

La prueba, al prolongarse, se convertía en un suplicio. Sus hijos y sus amigos se las ingeniaban para suavizarle la amargura. Entre estos últimos, nadie igualaba en cariño al piadoso obispo de Saint-Claude, monseñor de Chamon, que, a pesar de sus ochenta años, a pesar de sus enfermedades y trabajos, encontraba tiempo y fuerzas para mantener con su viejo amigo de Burdeos una correspondencia muy activa. Le testimoniaba el más vivo afecto y no descuidaba ningún medio para consolarle. A veces invocaba ese mismo afecto y le decía[713]: «Nadie le quiere, le estima y le venera más que yo, incluso me atrevo a decir que difícilmente tanto como yo; ¡si estuviera en mi poder aligerar su desgarradora situación, tan penosa para mí, tan dolorosa para mi corazón y para el de sus numerosos hijos!». Otras veces le recordaba el premio de tantos sufrimientos: «Su fe viva me tranquiliza, su confianza en la poderosa protección de María, su piadosa resignación, su sumisión completa y perfecta a la santa voluntad de Dios me dan la esperanza fundada de que sufrirá, incluso con gozo y satisfacción, con inmensas ventajas en el tiempo y en la eternidad, las duras pruebas por las que el Señor quiere hacerle pasar desde hace algunos años en esta tierra de nuestra peregrinación. *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei».* Otras veces le decía que acababa de ordenar oraciones especiales por él en las casas de la Compañía y del Instituto que se encontraban en su diócesis. Las había enriquecido con cuarenta días de indulgencia y especificaba las intenciones siguientes[714]: «La primera es pedir al Señor, por la poderosa mediación de María, las luces del Espíritu Santo que usted necesita hoy para actuar conforme a la voluntad de Dios; la segunda, la paciencia, el valor, las fuerzas físicas y morales que le son indispensables en la situación penosa y desgarradora para su corazón paternal, en que está; la tercera y última, la prosperidad creciente de la Compañía cuyo digno fundador es usted, prosperidad que le es tan querida a usted, venerable Padre, que ha consagrado su vida entera a propagar con todos sus esfuerzos y medios posibles la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, al santo e inmaculado Corazón de María, su santa Madre, de todos nosotros, tan buena y misericordiosa para cada uno de nosotros»[715].

Era asombroso que la Compañía de María se mantuviese en medio de esta prueba y todos veían en ello una protección visible de los alto. Decía el P. Léon Meyer[716]: «Repito gustosamente con el P. Bardenet que si la Compañía de María no fuese obra de Dios, hacía tiempo que ya no existiría». El propio fundador hablaba de su obra al Nuncio en los términos siguientes[717]: «Dios, en sus planes de misericordia, ha querido la fundación de la Compañía de María; pero esta Compañía no alcanzará los planes de Dios en su institución más que cuando haya sido cribada». Lo era en efecto y las bendiciones de Dios parecían crecer en proporción a sus obras. En todas partes, en el Midi, en Alsacia, en el Franco Condado, en Suiza, crecía notablemente y se veía llamada con nueva insistencia a países extranjeros, sobre todo Estados Unidos. Dentro la crisis provocó un redoblamiento del fervor. Se oraba con perseverancia y había un esfuerzo por mostrar una mayor fidelidad a los deberes de la vida religiosa para merecer el final de esta temible crisis.

El P. Chaminade no oraba menos que sus hijos. En octubre de 1845 volvió a su pequeño apartamento de la calle Lalande[718], que no dejó hasta su muerte, y su dicha era bajar a la iglesia de la Madeleine, pasar largas horas ante el santísimo Sacramento, desahogar sus penas y tristezas en el altar de la

---

[713] 5 de noviembre de 1845. *AGMAR 7.7.124.*

[714] 22 de diciembre de 1845. *AGMAR 7.7.178 (2ª parte).*

[715] Añadía: «En correspondencia a estas oraciones y a las que dirijo todos los días por usted al Dios de todo consuelo, permítame, querido Padre, suplicarle que me ayude con el poderoso auxilio de las suyas a preparar tan dignamente como me sea posible la cuenta severa y temible que tendré que dar al soberano Juez, más o menos próximamente, de setenta y nueve años pasados en este valle de lágrimas, de cincuenta y cinco cumplidos de sacerdocio, de los cuales veintitrés de episcopado, carga tan fuerte, tan pesada, tan abrumadora en todos los tiempos, pero que lo es más todavía en los malos días en que vivimos». El santo obispo murió el 28 de mayo de 1851, un año después del P. Chaminade.

[716] Al P. Caillet, 2 de noviembre de 1845. *AGMAR 7.7.121.*

[717] 12 de febrero de 1846. *Carta 1442, Lettres, t. VII, p. 37. Si el P. Simler hubiera citado toda esta carta, entraría en contradicción flagrante con lo que acaba de decir algo más arriba que "el consejo rodeó al P. Chaminade con su afecto". La realidad es que lo trató muy mal.*

[718] En el nº 2 de entonces, nº 4 actual.

Virgen Inmaculada[719] donde decía su misa y desgranar el rosario pronunciando el *Ave María* a media voz y con un acento de devoción y de confianza conmovedores. Cuando volvía a su habitación, continuaba su oración en forma de piadosas consideraciones sobre María que dictaba a su secretario. Su tema preferido era un proyecto de devoción a Nuestra Señora de las Lágrimas, muy acorde con las circunstancias en medio de tantas amarguras.

Sostenía así su ánimo y mantenía esta confianza en María que no le había abandonado nunca. Cuando llegaba una de sus fiestas, su corazón desbordaba de esperanza. En la fiesta del santo Nombre de María del año 1846, dirigió una petición a monseñor Donnet[720], y la apoyaba en el «nombre de la augusta María, cuya fiesta celebra hoy la Iglesia» y añadía: «No hago valer ante Su Ilustrísima ninguno de los poderosos motivos que creo tener..., para dejar al santo Nombre de María la gloria de terminar este asunto. Es lo que esta mañana, al levantarme, se ha dignado inspirarme el Espíritu del Señor». Y añadía hablando de sus obras: «Espero que la Compañía, siempre gloriosa de llevar el santo Nombre de María, tomará de nuevo una marcha firme y sólida para conseguir los fines de su institución originariamente divina». Finalmente, en esta misma carta, recordaba la enfermedad con la que el arzobispo acababa de ser probado y decía: «Me intereso mucho, monseñor, por su indisposición: no sé si el P. Chevaux habrá tenido la amabilidad de decir a Su Ilustrísima que yo cumpliría gustosamente una promesa que usted haga a Nuestra Señora de Verdelais por su curación. Hace mucho tiempo que tengo la intención de ir, cuando el asunto actual haya terminado, a dar gracias a Verdelais y ofrecer a la iglesia un presente, según mis fuerzas».

Andaba todavía con bastante facilidad y los domingos y los jueves le gustaba ir a Santa Ana. Sus hijos se agolpaban en torno a él y procuraban hacerle olvidar sus males. Sobre todo durante las vacaciones, cuando todos los religiosos de la provincia estaban reunidos, se sentía revivir en ellos y se complacía en hablarles, con su voz grave y lenta. Sus conferencias estaban impregnadas de una energía extraña a su edad. A veces tocaba las delicadas cuestiones de su dimisión y entonces su voz reflejaba la dolorosa lucha que sostenía en el fondo de sí mismo entre las exigencias de una conciencia implacable y el deseo de estar de acuerdo con sus hijos queridos. Lo más a menudo la fe y la inmolación de sí mismo eran los temas de sus charlas y nunca dejaba de expresar su confianza ilimitada en Aquella que ha triunfado sobre el infierno. Vibraba con el canto del *Magnificat* y, dejando la capilla, se hacía llevar al pie de la estatua de María Inmaculada que se erigía al fondo de la gran alameda de tilos. Allí, llevando su mano temblorosa al pie de la Virgen y a la cabeza de la serpiente, acompañaba este acto con un gesto enérgico que un día traducía así: «A pesar de todo, ella te ha aplastado la cabeza y te la aplastará siempre».

Sin embargo, los años siguientes fueron muy tristes para el venerable anciano perseguido por su idea. Lo fueron más todavía, si es posible, para la nueva Administración. Algunas de las principales propiedades de la Compañía, como la Madeleine, el hotel de la calle Mirail, etc., reposaban sobre la cabeza del P. Chaminade y no era prudente a que su testamento lo trasmitiese a la Compañía de María, porque jueces hostiles a la religión podrían concederlos a sus herederos naturales: el hecho no era inusitado. La presencia junto al fundador de un secretario especial y enfermo de escrúpulos[721], complicaba todavía más la dificultad. El episcopado intervino de nuevo, sobre todo el bueno y siempre fiel obispo de Saint-Claude. Estos esfuerzos fueron estériles y se pidió al anciano que designase una persona de su confianza para establecer cuáles de esos bienes pertenecían a la Compañía. De ese modo se pudo entrar, antes de que él muriese, en posesión de los inmuebles indispensables para sus obras[722].

Pero esta división de bienes, realizada por uno de los párrocos de Burdeos[723], traspasó más que ningún otro acto el corazón del padre y de los hijos: se parecía demasiado a una separación, que sin embargo no estaba en el pensamiento de nadie. Efectivamente, a pesar de los conflictos de una parte y otra por deber de conciencia, se vivía en una armonía sorprendente y en una confianza recíproca más sorprendente todavía, como si se pusiesen hacer dos partes de sí mismo, reservando una al objeto del litigio y conservando la otra en el ámbito de un afecto no alterado. Habitaban bajo el mismo techo. Religiosos prodigaban al anciano todos los cuidados que su edad y sus enfermedades crecientes hacían indispensables. El P. Caillet buscaba siempre

---

[719] El altar de la derecha.

[720] 13 de septiembre de 1846. *Carta 1462, Lettres, t. VII, p. 152. El P. Simler entresaca frases y no habla del contenido de esta carta, por ejemplo, que revela las tensas y nada afectuosas relaciones que mantenía el P. Caillet con el P. Chaminade.*

[721] Era un tal Paul Bonnefous, que no se había querido recibir en la Compañía. No carecía de piedad y, tras la muerte del P. Chaminade, fundó en su país de origen, en Réquista (Aveyron), una Congregación de Hermanos de la Compasión. Hay que decir que fue casi el único miembro.

[722] En cuanto a los bienes que fueron asignados al P. Chaminade, fueron legados por él no a su familia, que él excluyó expresamente de su testamento, sino a los hospicios de Burdeos. Fueron disputados a estos últimos por los herederos naturales, que justificaron así los recelos de los Superiores de la Compañía.

[723] El canónigo Dulorier, párroco de Notre-Dame. *El P. Simler despacha con mucha prisa un asunto muy delicado que abrió mucho más la brecha entre el fundador y sus Asistentes, que no "vivían en armonía sorprendente", y el canónigo Dulorier terminó dando plenamente la razón al P. Chaminade. Cfr. IH, pp. 328-337; DA, pp 130-141.*

lo que podía agradarle o aliviarle. A finales de 1846, como la vista del anciano se apagaba cada día más, obtuvo la facultad de decir la misa *de Beata* y de reemplazar el Breviario por la recitación de Completas y del rosario. Cuando, dos años después, el fundador no pudo ya celebrar, el P. Caillet le daba todos los días la santa Comunión.

Se llegó así a finales del año 1849. El P. Chaminade había visto desaparecer uno detrás de otro a todos sus antiguos amigos y colaboradores. El P. Bouet había sucumbido el 25 de mayo de 1848; David Monier había muerto el último junto a él el 16 de enero de 1849. Dios le imponía todos los sacrificios sin otra compensación que la de satisfacer hasta el final a las exigencias de su conciencia. Hasta el final siguió fiel a sí mismo y no se desmintió ni un instante. Si, en los últimos meses de su existencia, hizo con sus hijos nuevos intentos y en términos conmovedores para arreglarse con ellos, era siempre reservando los derechos imprescriptibles de su conciencia. ¡Qué felices hubieran sido sus hijos si hubiesen podido acceder a todas sus peticiones! Al menos le testimoniaron la condescendencia y el afecto filial más completo y trataron una vez más de poner de acuerdo sus deberes con las ideas de su Buen Padre. Creyeron encontrar un modo de arreglo cuando llegó el fin.

El año 1850, en que el fundador iba a cumplir los ochenta y nueve años, acababa de comenzar. El 6 de enero, un domingo por la tarde, se manifestó el signo precursor del fatal desenlace: un ataque de apoplejía paralizó todo el lado derecho del anciano y le quitó el habla, manteniendo el pleno conocimiento. La emoción fue profunda entre sus hijos. Rodearon a su padre y comprendiendo claramente por sus gestos lo vivo que era su deseo de ver realizado lo más pronto posible el arreglo proyectado, se prestaron a ello gustosamente. Al día siguiente, el peligro parecía inminente y el P. Collineau, que acudió también junto a su antiguo y siempre venerado maestro, reivindicó el honor la administrarle la Extrema Unción. La contracción de su garganta no permitió darle el santo Viático. Se esperaba de un momento a otro verle dar el último suspiro, cuando su estado mejoró ligeramente. Su vida se prolongó todavía durante quince días. Su garganta se soltó insensiblemente, sin que le volviera el uso de la palabra, y pudo recibir la santa Comunión después de la cual suspiraba. El P. Caillet le dio por segunda vez el viático, cuando se perdió la esperanza de salvarlo. Todos los que le habían conocido y querido venían a edificarse a su lecho de dolor y a recibir de él la última bendición. El arzobispo no fue de los últimos en estar junto al enfermo y salió muy conmovido por las piadosas disposiciones del moribundo[724].

Poco a poco la vida se iba. Las sangrías no hacían más que disminuir las fuerzas del enfermo sin devolverle el uso de los miembros. Su pulso se debilitaba y los signos se hacían más raros. Pero conservaba el uso de sus facultades, de que gozó hasta el momento de su muerte. Sus Asistentes no se alejaban de su cabecera. La agonía comenzó el martes 22 de enero, hacia las tres de la tarde. Cuenta el P. Caillet[725]: «Sintiendo que se acercaba su fin, tomó su crucifijo con una mano desfallecida y lo llevó respetuosamente a sus labios. Quiso renovar este acto de fe y de piedad, pero su mano moribunda cayó sobre su pecho, contra el que tuvo apretado el crucifijo hasta el momento en que entregó su alma a su Creador». El P. Caillet acababa en este momento las oraciones de los agonizantes, rodeado de un gran número de religiosos llorando. Eran alrededor de las cuatro de la tarde.

Así fue el final de este hombre, sencillo como sencilla había sida su vida entera.

Los fieles se agolparon al día siguiente ante sus restos mortales expuestos en esta iglesia de la Madeleine que durante casi cincuenta años había sido testigo de su infatigable apostolado. Hacían tocar objetos a sus restos venerados, se disputaban todo lo que le pertenecía, y se consideraban afortunados los que conseguían un mechón de sus cabellos.

Sus funerales se celebraron solemnemente, según el rito utilizado para los canónigos, el jueves 24 de enero. Fueron precedidos de una celebración en la Madeleine. Después el cuerpo fue trasladado a la catedral Saint-André, donde tuvo lugar la celebración principal. La afluencia fue grande y se notó principalmente la presencia de las obras bordelesas y de las órdenes religiosas, que, por diversos motivos, le debían todas ellas algún servicio. El cuerpo fue llevado al cementerio de la Chartreuse y fue enterrado en el panteón de los sacerdotes.

Una vez que se dedicaron estos últimos honores al difunto, todo volvió al silencio: ni un artículo necrológico en los periódicos, ni un discurso fúnebre mientras que en Burdeos tantos sacerdotes de su tiempo habían gozado de este honor[726]. El oscurecimiento en el que el P. Chaminade se había complacido durante su

---

[724] Todos estos detalles están sacados de las cartas del P. Chevaux al P. Meyer (entonces en América), fechadas el 19 de enero *(AGMAR 8.7.216)* y el 21 de marzo de 1850 *(Carta inexistente)*, y de los recuerdos del P. Demangeon *(AGMAR 8.7.209 y AGMAR 17.6.222-255; pero los recuerdos del P. Demangeon están muy influenciados por Caillet y Chevaux)* y del P. Ramey *(AGMAR 17.4.202)*, presentes en Burdeos en el momento de la muerte del fundador.

[725] Circular del 13 de febrero de 1850. *"Extraits du Recueil des Circulaires du R.P. Chaminade, fondateur et premier Supérieur Général de la Société de Marie, et du R.P. Caillet, second Supérieur Général» Lons-le-Saunier, Imprimerie et Lithographie de Gautier Frères, 1863, p. 140.*

[726] El mismo silencio en Périgueux, su lugar de origen.

vida, le seguía después de su muerte, y habría razón para extrañarse de este fenómeno si no se tuvieran en cuenta las causas que lo produjeron.

Efectivamente, a pesar de los testimonios de respeto que se dieron en torno a sus restos mortales, la opinión de la masa quedaba indiferente o más bien ignorante en Burdeos. Desde hacía casi veinte años la actividad personal del P. Chaminade en la ciudad había desaparecido. Las nuevas generaciones habían crecido sin conocerle y su nombre no evocaba más que la idea vaga de un hombre respetable «que había fundado mucho»[727].

La Compañía de María, a quien parecía corresponder la iniciativa de los honores a dedicar a la memoria de su fundador, se encerró también en el silencio. El duelo sin embargo era profundo. Todos sus hijos decían y sentían dentro de su corazón lo que expresaba la Madre San Vicente[728]: «Le confieso ingenuamente que he sentido vivamente que me habían arrebatado a mi padre». Pero aparte de dos circulares emotivas del Superior general, P. Caillet, en que se describía a grandes rasgos la vida del fundador[729], se permaneció mudo para dejar al tiempo el cuidado de apaciguar los dolores provocados por la prueba de los últimos años. La unión tan recomendada por el fundador exigía este sacrificio, y así hasta después de su muerte, él subordinaba en cierto modo sus intereses personales a los de sus obras.

Sin embargo, ¿debía quedar olvidado? ¿Debía ser ante la posteridad víctima de una prueba por la que había sufrido más que nadie en el mundo y que había sido como la última muestra de la benevolencia de Dios para con él? La Providencia parece haber respondido a estas preguntas.

Mientras que en la Compañía de María el recuerdo venerado del fundador era cuidadosamente mantenido, pero conservado en cierta manera en la intimidad de la familia, personas ajenas tomaron la iniciativa de sacar su memoria del olvido aparente a que estaba relegada. En 1871, el P. Estignard[730], antiguo discípulo del P. Chaminade, que no había podido quedar en la Compañía, pero que había dedicado al fundador este culto de veneración que no podía evitar cualquiera que le hubiese conocido íntimamente, tuvo la idea de consagrar una parte de su fortuna a levantarle en el cementerio de la Chartreuse un monumento digno de él. Ejecutó su plan e hizo un mausoleo muy notable, dominado por la estatua de la Virgen Inmaculada, de Aquella que había dirigido toda la vida y todas las obras del fundador[731]. Los restos del P. Chaminade fueron trasladados aquí el 14 de noviembre de 1871, en presencia del donante, del representante del Superior general y algunos religiosos de la Compañía de María.

Pronto, sin que se pueda decir cómo[732], el pueblo aprendió el camino de esta tumba, vino prosternarse, depositar flores, orar y pedir gracias que se dice que son escuchadas a menudo. No nos pertenece apreciar la naturaleza y el alcance de esta concurrencia. Constatamos solamente el hecho extraño de que el mayor número de los que van ignoran la vida y las obras de aquel cuya tumba frecuentan. No le conocen más que como un hombre de Dios[n].

Epílogo

Profundamente convencido del origen sobrenatural de su misión, el P. Chaminade le subordinó toda su existencia, y cuando, llegado al término de su vida, sintió más fuertemente la cruz sobre sus espaldas, repetía estas palabras del evangelio: *«Nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet:* si el grano de trigo echado en tierra no muere, queda infecundo». A la fecundidad de su obra sacrificaba hasta el reposo de sus últimos días, abandonando su mente y su corazón a tormentos que no iban a

---

[727] Testimonio del R.P. Ayrolles, S.J.

[728] Carta del 25 de enero de 1850 al P. Chevaux. *AGMAR 8.7.213.*

[729] Circulares del 22 de enero y 13 de febrero de 1850. *Obra citada en la nota 40, pp. 134-142.*

[730] Antiguo párroco e la diócesis de Besançon, muerto en Burdeos en 1878.

[731] Las inscripciones que recubren el mausoleo son poco exactas y reflejan el estado de espíritu muy original del P. Estignard. Además del retrato del P. Chaminade, esta tumba lleva los de David Monier, del P. Lalanne y del propio P. Estignard, que se hizo enterrar junto al fundador.

[732] El Superior general dio orden a sus religiosos de abstenerse de todo lo que podría provocar o animar a este tipo de manifestaciones.

[n] El P. Fredegando Callaey, capuchino, consultor de la Sagrada Congregación de Ritos, tuvo que hacer un estudio crítico de los últimos años del P. Chaminade, después de estudiar toda la documentación disponible. Hace un relato muy distinto de estos dos últimos capítulos del P. Simler: condena de forma contundente a los Asistentes, critica las intromisiones anticanónicas de algún miembro de la Jerarquía francesa y la parcialidad del mismo nuncio, y aprueba, con un equilibrio profundamente humano y religioso, la heroica conducta del P. Chaminade. Este estudio fue decisivo para el feliz éxito de la causa de beatificación. Se puede leer en italiano en IH, pp389-424.

darle tregua antes de la muerte[a]. Como tantos otros fundadores, y como el primero de ellos, el propio divino Maestro, sellaba con un martirio supremo la fidelidad a su tarea.

Su inmolación ¿ha sido realmente fecunda? Nadie puede dudarlo. Pero ¿quién puede sondear los misterios de la comunión de los santos y evaluar la medida de gracias que nos vale el holocausto de un alma generosa? Y si se aprecian sólo las obras exteriores y tangibles ¿quién puede decir según qué leyes la Providencia regula el tiempo y el modo de la eficacia de una carrera de apóstol? Mejor será abstenernos de todo juicio a este respecto y limitarnos a ver los resultados que, según las apariencias, derivan de la acción del P. Chaminade como de su primera fuente. Con ese propósito, echaremos una ojeada rápida sobre el estado actual de sus obras e iluminaremos con una luz discreta las sombras con que, a imitación de su autor, han querido envolverse.

Cuarenta años de la vida del P. Chaminade han sido empleados en un ministerio individual, llamado por su naturaleza a desaparecer con él, surco profundo sin duda, pero pronto borrado por la ola siempre movida de la actividad humana. Y sin embargo, sus *Congregaciones,* sometidas a cambios de acuerdo con los tiempos, transformadas varias veces en sus propias manos y en las de sus sucesores, hasta perder su nombre y su forma de antes, han prolongado su influencia mucho más allá de la vida de su creador. Afirmando la fe en el corazón de una numerosa juventud, han preparado la multiplicación de hogares cristianos; alumbrando la llama del apostolado, han suscitado esas múltiples obras que, renovadas de generación en generación, renacen en cierto modo de sus cenizas, se multiplican, se extienden y centuplican su eficacia primera. Finalmente, gracias a una idea perseverante del P. Chaminade, estas Congregaciones han sido un camino lento, pero seguro y metódico, que conduce a las creaciones de carácter permanente a las que ha dedicado los treinta últimos años de se vida. Han tenido, más allá de su propia existencia, una repercusión profunda que se perpetuará todo el tiempo que se reclutarán las falanges de apóstoles originariamente sacadas de su seno.

Tres institutos religiosos se atribuyen la autoría del P. Chaminade; la Misericordia, el Instituto de las Hijas de María y la Compañía de María.

La *Misericordia* le debe parcialmente su espíritu, sus costumbres y sus reglas. Le puede reivindicar como su fundador con y después de Marie-Thérèse de Lamourous. Él aceptaba las responsabilidades que este título le imponía. Se vio cuando, al día siguiente de la muerte de su colaboradora, llevó solo el cuidado de su obra común. Al escribir entonces al cardenal Lambruschini, anunciándole el envío de las Constituciones de las Hijas de María y de la Compañía de María, le decía (septiembre de 1838)[b]: «Yo esperaba pedir su protección ante la santa Sede, monseñor, en favor de una tercera institución que, aunque separada de las otras dos por su objetivo especial, contribuye admirablemente a sostener sus obras, por los milagros de los que es escenario desde finales del pasado siglo, en la gran ciudad de Burdeos. Pero no me ha sido posible trabajar en las Constituciones que la venerable fundadora, señorita Lamourous, ha dejado. Pienso ocuparme de ellas dentro de poco, y, si esto no desagrada a Su Eminencia, tendré el honor de enviarle el trabajo. No se tratará de una institución canónica, sino de la simple autorización de la Congregación y de la aprobación de sus reglas». Así pues, se creía en el derecho y el deber de poner a las Constituciones de La Misericordia el sello definitivo. La muerte se lo impidió, pero el trabajo, inspirado en sus ideas, fue acabado por su sucesor, el P. Caillet.

Fiel al espíritu de su fundación, la Misericordia no ha cesado de ser la edificación y admiración de la ciudad de Burdeos. Incluso se ha extendido modestamente fuera y se ha convertido, por la autoridad de la santa Sede, en una Congregación de Superiora general. En 1865 fue objeto de un decreto de alabanza y se ha visto definitivamente aprobada por Roma el 28 de julio de 1880.

A diferencia de la Misericordia, el *Instituto de las Hijas de María* es la obra del P. Chaminade primero, después de la Madre de Trenquelléon. Provisto de todos los órganos necesarios para su vitalidad y su expansión, dotado de una Tercera Orden capaz de extender su acción por las campiñas, el Instituto se ha desarrollado normalmente y, durante mucho tiempo, no ha experimentado otra parada que la de la crisis pasajera de 1832. Pero le esperaba la prueba más allá de la tumba del fundador. Se rehicieron sus Constituciones y se rompieron los lazos que le unían estrechamente a la Compañía de María: la curia de Roma, que ya no era partidaria de este tipo de dependencia, aprovechó unos malentendidos entre los dos institutos para separarlos completamente. Al mismo tiempo, se debilitó la unión entre las Hijas de María y su Tercera Orden.

Frenado sin duda en su desarrollo por las dificultades de su reorganización interna, el Instituto se ha recogido durante varios años, para volver a tomar de nuevo su marcha progresiva. Apoyado en una aprobación solemne y definitiva de la santa Sede, hecha en 1888, crece y responde ya a la llamada que le dirigen de varios países extranjeros.

Por lo demás, a pesar de las modificaciones aportadas a sus reglas, las Hijas de María han conservado como un depósito sagrado el espíritu del fundador y de la fundadora. Si los dos volviesen en medio de ellas, las encontrarían exactamente fieles a sus enseñanzas. Constatarían también la estrecha unión que, a pesar de la ausencia de todo lazo oficial, reina entre el Instituto y la Compañía, y lo mantiene en esa

---

[a] *Ya he explicado que el P. Simler da un sentido al origen de esos tormentos que no es exacto. Pero lo cierto es que los últimos años del P. Chaminade fueron un auténtico calvario.*

[b] *Carta 1073, Lettres, t. IV, pp. 369-370.*

comunidad superior de ideas y sentimientos que ningún reglamento, por autorizado que sea, podría asegurar ni reemplazar.

La *Compañía de María,* la obra más desprovista de medios humanos y la más contradicha en su origen, es sin embargo la que inspiraba a su fundador la más inquebrantable confianza. Nunca, ni tan siquiera en lo más fuerte de la prueba, mostró inquietud respecto a ella si permanecía fiel a su misión. A quien dudaba, se contentaba con repetirle las palabras de Gamaliel al sanedrín traduciéndolas así[734]: «Si la Compañía no es de Dios, hay mucho que temer: por muy bien organizada que estuviese, no se sostendría. Si es la obra de Dios, todas las maledicencias que se puedan decir contra ella no servirán más que para consolidarla. Pero si se desviase de los fines que se propone, ya no sería la obra de Dios, sería mejor que dejase de existir».

Se ha fortalecido a pesar de los obstáculos e incluso gracias a ellos.

En su interior, su constitución, basada en fundamentos nuevos en la historia de los institutos religiosos, ha provocado una de las crisis más fuertes, a raíz de una animadversión de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares (1865). Habituada por una tradición secular a dividir las Congregaciones religiosas en Congregaciones clericales y Congregaciones laicas, Roma manifestaba el deseo de que la Compañía de María entrase en una de estas dos categorías. En uno y otro caso, era alterar el principio esencial que había guiado al fundador. La conmoción fue grande en toda la Compañía.

Pero, una vez más, la prueba se volvió a su favor, verificándose lo que decía uno de sus amigos en 1840[735]: «El bien de la Compañía parece exigir que sea sacudida sucesivamente en cada una de sus bases». Roma no quiso pronunciarse sin conocimiento de causa, y delegó en el cardenal Mathieu, arzobispo de Besançon, la carga de Visitador apostólico. Con una dedicación admirable, el propio Cardenal recogió el parecer individual de todos los profesos perpetuos, y constató que la casi unanimidad pedía la conservación de la Compañía tal como era desde su origen, es decir compuesta de miembros sacerdotes y miembros laicos. Después de haber presidido un Capítulo general, que confirmó el voto de la Compañía, el Visitador fue a Roma para exponer el resultado de su misión. Trajo el decreto del 30 de enero de 1869, que anulaba la animadversión, causa de tanta conmoción, y sancionaba oficialmente el principio de unión de los dos elementos en un solo y mismo Instituto. Las condiciones de esta unión no estaban suficientemente precisadas ni por el fundador ni por el decreto romano. Se precisaron en la aprobación definitiva de las Constituciones, el 10 de julio de 1891[736].

Establecida en lo sucesivo sobre fundamentos inquebrantables, la obra del P. Chaminade se ha consolidado. Se ha extendido y ha crecido como el grano de mostaza. Ha multiplicado sus casas en Francia y se ha extendido en diversos países extranjeros. Introducida en Estados Unidos en 1849 cuando todavía vivía el fundador y por uno de sus discípulos más queridos y más fieles, se ha desarrollado y, de esta primera colonia, he llevado enjambres hasta las islas lejanas de Oceanía.

En Europa ha entrado en la mayor parte de los países vecinos de Francia: Italia, Suiza, Austria, Alemania, Bélgica. España, donde el fundador oyó la llamada de Dios, ha visto a sus religiosos y a sus casas multiplicarse lo suficiente como para formar una Provincia distinta. Así se realizaba un deseo del propio P. Chaminade, que en 1830 escribía a uno de sus congregantes[737]: «Si durante su estancia en Madrid, querido hijo, su celo encuentra una ocasión favorable para obtener la autorización del rey de España para la Compañía de María, le hago llegar, aprovechando el momento, la aprobación de monseñor d'Aviau... La Compañía me ha parecido muy útil en Francia, pero me atrevo a decir que no lo sería menos en España, y quizás lo sería más».

Finalmente, de acuerdo con los deseos del P. Chaminade, que, en 1822, hablaba a sus hijos de «ir hasta el cabo del mundo, si eran llamados»[738], la Compañía de María, llamada a África y Asia, especialmente al imperio del Japón, ha ido allí con confianza bajo la protección de Aquella que su fundador le ha dado por estrella y guía, y ve sus trabajos bendecidos por el cielo.

Después de haber visto personalmente el desarrollo de las obras dejadas por el P. Chaminade, podemos decir que él ha sobrevivido verdaderamente en ellas y que ha sido ese grano de trigo que encuentra en la muerte el principio de su fecundidad. En todo caso, nos corresponde a nosotros, que somos sus hijos,

---

[734] A Perrodin, 8 de julio de 1842. *Carta 1266, Lettres, t. V, p. 332.*

[735] Xavier Rothéa al P. Chaminade, 11 de febrero de 1840. *AGMAR 28.3.742.*

[736] Además de la aprobación de la santa Iglesia, la más deseable de todas, y los ánimos de un gran número de prelados, la Compañía de María ha recibido, en diversos momentos, preciosos testimonios por parte de hombres cuya autoridad, así como su memoria, es universalmente respetada y venerada. Entre esos testimonios no citaremos más que el de Jean-Marie Vianney, el venerable cura de Ars, que, en una conversación con un sacerdote de la Compañía de María, el P. Babey, le dijo estas palabras, atestiguadas por el propio P. Babey bajo juramento: «Conozco la Compañía de María. Está llamada a hacer un bien inmenso en la Iglesia de Dios, vivirá hasta el fin del mundo, y todos los religiosos que mueran en esta hermosa Compañía irán al paraíso».

[737] O'Lombel, 27 de octubre de 1830. *Entresacado de la carta 552, Lettres, t. II, p. 524.*

[738] Retiro de 1822. *"Notas de Retiro predicados por G. José Chaminade", SM, Madrid 1967., V. II, p. 37.*

agradecerle, delante de Dios y de los hombres, que nos haya procurado, por las fundaciones de las que él ha sido el instrumento y por las reglas que nos ha dado, el medio de santificarnos y de servir a la santa Iglesia para gloria de Dios y honor de María.

A nosotros también que, para escribir esta vida, la hemos estudiado y contemplado hasta en sus menores detalles, corresponde rendirle ese testimonio cuyos términos tomaremos prestados del discurso pronunciado por el P. Lalanne, cuando se hizo el traslado de sus venerados restos (14 de noviembre de 1871): «Digamos que la larga vida de este muerto demasiado olvidado ha estado llena de buenas obras. La aplicación constante de su pensamiento a la meditación de las virtudes del divino Maestro, cuya imagen se esforzó en reproducir en sí mismo, con la poderosa asistencia de la santísima Virgen Inmaculada y de san José, imprimió hasta en sus rasgos, distinguidos ya por una belleza natural, un carácter de serenidad, modestia y majestad que inspiraba, a primera vista, la veneración y la confianza.

«Testigo de sus actos y de sus palabras, afirmamos aquí ante el cielo, que ha sido testigo de ello como nosotros, que nunca le hemos sorprendido gastando, no digo un día, sino una sola hora de su trabajo continuo, en algo que no se relacionase con Dios y con la conducta de las almas en las vías de Dios. Nadie sacará de él un escrito, una carta, un propósito, ni una instrucción, un ejemplo o un consejo que no pueda servir a la piedad; no es posible definir a este hombre de otra manera que llamándole *hombre de Dios».*